Las Colectividades de Aragón

Un vivir autogestionado promesa de futuro

Félix Carrasquer



Las Colectividades de Aragón



En la página anterior se encuentra el escudo del Consejo Regional de Defensa de Aragón

Barcelona, febrero del 2016

ISBN: 978-84-16553-07-5
Dipòsit Legal: B-4242-2016

Maquetació: Descontrol Editorial
descontrol@riseup.net

Edició a càrrec de:

DESCONTROL EDITORIAL
descontrol@riseup.net
descontroled@

Imprès a l'impremta autogestionada El Taller



Las Colectividades de Aragón

Un vivir autogestionado, promesa de futuro

Félix Carrasquer

EDITORIAL
DESCONTROL

Dedico la memoria de estos hechos auténticos a los colectivistas que, al fusionarse con espontánea generosidad, alumbraron una sociedad nueva.

Félix Carrasquer

Prólogo

«Debemos escribir nuestros anales con mayor amplitud y profundidad, reformándonos éticamente merced a un influjo de conciencia continuamente renovada y saneada, si queremos expresar de una manera más veraz nuestra naturaleza central y sus amplias relaciones, en lugar de esa vieja cronología de egoísmo y orgullo a la que hemos entregado nuestro interés demasiado tiempo»

Ralph Waldo Emerson

La historia obedece a estrictas leyes que dictan la oportunidad y actualidad de los hechos, también de los hombres; son, éstas, normas inquebrantables que sustraen de la realidad, y posteriormente de la memoria, todo aquello que según la legislación histórica vigente resulte inconveniente, por donde acaba siendo anacrónico. Así, la culminación del poder es el dominio del tiempo. Los hechos presentes son dispuestos de tal manera que pautando el ahora determinen también el después, a la vez que se acondiciona una biografía propia de ellos para, de este modo, convertirlos en señores exclusivos de un pasado en el que ya se atisbaba lo que deviene en el presente y se configurará en el futuro. Para el poder, legislar sobre el tiempo es el reto que no puede dejar de plantearse, so pena de admitir un enemigo más poderoso que él mismo, 10 cual equivaldría a reconocer sus debilidades e incapacidades. La historia coincide con el territorio del poder. Fuera, en márgenes y cunetas, han ido quedando retazos de hechos y sucesos, recuerdos de hombres como jirones prendidos en las púas de los zarzales, orillas agrestes por donde no circula el fluir histórico.

Abandonados a su suerte, los recuerdos no admitidos se hallan condenados a la pena de vivir exclusivamente en la memoria de aquellos que protagonizaron los sucesos hoy olvidados, acogiéndose fatalmente a la precaria y efímera condición que se les impone. Cuando estos recuerdos desbordan el marco de la memoria que los reconstruye en sí misma, cuando superan el ámbito de la conversación que los evoca y se convierten en letras escritas e impresas, las más de las veces aparecen ya distorsionados por el olvido y el silencio que han gravitado sobre ellos durante tanto tiempo; lo otrora vivido con pujancia arrebatadora se convierte en una mera anécdota, casi siempre desmañada e insulsa, incapaz de levantar

interés en aquellos lectores de la actualidad que pasean su mirada por las tristes páginas en que el caudal desvalido de la memoria ha venido a dar.

Constituye, pues, motivo de júbilo la aparición de un libro donde se contienen recuerdos de hechos condenados por la legislación histórica y que, sin embargo, han logrado sustraerse a esta severa condena. Tal es el libro que aquí se prologa.

En este caso nos encontramos, además, con un motivo de interés añadido, que le viene de la significación que el tema adquiere para nuestro presente y como resultado de la importancia de lo narrado.

A la revolución española no le estuvo permitido elegir su momento, buscar su oportunidad. Fue podada antes de que acabara su maduración natural, y desde el primer momento tuvo que enfrentarse al estado en su forma más frenética, al estado en guerra. No obstante, irrumpió con fuerza y alimentó ilusiones utópicas y energías innovadoras. Pero antes de que las tropas franquistas vencieran, la revolución había sido ya herida de muerte por los autócratas y las institucionalizaciones burocráticas que se le impusieron para aplastarla. Tan peligroso y suicida resultó la no elección de su presente como fue, según se vio luego y en el presente libro se expone con fehacientes argumentos, el no admitir el patronazgo de vanguardia esclarecida alguna. Su espontaneidad fue su savia a la vez que su delito imperdonable De aquellos polvos, estos Iodos. La imposibilidad de fijar una identidad concisa a la revolución española, esto es, la incapacidad de ser asumida como tal por parte de los legisladores de la historia y los ideólogos, la condenó por aquel entonces y la postergó, luego, al silencio y al olvido en el que todavía hoy se halla postrada. Si tenemos en cuenta que la guerra civil española ha erigido en torno a ella unas espesas murallas bibliográficas, semejante olvido resulta todavía más escandaloso. Lo que fue cometido en su momento con la injerencia institucional burocrática y la tropa, parece haber hallado su corroboración en la tergiversación y el olvido que al respecto han cultivado los historiadores profesionales con ínfulas científicas. No deja de ser curioso que semejante «descuido» histórico no haya sido denunciado, no, ya reparado, por ningún historiador hispánico. Justamente tuvo que ser Noam Chomsky quien saliera al paso

de esa «objetividad» esgrimida para asfixiar una revolución de recuerdo poco grato. En su interesante ensayo Los intelectuales liberales ante la revolución, critica la conocida obra sobre la guerra civil de Jackson, sobre la que dice: «La falta de objetividad que revela es muy significativa por ser característica de la actitud asumida por los intelectuales liberales (y comunistas) hacia los movimientos revolucionarios que son en gran parte espontáneos y organizados a la ligera, aunque tengan sus raíces en necesidades hondamente sentidas y en ideales de los más desposeídos».

Cuando la revolución se estaba fraguando, en medio de los vientos de guerra y desolación, los que la protagonizaban poco podían aplicarse a la tarea de guardar documentos que aval aran los hechos revolucionarios. Las energías había que depositarlas en menesteres más urgentes y perentorios.

Los hombres que vivían la revolución desconfiaban, y con probada razón, de archivos y documentos, símbolos y armas del enemigo. Eran momentos de quemar ficheros policiales, no de coleccionar estadísticas. No parece que pensaran en la posibilidad de que un día fuese negado o silenciado lo que con entusiasmo estaban realizando. Tampoco da la impresión de que se les ocultara la trascendencia de la transformación social que estaban llevando a cabo, pero no la vivían con conciencia histórica, de ahí la escasa preocupación en dejar constancia documental de ella, y de ahí también procede buena parte de la' riqueza de esta experiencia, que atendió el ahora y no se dejó sobornar por la idea de rentabilidad temporal propia del mesianismo ideológico. Las colectividades emprendidas se insertaban en el seno de una tradición secular de lucha libertaria, y suponían su victoriosa culminación. Se excluía pensar en el futuro, se vivía en guerra, y ésta representa la interrupción del fluir regular del tiempo, la suspensión del futuro.

De hecho, las mejores crónicas sobre las empresas revolucionarias se deben a la labor de información y documentación que al respecto desarrollaron dos libertarios extranjeros, uno francés y otro alemán, que acudieron a España arrastrados por la seducción de la revolución misma. Tanto Gastón Leval como Agustín Souchy esbozaron los contornos de las colectividades que visitaron. En una de ellas, la concerniente al pueblo

aragonés de Monzón, ambos tuvieron ocasión de visitar la escuela de militantes creada por un luchador libertario preocupado, desde hacía tiempo, por los aspectos pedagógicos: Félix Carrasquer. En la barcelonesa barriada de Les Corts había impulsado, en colaboración con sus hermanos, una escuela racionalista durante los años 1935-36. Iniciada la guerra y la revolución, acudió a su región natal para participar en el desarrollo colectivista, y específicamente en el área que le era más afín, la educativa, creando la mencionada escuela en la que se aplicaron métodos autogestionarios innovadores. Así pues, Carrasquer une, en el presente texto, a su valioso testimonio de aquellos días, que vivió con intensidad y de lleno, su capacidad de análisis y su larga experiencia sociopedagógica como impulsor de centros autogestionarios de toda índole.

Hasta la fecha, la bibliografía existente sobre las colectividades estaba compuesta básicamente por los relatos de quienes las visitaron, editados casi siempre en ediciones marginales de escasa circulación. De hecho, salvo la obra de Burnet Bolloten, ninguno de los libros clásicos para el estudio de la guerra civil abordaban con un mínimo de rigor el tema, limitándose a pasarlo por alto o a ventilarlo con burdos montajes de citas y documentos. Salvo la obra La autogestión en la España revolucionaria, de Frank Mintz, nunca se había acometido la tarea, por parte de un historiador posterior, de intentar aproximarse a las colectivizaciones sin prejuzgadas ideológicamente. Con la obra de Carrasquer a las descripciones de los rasgos socio económicos más sobresalientes de las colectividades se añade el relato del ambiente que en ellas se respiraba, algo que no queda reflejado en actas y estadísticas. Al mismo tiempo, conociendo el autor el silencio con el que se ha sofocado el recuerdo de aquellos hechos, orienta sus argumentaciones a rebatir algunas «interpretaciones» comunes entre los historiadores oficiales. La vida cotidiana en el Aragón de aquellos días no había sido abordada todavía por nadie con tanto esmero. Sólo a partir de testimonios podría iniciarse esta sugerente y ardua labor a la que el presente libro se empeña. Sin dejarse llevar por la emoción que como viejo colectivista había dé embargarle sin duda al recordar esos tiempos, nos ofrece una aquilatada aproximación' antropológica a la vida colectivista, brindándonos un ensayo testimonial y analítico a un tiempo.

Acogiéndonos a los caprichos conmemorativos del calendario, en el cincuentenario del inicio de la revolución española, la obra de Félix Carrasquer constituye una excelente y original aportación. Un material fresco y nuevo con el cual ir reconstruyendo un capítulo vedado en nuestra historia reciente. No obstante, para que testimonios como este puedan ir haciendo mella en los historiadores profesionales, hasta aquí tan poco interesados en el tema, será necesario que cambie en ellos algo más que su mera actitud. Y en este sentido duele comprobar como algunos estudios recientes, que han rescatado nuevos datos sobre las colectividades y valiosas informaciones, se orientan, sin embargo, a una actitud crítica, rompiendo lanzas contra lo que denominan la «historiografía anarquista» y su interpretación mística, lo cual sólo resulta sorprendente y encomiable a esos mismos historiadores profesionales y a sus jueces académicos. En lugar de ello, de elegir un enemigo creado por ellos mismos, se habría de poner el dedo en la vergonzante llaga que supone la ocultación sistemática que historiadores de toda laya han venido haciendo de la revolución española. Lo que sorprende o debería sorprender al estudiar con rigor aquellos hechos, es la capacidad de autorganización que demuestran obreros y campesinos, iletrado s en su mayoría; la eficacia en satisfacer por ellos mismos sus necesidades, máxime en tiempo de guerra; el talante profundamente libertario con el que acometen la convivencia colectiva, sin imponer a nadie la revolución y respetando las minorías disidentes, fueran estas del tipo que fueran. ¿Cuándo se ha visto una revolución de este tipo? Vivimos el siglo en que la revolución «triunfante» se ha convertido en la desolación de los campos de concentración, por obra y gracia de la injerencia autoritaria y de los dictados de la razón progresiva y economicista. Que esta originalidad libertaria de la revolución española sea negada incluso por quienes ya reconocen que existió, sigue siendo desalentador. Afortunadamente, del silencio y el olvido, de la cuneta que bordea la historia, nos ha llegado este feliz testimonio escrito con pulso firme y con una argumentación diáfana que sólo puede confundir a quien de entrada quiera estar confundido o confundir a los demás.

Esta actitud por parte de los profesionales de la inteligencia, de los legisladores de la historia, la percibió muy claramente Chomsky cuando estudió el tema de la revolución española. Tras la lectura de un relato en

el que se describía la vida en una colectividad, pensando en la «lectura» del mismo por parte de los intelectuales esclarecidos, escribió: «Un relato como éste, con su preocupación por las relaciones humanas y el ideal de una sociedad justa, tiene que parecer muy extraño a la conciencia del intelectual sofisticado, y por eso se le considera con desprecio, o se le toma como ingenuo o primitivo o también como irracional. Sólo cuando abandonen ese prejuicio será posible para los historiadores acometer un estudio serio del movimiento popular que transformó a la republicana España en una de las más notables revoluciones sociales que registra la historia.»

Ignacio de Llorens

Introducción:
Una evocación incitadora

Antecedentes

Dadas las dimensiones de este trabajo, que nos hemos propuesto sea tan vivo como breve, no podemos remontarnos a las realizaciones históricas ni a los afanes de libertad y de justicia que desde muy antiguo movilizaron a los hombres de Aragón. Nos remitiremos únicamente al clima social que precedió a la guerra y a las colectividades que de ésta se derivaron. Ello nos permitirá compulsar el estado sicológico de los hombres que protagonizaron aquellos hechos y las perspectivas sociológicas que ya venían proyectando con intencionalidad responsable.

En Aragón -nos referimos al campo de manera casi exclusiva- entre los viejos republicanos y los jóvenes de la CNT había una ligera frontera de actitudes y de lenguaje, pero al mismo tiempo no faltaban vínculos de fondo que nos unían humana y socialmente. Nosotros, los jóvenes, habíamos leído algunas cosas, estábamos dispuestos a la lucha -tal vez de manera obsesiva- y proyectábamos la sociedad futura con todo nuestro empeño, por métodos más directos y radicales, mientras los viejos -pequeños propietarios en su mayoría- ponían toda su esperanza en el advenimiento de la República. Ésta, representaba para ellos la abolición de la propiedad, la desaparición del caciquismo, la reducción de la Iglesia a sus quehaceres religiosos y el establecimiento de un poder popular sin ejército ni apenas fuerzas represivas. Realmente, este último aspecto no se lo habían planteado en su complejidad histórico-legislativa, sino que habiéndolo integrado en un esquema mental autoritario a imagen y semejanza de la familia, pensaban que era indispensable cierto orden; aunque sin imposiciones abusivas ni burocracia escurridiza y privilegiada. Esta idiosincrasia del campesino aragonés determinó el que al proclamarse la República y comprobar que nada cambiaba realmente, los republicanos se pasaran a la CNT, unos de hecho, pidiendo el carnet y los más otorgándole su apoyo y simpatía.

Junto a esta casi unanimidad, que llegó a todas las comarcas de la parte Este de la región, hay que justipreciar cuánto supone el que la mayoría de los cenetistas y simpatizantes fueran pequeños propietarios. Esto se ha comentado a menudo; pero apenas se ha profundizado

sicosociológicamente. Es cierto que algunos de ellos habían salido de la región, en determinadas épocas, a trabajar en obras públicas de canalización, ferrocarriles y carreteras o en la industria de Cataluña; pero en general cultivaban su pegujal y tenían sus animales de labor y de recría. Se oponían pues a la sociedad estatal y capitalista no por odio contra el burgués o por afanes de reivindicación inmediata sino por un anhelo de libertad y de justicia para todos. El hecho significa una conciencia de generosidad y de apoyo mutuo, a todos los niveles, que nos explica muchas gestas realizadas ulteriormente.

Sería inexacto si dijéramos que aquellos pequeños propietarios vivían holgada y satisfactoriamente; si bien, no lo sería menos si afirmáramos -como suele hacerse- que eran campesinos pobres. La región no es muy rica; aunque difiere mucho de unas comarcas a otras, de lo que podemos deducir que en ciertos pueblos de secano su desenvolvimiento económico era más duro y que en otros de regadío, su seguridad económica era mayor. Sin embargo, en todas partes subvenían a sus necesidades más perentorias, sobre todo teniendo en cuenta que la sobriedad de los agricultores aragoneses era proverbial.

Algunos pequeños rasgos nos ayudarán a comprender mejor el grado de solidaridad de las juventudes de aquel período. Uno de los actos que primero puso de relieve la abnegación de los jóvenes fue la ayuda a los presos. Cuando alguno de nosotros iba al baile y les pedía a los muchachos que dieran algo para sus compañeros encarcelados, respondían dando algunas perras y añadiendo: «Bueno sí, me tomaré una copa menos.” Poco a poco, en la mayoría de aquellos pueblos, los mozos dejaron de beber y de fumar, primero por solidaridad con los caídos y luego para comprar libros, organizar giras[1] y hacer teatro u otras actividades sociales.

1 - Las giras consistían en salidas al campo que tenían un carácter festivo y, a la vez, aglutinador; lo que puede comprenderse si se tiene en Cuenta que, generalmente, en ellas participaban jóvenes de varios pueblos, los ágapes se hacían en común en el clima de mayor confianza y buen humor y la jornada era amenizada corrientemente con juegos, danza, canto y chistes, sin olvidar las consabidas charlas-coloquio para las que nunca faltaba algún animador bien predispuesto.

Los jóvenes, que casi nunca se habían ocupado de los mayores porque no simpatizaban con ellos a causa de su autoridad, les leían el periódico casi todas las noches en el café o en los centros que había en cada lugar. Los comentarios que sugerían estas lecturas de La Tierra, La Soli o Cultura y Acción iban fundiéndonos a todos y borrando el conflicto generacional, tan disolvente antes y después de aquella guerra que engendraría actitudes muy contradictorias y terribles. Aquellos periódicos hablaban de libertad, de revolución, de justicia social y de una convivencia igualitaria. Esos conceptos hallaban una resonancia intensa en jóvenes y mayores, unos y otros movidos por sentimientos de fraternidad y de justicia auténticamente liberadores.

Sería absurdo asegurar que en ese enfoque de libertad, estábamos todos entusiasmados en el mismo grado; pero sí que la mayoría nos habíamos contagiado recíprocamente de los anhelos solidarios que dinamizaban la región. De ahí que Comunismo Libertario fuera el vocablo mágico que nos galvanizaba a casi todos. Al ahondar en la problemática libertaria y explicar a los republicanos que ningún Estado podía garantizar la libertad ya que, como es fatal, el poder corrompe y quien tiene autoridad abusa de ella, asentían diciendo: «Es verdad, con ministros y gobernadores que mandan respaldados por la fuerza armada, nunca podrá haber libertad ni justicia."

Una discusión problemática

Para configurar mejor aquel cuadro, que lo vivíamos sin apenas tiempo para reflexionar, transcribiré una conversación bastante prolongada que sostuve con Pinillos -del Partido Comunista-, Francisco Galán, el capitán Sediles y un mecánico de Huesca que iba con ellos. Aquella discusión abrió ante mí el trasfondo de los hombres políticos sobre los que no me había detenido hasta entonces.

La cosa ocurrió así: el compañero Ramón Acín[2] -uno de los hombres más íntegros que he conocido- me escribió unas líneas pidiéndome que

2 - Ramón Acín, silenciado durante más de cuarenta años, ha sido rehabilitado

apenas hace ahora tres, en que sus obras -las pocas que han podido salvarse gracias a sus dos hijas, si bien de manera dispersa y aún gran parte en fase de bocetos, notas y proyectos- fueron expuestas en noviembre de 1982 en el Museo del Alto Aragón de Huesca, su entrañable ciudad natal.

Sería imposible recopilar en unas líneas la desbordante actividad desarrollada por Acín en tan diversos ámbitos: docente, literario, pictórico, escultórico y, sobre todo, político, por el que sufriría, a través de su corta vida, repetidos procesos, encarcelamientos, exilios y, finalmente, la muerte.

Como artista tuvo Acín una formación autodidacta, al margen de academias y escuelas hacia las que se mostró siempre reacio dado que el arte era para él un medio más entre otros de expresar su pensamiento libertario y dar fe de su compromiso sociopolítico. Lejos pues, de encasillar su actividad en una sola faceta, optó por la versatilidad artística, siendo éste precisamente -dicen los expertos- el aspecto más interesante de Acín, el que lo mismo escribe que pinta o esculpe, dando vida a una gran variedad de formas con los materiales más humildes -cartón, papel reutilizado, escayola, chapas metálicas, etc.- y poniendo de manifiesto su incomparable capacidad creadora. Desplegó al mismo tiempo, una encomiable labor investigadora sobre el arte del Pirineo oscense.

Es digna de tenerse en cuenta asimismo su obra gráfica, en la que Acín pone de manifiesto igualmente, a través de una amplia gama de registros, su visión de la realidad y su gran sensibilidad creadora.

Esto puede comprobarse -dice Manuel García Guatas- en la abundantísima producción de viñetas e ilustraciones que se hallan dispersas en la prensa nacional y aragonesa y que, junto con sus habituales colaboraciones literarias merecerían un estudio aparte.

Respecto a su vida docente, en 1916 es nombrado profesor interino de la Escuela Normal de Huesca, donde ejercerá en calidad de profesor numerario tan pronto ganó las oposiciones tres años más tarde. Sus clases se distinguieron por el respeto a la libre expresión que reinaba en ellas y por el .amor que Acín profesaba a sus alumnos, siendo determinante su conducta para la formación ética y social de algunos de ellos, los que, o bien simpatizaron con las corrientes libertarias o bien se identificaron con ellas como fue el caso de Viñuales.

En 1931, de vuelta de París a donde se había exilado tras el fracasado intento de Jaca en el que había participado, expone su obra pictórica en el Ateneo de Madrid, donde la crítica progresista fue unánime en reconocer su talento como pintor y escultor anticonvencional, y donde, llegado el acto de presentación, Acín puso de relieve con su ironía habitual cuál era el contenido de su compromiso político: «No he venido a Madrid para exponer -dijo- pues no merecía la molestia y los cuartos que ello supone. Como delegado al Congreso de la CNT he venido a representar a los Sindicatos del Alto Aragón. Con mi billete de delegado, junto al pijama y al cepillo de dientes, he facturado estas cosas de arte semiburgués».

Porque, si bien nacido en 1888 de una familia burguesa de corte provinciano, ello no impide el que, siendo aún muy joven, Acín ingrese en las filas de la Confederación Nacional del Trabajo, de cuya organización llegó a ser uno de sus más activos militantes:

acompañara al capitán Sediles y a Galán, en junio del 31, ya que iban de propaganda electoral y los habían apedreado en algunos pueblos. Se excusaba, conociendo mis opiniones, de que no me gustaría mucho andar con ellos, advirtiéndome al mismo tiempo de que no diéramos lugar a que se dijera que los cenetistas éramos inciviles y abusábamos de nuestra fuerza.

Yo había oído que en Ontiñena y en algún que otro pueblo no habían dejado hablar a aquellos hombres porque invocaban la revolución siendo militares; pero ante los ruegos de Acín los recibí y los presenté en Albalate, Belver, Zaidín, etc., no sin poner de relieve que aunque yo no estuviera de acuerdo con político alguno, que se les escuchara respetuosamente y que luego cada cual sacara las conclusiones que le parecieran oportunas.

Lo importante, sin embargo, no fueron sus discursos en los que invocaban el gesto de Fermín Galán y se mostraban fervientes partidarios de una democracia popular y revolucionaria, sino las discusiones que sostuvimos en el coche yendo de un pueblo a otro. Pinillos, que era quien llevaba la voz cantante, comenzó preguntándome con cierta ironía:

---

pronunció conferencias en pueblos y ciudades, colaboró en la prensa confederal y en otras publicaciones del Movimiento Libertario, elaboró valiosas ponencias y participó en diversos comicios regionales y nacionales.

Por causa de dichas actividades sería objeto no pocas veces de persecución y de encarcelamientos.

Pero la figura de Acín cautiva sobre todo por su sencillez y por la condición profundamente humana de su persona. Dicen que su casa, convertida en museo de curiosidades y de arte, estuvo abierta siempre a todo el mundo, fuere cual fuere la procedencia social o política de los visitantes. Desinteresado y fiel amigo de sus amigos, se cuenta de él que, habiéndole tocado en suerte un premio de la lotería y sabiendo que su paisano Buñuel carecía de medios para desarrollar un acariciado proyecto, Acín le dio el dinero y así pudo nacer el famoso film sobre las Hurdes extremeñas Tierra sin pan. Sin embargo, pese a la tolerancia, afecto y generosidad que derramó siempre a manos llenas, al romper el alba de un 6 de agosto de 1936, sería fusilado cuando tenía 40 años, frente a las tapias del cementerio de su querida ciudad natal; suerte que correría pocos días más tarde, dejando huérfanas a dos preciosas niñas, la fiel compañera y esposa de este ciudadano sin igual que fue nuestro entrañable y jamás olvidado Ramón Acín.

«¿Qué es lo que realmente queréis los anarquistas? Porque yo nunca he comprendido ese afán de libertad absoluta en la que cada uno puede hacer lo que le plazca. ¿Tú crees que ello es posible?»

«Según los matemáticos y muchos filósofos -le contesté- sólo puede resolverse un problema si está bien planteado, y lo que tú acabas de hacer es embrollarlo de antemano con dos preguntas que ya das por medio contestadas. En primer lugar he de decirte que yo no me considero anarquista, sino sindicalista libertario. Y no es que reniegue del anarquismo como ideal de libertad y de dignidad humana, sino que prefiero el apelativo sindicalista porque tiene un significado que coincide con mis aspiraciones. En segundo término querría aclararte que eso de hacer cada uno cuanto le viene en gana, podrá aplicarse a seres sin educación o a quienes poseen una autoridad absoluta; porque para todo aquel que se diga libertario ni puede haber absolutos ni sentirse en libertad mientras los demás ciudadanos no sean libres asimismo. La libertad, por tanto, no estriba en hacer cada uno lo que quiera, sino en ponerse de acuerdo mancomunadamente para realizar aquello que convenga a todos; lo que exige responsabilidad para saber comportarse de manera respetuosa y solidaria».

«Bueno -replicó Pinillos balbuceante- aun confesando que no estuve muy acertado en mis interrogantes, ¿crees de veras que es posible vivir sin autoridad y sin una organización estricta?»

«Vuelves a enmarañar el tema -insistí-: porque si bien he afirmado que se puede vivir sin represión, nunca he dicho ni lo dijo ningún libertario, que la organización fuera innecesaria. Lo que ocurre es que tú, como todos los que imitáis esquemas históricos del Estado, os habéis hecho la idea de que los hombres precisan de látigos y pastores. Ignoráis que cuando aquellos se liberan del poder opresor saben organizarse y vivir en régimen de apoyo mutuo; porque no hay hombres inferiores, sino circunstancias que realzan a unos y disminuyen a los más. Si aceptáramos pues, que todos somos potencialmente iguales, sin negligir la singularidad de cada uno, llegaríamos a la conclusión irrefutable de que todos los hombres de la Tierra podrían participar en igualdad de condiciones para dar solución a cuantos problemas, de alguna manera, a todos nos afectan. Pero ello

exige, naturalmente, igualdad de oportunidades para el desarrollo de esa potencialidad que nos hace idénticos y diferentes al mismo tiempo y que constituye, indudablemente, la mayor riqueza de nuestra especie. ¿Llegaremos a valorar algún día lo que el cultivo de ese patrimonio representa para dar satisfacción plena a las necesidades humanas? En igualdad de condiciones nadie aceptaría la imposición del otro, la identidad personal sería respetada y mediante el acuerdo de la mayoría libremente aceptado se daría respuesta a los graves problemas que nuestro mundo plantea, con mucho menos riesgo de equivocamos que si sólo unos pocos son quienes deciden; máxime cuando estos pocos miran a la mayoría con el desdén y menosprecio de quienes se consideran superiores y se adjudican ipso facto el derecho indiscutible de avasallar y dominar.»

Francisco Galán, que apenas había hablado, de pronto intervino diciendo: «No entiendo cómo puede afirmarse que todos somos iguales, que yo soy lo mismo que los números que tengo bajo mis órdenes y que es igual el inventor La Cierva, por ejemplo, que un campesino analfabeto».

Y antes de que pudiera contestar añadió Pinillos: «Ni somos naturalmente iguales ni sociedad alguna podrá existir jamás sin un Estado. ¿Quién ordenaría las concurrencias sociales, la economía y la cultura?, y ¿quién impediría que las gentes se mataran entre sí? Cierto que hemos de ir hacia una mayor justicia, a liquidar el capitalismo y al logro de una producción más abundante; pero todo eso ha de ser inteligentemente dirigido. En la misma naturaleza lo hallamos todo jerarquizado. ¿Es lo mismo el hígado que el cerebro y son iguales los dedos de la mano?»

El razonamiento de Galán estaba acorde con su pasado, puesto que había sido capitán de la Guardia Civil, y no me Produjo demasiada sorpresa. Dirigiéndome por tanto a Pinillos seguí diciendo: «Agradezco tus argumentos porque me permitirán demostrar mejor su fragilidad y cuanto la igualdad significa. Es cierto que en el cuerpo humano cada órgano tiene su función y que de la más perfecta sinergia entre ellos depende nuestra salud. El hígado no puede percibir estímulos inteligentes ni elaborar por tanto respuestas racionales; pero sin su labor ininterrumpida, la vida cesaría de inmediato y el cerebro desaparecería con el resto del organismo.

Hay pues, una especialización y una articulación biológica, pero en modo alguno superioridad de unos órganos sobre otros. Cada uno de nosotros es una unidad completa en la que las diferentes partes se coordinan para su normal funcionamiento.

»En cuanto a los dedos de la mano, la imagen que ellos nos sugieren es bastante elocuente: cada dedo es diferente por su fuerza y su tamaño; pero todos tan bien articulados que gracias a ello podemos coger los objetos, fabricar artilugios y hasta tañer melódicamente una guitarra. Luego del mismo modo que hay diferenciación de órganos y funciones pero no superioridad ni inferioridad entre ellos, no la hay entre los diferentes individuos de una sociedad; pues el que es calificado de superior lo mismo que el supuesto inferior nacieron con un cerebro semejante, provisto de unos diez mil millones de neuronas, y todos hubieran podido alcanzar su plenitud intelectual si desde la cuna hubieran gozado de idénticas oportunidades para cultivar y desarrollar el inapreciable potencial genético que cada uno de ellos llevaba al nacer. En eso estriba precisamente la igualdad y la fecunda diversidad que lleva implícita. Porque si gracias a la conjunción de las diferentes aptitudes de una minoría se ha conseguido la creación de técnicas que permiten al hombre una vida más holgada, ¿qué grado de desarrollo podrían haber alcanzado las artes y las ciencias para ponerlas al servicio de todos los humanos de haber sabido aprovechar los talentos y capacidad cooperadora de cuantos fueron dejados en estado de barbecho?»

Galán se cerró más en su mutismo, el capitán Sediles parecía seguir la conversación atento y reflexivo y Pinillos tomó de nuevo la palabra para decirme: «No puedo negar que cuanto acabas de exponer me parece lógico; aunque para mí sigue siendo mucho más clara la idea de que hay órganos superiores a otros. Pero dejemos el campo de las suposiciones, y dime: ¿Puedes mostrarme alguna sociedad que se desenvuelva sin autoridad?»

«Sí, la historia está llena de ejemplos: los esenios de Israel, las comunidades del cristianismo primitivo, las comunas aldeanas de la Edad Media y algunas de las culturas iletradas de América, Africa y Oceanía. Y es de sobra conocido que siempre que un grupo se ha liberado de la opresión

de los ejércitos y de los Estados, sus componentes se han organizado en comunidades igualitarias.»

«Tus ejemplos -me cortó Pinillos- están muy lejanos en el tiempo. Sería preciso que nos expusieras algunos casos más inmediatos y verificables. ¿No te parece?»

«Y además, que fueran verdaderos ejemplos de organización», añadió Galán.

«De acuerdo -asentí yo-. Aquí mismo, en Albalate, por la voluntad y la iniciativa casi unánime de la población hemos comprado el patrimonio del duque de Solferino. Y sin otra autoridad que la emanada de la Asamblea, hemos parcelado algo más de los dos tercios de dicho patrimonio repartiendo sus parcelas entre los campesinos que no tenían tierra o que poseían muy poca. Y hemos creado una cooperativa para explotar las 150 hectáreas restantes, a cuya partida van a trabajar los compañeros cuando el cuidado de su propia parcela les deja tiempo libre. Y he de decirte con gran satisfacción que no queda un pedazo de tierra sin laborar; que la administración la llevan gratuitamente compañeros del sindicato, y que no ha habido hasta aquí el menor conflicto ni queja.

»He de añadir que la organización para la compra y aprovechamiento de ese patrimonio cuyo origen feudal data de varios siglos, la componemos cerca de 300 familias; que hemos dedicado una parcela a la investigación para perfeccionar nuestra técnica agrícola; hemos adquirido asimismo máquinas modernas, convirtiendo en regadío zonas de secano; hemos organizado clases para la primera enseñanza, una biblioteca, un cuadro para el arte dramático y tenemos en perspectiva otras actividades para llenar el ocio de nuestros conciudadanos y elevar al mismo tiempo nuestro nivel cultural.

»Estamos realizando además la experiencia de una colectividad integral gracias a la buena disposición de mi padre -que nos ha hecho prestación de sus tierras- y a la voluntad decidida de 7 compañeros que nos hemos comprometido a cultivarla y a disponer de sus frutos mancomunadamente.

En esta colectividad, en la que no hay autoridad ni rígidos reglamentos pues todo se decide en Asamblea a medida que la necesidad de resolver un problema se presenta, no hemos tenido que enfrentarnos hasta ahora con verdaderos conflictos ya que, en realidad, por la vía del diálogo conseguimos llegar a un acuerdo siempre.

»Cierto que nuestra colectividad es reducida; pero ya empezamos a dinamizar desde ella la tecnología agrícola en beneficio de todos los vecinos del municipio.

»Por de pronto hemos introducido en el pueblo el primer tractor e iniciado el cultivo del arroz y del algodón; tenemos además una granja de cunicultura peletera y nos hemos propuesto mejorar la fruticultura, para lo que esta zona reúne condiciones climáticas muy favorables.

»Aún puedo poneros otro ejemplo de iniciativa popular no menos relevante. Pedimos los jóvenes que una de las parcelas del patrimonio ducal se nos reservara para subvenir a las necesidades del grupo cultural, lo que acordó por unanimidad la Asamblea del sindicato de parcelarías. Dicha parcela la laboramos los jóvenes algunos domingos por la mañana y da gusto ver a 15 o 20 pares arar las 2 hectáreas de tierra en muy pocas horas. El producto de la cosecha lo dedicamos íntegro a la compra de libros y materiales para nuestra escuela nocturna. ¿No son estos ejemplos una prueba fehaciente de la capacidad organizadora y solidaria del pueblo?»

«A mí todo eso me huele a cosa mística», sentenció Galán, desdeñoso.

Pinillos añadió: «A mi juicio son actividades más bien pequeño burguesas y que tienen poco eco en el mundo. ¿Qué influencia pueden ejercer en la revolución universal estas experiencias aisladas?»

Elevando un poco el tono yo repliqué al instante: «¿De actitudes pequeño burguesas calificáis el querer prescindir de la explotación y de la imposición humillante? En cuanto a la mística, ella está precisamente en esa credulidad que vosotros proyectáis unilateral y dogmáticamente y que desde vuestro gabinete pretendéis universalizar, cuando el camino de

la auténtica revolución, por el contrario, está en liberar a los hombres del burócrata dirígentista y enseñarles, por medio de la participación directa, a prescindir de líderes y de falsos pastores en la búsqueda de soluciones al sinnúmero de problemas que el vivir cotidiano les plantea.

»¿O acaso creéis que la revolución consiste en sustituir unos ejércitos por otros y el capitalismo burgués por el capitalismo de Estado, cuya actuación es más represiva y mancillante que la de aquel, según lo ha demostrado con crece;, la historia de los últimos decenios? Revolución sólo puede haber una: la libertaria; la que da a cada ser humano oportunidad para participar y hacerse hombre íntegramente, pues todo indica que mientras las normas sociales sean impuestas desde arriba, los pueblos permanecerán sometidos y la injusticia seguirá imperando; porque el que manda, no se conforma con la estúpida satisfacción que hincha su vanidad, sino que ambiciona también otros muchos privilegios y esto, creo yo, debería haceros reflexionar antes de aferraras a esquemas jerárquicos por los que unos individuos supuestamente superiores se llenan de orgullo y se transforman en tiranos».

Sediles se decidió por fin a hablar para decir: «No te enfades hombre. Tal vez tengas razón; aunque yo no acierto a comprender del todo tus argumentos. Tendría que meditados más».

Pinillos balbuceó algunas palabras y Galán estaba visiblemente disgustado; pero habíamos llegado de nuevo a Albalate y me despedí de ellos repitiendo: «Revolución sólo puede haber una: la que ponga a todos los hombres en igualdad de oportunidades para trabajar con alegría, repartir con equidad el fruto de su esfuerzo y gozar plenamente de su derecho inalienable al ocio y a la cultura».

El auto partió y yo me quedé insatisfecho y pensando en voz alta... «¿Por qué se llamarán revolucionarios esos demagogos egocéntricos que aspiran al poder? Sólo el pueblo que trabaja puede estar un día en condiciones de hacer la revolución que ha de liberarnos a todos aboliendo clases y privilegios. Pero ello será cuando el pueblo haya podido beneficiarse durante algún tiempo de una educación auténticamente libertaria».

No tardaron mucho los trabajadores españoles en dar una respuesta constructiva a quienes tienen miedo a la libertad y desconfían de la capacidad organizativa del pueblo. Cierto que fueron momentos difíciles para todos, si bien no estará de más señalar que la provocación que dio paso a los hechos revolucionarios salió de las jerarquías dominantes, reacias como siempre a perder sus seculares privilegios. En lo que respecta al pueblo trabajador éste no hizo sino asumir con decisión inquebrantable la responsabilidad histórica que en virtud de unos hechos ajenos a su voluntad se le echaba encima. Es decir, para los trabajadores, el momento había llegado de llevar a la práctica en la medida de lo posible los ideales de solidaridad y de justicia que desde hacía algunos años venían acariciando con sentimiento profundo. Y esto fue así porque gracias en gran parte a la información que con tanta perseverancia los hombres del Movimiento Libertario venían difundiendo a través de sus sindicatos, ateneos, organizaciones juveniles y de mujeres, etc., el levantamiento militar no cogió desprevenidos a los trabajadores, cuya actitud vigilante predisponiéndolos a la defensa inmediata y a la estructuración de una sociedad libre y solidaria en la primera oportunidad, se puso bien de manifiesto el mismo 18 de julio, cuando las tropas y las agrupaciones fascistas se echaron a la calle para suprimir las libertades democráticas y los trabajadores salieron al paso con impulso arrollador barriéndoles el camino. Verdad es que no en toda España ocurrió lo mismo. Y es cierto también que no todas las comarcas se habían beneficiado de una labor informadora tan intensa como en Aragón, Cataluña y Levante por ejemplo; pero puede afirmarse, sin embargo, que la voluntad popular fue decisiva allí donde los oprimidos habían logrado configurar una conciencia liberadora y se hallaban motivados por una dinámica autogestionaria y por la práctica de una solidaridad efectiva en el seno de sus propias organizaciones.

La experiencia histórica del proceso revolucionario español en 1936 nos dice de una manera incontrovertible que no puede haber verdadero cambio social sin la participación directa de los trabajadores. Un gobierno decretará cuanto le plazca; pero ni los decretos pueden cambiar hasta su raíz las estructuras ni mucho menos la mentalidad de las gentes. De modo que, no solamente se hace necesaria la intervención del pueblo, sino de todo punto indispensable una previa información y educación

de ese pueblo para que pueda ser él mismo quien protagonice y oriente la revolución genuinamente solidaria. Esto quedó bien probado en las realizaciones transformadoras que vamos a exponer en las páginas que siguen.

En las industrias y poblaciones donde había hombres consciente y humanamente preparados, capaces de dinamizar la vida cívica y económica desde el primer instante, la colectividad se desenvolvió con una eficacia ejemplar, mientras que allí donde esos hombres faltaron, su desarrollo fue vacilante y a veces confuso, hasta el punto de tener que ir algún compañero de otro lugar a prestar ayuda, lo que no siempre fue bien acogido ni dio los resultados que se esperaban. Esto debería servir de lección para las organizaciones de acción directa que pretenden sustituir la sociedad represiva y explotadora por otra de libertad y justicia, y que por eso mismo caerían en flagrante contradicción si pretendieran hacer el cambio careciendo de hombres que pudieran garantizar la buena marcha de la colectividad tanto por su competencia técnica en el área productiva, distributiva y de los servicios como, en una perspectiva ética, por su capacidad solidaria y su conducta intachable. Como ello sólo se adquiere mediante una información adecuada y, a la par, practicando la solidaridad en el seno y fuera del grupo -lo que hace a los hombres menos egoístas y más sensibles a las necesidades de los otros- fácil es comprender que la primera tarea y la más importante que a dichas organizaciones incumbe es, sin lugar a dudas, una tarea de carácter pedagógico.

En el ámbito del campesinado aragonés pudimos constatar con toda evidencia los ubérrimos resultados de esa labor previa, no obstante adolecer de haber sido bastante elemental en virtud de que no hubo tiempo ni medios suficientes y no pudo desarrollarse con la sistematización y hondura que exige un proyecto auténticamente revolucionario. Pero hemos de proclamar muy alto, por si ello puede servir de ejemplo, que cuanto de constructivo se hizo fue promovido por el impulso de una organización de trabajadores del campo y de la industria: la CNT. Aquella Federación Aragonesa, que supo fundir las aspiraciones reivindicativas con una exigencia ética y unos propósitos de mutación social, dio a los pequeños

propietarios del campo, tan explotados como sus compañeros jornaleros, una perspectiva de afirmación personal y de emancipación colectiva. Y esa proyección, que concertaba los intereses complejos del individuo con las múltiples exigencias sociales, sensibilizó a los compañeros hacia metas de liberación, de justicia y de superación humana. En casi todas las naciones industrializadas, el sindicalismo campesino no ha existido o a lo más ha sido una minoría reivindicativa en zonas latifundistas o de gran especialidad hortícola. ¿Por qué fue diferente en España?

Porque la proyección social de la CNT llegaba al fondo de la sensibilidad humana tanto del campesino como del obrero industrial, y vigorizaba la solidaridad entre ellos. Esa fue la causa que determinó la respuesta casi unánime de los trabajadores españoles cuando las clases dominantes de la nación se sublevaron, más que contra la República, para aplastar los anhelos revolucionarios de la clase trabajadora.

La colectivización

Se ha hablado y escrito en todos los tonos de aquella experiencia de autogestión; aunque lamentablemente, lo han hecho más los estudiosos -historiadores, sociólogos y politicólogos- que los protagonistas de los hechos. A nadie puede culparse de ello si no es a nosotros mismos, actores de aquella espontánea epopeya. No obstante, como las acusaciones sirven de poco y la resonancia de aquellos ensayos sigue alentando el pensamiento de los hombres interesados en la prospectiva sociológica, debemos explicar claramente el desenvolvimiento colectivista de Aragón y desmentir algunas informaciones erróneas, más o menos interesadas, que han circulado acerca de esta interesante experiencia que fue altamente positiva pese a las imperfecciones de que, como toda obra humana, pudiera adolecer.

No faltan los sectarios ignorantes que niegan incluso la existencia de tales colectividades; pero los más interesados en desprestigiarlas suelen afirmar que se constituyeron bajo la presión violenta de las columnas confederales y que se mantuvieron luego por la coerción constante de una «dictadura libertaria». Parece imposible que haya quienes, ante una realización tan ejemplar y aleccionadora, se dediquen a falsear los hechos en lugar de esforzarse en conocer su desarrollo, sus éxitos y sus deficiencias. Esa debería ser la actitud lógica de quienes sienten la inquietud de penetrar en los fenómenos sociales, tanto más si éstos ofrecen perspectivas revolucionarias orientadas y sostenidas por el pueblo. Por eso, considero imprescindible que quien hable de estas colectividades sea quien las ha conocido a fondo.

Yo que he vivido en Aragón durante la existencia de las colectividades, he podido constatar que, salvo algunos pueblos en los que se mantuvo el frente durante algún tiempo, en ninguna parte hubo imposición, ni los milicianos fueron por la retaguardia a organizar colectividades ni institución social alguna.

Dos aspectos de diferente orden, aunque de imperativo simultáneo, impedían que las milicias se dedicaran a organizar, y menos a imponer el colectivismo. El primero era de carácter estratégico. En los principios de la guerra unos treinta mil hombres tuvieron que cerrar el paso a los fascistas de Zaragoza y formar una línea defensiva de más de trescientos kilómetros. Unidos a las incipientes columnas que se habían formado en Aragón, los

voluntarios catalanes, sin cuya ayuda la experiencia que narramos no hubiera sido posible, tuvieron que empujar a los destacamentos militares, guardias civiles y paisanos, hasta lo que fue luego trinchera, más o menos móvil, durante casi dos años. ¿Cómo podían, ante tal exigencia, dispersarse por los pueblos?[3]

El otro aspecto, de índole sociológica, es aún más contundente para demostrar la imposibilidad de organizar colectividades desde fuera. Si una centuria, por ejemplo, hubiera ido a un pueblo y obligado a sus habitantes a construir una colectividad, al marcharse, aquella estructura impuesta se habría disuelto por una mengua de interés de quienes habían actuado a la fuerza y porque tampoco hubiera habido en el pueblo quienes estuvieran en condiciones de animar y administrar la colectividad.

La lucha en el frente era para los antifascistas una cuestión de vida o muerte que exigía todos sus esfuerzos. Organizar y sostener, al mismo tiempo, casi seiscientas colectividades sólo fue posible gracias al compromiso voluntario y consciente de una población que amaba la justicia y estaba bien dispuesta para la colectividad. ¿Cómo habrían podido las milicias sostener desde el frente una organización cuya dinámica partía de sus asambleas, ya que todo se dirimía en ellas por la libre participación de sus afiliados?

Basar en un hecho de fuerza un fenómeno social que reclama de los hombres una concienciación y una capacidad solidaria a toda prueba es buscar tres colas al gato y obstinarse en tejer un velo alrededor de una de las experiencias sociales más constructivas de nuestra historia.

Constitución y desenvolvimiento de una colectividad

Situémonos en una población mediana, bien comunicada que habría de ser luego centro de una de las comarcales más voluminosas y activas: Binéfar.

3 - Debo señalar a este propósito que la 27 División «Carlos Marx» y la 30 División «Macià-Companys», que operaban en ese frente, eran francamente enemigas de la colectivización como veremos luego.

Una vez los hombres :a la CNT, con la ayuda de algunos republicanos, hubieron vencido a los sublevados fascistas y sustituido el Ayuntamiento por el Comité Revolucionario, convocaron al pueblo para explicarle la situación y plantear la necesidad de constituir una colectividad. El propósito dice bien elocuentemente que la idea del colectivismo estaba clara en la mente de los agricultores de la región. Lo más significativo es que cuanto ocurrió en Binéfar ocurrió simultáneamente en todo el Aragón liberado, con ligeras diferencias de tiempo y circunstancias. Tanto es así que a medida que las milicias avanzaban hacia Zaragoza, en los pueblos liberados en los que se derrumbaba el sistema político tradicional, las poblaciones creaban un nuevo sistema social que tendía a ser colectivista.

Volviendo a Binéfar, ya el pueblo reunido, los miembros del Comité se dirigieron a los vecinos con éstos o parecidos términos:

«Compañeros, después de las angustiosas horas transcurridas, los enemigos han sido vencidos y ahora comienza para todos una sociedad nueva. Se acabaron la tiranía, la explotación y la miseria. Pero desde este instante tenemos que organizarlo todo: el trabajo, la distribución, el desenvolvimiento pacífico del pueblo y una más solidaria convivencia. Ello sería mucho más fácil si hubiéramos ganado en toda España, pero como no ha sido así, y estamos empeñados en una guerra, hemos de producir también para ayudar a los frentes. Esta circunstancia y nuestro afán de terminar de una vez con el asalariado y con las clases, nos lleva a proponeros que, con las tierras de los grandes propietarios que han huido y las que tenemos muchos de nosotros, formemos un patrimonio colectivo que trabajaremos conjuntamente. De ese modo, además de practicar el apoyo mutuo y acabar para sIempre con la división entre pobres y ricos, utilizaremos mejor las máquinas y los animales que poseemos entre todos y el rendimiento será mayor con el mismo o menor esfuerzo. Ahora bien, si esa colectividad pretendemos que sea para todo el pueblo, lo hemos de acordar entre todos y, como es natural, discutir previamente los pros y contras que cada uno vea en la nueva organización. Así pues, vosotros tenéis la palabra y rogamos a cada uno que exprese lo que piensa sin temor ni coacción alguna.»

Como es lógico, tan nuevo planteamiento provocó una discusión viva y prolongada, y, si bien la mayoría se manifestaron de acuerdo con la colectividad, no faltaron opiniones recelosas, y algunas, incluso resueltamente opuestas. Por fin, el compañero que presidía, dijo para cerrar la asamblea:

«Conocida la opinión de cuantos han querido expresarse y como la decisión es de gran importancia, pensamos que será mejor dejar que cada familia reflexione serenamente y que, durante dos o tres días, pase cada cabeza de familia por el Comité Revolucionario a decir si está de acuerdo o no en formar parte de la colectividad. Queda bien claro, sin embargo, que a partir de este momento no habrá asalariados y que aquellos que no quieran entrar en la colectividad podrán trabajar sus tierras; pero sólo las que puedan llevar con su familia, ya que si tienen más de las que puedan cultivar, el resto les serán requisadas. Cada uno es libre de hacer lo que quiera; pero la guerra y la justicia social exigen que los campos produzcan y no permitiremos que haya fincas sin cultivar.»

Tres días después casi el ochenta por ciento de la población se había colectivizado y el veinte por ciento restante -pequeños propietarios y artesanos- habían quedado al margen, aferrados a la tradición, a su parcela y a su autonomía que sólo dificultades y una tarea más penosa podía acarrearles. Hay que decir, no obstante, que ello no supuso obstáculo alguno para la revolución, porque produjeron intensamente y contribuyeron a los gastos bélicos como las colectividades, de modo proporcional. Por otra parte, al ser controlados producción y consumo por las cooperativas -de las que hablaremos luego- se estableció en el terreno económico una simbiosis satisfactoria entre los individualistas y los colectivistas.

Constituida la colectividad de Binéfar, se nombró su Comité en la primera asamblea, cuyos componentes eran Viñau, Ric, los hermanos Gibanel, Dámaso, Español y alguno más. A continuación se dividió el término agrario en ocho partidas y se nombró un delegado para cada uno de los ocho equipos que iban a cultivadas autogestionariamente. Los delegados trabajaban habitualmente como los demás y, recogiendo el criterio de sus compañeros, llevaban cada noche al Comité una relación de las

necesidades, ruegos y preguntas que surgían en su equipo. De ese modo, todos estaban al corriente de la marcha de los trabajos y de cuanto sucedía en cualquier parte.

Como en todas las partidas no se cultivaba lo mismo, ocurría a menudo que en una de ellas fuera urgente plantar remolacha, por ejemplo, labor que debe realizarse de manera rápida. Entonces, algunos hombres de cada uno de los otros equipos iban a atender a la faena más apremiante y se efectuaba en menos de la mitad del tiempo que hubiera costado sin esa cooperación. En otro momento, era el equipo de recogida de alfalfa quien precisaba ayuda, prestándosela los otros equipos. Era así como, no solamente en Binéfar sino en todo Aragón, el apoyo mutuo más espontáneo y racional se practicaba sin autoridad ni burocracia.

En Binéfar no sólo estaba el trabajo del campo, sino que había una fundición de piezas metálicas, una fábrica de harina, talleres de reparación, carpinterías y algunas pequeñas industrias. Todas esas especialidades se colectivizaron asimismo, y aun cuando conservaron su autonomía profesional y nombraron sus delegados al Comité, formaban parte de la colectividad campesina. Entre artesanos y campesinos se practicaba también la ayuda mutua. En invierno, cuando los trabajos del campo exigen menos asiduidad, algunos campesinos cooperaban con albañiles y otros artesanos en tareas útiles, mientras que en la época de la recolección, albañiles, carpinteros, sastres y hombres de otros oficios ayudaban a los compañeros del campo para que una tormenta u otro riesgo no estropeara la cosecha. Como se tenía conciencia de que todo era de todos, el apoyo mutuo se practicaba con la mayor naturalidad.

Dada la situación de guerra y el cambio de estructura social que había sufrido la propiedad, la primera exigencia era organizar la producción; pero no se descuidó el cúmulo de necesidades de los habitantes: se montó y reguló la cooperativa reuniendo los comercios antes dispersos, se abrieron las escuelas a las que se les dio una tónica de libertad antes desconocida, se formó una biblioteca con salas de lectura y clases para jóvenes y adultos, se organizaron el cine y el teatro del pueblo y la cooperación alegre de los vecinos fue creando un clima de comunicación y de confianza que

comenzó a eliminar los egoísmos y suspicacias arraigadas en las costumbres por la ignorancia y la tradición discriminatoria.

Todo en la colectividad era planeado y realizado según lo acordado en las asambleas que sus componentes celebraban con la debida frecuencia -en algunos pueblos semanalmente, en otros todos los días o cuando el momento lo reclamaba- y en ellas cada colectivista podía criticar cuanto le pareciera inconveniente, así como aportar nuevas iniciativas para mejorar la convivencia. Es decir, que por primera vez, en los tiempos modernos al menos, el pueblo tenía la palabra y participaba directamente en todos los asuntos que afectaban a la vida colectiva y, naturalmente, a la suya propia.

En esas condiciones, y admitiendo el hecho, bien conocido hoy por cuantos han investigado a fondo, de que al lado de las colectividades agrarias algunos pequeños propietarios siguieron explotando individualmente sus tierras, ¿cómo explicaríamos la coexistencia de ambos regímenes en cada uno de los pueblos del Aragón liberado? ¿Qué se esconde tras esa malversación de los hechos por quienes atribuyen al régimen colectivista aragonés un carácter impositivo y violento? Porque está claro que si imposición hubiera habido, no hubiera quedado un sólo propietario fuera de la colectividad ni hoy podríamos hablar aquí de comunismo libertario como estructura sociológica no sólo imaginada sino experimentada y vivida responsablemente por los pueblos de Aragón durante los 19 meses que discurrieron hasta la caída de toda la región en manos de los fascistas. No pretendemos que todo fuera perfecto y que actitudes censurables no surgieran en alguna parte; pero generalmente y en lo que respecta a los individualistas, nunca fueron molestados ni se les consideró ciudadanos de segunda.

Quiero poner de relieve que esa convivencia basada en la tolerancia y cuyo alcance sociológico no ha sido suficientemente valorado por quienes vienen interesándose en el tema, fue posible gracias al elevado concepto que los hombres del Movimiento Libertario tenían de la libertad y del respeto a la persona humana. De otro modo, si el colectivismo de Aragón, dado que era mayoritario, hubiera caído en la tentación de imponerse, su perspectiva hubiera dejado de ser libertaria para convertirse en un

proyecto inconfundiblemente marxista. Comprenderá el lector que para ese viaje no hacían falta alforjas; ya que para nosotros, hombres amantes de la libertad y de la solidaridad, como testimonio nos bastaba y sobraba el modelo des humanizado que desde octubre del año 1917 venía imperando en la Unión Soviética y más tarde en los países satélites.

Es verdad que nadie hasta Marx supo hacer un análisis del capitalismo tan minuciosa y sistemáticamente; pero a cambio, ¿qué alternativas nos ha ofrecido el marxismo para sacar a los trabajadores de esta situación que los despersonaliza y aliena?: la dictadura, que aunque del «proletariado» y ser proyectada con carácter «provisional», se convierte, como ya nadie ignora, en un aparato de poder irreductible. y ello es así porque las estructuras jerárquicas del Estado marxista, como además del poder militar y político gozan del poder económico -que usurpan a los trabajadores cuando al proclamar la propiedad «colectiva» se adueñan de todos los medios de producción y de administración de los servicios- dejan al pueblo trabajador completamente desarmado frente a los abusos de una burocracia cada vez más corrupta que, proliferando desmesuradamente como las células de un tumor canceroso, acaba por ahogar con sus tentáculos el dinamismo y las ilusiones de todo un pueblo.

¿Cuál iba a ser pues, la actitud de los trabajadores en los aciagos momentos que España vivía? Dejar en pie al capitalismo era seguir manteniendo el sistema de libertad que los capitalistas proclaman: libertad de trabajo -dicen. libertad de empresa, de iniciativa, etc. Pero, ¿qué representan esas libertades para quienes han de vender sus brazos a cualquier precio si quieren seguir comiendo? Pura falacia; pues libertad sí, mas para explotar a los obreros después de haberles usurpado por la fuerza los medios de producción y para aprovecharse «libremente» de su esfuerzo. Era absurdo por tanto pretender que el pueblo trabajador, mientras sus hombres morían en el frente de guerra, se resignara impasible a seguir manteniendo esas mismas estructuras dominantes que no satisfechas con explotarlo lo habían arrastrado a una catástrofe bélica y que dejara para las calendas griegas la estructuración de una sociedad más justa y solidaria.

De ahí que, por voluntad expresa de una mayoría, en casi todos los municipios de Aragón, tras convocar una asamblea general donde los vecinos fueron informados del proyecto, los trabajadores abolieran el asalariado, proclamaran la propiedad colectiva de los medios de producción -tierras de latifundio, fábricas y grandes talleres- dieran libertad de opción a los pequeños propietarios y organizaran los servicios de manera autogestionaria.

¿Por qué el respeto a la pequeña propiedad privada? Porque el pequeño propietario era un trabajador que ponía a contribución todo su esfuerzo para extraer de su parcela el máximo rendimiento, y esto sin que explotara a nadie ni pudiera especular con sus productos dado que la economía de libre mercado había sido sustituida por una economía socializada. Por otra parte, además de lo que en sí representa el hecho de no cometer acciones violentas -la violencia es siempre nefasta- esa actitud de los colectivistas frente al pequeño propietario propiciaría los estímulos para lograr una convivencia satisfactoria y llegar por el vehículo del diálogo al mejor entendimiento frente a la necesidad de racionalizar la producción y la distribución como exigencia de una situación de guerra.

Los propulsores de la nueva estructura estaban más que convencidos de las virtudes del colectivismo y de las satisfacciones y ventajas que de él se desprenden. Por ejemplo: la solidaridad, principio fundamental sobre el que se apoya todo el edificio, se hace patente de manera efectiva por la ayuda que los equipos y los hombres se prestan entre sí. La bondad de esta ayuda, que es practicada en todo momento, se hace más evidente si cabe cuando el colectivista cae enfermo; pues esto que en la economía individualista puede suponer la ruina familiar o, en el mejor de los casos, un trastorno serio, en la colectividad, donde la ausencia de dos brazos es cubierta ipso facto por la actividad de otros muchos, toda la atención puede ir orientada hacia los cuidados para con el enfermo, sin que otras preocupaciones u obligaciones pesen lo más mínimo sobre el ánimo de sus familiares y amigos. Otra ventaja entre las muchas que podrían enumerarse es la de que en una economía colectivizada, el coste de las máquinas y otras herramientas de trabajo son amortizadas con mayor rapidez puesto que están destinadas al laboreo de mayores superficies de

tierra. Y ese mejor aprovechamiento del material de trabajo puede aplicarse también para cuantas innovaciones técnicas u otros conocimientos se hayan introducido para mejorar el desenvolvimiento colectivo. Pero esas ventajas y otras muchas no podían imponerse por la fuerza. Era sobre la marcha como tenían que descubrirlas los más reacios hasta hacerlas suyas realmente por decisión propia, responsable y libremente asumida. Los colectivistas tenían clara conciencia de ello y fueron consecuentes con el principio de libertad que defendían.

Habían comprendido que el hombre es un ente pluridimensional y celoso de su autonomía; que forzarlo a tomar ésta u otra postura, ni es ético ni conduce a nada positivo, y que el mejor método para hacerlo entrar por los cauces de la comprensión y de la ayuda mutua lo constituía la información sobre el terreno y el ejemplo de la praxis solidaria en el bregar de cada día. Frente pues, a la disyuntiva: capitalismo hipócrita y explotador o marxismo inhumano y despótico, los campesinos aragoneses optaron por una tercera vía: la autogestión. Y ella fue la dinámica de aquellas colectividades; que no obstante representar la mayoría en la región y tener en sus manos los resortes del poder político y económico, supieron respetar y considerar a los individualistas y hacer posible, mediante la cooperativa -órgano de interrelación para los intercambios económicos- la abolición de la economía de libre mercado, acabando así con la usura capitalista pero no cayendo en la arrogancia de la tiranía, sino discurriendo por cauces de tolerancia y de recíproca solidaridad.

Incuestionablemente, esa praxis respetuosa y humana del colectivismo aragonés coincide con las constantes del hombre, quien rechaza la obediencia a normas rígidas y a programas inamovibles establecidos de una vez. por todas. Por eso precisamente, la colectividad, al ser ordenada por sus asambleas y permanecer abierta a todas las innovaciones es la única estructura dinámica que puede dar satisfacción plena a los individuos y al grupo. Volcada asimismo hacia fuera para hacer partícipe de sus progresos a todos los vecinos del municipio, es necesario destacar que, juntos aunque desde perspectivas diferentes, individualistas y colectivistas iban estructurando una sociedad móvil, abierta al progreso y susceptibles de corregir cuantas imperfecciones se descubrieran sobre la marcha.

Esa fue en líneas generales la experiencia colectivizadota de los campesinos aragoneses y que habrá de servir de ejemplo a muchos trabajadores y sociólogos si de veras queremos liberar a los hombres de expoliaciones y tiranías y dar a los pueblos la seguridad económica, la paz y la alegría con las que vienen soñando desde tiempos inmemoriales.

CAPÍTULO 2

La cooperativa del pueblo

Aunque son las colectividades el principal objeto de este estudio, conviene prestar especial atención a la cooperativa; pues fue esta institución la que permitió coordinar, de la manera más igualitaria posible, las relaciones económicas entre todos los habitantes de la población. Como el comercio especulativo se había abolido en Aragón, todo el pueblo, tanto los miembros de la colectividad como los que no pertenecían a ella, acudían a la cooperativa para proveerse de cuanto necesitaban, ya fuesen artículos alimenticios así como prendas de vestir, calzado, artículos caseros o semillas, abonos, herbicidas u otros para el campo; al mismo tiempo que depositaban en ella los frutos sobrantes de sus cosechas.

Lamentablemente, este modelo ejemplar de la cooperativa autogestionada por todo el pueblo, ha sido poco estudiado pese a que fue uno de los organismos más valiosos en aquellos momentos; pues facilitó el paso a una economía socializada sin dañar los intereses de nadie y sí, por el contrario, sirvió de nexo de relación que fomentó la amistad y la ayuda mutua en muchas ocasiones.

Es preciso señalar que en algunas localidades -muy pocas- donde el 100 % de la población pertenecía a la colectividad, era ésta la que controlaba y dirigía la producción, la distribución y cuanto tenía relación con el desenvolvimiento económico del municipio. En otros pueblos, donde eran colectivistas el 50, 60 u 80% de los vecinos, se creó la cooperativa para que unos y otros pudieran proveerse de cuanto necesitaban; y esto en igualdad de condiciones de acuerdo con las normas establecidas en cada localidad. La cooperativa funcionaba, lo mismo que la colectividad, en régimen de asambleas, en las que todos los vecinos gozaban de la misma oportunidad para intervenir, siendo éste el mejor ejemplo de la libertad de acción que existía sin que se hiciera discriminación de tipo alguno.

También hay que decir, para situar a cada cual en el lugar que le corresponde, que si bien en las entregas de víveres para los frentes los individualistas participaban con su ayuda, no contribuyeron en cambio en muchas de las innovaciones que se llevaron a cabo, como la instalación de la corriente eléctrica en varias poblaciones y el teléfono en otras, mejoras que hicieron las colectividades por su cuenta, sin pedir nada al

resto de los vecinos aunque de esos servicios se beneficiara luego todo el pueblo. Del mismo modo, cuando en Binéfar, por iniciativa de las colectividades y con la contribución de la comarca se montó un hospital, se hizo sin que los individualistas aportaran su ayuda y, sin embargo, en cuanto éstos tuvieron necesidad de sus servicios fueron asistidos con el mismo celo que lo fueron otros enfermos miembros de las colectividades. Este hecho por si sólo, ejemplo de solidaridad hasta con los mismos detractores, pone bien de manifiesto: .los sentimientos de comprensión y de tolerancia que inspiraban generalmente al proyecto colectivista y, al mismo tiempo la falsedad de la campaña difamatoria que se desencadenó contra él apoyándose en criterios que estuvieron muy lejos de ser objetivos y desinteresados.

Mas volvamos a la cooperativa como organismo que en la zona y período que nos ocupan, hizo su eclosión en casi todos los pueblos gracias a los colectivistas, quienes pusieron a prueba su iniciativa para llevar a cabo idóneamente los reajustes económicos que el momento exigía. Porque si bien es verdad que en Aragón hubo cooperativas desde antiguo, especialmente para el consumo, éstas fueron siempre de escasa importancia y sobrevivieron poco tiempo. Es al estallar la guerra civil y abolirse el comercio especulativo por iniciativa de las colectividades cuando su necesidad fue vivamente sentida por todos -individualistas y colectivistas frente al imperativo de articular los intercambios económicos dentro y fuera de la región de forma que permitiera correctamente la previsión y control de cualquier operación especulativa o fraudulenta.

Es importante señalar que si bien fueron los colectivistas, como ya se ha dicho, quienes sugirieron y dinamizaron la cooperativa, una vez creado este organismo, todo cuanto incumbiera en adelante a su funcionamiento sería obra de sus componentes reunidos en sus asambleas, en las que todos tendrían la palabra sin que hubiera lugar a discriminaciones y en las que se elegirían los hombres o mujeres para la Junta Administrativa; elección que podía recaer, y de hecho recayó muchas veces, sobre individuos que no pertenecían a la colectividad.

Estaba también en la mente de los colectivistas el proyecto de federar las cooperativas para poder disponer de una Federación Regional, órgano coordinador por excelencia, según ellos, para orientar debidamente la economía de la región. Pero no hubo tiempo para ello y de ahí que, mientras tanto, fuera la Federación Regional de Colectividades la que asumiera responsablemente dicha tarea. La función de la cooperativa se redujo pues, al ámbito estrictamente local, siendo su principal objetivo el ordenamiento económico de la localidad respectiva y utilizando para ello el procedimiento siguiente:

La cooperativa disponía, para cada familia, de una cuenta abierta, en la que se consignaban rigurosamente todas las transacciones que se iban realizando al correr de los días entre ambas entidades. Al mismo tiempo, esas operaciones eran registradas en una libreta preparada al efecto que quedaría siempre en poder de su titular. Y así como cada familia individualista disponía de esta cuenta abierta, las familias colectivizadas fueron englobadas en una sola cuenta con su correspondiente libreta. Es decir que para los efectos del ordenamiento económico, la colectividad representaba para la cooperativa una unidad familiar, cuya única diferencia respecto a las otras era la de ser mucho más numerosa y sus transacciones, por tanto, de mayor volumen.

Mediante ese registro de entradas y salidas podía conocerse en todo momento el saldo, positivo o negativo, de cada entidad familiar y, a la vez, su capacidad productiva y de consumo de cara a la planificación más racional tan pronto fuera necesario o se considerara oportuno. Ya se tratara pues, de planificar cultivos, regular los intercambios y desarrollar la riqueza pecuaria o de organizar a prorrata el envío de víveres al frente, se podían conocer rápidamente las posibilidades de cada familia -incluida como tal la colectividad y establecer los criterios de mayor justicia.

Pero a todas estas posibilidades habría que añadir otras que no son de menor importancia para una sociedad que quiere abrirse a la libertad por la solidaridad y la actitud de mayor respeto entre los miembros que la componen; pues con ser tan útil la cooperativa para el desenvolvimiento económico, lo fue mucho más como escuela de aprendizaje de la

convivencia; ya que gracias al imperativo de los intercambios económicos que reunía en su seno a colectivistas e individualistas, ambos sectores confluyeron en sus asambleas, donde por conducto del diálogo pudieron conocerse mejor y abrir cauces inéditos a la cooperación solidaria. Tanto es así que, como pudo demostrarse allí donde los pueblos se organizaron mejor, se fueron creando en torno a la cooperativa vínculos de confianza y de amistad que eliminaban distancias y resquemores; sacudiéndose unos y otros el viejo lastre de las apasionadas luchas políticas que, analizadas a fondo, carecían realmente de fundamento a los ojos, más críticos que otrora, de aquellos trabajadores aragoneses.

Queda demostrado que las cooperativas sirvieron de vinculo entre los vecinos de cada municipio, y que gracias a ellas los individualistas contribuyeron a la construcción de una economía socializada sin que su independencia representara para ello ningún obstáculo; ya que al no poder comprar tierras, ni especular con sus productos, era imposible acumular riquezas ni explotar a nadie.

El apoyo mutuo se hizo evidente de muchas maneras. Entre individualistas por ejemplo, ayudándose en las faenas del campo, prestándose animales de labor, poseyendo en común algunas máquinas, como desgranadoras de maíz, molinos, limpiadoras de trigo, etc., y otras veces entre ellos y la colectividad cooperando en la realización de importantes trabajos, como arreglar caminos, limpiar acequias, construir defensas en los ríos, hacer remiendos en las escuelas. Tampoco faltaron los que veían con admiración el desenvolvimiento de la colectividad y que hubieran terminado por ingresar en ella, y si más de dos no lo hicieron fue, según confesión directa que yo mismo pude oír, por fidelidad a determinados partidos que les aconsejaban no mezclarse con los revolucionarios de la CNT.

Pero en materia de solidaridad, los colectivistas quisieron ir más lejos, federando las colectividades hasta constituir la Federación Regional -órgano coordinador de todo el movimiento colectivista de la región- para poder hacer extensiva la ayuda a todas las comarcas necesitadas. De ese modo quedaba estructurado el Comunismo Libertario que muchos de ellos venían preconizando y que les permitiría, respetando la libertad de los

pequeños propietarios para que optaran por el régimen de su preferencia, impedir que resucitara el asalariado y con él la división de la sociedad en clases y la injusticia, y al mismo tiempo acabar con la especulación del libre mercado, evitando así la inflación, de la que no escaparon, como todo el mundo sabe, el resto de las regiones españolas.

Pese pues, al forcejeo que algunos políticos ambiciosos, el Partido Comunista y el mismo Gobierno venían haciendo mancomunadamente contra las colectividades, en Aragón éstas permanecieron en pie hasta el momento de la derrota final y llevaron con buen pulso el timón de la economía; pues como ya se ha dicho, por no haber podido federarse aún las cooperativas, los intercambios económicos extraregionales, ya fuera con la Generalidad de Cataluña, con las colectividades industriales de dicha región o con las del campesinado de Valencia, se llevaron a cabo por nuestras colectividades a través de su Federación Regional con el beneplácito de los Comités Comarcales tras los acuerdos de sus asambleas.

A la pulsión mercantilista del comercio privado que genera especulación, desigualdad distributiva y privilegios e inflación económica, había sucedido la cooperación, ya fuese a través de la cooperativa en el ámbito local o por medio de la Federación Regional de Colectividades para los intercambios de índole regional y extraregional, convirtiendo la distribución en un servicio de contenido igualitario y dando a la economía de Aragón una vertiente nueva de seguridad y de justicia. Tanto es así que pese a los avatares de la guerra y a la convulsión social que la acompañó, en nuestra región no se alteraron los precios de los productos cuando en el resto de la zona republicana habían subido a las nubes de manera fulminante. Por ejemplo: un pan que en el 36 lo comprábamos con sesenta céntimos, su precio en el 38 era de 20 pesetas, mientras que en Aragón seguía siendo el de antes: sesenta céntimos.

Para el intercambio de nuestros productos -aceite, carnes, azúcar, fruta, forrajes, etc.- con los diversos artículos que nos llegaban de fuera como téjidos, máquinas, productos químicos u otros, el criterio utilizado era al principio siempre el mismo; es decir: valorábamos cada producto de acuerdo con los precios que rezaban en factura en julio de 1936. Así eran

de sencillos nuestros intercambios con el exterior durante los primeros meses; pues lamentablemente y por razones obvias, las dificultades se fueron acumulando y la afortunada experiencia no pudo prolongarse hasta el toque final de la guerra.

Ello no obstante, vale la pena retener el valor imponderable de este hecho singular: Aragón no conoció, pese a la sangría de la guerra y gracias a la cooperación económica, ni los efectos de la inflación ni las enojosas fluctuaciones a las que se halla sometida irremediablemente toda economía de mercado.

Aclaraciones sobre un tema polémico

Después de la experiencia vivida por el pueblo aragonés, donde se demostró que las cooperativas eran insustituibles como elemento de control económico y de vinculación entre grupos autogestionarios y otras agrupaciones o empresas individualistas, ya no se puede discutir como otrora acerca de su utilidad como factor socializante. En el pasado, en el ámbito de anarcosindicalismo especialmente, el tema del cooperativismo suscitó amplias discusiones y polémicas. Unos, defendíamos la cooperativa porque veíamos en su función una gimnasia de cooperación educadora y de autogestión, mientras otros tildaban a la cooperativa de órgano reformista que apartaba a los trabajadores de las luchas revolucionarias.

Para sostener estas opiniones opuestas y argumentar en favor de una o de otra postura, no faltaban ejemplos en el desenvolvimiento cooperativista, ya que existían cooperativas muy dinámicas en las que se practicaba el apoyo mutuo y se dedicaban los beneficios a funciones culturales o de solidaridad, a la vez que no faltaban las que llevaban una vida lánguida y en las que lo único que movía a sus afiliados era el interés de obtener beneficios.

Ante la pregunta de si la causa de ese fenómeno se halla, o no, inscrita en el propio sistema cooperador, hemos de contestar rotundamente que no. Todas las obras e instituciones que existen han sido creadas por

los hombres, y su funcionamiento dependerá siempre de la capacidad, voluntad e intencionalidad de los individuos que las mueven y orientan. En el caso de las cooperativas, es preciso dejar claro, pues, cuál es 'su misión y cómo no puede haber auténticas cooperativas mientras no haya verdaderos cooperadores.

El cooperativismo, a partir de las escuelas de Rochadale y de Nimes se propuso llevar a cabo lo que su nombre indica: es decir, cooperar en igualdad de condiciones y al servicio de todos. Su intención era eliminar los intermediarios, suprimir la especulación comercial y llegar a sustituir al capitalismo. Para ello se proyectó la cooperativa de consumo, la de producción a todos los niveles, la del crédito sin especulación y la federación de todas ellas en una estructura capaz de asumir la economía de un país y de evitar toda clase de explotación y usura.

Ya Owen primero y seguidamente Fourier y Proudhon habían proclamado que la cooperativa podía ser un factor revolucionario, puesto que ni los Estados ni la política clásica se habían mostrado aptos para establecer la libertad y la justicia. Por lo tanto, si a las cooperativas se les insuflara el contenido solidario que precisan, en su seno se formarían auténticos cooperadores por la función misma del apoyo mutuo, podrían ser instrumentos eficacísimos para la transformación social e insustituibles para la mejor distribución en una sociedad libertaria.

¿Quién puede estar en principio en contra de este sintético programa? No obstante, la eficacia y la solidaridad de una cooperativa cualquiera estará siempre, como ya hemos dicho, en función de la mentalidad y la dinámica de quienes la constituyen. Por lo tanto, del mismo modo que hay sindicatos revolucionarios, reformistas, amarillos, de policías o de gángsters, la cooperativa puede desviarse o corromperse según sea la talla moral de los miembros que la sostienen.

La eficacia que las cooperativas demostraron para la sincronización económica entre individualistas y colectivistas ha sido la prueba más incontrovertible de su valor social y del papel que pueden desempeñar en el futuro. Ya en el pasado -y esto casi en todas las regiones de España y

sobre todo en Cataluña- fueron el sostén de los obreros en el decurso de las huelgas más prolongadas. Hemos visto cómo la «Flor de Mayo», la «Nueva Obrera», «El Reloj», etc., fiaban a los huelguistas no cooperativistas de sus barriadas respectivas hasta que el conflicto hubo terminado. Esta actitud debería haber sido suficiente para que todos los obreros se hubieran fusionado en ellas; pero no fue así porque intereses antagónicos de los que ya se ha hablado, impedían la unanimidad y la información capaces de agrupar en torno de las mismas a todos los trabajadores.

Para comprender mejor el valor de la cooperación hemos de tener en cuenta que los dos factores básicos de la injusticia humana han sido, a través de la historia, el poder y el comercio. Los que poseyeron la fuerza introdujeron la injusticia haciéndose dueños de los medios de producción, ya fueran campos, inmuebles o máquinas, y del fruto que los trabajadores crearon con su esfuerzo. ¿Pero de qué hubiera servido la posesión de objetos y productos si no se hubiera vendido con cierto margen de beneficio? Aquí vemos, pues, cómo el comercio ha generado la especulación y la acumulación de riqueza de los usurpadores en detrimento de los usurpados. El comercio sigue viviendo a costa de los consumidores y continúa enriqueciéndose y enriqueciendo a los capitalistas con cuanto vende a los explotados. Por lo tanto, puesto que todos somos consumidores, necesitamos el vehículo de las cooperativas de consumo si queremos suprimir el comercio y poner al capitalismo en estado irreversible de quiebra.

La cooperación puede liberarnos de la especulación mercantil y nos entrena además en una actividad autogestionaria, puesto que la cooperativa se rige por la asamblea y nadie es más que otro en su seno. Y como se probó de un modo fehaciente en Aragón, las cooperativas son además un factor de solidaridad y de formación cívica y económica, para ser mañana la columna vertebral de la distribución en un régimen de comunismo libertario.

Como elemento pues, de entrenamiento autogestionario y de dinámica que ha de ir socavando el edificio capitalista, las cooperativas son hoy la estructura más útil para ir transformando a los trabajadores en ciudadanos aptos para el desenvolvimiento de la solidaridad humana. Y esto por dos aspectos básicos: porque las tendencias hacia la violencia revolucionaria

han perdido el crédito de otrora y porque si pretendemos mutar la dirección de los hombres por la administración de las cosas, tenemos que aprender los trabajadores a solucionar los problemas sociales, directa y responsablemente. Si la jerarquización sólo puede ser superada por la intervención de todos, o de una mayoría al menos, las cooperativas y los sindicatos son los vehículos más idóneos para la información y el aprendizaje de la autogestión solidaria.

La historia de la cooperación y sus esquemas fundamentales están ahí. Lo que falta es el entusiasmo y la confianza de los hombres. Lo que sigue es un dato elocuente:

Al comenzar el año 1976, había en la «Alianza de Cooperación Internacional» trescientos treinta millones de adherentes. Hoy ascienden a quinientos millones los cooperativistas en todo el mundo, según datos de la misma Alianza. ¿No ofrece esta multitud humana distribuida en más de cien países, una perspectiva de solidaridad internacional potencialmente revolucionaria? Potencialmente sí; aunque para darle el dinamismo y la orientación necesarios es indispensable que sintamos esa necesidad y dediquemos nuestro mayor esfuerzo para dar al cooperativismo la autenticidad transformadora que precisa.

Actividad económica del colectivismo

En el segundo año de la producción colectivista, las cosechas aumentaron de un veinte a un treinta por ciento, según las comarcas. ¿Cómo es posible -se nos dice- que habiendo llamado a filas a un porcentaje apreciable de jóvenes, la producción aumentara? Sin embargo, es fácil comprender este fenómeno si tenemos en cuenta el entusiasmo que algunos hombres de edad avanzada sentían hacia la colectividad, lo que les incitaba a ir al trabajo cuando en otras situaciones no lo hubieran hecho. Muchas mujeres que habitualmente se ocupaban únicamente de su casa, acudían a los trabajos durante algunas horas con una voluntad ejemplar, y muchos chicos que en épocas anteriores se hubieran dedicado a jugar, se unían a los colectivistas en un afán de suplir a sus hermanos que estaban en el frente, y aunque había más trabajo, porque no se dejaba un pedazo de tierra sin cultivar, al estar mejor organizado, todo se hacía con menor esfuerzo.

Por otro lado, las máquinas y los pares de mulas que antes eran utilizadas por sus propietarios sólo de vez en cuando, al estar al servicio de la colectividad, se empleaban a diario los pocos tractores, máquinas de sembrar y de nivelar, y las cosechadoras lo mismo se utilizaban en la colectividad que las poseía que en las otras de los pueblos vecinos; ya que la solidaridad no se limitaba al área local sino que se extendía a la comarca y fuera de ella en ocasiones. Todos esos factores reunidos y el estímulo que supone trabajar en equipo y al servicio de la comunidad, determinaron que la producción aumentara, a pesar de que estaban en el frente la mayoría de los jóvenes, porque las tierras se explotaban a conciencia.

Las colectividades no se limitaron a poner en cultivo las tierras laborables; lo hicieron también con algunos predios que estaban yermos desde siglos, mejoraron las técnicas de la producción y se introdujeron nuevas especies de cereales híbridos, maíz y trigo sobre todo, así como el algodón y la saja. Se sabía que el algodón se había cultivado en algunas zonas de la región durante la guerra de Secesión de los EE. UU. al encontrarse Europa sin el que les venía de allí. A partir de ese dato, las colectividades quisieron introducir de nuevo ese cultivo. Más tarde, cuando España se vio en dificultades a causa del relativo bloqueo de los años cuarenta,

se aprovecharon las tímidas experiencias del período colectivista para intensificar la producción del algodón en las comarcas del este aragonés.

En cuanto a la soja, era y sigue siendo un producto adecuado a la región siempre que se seleccionen calidades adaptadas al clima y se les conceda la atención necesaria. Es una planta rústica de notorio rendimiento que podría liberamos de la dependencia de los EE. UU. en la obtención de proteínas destinadas a la preparación de los piensas de toda clase de animales, y además, teniendo en cuenta su gran riqueza en aceite, se podría aplicar a las necesidades del consumo.

Era lógico que pensáramos en ello, puesto que las colectividades organizaron granjas avícolas, porcinas, bobinas y de cunicultura, se esforzaron en mejorar la cabaña de óvidos, no precisamente para aumentada, propósito imposible durante la guerra, pero sí al objeto de mejorar la raza en carne y lana, para que, en el futuro, su rendimiento fuera mayor. Recuerdo que se instalaron granjas en Graus, Tamarite, Monzón, Barbastro, en casi todos los pueblos de la Ribera del Cinca, y en muchos de Teruel, entre los que destacaron Calanda, Alcañiz, A1corisa, el Mas de las Matas, Azuara, Albalate el Luchador, Muniesa y en algunos más.

Se montaron asimismo talleres de confección, fábricas de conservas para frutas y hortalizas, se mejoraron las minas y se descubrieron nuevos filones. Se tenía el proyecto de crear fábricas textiles, tenerías y otras industrias básicas, lo que, junto al incremento que pensaba dársele a la fruticultura, hubiera cambiado por completo la fisonomía de Aragón.

Por vivir en aquel momento bajo el agobio de la guerra, todos los brazos eran necesarios para mantener el ritmo productivo; pero los colectivistas pensaban también en el futuro económico y cultural de la región cuando proyectaban aquellos cambios; es decir, en que no tuvieran que emigrar los jóvenes a Cataluña para servir a los señores de la burguesía ni muchos de sus hombres a construir carreteras o a servir de peones en otras empresas foráneas. Estaban convencidos de que en un espacio de tierra donde en régimen de propiedad minifundista viven habitualmente 100 familias, pueden vivir trescientas o quinientas en régimen colectivista. Sólo hace

falta para ello aprovechar mejor su riqueza potencial añadiendo granjas o pequeñas industrias transformadoras de sus productos evitando al mismo tiempo la usura de los intermediarios. De ese modo, a la vez que la juventud no tendría que emigrar, se podría mejorar el nivel cultural de la región, y por ende, el aspecto lúdico de la convivencia.

Acogiéndose el colectivismo a las planificaciones y estudios de nuestro insigne Costa, se hubieran convertido en regadío parte del Somontano y los Monegros, con cuyas realizaciones la capacidad productiva de Aragón hubiera aumentado considerablemente; pero dadas las circunstancias, tan hermosos proyectos quedaron entonces sólo en eso: en proyectos.

Ya hemos señalado al iniciar este trabajo el decisivo influjo que tuvieron en la colectivización la tendencia independentista y el amor a la libertad de la cultura aragonesa. Para comprender la capacidad de iniciativa que se manifestó en la región, es preciso destacar el hecho de que la mayoría de los colectivistas habían sido pequeños propietarios. Esa circunstancia había desarrollado en ellos la responsabilidad en la orientación de las cosechas y en la administración de su peculio, a diferencia del jornalero, que, por trabajar bajo la dirección de otro y no tener participación alguna en cuanto realiza, suele desinteresarse del proceso productivo. Gracias a su entrenamiento en propiciar la rentabilidad de sus esfuerzos, aquellos pequeños propietarios del campo pudieron aportar a la colectividad toda la riqueza de sus experiencias y una gran capacidad de iniciativa.

Suele argumentarse que los pequeños propietarios, al identificarse con la propiedad, se vuelven cada día más egoístas. Sin embargo, no suele ser así cuando la pequeña propiedad hace imposible el acumular riqueza y apenas da para ir tirando. Por el contrario, en vez de fomentar el egoísmo que incita a la acción explotadora, los pequeños propietarios más bien tienden a organizarse para defenderse, por medio de la cooperación, contra la usurpación burocrática. Ello explica el que aquel gran proyecto colectivizador se viera reforzado por los pequeños propietarios de la tierra, cuyo amor a la libertad y la capacidad de iniciativa que habían desarrollado tras larga y dura experiencia jugaron en aquellos momentos difíciles un papel determinante. Gracias a ellos se consiguió la feliz conjunción de

factores eminentemente sociales: como la tendencia a la autogestión en todas las áreas de la actividad humana, el respeto mutuo que robustece la solidaridad entre los hombres y el deseo de superación que los estimula en la búsqueda de soluciones cada día más racionales y satisfactorias. No estaba lejos el resultado de esa feliz confluencia; pues en la Asamblea, pronto la mayoría hacía suyas las proposiciones más pertinentes, y de ese modo, en vez de tantear cada uno por su lado como se hacía antes con pérdidas inútiles de energía y de tiempo, unidos, adoptaban sin fallas las prácticas más eficientes y los cultivos más rentables.

CAPÍTULO 4

Constitución de la federación comarcal

Una vez organizada la colectividad en cada uno de los pueblos que constituían la Federación Comarcal de la CNT de Monzón, se pensó en constituir la Federación Comarcal de Colectividades. Varios compañeros de la comarca, después de algunas entrevistas y conversaciones realizadas con ese propósito decidieron que el Comité de dicha Federación Comarcal de la CNT, cuya sede estaba en el pueblo que lleva su nombre, convocara a los compañeros del sindicato y de las colectividades a una asamblea plenaria.

A ese pleno constituyente celebrado en el teatro Goya de Monzón en diciembre de 1936, acudieron delegados de 32 pueblos.[4] Estos delegados, tras exponer la situación de sus respectivas localidades y disertar ampliamente sobre la necesidad de crear la Federación Comarcal, acordaron por unanimidad su constitución, estableciendo su sede en Binéfar, pasándose seguidamente al nombramiento del Comité Comarcal, para el que fueron elegidos Antonio y Ramón Blanco, Helios Pueyo y dos compañeros contables. Otros compañeros -Miralvés, Poli, Vidaller, Peña y algunos más- serían nombrados para apoyar al referido Comité, cuya composición sería aprobada definitivamente por las asambleas de las colectividades respectivas.

El primer paso de este órgano coordinador, al objeto de elaborar estadísticas con miras a una planificación racional que pudiera dar satisfacción a las necesidades más perentorias de la comarca, fue recabar de las colectividades datos sobre los temas siguientes: superficie de tierras cultivables, máquinas, animales de labor y de re crío, depósitos de grano, de aceite, de vino y de otros géneros; estado de las cosechas, terrenos cultivables que permanecían yermos, bosques, dehesas, viña, olivar y otras plantaciones de árboles frutales; si algún poblado andaba falto de tierra con relación a su capacidad productiva y en qué momento podían prestar ayuda a otras colectividades donde escasearan los brazos; si tenían suficientes maestros,

4 - Nombre de los treinta y dos pueblos colectivizados de la comarca: Algayón, Almunia de San Juan, Albelda, AIcampel, Altorricón, Azanuy; Alfántega, Ariéstolas, Baells, Binéfar, Binaced, Baldellou, Calasanz, Catrecots, Castillanroy, Campurrells, Cofita, Conchel, Esplús, Estopiñán, Gabasa, Melusa, Monzón, Peralta de la Sal, Pomar, Pueyo, Rocafor, San Esteban, Tamarite, Valcarca, Ventafarinas, Vencillón.

veterinarios, médicos y qué administradores u otros técnicos necesitaban y si tenían o no electricidad, teléfono, agua corriente, etc.

Una vez estos datos en manos del Comité y haber sido cuidadosamente ordenados y clasificados, se procedió al estudio de las necesidades más urgentes y de las posibilidades para remediarlas, no sin antes establecer un orden de prioridades tras las consabidas consultas para homogeneizar al máximo los diferentes criterios.

Como resultado del celo constructivo y solidario que la Federación Comarcal de Binéfar demostró en todo momento, disponemos de muchos ejemplos; entre otros, éstos que señalo a continuación: se instaló la corriente eléctrica en ocho o nueve pueblos, el teléfono en unos once; más de una colectividad cuyo término era demasiado extenso cedió tierra a otra colectividad vecina cuya superficie cultivable era insuficiente. Y esto se decidía con la rapidez que es propia de las asambleas cuando el principio fundamental que las inspira es la solidaridad y el deseo de bienestar para todos. Por eso, lo que en las condiciones de hoy hubiera exigido varios años para resolverse, entonces se le daba solución en pocas horas, por unanimidad o por el acuerdo mayoritario en el peor de los casos, sin caer jamás en lentitudes desesperantes, gracias a que en una sociedad autogestionada no pueden existir las barreras que entorpecen el quehacer jurídico en una sociedad burocrática.

Se montó también en el pueblo de Binéfar, un hospital para todos los habitantes de la comarca como ya se dijo, en el que se instalaron alrededor de 40 camas y los servicios más urgentes: medicina general, obstetricia, oftalmología, otorrinolaringología, traumatología, radiología, etc. Al frente de dicho hospital estuvo un compañero apellidado Sanz con un equipo de varío s médicos que residían en los pueblos más próximos; se creó en Monzón una escuela llamada de militantes al objeto de preparar animadores, administradores y técnicos agropecuarios para dotar a las colectividades de los elementos técnicos y sicológicos que propiciaran al máximo su impulso renovador. Funcionó esta escuela por el método autogestionario, lo que permitió a los jóvenes que pasaron por ella desarrollar sin trabas su iniciativa, practicar la libertad responsable y

moverse en un clima de confianza y de solidaridad verdaderamente estimulantes.[5] Y gracias a ello, entre la escuela y el pueblo se estableció desde el primer momento una simbiosis realmente fecunda.

Es cierto que en todas partes las válvulas de la curiosidad se abrieron en cuanto las condiciones de igualdad y de libertad se fueron consolidando, dando paso a la confianza y barriendo las diferencias clasistas. El pueblo trabajador ponía de manifiesto una vez más su profundo deseo de aprender, intuyendo muy claramente que era indispensable acceder al dominio del conocimiento si quería liberarse definitivamente de tutelas y servidumbres. Que esto fue así queda demostrado por las actividades culturales que se desarrollaban en todas partes.

Es preciso señalar que a esta formidable eclosión contribuyeron muy activamente tanto las Juventudes Libertarias como Mujeres Libres, organizaciones que tenían su Comité Regional en Caspe y Monzón respectivamente y que, ambas por igual, trabajaron intensamente en la instauración de centros culturales, grupos de arte dramático, escuelas para adultos, ciclos de charlas y conferencias y cuanto pudiera contribuir a realzar la cultura del pueblo. Núcleos sindicales y juveniles abrieron sus bibliotecas que eran frecuentadas por un número creciente de lectores entre los que destacaron de manera muy relevante las muchachas, sensibles sin duda a los postulados de Mujeres Libres, cuyas campañas en pro de la liberación femenina iban interesando cada vez más a las jóvenes de aquellos pueblos.

A decir verdad, el trabajo realizado en común era otra fuente de estímulos que contribuiría en gran medida al despertar de esa curiosidad general; ya que, gracias a la confianza que brota de la ayuda recíproca en el discurrir de cada jornada, los trabajadores se veían arrastrados por esa corriente de auténtica comunicación donde todos los temas suscitados podían ser motivo de interés que daban a la conversación un carácter altamente constructivo y, a la vez, alegre y placentero. De ahí que cuanto venimos diciendo de Binéfar podríamos hacerlo extensivo a los pueblos de otras

5 - Del autor, Escuela de militantes de Aragón. Una experiencia de autogestión y de análisis sociológico. Editorial F.O.I.L. Barcelona, 1978

comarcas, ya que las mezquinas diferencias de clase habían desaparecido, los problemas eran comunes y la solidaridad el principio fundamental sobre el que se apoyaba toda la dinámica libertaria. Y sobre todo, era conmovedor contemplar el despliegue de generosidad y de sincero regocijo -de los que fui testimonio en más de una ocasión- cuando alguna brigada irrumpía en el pueblo para descansar de las fatigas del frente. Las gentes volcaban todo su caudal afectuoso sobre aquellos hombres que arriesgaban sus vidas por defender la libertad y por mantener los avances revolucionarios que con tanto celo y capacidad resolutiva habían conseguido sus compañeros de la retaguardia.

Pero aparte las actividades enumeradas hasta aquí, la comarcal de Binéfar tuvo que hacer frente a problemas de otro orden que los derivados del campo. Por ejemplo: tuvo que garantizar el buen funcionamiento de la estación agraria que se hallaba instalada en el pueblo de Binéfar, destinada al mejoramiento de los cereales y de otros cultivos extensivos; hacer otro tanto con la que existía en Monzón para desarrollar la fruticultura; ocuparse de que marchara la fábrica harinera, situada en Binéfar y que molía el trigo de toda la comarca, y llevar adelante la azucarera de Monzón, empresa colectivizada de la que formaban parte individuos de la CNT y de la UGT.

Esta fábrica, desde el punto de vista administrativo reclamaba un tratamiento especial dado que la remolacha que a ella afluía era procedente de las colectividades de dos comarcales -la de Binéfar y la del Cinca- y de los productores individualistas de ambas comarcas. Se resolvió el problema adoptando una fórmula muy sencilla, y que daba satisfacción a todos porque se ajustaba a los criterios de mayor equidad posible. O sea: una vez establecidos los precios de la remolacha y del azúcar, las entregas del producto primo se pagaría a sus productores, una parte en azúcar -que era depositado en la cooperativa, donde quedaban registrados los datos de rigor en las cuentas correspondientes a cada colectividad productora y a cada productor independiente- y otra parte en dinero. El azúcar restante, cantidad que correspondía al coste de la manufacturación, se lo quedaba la misma azucarera -empresa colectivizada como hemos dicho- para su venta o trueque con otros productos por los canales que se señalaron

al hablar de los intercambios económicos y de acuerdo siempre con las planificaciones establecidas a nivel comarcal o regional por la Federación de Colectividades.

El que yo haya tomado la comarcal de Binéfar como cuadro de referencia para exponer el desenvolvimiento de las colectividades aragonesas se debe al hecho de que, por haber residido en Monzón durante el período en que se desarrollaron, fue esa comarca la que me brindó la ocasión de conocerla a fondo y, a la vez, la suerte de poder vivir una de las experiencias más apasionante s de nuestro siglo; sobre todo si tenemos en cuenta que la organización de esta comarca implicaba una mayor complejidad debido a que es una de las más ricas de la región. Ubicada en la Litera y parte dé la ribera del Cinca, posee muchas tierras de regadío que son fecundadas, algunas de ellas, por este hermoso río y otras tantas por el canal de Aragón y Cataluña. Por Binéfar pasa la carretera de Lérida a Huesca, entrada natural de los camiones que vienen de Cataluña. De ahí que cuando éstos venían cargados de tejidos u otras manufacturas, los controles que estaban apostados en puntos estratégicos de las principales carreteras, impedían su entrada para evitar que especularan con sus mercancías y pusieran en peligro la economía socializada que con tanto celo defendían los colectivistas.

Aunque esta descripción panorámica ha quedado circunscrita a la comarca que mejor conozco, ello no quiere decir que la solidaridad, la capacidad resolutiva, la confianza mutua, la curiosidad y el diálogo fraterno no estuvieran presentes en otras comarcas del Aragón liberado, en el que la gran familia colectivista parecía haberlo impregnado todo de esos valores y donde ya en los primeros meses de la guerra se constituyeron 25 Federaciones Comarcales, federaciones que hacia septiembre de 1936 reunían en conjunto 450 colectividades, acercándose a las seiscientas en 1937. Estas comarcales eran por orden alfabético, las siguientes: Alcañiz, Angüés, Alfambra, Ainsa, Alcoriza, Aliaga, Albalate de Cinca, Albalate del Arzobispo, Barbastro, Binéfar, Caspe, Ejulve, Escucha, Graus, Grañén, Lécera, Muniesa, Mas de las Matas, Mora de Rubielos, Puebla de Hijar, Pina de Ebro, Pancrudo, Sástago, Tardienta y Valderrobles. Así fue como de colectividad en colectividad autónoma se pasó a la Federación Comarcal

de Colectividades, esquema básico a partir del cual el colectivismo aragonés llegaría a fundirse en una estructura más compleja y susceptible de dar a la solidaridad una dimensión más amplia y, por tanto, de mayor justicia. Es decir, que de este primer paso de federación se fue a la creación de la Federación Regional de Colectividades, culminación del magnífico edificio que quedaría para la historia como el ejemplo vivo de la capacidad organizativa y solidaria de los pueblos cuando la libertad es asumida por los trabajadores con actitud decidida y responsable.

Federación regional de colectividades

Convocatoria y resumen del desarrollo del Congreso

Los colectivistas aragoneses habían comprendido desde el primer momento que era indispensable trascender el marco local dotando a las colectividades del órgano coordinador capaz de orientar las actividades de toda la región por cauces de mayor solidaridad y justicia.

Ya hemos visto cómo nacieron las Federaciones Comarcales, cuya puesta en pie obedeció a una acción casi simultánea de las colectividades respectivas en cada comarca. Ir más allá no parecía entrar en los cálculos de la mayoría de aquellos campesinos que, acostumbrados a moverse en el marco de muy reducidos conjuntos e influenciados por los discursos en pro de la «comuna libre» que cierto sector del Movimiento Libertario había venido divulgando, veían con recelo todo cuanto parecíales demasiado grande y de difícil acceso para poder ejercer el necesario control desde la base. Celosos pues de su autonomía y poniéndose en contradicción con el esquema federal que el Movimiento Libertario había propugnado siempre, no se mostraban muy entusiasmados ante la idea de estructurar una Federación Regional de Colectividades; actitud que no debe extrañarnos si consideramos el modelo que el Estado ha ofrecido siempre de sus grandes esquemas y a la tenaz resistencia que a ellos opusieron en todo momento los hombres de la CNT, temerosos del autoritarismo reinante y cuidando con gran esmero sus propias estructuras organizativas para no caer ellos mismos en los vicios del centralismo burocrático que combatían. Sin embargo, la necesidad de federarse a nivel más amplio se planteaba con carácter urgente dado que la ordenación de la economía por cada comarca independientemente de las otras producía efectos caóticos en cierto modo, con menoscabo de una distribución más justa y racional de la producción, de los servicios y del esfuerzo humano. Respondiendo pues a esa necesidad, el Comité Regional de la CNT, bajo los auspicios del Consejo de Aragón, órgano representativo de la República en nuestra Región, convocó a todas las colectividades a través de los Comités de sus Federaciones Comarcales para la celebración de un Congreso, donde habría de debatirse ampliamente el tema hasta adoptar las pertinentes soluciones, de acuerdo, naturalmente, con las opiniones que expresaran sus delegados a lo largo de los debates.

Más de quinientas colectividades, reuniendo entre todas unos 300.000 colectivistas, estuvieron representadas directa o indirectamente por los seiscientos delegados que en número aproximado asistieron al Congreso. Del valor comparativo de estas cifras se desprende un hecho que, por parecerme sumamente importante, no puedo dejar de señalar ahora mismo. Si el Aragón liberado contaba en ese momento con 500.000 habitantes, los 300.000 colectivistas representaban la mayoría de la población, y gracias, precisamente, a esa circunstancia, pudieron llevar a término la experiencia del comunismo libertario.

En los días 14 y 15 de febrero de 1937 tuvo lugar en Caspe -pequeña ciudad de la provincia de Zaragoza- el congreso constitutivo de la Federación de Colectividades de Aragón.

Asistieron a él unas seiscientas delegaciones que representaban a todas las colectividades de las 25 comarcales ya constituidas, una delegación oficial del Comité Nacional de la CNT, una del Comité Peninsular de la FAl y otra del Comité Regional de los Grupos Anarquistas de Aragón, Rioja y Navarra. Abrió esta primera sesión, hacia el mediodía del día 14, el compañero Francisco Muñoz, secretario del Comité Regional de la CNT, quien, tras informar de las causas que habían motivado la celebración de aquel comicio, y dar lectura a los nombres de las distintas delegaciones, cedió la palabra a los asistentes, procediéndose inmediatamente al nombramiento de mesa de discusión y, seguidamente, como es de rigor en estos actos, a la apertura del debate.

Es obvio señalar que el temor de las colectividades a perder su autonomía se puso de manifiesto a partir de las primeras intervenciones, aunque reconociendo al mismo tiempo, que era una necesidad insoslayable crear la Federación para articular inteligentemente la economía y convertir en realidad la solidaridad que va implícita en el comunismo libertario, tan propagado y soñado por los cenetistas de entonces. Un sentimiento de ambivalencia flotaba en el ambiente a medida que los delegados, uno a uno, iban desgranando sus razonamientos. Cuando ya la mayoría de las delegaciones se habían pronunciado en pro de la Federación, aunque no sin las consabidas reservas que iban a marcar de ambigüedad las

resoluciones finales, un delegado de la comarca de Binéfar tomó la palabra para expresar su opinión en éstos o parecidos términos:

«Todos los presentes en este Congreso somos colectivistas, y lo somos, pienso yo, porque aspiramos a la libertad del individuo y a la solidaridad más amplia entre los pueblos. Si desde hace mucho tiempo, nuestro lema fundamental viene siendo el comunismo libertario y es indispensable federarse para que la solidaridad en lo económico, en lo cultural y en lo cívico pueda practicarse realmente, hemos de apartar de nuestra mente los fantasmas del miedo para trascender los límites del terruño y de la comarca; pues permanecer atrincherados en nuestro rincón reproduciendo la política de campanario, va en contra de una solidaridad más amplia, la sola que ha de permitimos establecer la justicia y defendernos de los muchos enemigos que actúan contra nosotros.

¿No optamos por el colectivismo como primer escalón para acceder al comunismo libertario en aras de la justicia que proclamamos incesantemente? Todos estamos de acuerdo en que las colectividades más pobres han de ser ayudadas por las más ricas, sea cual fuere el sector de la producción o de los servicios al que pertenezcan; pues, ¿tiene alguien la culpa de que un minero obtenga media tonelada de carbón, mientras otro, en diferente mina, obtiene, con el mismo esfuerzo una tonelada? ¿O de que unas tierras den doble cosecha que otras habiéndoles dedicado los mismos cuidados e idénticos esfuerzos? Tanto por razones humanas como de índole económica la fórmula que puede fundimos a todos en una corriente de solidaridad y de activa confianza es la Federación. ¿No nos hemos asociado al objeto de ir superando el egoísmo individual y de apoyarnos recíprocamente para satisfacer mejor nuestras necesidades y aspiraciones? Luego del mismo modo que nos hemos solidarizado en el marco local y comarcal, hay que hacerlo a nivel regional y, después, nacional, sin renunciar jamás a la solidaridad universal como objetivo fundamental de nuestro ideario.

Existen otras razones de índole puramente económica cuyo alcance de cara a un mejor aprovechamiento de la riqueza debería pesar sin vacilaciones a la hora de optar sí o no por la Federación. Las colectividades tienen necesidad de intercambiar productos con otras regiones o entre ellas dentro de Aragón; pero, ¿es racional que cada colectividad o cada comarcal actúe por su cuenta y riesgo? Supongamos que una colectividad, porque tiene necesidad de arroz, cargue de trigo un camión y se vaya a Valencia para hacer el trueque; o a Barcelona si necesita tejidos, o que lleve un saco de azafrán y unos cuantos animales para obtener algún dinero como se ha venido haciendo erróneamente. Ese trasiego sin orden ni concierto que se produciría si cada uno actuara por su cuenta, es antieconómico y, a la larga, sólo puede acarreamos la ruina. En cambio, el Comité de la Federación Regional puede, y debe, tener conocimiento de nuestras reservas, de nuestras perspectivas cosecheras y de nuestras necesidades en todas las áreas, y sobre esos datos planificar los intercambios sin merma de tiempo ni de energía y dando cumplida satisfacción a todas las localidades grandes y chicas. Hay que distribuir también la higiene, la enseñanza, las técnicas agrícolas e industrias auxiliares y tantas otras cosas como necesitan los pueblos a que únicamente pueden alcanzarse sumando el esfuerzo y la capacidad de todos.

Es innegable que hemos sufrido hasta aquí las consecuencias de unas instituciones explotadoras y represivas y de ahí nuestro temor de que una organización más amplia pueda caer en el burocratismo; pero esos temores han de desvanecerse cuando sepamos valorar algo muy importante y que nos distingue del resto de las agrupaciones conocidas. Me refiero a la participación directa y a la dinámica federal de abajo arriba. Entonces, si cuantos estamos aquí representando a todos los colectivistas aragoneses somos enemigos de la burocracia y de los abusos autoritarios, y la Federación que propugnamos hemos de configurarla entre todos, representados y representantes, ella será algo nuestro como lo son las colectividades y ni por lo más preciado consentiríamos en ponerla en manos de extraños. De ahí que, tanto la Federación como el Comité o Junta que ha de coordinar sus funciones estarán constituidos

por compañeros que elegiremos libre y responsablemente; sin olvidar que, en nuestra dinámica, todos los cargos son revocables por voluntad expresa de la Asamblea.

Pero es preciso tener en cuenta que no toda la población es colectivista. Ahora bien, como a todos nos representa el Consejo de Aragón y este organismo está identificado en gran parte con las colectividades, el Comité de la Federación Regional, junto con dicho Consejo y el Comité Regional de la CNT que los vincula podrían orientar la vida de la región garantizando la libertad de cada localidad y de cada individuo.

Es decir: la Federación defenderá la autonomía de las colectividades y regulará el buen funcionamiento entre ellas, orientará el intercambio económico de modo racional y pondrá nuestro potencial humano y económico al servicio de todos; sin olvidar ni un momento que el Comité de la Federación de Colectividades tendrá que actuar ateniéndose a los acuerdos que emanen de los congresos, donde a su vez, dará cuenta de su gestión y de las dificultades y obstáculos que halle en su camino.

Y ahora, compañeros, sólo pido un minuto de reflexión para que decidáis en consonancia con vuestro sentimiento de libertarios a los que sólo debe guiar el deseo del bien común.»

Y una vez más se puso de manifiesto la sensatez y el buen criterio de los trabajadores. Hubo una breve pausa, y cuando el presidente de la Asamblea preguntó si se aprobaba la creación de la Federación Regional de Colectividades, un sí unánime resonó en la sala.

En sucesivas sesiones se fueron debatiendo todos los demás puntos del orden del día, en los que hubo poca discusión gracias a la singular homogeneidad de criterios que se iban manifestando a través de los debates, tanto en lo que se refiere a las ponencias que traían elaboradas al efecto algunas colectividades, como a propósito de los demás apartados; lo que hizo que se llegara a las resoluciones finales sin grandes resistencias ni otros entorpecimientos mayores. Este hecho se hace patente viendo el

enorme trabajo que se llevó a cabo; pues en verdad, fueron dos días muy laboriosos a juzgar por el número de temas que se desarrollaron y el denso contenido sociológico de cada uno de los dictámenes.

Pongamos por ejemplo el tercero, que hace referencia al reglamento de la Federación, donde quedaron sintetizados todos los acuerdos tomados en el Congreso para estatuir la vida colectiva de la región. He aquí dichos estatutos:[6]

«1° Con la denominación de Federación de Colectividades Agrícolas, se constituye en Aragón una asociación que tendrá por misión la defensa de los intereses colectivos de los trabajadores organizados en las mismas.

2° Atributos de esta Federación:

a) Propagar intensamente las ventajas del colectivismo basado en el apoyo mutuo.

b) Controlar las granjas de experimentación que puedan crearse en las localidades donde las condiciones del terreno sean favorables para conseguir toda clase de semillas.

c) Atender a los jóvenes que tengan disposiciones para la preparación técnica mediante la creación de escuelas profesionales especializadas.

d) Organizar un equipo de técnicos que estudien en Aragón la forma de conseguir mayor rendimiento del trabajo que se efectúa en las diversas labores del campo.

e) Buscar las expansiones comerciales en el exterior de la región, tendiendo siempre a mejorar las condiciones del intercambio.

6 - Gastón Leval en Colectividades libertarias en España, Ediciones Aguilar, Madrid 1977, pp. 98, 99 y 100.

f) Se ocupará también de las operaciones comerciales con el exterior, mediante el control, por estadísticas, de la producción sobrante de la región, y por lo tanto tendrá a su cargo una caja de resistencia para hacer frente a todas las necesidades de las colectividades federadas, siempre en buena armonía con el Consejo de Defensa de Aragón.

3° En el aspecto cultural, esta Federación se cuidará:

a) De procurar a las colectividades todos los elementos de expansión que a la vez que sirvan de distracción eleven la cultura de los individuos en sentido general.

b) Organizar conferencias que tiendan a perfeccionar la educación del campesino, como asimismo veladas de cine y teatro, giras y cuantos medios de propaganda sean posibles.

4° Para la buena tramitación de todo lo estatuido, la Federación nombrará un Comité Regional de Colectividades que constará de los siguientes cargos: secretario general, secretario de actas, contador, tesorero y dos vocales.

5° El secretario general tendrá a su cargo la orientación del Comité, el sello social y la tramitación de cuantos expedientes presenten las colectividades.

El secretario de actas levantará actas de cuantas reuniones celebre el Comité de la Federación; en ausencia del secretario general, ocupará accidentalmente este cargo.

El contador llevará la contabilidad de la Federación, abriendo cuentas corrientes de los depósitos que le entreguen los Comités Comarcales; de una manera normal efectuará las liquidaciones con el tesorero.

El tesorero será el encargado de guardar los fondos de la Federación y de pagar cuanto se le presente al cobro, avalado anteriormente con la firma del secretario, del contador y sellado con el sello de la Federación.

Los vocales constituirán las diferentes comisiones que se precisen para el desenvolvimiento interno de la Federación, como: propaganda, estadística, asesoramiento técnico, etc.

6° Esta Federación, siguiendo las normas federativas, organizará tantas federaciones comarcales como estime necesario para el buen desenvolvimiento de las colectividades, las cuales mantendrán relaciones cordiales con los Consejos municipales y con el Consejo General de Aragón, respectivamente.

7° Para el efecto del suministro de los colectivistas, se establecerá la carta de racionamiento.

8° La Federación de Colectividades Agrícolas y Complementarias celebrará un congreso ordinario cada seis meses, más los extraordinarios que se crean pertinentes.

9° En cada congreso ordinario será renovado la mitad del Comité de la Federación.

10° El Comité Regional de las Colectividades residirá en Caspe.

11° El ingreso en esta Federación Regional de todas las colectividades que se constituyan después de su creación, deberá ser acordado en asamblea general por los vecinos de la colectividad solicitante, mandando copia del acta al Comité Regional para su archivo correspondiente y aprobación necesaria.

12° Para que la solicitud tenga validez, las colectividades harán constar su acatamiento a lo que estos estatutos determinen.

13° Estos estatutos serán impresos y distribuidos en un carnet de identidad a cada uno de los colectivistas federados.

14° Todo cuanto se acuerde en los Congresos y Plenos que celebre esta Federación tendrá validez, aunque no esté previsto en los presentes estatutos.

Dado en Caspe, a 15 defebrero de 1937.

Por la ponencia:

Don Gonzalvo, Angel Torenas, Magín Millán, José Martín, José Mavilla, Salvador Pons, J. Ariño, Bernabé Esteban, Francisco Muñoz, Miguel Lamiel, José Mur y Fulgencio Dueñas.»

Se abordó el problema de los medios técnicos para desarrollar la agricultura, votándose a este propósito la resolución siguiente:[7]

«1° Procede ir con urgencia a la creación de campos experimentales en todas las colectividades de Aragón para estudiar nuevos cultivos Y poder obtener mayores rendimientos e intensificar la agricultura en todo Aragón. Al mismo tiempo debe destinarse una parcela, aunque sea pequeña para proceder al estudio de los árboles que puedan producir más y que se aclimaten mejor al suelo de cada localidad.

2° Debe irse igualmente a la creación de campos de producción de semillas; para ello puede dividirse Aragón en tres grandes zonas y en cada una de ellas instalar grandes campos para producir las semillas que sean necesarias en cada zona, y al propio tiempo producir para otras colectividades aunque no pertenezcan a la misma zona. Tenemos

7 - Gastón Leval, obra citada, pp. 100 y 101.

por ejemplo el cultivo de la patata; debe producirse la semilla de esta planta en la zona de más altitud de Aragón para luego ser explotada por las colectividades de otras zonas, ya que puede demostrarse que en la parte alta esta planta no será atacada por las enfermedades que le son características si siempre la produjéramos y cultivásemos en la parte de poca altura, o sea, el país húmedo y cálido.

Estas tres zonas procederán al intercambio de las semillas que las necesidades aconsejen en cada caso, según los resultados de los estudios que se realicen en los campos experimentales, pues éstos deben estar en armonía e intervenidos al mismo tiempo por técnicos para poder estudiar y hacer todos los ensayos que se crean de provecho y necesidad.[8]*»*

Firman por el Comité Regional: Antonio Ejarque; por Barbastro, E. Sopena; por Pina de Ebro, José Abós; por Calanda, Tomás Artigas; por Muniesa, Joaquín Temprano; por el Consejo Comarcal de Muniesa, Liberto Aguilar.

En materia de abastecimiento se adoptó la siguiente resolución:

«Debe abolirse la circulación de la moneda en el seno de las colectividades, creando en su efecto la cartilla de racionamiento, quedando en poder de la colectividad la cantidad precisa para sus necesidades internas.

Para que el Comité Regional pueda atender al abastecimiento de las colectividades en productos de importación, las colectividades o los Comités Comarcales facilitarán al Comité Regional una cantidad de dinero o en especies, de acuerdo con la riqueza de cada colectividad o comarca, para crear la Caja Regional.»

Aun cuando no era general el uso de la cartilla -ya que había colectividades que utilizaban su propia moneda- la asamblea opinó que dado el poco volumen monetario de la región y el rechazo que los colectivistas venían

8 - Gastón Leval, obra citada, pp. 102.

experimentando hacia el dinero, la cartilla facilitaría la adquisición de artículos en los almacenes de la colectividad. Para las adquisiciones o consultas médicas fuera de la región se entregaría al colectivista la cantidad necesaria en moneda nacional. Este método, que se aplicaba ya en muchos pueblos se extendió por toda el área colectivista sin presentar dificultades.

En cuanto a los productos de importación que el Comité Regional necesitaba para suministrar a las comarcales, unas veces los adquiría con dinero del fondo regional del que se habla en el presente dictamen; pero cuando la compra era a base de trueque con los frutos de la región, éstos iban directamente de los silos de origen al lugar de destino, sin pasar por ningún depósito regional, evitando de ese modo trasiegos inútiles y otros inconvenientes. El Comité Regional, para ordenar estos intercambios no tenía más que consultar las estadísticas y decidir en razón de las reservas existentes y de los acuerdos establecidos con las comarcales.

Entre los muchos temas del orden del día, uno muy importante fue el que se refería a los «individualistas»; así llamados los pequeños propietarios que no quisieron formar parte de las colectividades. Leamos a continuación la resolución final a propósito de la actitud que debían tomar los colectivistas frente a la pequeña propiedad:[9]

> *«1° Al apartarse los pequeños propietarios por propia voluntad de las colectividades, por considerarse capacitados para realizar sin ayuda su trabajo, éstos no tendrán derecho a percibir nada de los beneficios que obtengan las colectividades.*
>
> *No obstante esto, su conducta será respetada siempre que estén dispuestos a no tratar de perjudicar los intereses de las colectividades.*
>
> *2° Todas las fincas rústicas y urbanas como otros intereses de los elementos facciosos que han sido incautados serán usufructuados por las organizaciones obreras que existían en el momento que se hizo la incautación, siempre que estas organizaciones acepten la colectivización.*

9 - Gastón Leval, obra citada, p. 103.

3° Toda las tierras de un propietario que eran trabajadas por arrendatarios o medieros pasarán a manos de las colectividades.

4° Ningún pequeño propietario que esté apartado de la colectividad podrá trabajar más fincas que aquellas que le permitan sus fuerzas físicas, prohibiéndosele en absoluto el empleo de asalariados.

5° Para quitar el egoísmo que puedan sentir los pequeños propietarios, las pequeñas propiedades que disfruten no serán registradas en el registro fiscal.

6° Las juntas administrativas de las colectividades sólo se preocuparán de los asuntos de su competencia.

Esta ponencia es aprobada por seis de los siete delegados que la componen, presentando el disconforme, delegado de Sástago, un voto particular. Por la ponencia:

Por Angües, F. Fernández; por Montoro, Julio Ayora; por Alforque, R. Castro; por Gudar, R. Mayo; por Pina de Ebro, E. Aguilar; por Ballobar, M. Miró.»

Dado el empeño que los campesinos aragoneses habían puesto en incrementar la producción del suelo y si tenemos en cuenta que la solidaridad y la justicia eran nuestro lema, no podíamos tolerar que permaneciera en pie el sistema de explotación que representa el asalariado. Por lo tanto, su supresión, junto a nuestra firme decisión de no dejar sin cultivar una sola parcela, implicaba, naturalmente, la incautación de aquellas tierras que no pudiesen ser trabajadas por sus mismos propietarios. Sin embargo, se ha podido constatar a través de cuanto llevamos dicho, que no se prohibía a los individualistas el que se ayudaran mutuamente; lo que ocurría con frecuencia y nos llenaba, por el contrario, de gran satisfacción, por considerar que era ese el mejor entrenamiento para poder integrarse un día a la vida colectiva.

Dos temas que reclamaron especial atención fueron: la estructura y administración de las tierras colectivizadas y el comportamiento que debería adoptar la colectividad frente a los municipios, para cuya reconstitución en aquellos lugares donde habían sido barridos por los acontecimientos, acababa de dar órdenes el gobierno de Valencia a través de su Ministerio de Gobernación. A este propósito, la ponencia aceptada por el Congreso decía en síntesis:[10]

«1° Aceptamos el municipio porque éste, en lo sucesivo, nos servirá para controlar las propiedades del pueblo.

2° Al estructurar las federaciones comarcales y regional respectivamente, se considerará que los términos locales que estas entidades administren no tendrán límites, como asimismo se declarará de uso común entre las colectividades todos los útiles de trabajo, y cuanto signifique materias primas estará a disposición de aquellas colectividades a las que hiciesen falta.

3° Las colectividades que tengan exceso de productores, o que en ciertas épocas del año no se empleen por no ser el tiempo apropiado a las labores agrícolas, podrán ser utilizados por los comités comarcales para que los envíen a trabajar a aquellas colectividades que tengan exceso de trabajo.»

En cuanto a las relaciones con el municipio, conocedores de que el Gobierno era nuestro primer adversario y celosos de poner a salvo las conquistas sociales realizadas, nos dijimos: los Consejos Municipales van a seguir ejerciendo su tradicional función. Por lo tanto, si ellos están en nuestras manos podremos protegerlos contra posibles maniobras, por medio de nuestros sindicatos, robustecidos al efecto. En ese sentido fue elaborada y aprobada la correspondiente ponencia de cuyo contenido he aquí lo más relevante:[11]

10 - Gastón Leval, obra citada, p. 104.

11 - Gastón Leval, obra citada, p. 105.

«Considerando que los Consejos Locales son entidades legalmente constituidas en los cuales colaboran todas las organizaciones antifascistas y cuyo mantenimiento representa el Consejo Regional de Defensa de Aragón.

Considerando que las juntas administrativas de las colectividades tienen una función aparte de los Consejos Municipales.

Considerando que son los sindicatos los llamados a nombrar y controlar a los compañeros que van a representar a la CNT en ambos organismos.

Considerando que no puede existir competencia entre la gestión de las colectividades Y los Consejos Municipales, proponemos:

Que al debernos a la organización (sindical) unos y otros por igual, mientras perdure esta situación y la CNT colabore en estos Consejos, las colectividades mantendrán relaciones cordiales con estos organismos, manifestado a través de los sindicatos de la CNT».

Es decir: que los hombres de la CNT habían comprendido que así como el Consejo de Aragón era el órgano político de la República Española en el que se hallaban representados los diversos sectores antifascistas, del mismo modo, en los Consejos Municipales se hallarían representados los vecinos de cada municipio. Ahora bien; si tenemos en cuenta que era la CNT la que había organizado las colectividades, comprenderemos, aun sabiendo que muchos colectivistas no pertenecían a dicha organización sindical, que ésta se viera en la obligación de velar por la buena marcha del desenvolvimiento colectivo y por que desde el ayuntamiento no fuera torpedeada la gran obra revolucionaria que con la nueva estructura económica de libres federaciones había logrado poner en pie aquel puñado de hombres.

Se aprobaron pues, los dictámenes y los puntos básicos del Congreso, se pasó al nombramiento de secretario general del Comité de la Federación, cargo que recayó en el compañero Mavilla, y éste, de acuerdo con los

representantes de la Comarcal de Caspe y de alguna otra que ellos mismos consideraron oportuna, nombrarían al resto de los componentes del Comité de la Federación. Y para terminar, se acordó la celebración de un gran mitin que sintetizara y potenciara los acuerdos del Congreso, cerrándose así uno de los comicios más fructíferos y más diligentes de cuantos hemos podido observar en nuestra prolongada vida militante, de lo que puedo dar fe por haber asistido como delegado de la Comarcal de Binéfar a las tareas del mismo.

Si estudiamos detenidamente los acuerdos a que llegó el Congreso, constataremos dos hechos relevantes: primero, que el comicio confirmó y consolidó, con la fuerza genuina de la voluntad popular, cuanto habían realizado los pueblos espontánea y simultáneamente al constituir las colectividades, y segundo, que con las conclusiones de apertura a la autogestión se proyecta una sociedad libertaria que permitiría en el futuro toda clase de innovaciones sociopolíticas. Porque no puede desestimarse que si el Congreso afianzaba la institucionalización de cuanto los pueblos unánimemente habían iniciado, en la dinámica del congreso iban implícitas nuevas realizaciones y trayectorias como las siguientes: la implantación en toda la región de las bases fundamentales de la economía, de la educación, de la sanidad y de los intercambios culturales; la abolición de la propiedad como derecho hereditario y del asalariado junto con el afianzamiento de la «Caja de Compensación» que obligaba a las comarcas más ricas a ayudar a las menos favorecidas, ya fuera con productos agrícolas, riqueza semoviente o valores monetarios. Todas esas medidas de ordenación socioeconómica y de apoyo mutuo no se hubieran podido estructurar ni llevar a buen término sin las tareas del congreso, que fusionando a las comarcas en una estructura dinámica de derechos e iguales obligaciones para todos, convertía en un hecho palpable la verdadera solidaridad que es en definitiva la que subyace en toda perspectiva auténticamente libertaria.

Siendo tan importantes todos esos acuerdos para el funcionamiento del comunismo libertario en el ámbito de las colectividades, lo eran más todavía por lo que en sí mismos llevaban como promesa de futuro; ya que dar vitalidad por la práctica de cada día a una sociedad basada en la autogestión, es decir, en los acuerdos asamblearios, sin códigos ni

programas preestablecidos que paralizan o frenan el progreso sociopolítico en todas las áreas de la convivencia, suponía liberar a los hombres de los grilletes que ha ido acumulando la historia. Sin clases privilegiadas que obstaculizaran la libre iniciativa de los hombres ni leyes fijas que sujetaran a los ciudadanos a marchamos impositivos, la sociedad se veía por vez primera frente a un devenir prometedor con toda la curiosidad y la responsabilidad que la libertad comporta. El futuro inmediato traería lo que fuera; pero de momento aquellos campesinos de Aragón habían roto el nudo gordiano del autoritarismo jerárquico, lanzándose por senderos inéditos con actitud decidida y consecuente.

CAPÍTULO 6

El Consejo de Aragón

Antes de abordar el tema de nuestra prospectiva y después de cuanto llevamos escrito sobre el colectivismo aragonés, convendría situar éste dentro del contexto sociopolítico en el que tuvo que desenvolverse -que no fue, ni mucho menos, el más propicio- para poder valorar en toda su amplitud la audacia de aquel movimiento y la fuerza impulsora del contenido humano que lo inspiraba.

Hemos de tener presente en primer lugar, que surgió en medio de un cataclismo bélico; lo que no facilitaba las cosas; pues la guerra exigía de nosotros el sacrificio de muchas vidas humanas y un incremento de la producción en campos, fábricas y talleres. En un medio violento cuajado de antagonismos políticos no era fácil la tarea de organizar la vida económica y la convivencia sin riesgo de caer en contradicciones y errores.

Es evidente que la planificación económica del colectivismo atrajo desde el primer momento a la mayoría de los campesinos aragoneses, engrosándose las filas de sus partidarios a medida que la zona liberada se iba ensanchando.

También es verdad que gran número de jóvenes de la región se inscribían en las columnas confederales que luchaban en el frente y que estas fuerzas eran de un gran respaldo para la obra emprendida.

Pero no debemos olvidar que el colectivismo promovido por la CNT tenía, como es de suponer, muchos enemigos, tanto en Aragón como en las demás regiones de España, habiendo suscitado recelos y oposiciones de enconado partidismo en unos determinados sectores. Por ejemplo, estaban en contra de la sociedad igualitaria que se estaba consolidando: los caciques que no huyeron de sus pueblos al producirse la desbandada, los pequeños comerciantes, los clérigos y los burócratas de siempre: secretarios de ayuntamiento, notarios y otros funcionarios del Estado, empleados de banca y hombre de profesiones liberales adheridos a las jerarquías dominantes. He de añadir que estos sectores, sin el respaldo de otras fuerzas, no representaban en principio una amenaza y que fue al rodar de los meses cuando se convirtieron en el fermento más corrosivo contra la CNT y las colectividades. Con esto he querido decir que la

verdadera amenaza estaba en los partidos políticos y, de una manera especial, en el Partido Comunista; porque con su propaganda en defensa de la democracia burguesa y del parlamentarismo frente a la autogestión obrera, de la propiedad privada y del comercio frente a la colectivización, de la lucha nacional por la independencia patria frente a la revolución socialista, y con su exaltación del patriotismo frente al internacionalismo, pretendía atraerse la opinión de las gentes y de los gobiernos contra la obra de la CNT, y porque siguiendo las directrices del Kremlin, no podía tolerar que los trabajadores -de la industria, del campo y de los servicios estuvieran demostrando prácticamente que eran capaces de organizar y administrar la sociedad con eficacia, sin necesidad de esa «élite» que el marxismo propugna y ensalza como elemento indispensable que ha de orientar y dirigir al proletariado.

En cuanto a los demás partidos, es verdad que tampoco fueron a la zaga en la lucha contra el colectivismo; lo que se explica por el hecho de que si los trabajadores eran capaces de demostrar por la práctica de cada día que la autogestión basada en la voluntad del pueblo era viable, entonces todo el tinglado jerárquico en el que se apoyan los líderes políticos se venía abajo estrepitosamente y ellos con él.

Conviene señalar que todas esas fuerzas políticas, que más o menos abiertamente se mostraban reacias al colectivismo, al estructurarse el ejército del llamado Frente Popular, tenían emplazadas en Aragón tres divisiones: la de Lenin -del POUM- bajo el mando de Rivas y de Arqués; la de «Macia-Companys» -ésta dirigida por el fatídico Pérez- y la n° 27, llamada de «Carlos Marx» bajo la jefatura de Trueba y de Barrios. Y digo esto, porque las tres se distinguieron por su aversión a las colectividades y por su acción violenta contra ellas. Tanto es así, que especialmente en aquellos lugares próximos a sus cuarteles, los locales de las colectividades fueron asaltados en más de una ocasión por dichas fuerzas y amenazados incluso de ser pasados por las armas algunos de sus hombres.

Aquí merece la pena destacar un hecho curioso: los hombres del POUM que no habían quedado atrás en esta sucia tarea, atacando a algunas colectividades de las cercanías de Huesca y utilizando su principal órgano

de prensa, La Batalla, para la campaña de desprestigio que se había levantado contra ellas, más tarde tuvieron que arrimarse a la CNT para que ésta los protegiera de la ofensiva desencadenada contra ellos por el Partido Comunista, quien, fiel servidor de los intereses de Stalin, obedecía ciegamente las consignas emanadas de la OGPU -policía secreta soviética- a través de sus agentes instalados en España.

No cabe la menor duda de que los fascistas camuflados en retaguardia y en los frentes, junto a otros detractores del colectivismo hallaron en esas divisiones del ejército el apoyo y los estímulos suficientes para arreciar contra las colectividades y fomentar su desprestigio con subterfugios y mentiras. Afortunadamente sin embargo, dichas fuerzas quedaban neutralizadas en cierta medida por la existencia en la región de otras tres divisiones que se habían formado con las columnas confederales llegadas de Cataluña en los primeros momentos de la contienda y que engrosaron sus filas con los hombres de la CNT de Aragón a medida que iban avanzando. Estas divisiones -la 26, dirigida por Ricardo Sanz tras la muerte de Buenaventura Durruti, en noviembre del 36, la 28, con Gregorio Jover al frente, y la 25, que mandaba Antonio Ortiz-, servirían de freno más tarde a la criminal agresión cuando el 11 de agosto de 1937, las fuerzas de Líster tomarían por asalto los pueblos de Aragón.

En medio de tantos antagonismos, Aragón sufría, no sólo de los desastrosos efectos de las razzias y ofensivas del ejército franquista, sino de las columnas que venían de Cataluña y que no siempre se comportaron mejor que las tropas enemigas: incautándose del ganado de los campesinos, arrasando sus campos, cometiendo ejecuciones arbitrarias, robos y otras brutalidades que sería ocioso enumerar aquí. Cuando alguna de estas columnas enemigas de la colectivización operaba cerca de un campo cuya cosecha se estaba a punto de recoger, ésta solía perderse por abandono, debido al miedo que tenían los colectivistas a las posibles descargas de fusilería contra ellos. Padecíamos asimismo la usura del comercio catalán, que ejercía sobre Aragón una suerte de monopolio que le permitía sacar nuestros productos del campo y de la cabaña a precios irrisorios. Estos productos, que Cataluña pagaba en pesetas cada vez más desvalorizadas, eran vendidos luego al extranjero a cambio de divisas, al tiempo que iban

quedando mermadas nuestras reservas con riesgo de no poder abastecer a la población aragonesa ni a sus frentes. No era menos alarmante otro hecho que tenía hondamente preocupados a cuantos revolucionarios hacían de su conducta un modelo ejemplar de humanidad y civismo. Me refiero al comportamiento de ciertos individuos que amparándose en la impunidad que les otorgaba la pertenencia a un partido u organización antifascista, actuaban como vulgares delincuentes penetrando brutalmente en las casas de familias consideradas de derechas y hasta en las de algunos republicanos de tendencia moderada, robando y amedrentando a sus moradores con amenazas e insultos. Esta especie de sujetos proliferaron en todos los espacios políticos, sin faltar los que se proclamaban anarquistas.

Pronto se dieron cuenta los hombres de la CNT que aquella situación se hacía insoportable y que era necesario dar a la región un organismo capaz de superar el caos que amenazaba con provocar la ruina económica de todo el territorio y de proteger a la población contra los abusos de algunas columnas catalanas y de otros individuos perturbadores que se movían en retaguardia. Para muchos pues, la necesidad de proceder a la creación de ese organismo apto para restablecer aquellos servicios públicos más urgentes, era un imperativo insoslayable, teniendo en cuenta además que era muy conveniente poder contrarrestar de algún modo la propaganda marxista -del POUM como del PSUC- que afirmaban que las colectividades eran ilegales y que carecían de fundamento jurídico.

Ahora bien, no escapaba a la percepción de nadie que se trataba de un problema complejo y que, en consecuencia, debía ser tratado con profundidad, minuciosidad y valentía. ¿Y qué emergía de nuestros análisis? En primer lugar y como telón de fondo la GUERRA. La guerra fraticida de la que no podíamos evadirnos y que, por eso, lo condicionaba todo; porque si bien es verdad que las fuerzas leales a la República pertenecían a un espectro político muy amplio y en ciertos aspectos, como ya ha quedado demostrado, diametralmente opuestas en sus planteamientos fundamentales, es cierto también que a todos nos unía el compromiso tácito de luchar codo con codo frente al enemigo común que teníamos delante. Nos hallábamos pues, dentro de una esfera política cuya legalidad

republicana representaba el frente único del que ningún sector podía, en buenas lides, desvincularse.

Para los libertarios aragoneses, después de intercambios personales y conversaciones múltiples alrededor del tema, estaba claro que en buena fe eran compatibles el mantenimiento del colectivismo autogestionario y la defensa de nuestra autonomía regional con el cumplimiento de nuestro deber solidario respecto al Gobierno de la República, asumido por todos los libertarías desde el primer instante Con la lealtad y la responsabilidad que exigía de todos el común objetivo: GANAR LA GUERRA. Lo que ya no estaba tan claro era responder a la siguiente pregunta sin caer en contradicción con nuestras propias convicciones: ¿Cómo hacer, dentro de esa dependencia y del cuadro de violencia que nos circunda, para establecer el orden que las circunstancias exigen y no caer en una estructura de Estado?

La idea de crear un organismo que pudiera controlar y orientar idóneamente las actividades políticas, económicas y sociales de la región prevalecería, al fin, por encima de otras consideraciones; lo que se decidió en la asamblea CNT-FAI que tuvo lugar en Bujaraloz -creo recordar que hacia el 27 de septiembre- a la que habían sido convocadas por el Comité Regional de la CNT delegaciones de los pueblos y de las columnas confederales. Habiéndose acordado en dicha asamblea que el organismo en cuestión debería estar compuesto por representantes de todos los partidos y organizaciones, el CR de la CNT de Aragón, cuyo secretario era a la sazón Francisco Muñoz, inició conversaciones en este sentido Con republicanos y socialistas de los que obtuvo resultados poco alentadores. Los republicanos, si bien se mostraron partidarios, propusieron que se les dejara tiempo para reflexionar, mientras que los socialistas fueron rotundos en su negativa y expresaron sin disimulas su hostilidad y desconfianza.

Conviene señalar, por parecerme un dato que pueda ayudarnos a comprender la audacia de la CNT ante el problema que nos ocupa, que en Aragón fue esta organización mayoritaria, la que a partir del levantamiento fascista asumió toda la responsabilidad de la defensa y la que hizo marchar bien que mal el tinglado económico para abastecer a

los pueblos y a los frentes. Los demás sectores políticos -los republicanos, que habían quedado desbordados, los socialistas, que eran una minoría sin base popular, y los comunistas, más minoritarios todavía- permanecieron a la expectativa en espera de órdenes de Madrid primero y de Valencia más tarde. No ha de sorprendernos pues, que los hombres de la CNT, pese al fracaso de las conversaciones realizadas con dichos sectores, ante la urgencia de dar a la región una estabilidad económica, mayor seguridad a los ciudadanos y una cobertura legal a las colectividades, decidiera por mantener en pie la decisión de crear ese organismo de defensa que se llamaría CONSEJO DE ARAGÓN Y cuya constitución tendría al fin lugar, en Alcañiz, sede del Comité Regional de la Confederación, fijándose su residencia en Fraga, donde, en su primera reunión el 15 de octubre de 1936 se darían a conocer los nombres de sus componentes en orden a las siguientes consejerías:

Presidencia, Joaquín Ascaso[12] Justicia y Orden Público, Adolfo Ballano Agricultura, José Mavilla Villa Información y Propaganda, Miguel Giménez Herrero Transportes y Comercio, Francisco Ponzán Vidal Instrucción pública, José Alberola[13] Economía y Abastos, Adolfo Arnal Trabajo, Miguel Chueca

A qué grado de sinrazón habían llevado las cosas los enemigos irreconciliables del colectivismo mientras los campesinos aragoneses construían ilusionados la obra revolucionaria más auténtica que se ha conocido, puede verse en el primer manifiesto que lanzó el Consejo

12 - En alguna parte se ha dicho que Joaquín Ascaso fue hermano de Francisco Ascaso, compañero de Durruti que murió en los primeros días de la sublevación durante el asalto a los cuarteles de Atarazanas de Barcelona. Quiero decir para subsanar el error, que no ha habido el menor parentesco entre ambos aunque uno y otro eran hijos de Aragón y militantes de la CNT.

13 - José Alberola. nacido en Ontiñena provincia de Huesca, ejerció su profesión de maestro -antes de nuestra guerra y durante la misma hasta que perdimos Aragón- en una escuela racionalista de Fraga (Huesca) y más. tarde en Viladecans provincia de Barcelona. Al terminar la guerra pudo pasar a Francia y de allí se fue a México, donde, como tantos otros luchadores antifascistas, ha terminado sus días. No hay que confundido con Octavio Alberola, hijo suyo y muy conocido en los últimos años del franquismo por sus ruidosas hazañas en contra del mismo. (N. del A.)

como medida inicial para poner coto al desbarajuste reinante. He aquí el manifiesto:

«CONSEJO DE DEFENSA REGIONAL DE ARAGÓN».

Disposición general.

«Con una frecuencia inusitada llegan a nosotros los clamores de los pueblos denunciando actos cometidos por diferentes columnas o fracciones de ellas que obligan a este Consejo a salir al paso de lo que justificadamente podemos llamar desafueros partidistas, para evitar, primero y como punto esencial, que el campesino aragonés, orgulloso hoy del eficaz apoyo prestado para su liberación por sus hermanos antifascistas, convierta en odio, por una actuación equívoca de tipo político, el cariño fraternal que profesa a los mismos. Y, segundo, porque el Consejo de Defensa Regional no puede aceptar, en nombre de los mandatos que la gran mayoría aragonesa le ha conferido, el que se pisoteen los fueros aragoneses y nuestro derecho indiscutible, al igual que otras regiones hermanas, a regirse con arreglo a sus características y temperamento político, y en el orden económico no olvidando en ningún instante los deberes que tiene que cumplir en la lucha libertadora que todos los antifascistas sostenemos.

Con un grave error que demuestra el desconocimiento del espíritu libre y de la recia personalidad que a través de los siglos ha demostrado el pueblo aragonés, se insiste, por parte de algunos jefes de columna, de determinada fracción política, en obrar en nuestra región como en terreno conquistado a un enemigo exterior e interior; y siguiendo esta equívoca conducta, se imponen por los citados jefes normas políticas y sociales totalmente en contraposición con el sentir de nuestro pueblo, que con el asenso de la gran mayoría de sus habitantes, se ha trazado unas normas de vida; superadas, afirmaríamos, en concordancia con la transformación social que la lucha antifascista está creando en España.

Se destituyen comités creados por elección popular; se desarma a hombres que dan su vida por la revolución, se amenaza con el fusilamiento, la cárcel y el castigo corporal; y como corolario, se imponen nuevos comités armados a hechura del credo político del que comete estos desmanes, dejando también sentada la afirmación de que quien contravenga sus órdenes sentirá todo el peso que le da la fuerza armada que está bajo su mando. El terror anula las aspiraciones dignas, nobles y hermosas que dieron luz a la gran lucha que un pueblo entabló para encontrar la libertad que tantas espuelas y primates habían hollado, destruyendo con ello la continuidad de la revolución y creando la contrarrevolución al servicio de un partido con ansias absolutistas.

El otro aspecto de la cuestión que nos impele a publicar este edicto-decreto es tan grave y trascendental como lo que más arriba anunciamos. De manera alocada, sin control de ninguna clase, se levantan requisas de víveres, ganados y objetos de toda índole, en toda la región, que al realizarse de manera tan absurda traerá consigo la ruina total y de larga duración en la misma.

Nadie, y las propias columnas son los mejores testimonios de esta aseveración, ha encontrado oposición alguna en los campesinos y el pueblo en general de Aragón para que los milicianos tengan todo lo que precisan para sostener la cruda lucha que se lleva a cabo. Sin pedirlo ni exigirlo, ha sido entregado voluntariamente todo lo necesario para las milicias, dentro de nuestra disponibilidad, tanto individual como colectivamente, y ante este hecho veraz que muestra en toda su integridad el deseo ferviente de Aragón para que el triunfo de la revolución sea eficiente y rápido, no podemos aceptar, NI COMO FUERO DE GUERRA, por tratarse de un pueblo hermano del ejército libertador, el que las requisas de cosas y artículos sigan efectuándose en la vanguardia y en la retaguardia; con el agravante de que estas requisas se realizan totales sin tener para nada en cuenta las mínimas necesidades del pueblo requisado.

Aragón tiene hoy que sembrar y no tiene grano, abonos ni maquinaria para ello. Sin embargo, todo eso se encuentra en otras regiones; pero para su adquisición se precisa dinero o género intercambiable, y no teniendo ni lo uno ni lo otro, se prevé la negra perspectiva, no sólo para el pueblo aragonés, sino para todos los españoles que luchan por una sociedad mejor. Con la abundancia incontrolada se inicia el despilfarro que impide apreciar las necesidades del mañana, y arruinar sistemáticamente a los pueblos que sienten y piensan, se deja una estela de odios y amarguras que engendran en deseo de eliminar al que tal cosa hace.

Velando, pues, como decimos, por que los intereses que nos han encomendado estén defendidos con la eficiencia que es debida, advertimos y esperamos conseguir de los jefes de columna, lo siguiente:

Primero. - Que todas las demandas de artículos de primera necesidad: ganado, enseres y otras materias, sean pedidas directamente a este Consejo, que cumplirá racionalmente con las posibilidades de la región, desautorizando por lo tanto enérgicamente, los hechos esporádicos realizados por quien sea, en esta materia, de no darse un caso de extrema urgencia que imposibilite la tramitación natural a que el respeto a este Consejo obliga a todos; y

Segundo. - Que las columnas antifascistas no deben ni pueden inmiscuirse en la vida político social de un pueblo que es libre por esencia y por propia personalidad.

Y para que los pueblos y sus Comités sepan a qué atenerse y la línea a seguir, decretamos:

Primero. - Sin previa autorización del departamento responsable de este Consejo, no se entregará arma alguna de las que puedan existir en los pueblos, ni se aceptarán destituciones de los actuales Comités, hasta

tanto el Consejo no regularice y estructure la nueva composición de los mismos.

Segundo. - No se consentirá, por los medios que estén al alcance de los pueblos afectados, ninguna requisa de productos, ganados ni objetos que no vaya avalada por los departamentos responsables del Consejo, aceptando los casos de extrema urgencia, bajo la responsabilidad, firmada y sellada, del jefe único de la columna.

Tercero. - Los casos que contravengan estas disposiciones serán denunciados rápidamente al Consejo de Defensa regional, haciendo constar quién o quiénes son los responsables.

Esperamos que todos, sin excepción, cumplirán lo señalado, evitando con ello el caso paradójico y triste de un pueblo libre odiando su libertad y a sus libertadores. Y el no menos triste de un pueblo arruinado totalmente por la revolución que en todo tiempo añoró. Por el Consejo de Defensa regional de Aragón: el presidente, Joaquín Ascaso. Fraga, octubre 1936.»[14]

Pronto le negaron el pan y la sal al Consejo de Aragón, tanto los partidos políticos como la Generalidad de Cataluña y el Gobierno Central. Éste, al no concederle la legalidad, lo convirtió en el blanco de todos sus enemigos, sobre todo del Partido Comunista, que no se saciaba de calificar al Consejo de Aragón de órgano separatista y faccioso y de utilizar contra él el sabotaje y la intriga.

Reducido, como quien dice, a una vida clandestina, el Consejo, por razones de seguridad, fue trasladado a Montejulia, finca ubicada en el término de Belver junto a la carretera que va de Binéfar a Albalate de Cinca; pero esta medida de prudencia no pasó desapercibida por los comunistas, cuya aviación, un día del mes de diciembre, bombardeaba,

14 - Extraído de la obra de Peirats La CNT en la revolución española, tomo 1.°, Ed. Ruedo Ibérico, 1971, pp. 212 y 213.

«por equivocación» la vieja casa señorial donde se hallaba nuevamente instalado el recién nacido órgano.

Es obvio señalar que, en estas condiciones de total ilegalidad y cercado por tantos elementos hostiles, el Consejo no podría desempeñar la misión para la que había sido creado y que se vería ante esta disyuntiva: o seguir por la vía iniciada y, haciendo caso omiso de la actitud gubernamental afrontar el riesgo de que el conflicto tomara proporciones de consecuencias imprevisibles, o solicitar del Gobierno que intercediera vis a vis de los partidos para poder llegar con ellos a una cooperación leal y responsable.

En tan delicadas circunstancias, el amigo Benito Pabón, abogado muy competente que pertenecía al Partido Sindicalista de Pestaña y a la CNT en lo sindical, acudió a nuestra cita para estudiar de cerca el problema y buscar vías de solución junto con los compañeros aragoneses, quienes coincidieron en que tal vez fuera conveniente ir a parlamentar con los representantes de la Generalidad primero y con el Gobierno Central seguidamente, a cuyos efectos sería nombrada una comisión de la que formaron parte el mismo Benito, con otros dos compañeros: Joaquín Ascaso y Miguel Chueca.

De su visita a la Generalidad, transcurridas dos semanas apenas de haberse constituido el Consejo, contaron los comisionados que Companys había estado muy incorrecto con ellos recibiéndolos con un arrebato de verdadero furor y echándoles en cara: que habían actuado de manera absurda, que desprestigiaban a la España republicana causándole irreparables daños, que no merecía Cataluña ese trato de quienes se lo debían todo, que si Aragón se había liberado era gracias a la ayuda generosa de los catalanes, etc., etc.

Recordando esta famosa entrevista, el amigo Chueca, refugiado como yo en París en el año 1960, durante uno de mis encuentros con él, me decía con su peculiar gracejo:

> *«Tenías que haberlo visto. Echaba chispas por los ojos. Muy mal disimuló el deseo de anexionarse Aragón y hacer dueña a Cataluña del*

potencial hidráulico de nuestro Pirineo. ¡Vaya gesto de solidaridad con el pueblo aragonés! Yo diría más bien, de falta de respeto a su libertad y de total menosprecio a su recia personalidad histórica. El muy vivo quería negarnos el derecho de ser y de autoadministrarnos que con tanto tesón defendía él para Cataluña. No era su cara la misma de pocos meses antes, cuando un grupo de compañeros, en nombre de la CNT, tras haber sido derrotado en las calles de Barcelona el ejército franquista, fueron a brindarle su cooperación y ayuda.»

Bastante frustrados por la actitud irreconciliable de Companys, los tres compañeros de la delegación aragonesa continuaron su viaje a Madrid, donde se entrevistarían con Largo Caballero, jefe del Gobierno, y con Manuel Azaña, presidente de la República. Tras haber escuchado un largo informe sobre la deplorable situación en Aragón, el primero consideró válida la idea de crear un organismo regional autónomo, pero exigió que participaran en él los demás partidos políticos y organizaciones sindicales. El segundo, comprendiendo la necesidad de respetar las peculiaridades de Aragón, mostró también su conformidad respecto a la continuidad del Consejo, pero con una condición asimismo: la de dar entrada en él a representantes de los demás partidos.

Como la delegación expresara sus temores al respecto, dado que las primeras invitaciones habían sido rechazadas, el Gobierno insistió firmemente en que era necesario un esfuerzo por parte de todos para llegar, en bien de la República Española y de todos los antifascistas que luchaban por el triunfo definitivo, a una refundición del Consejo. Las razones aducidas por el Gobierno y su actitud conciliadora dieron a nuestros compañeros la esperanza de que pronto obtendrían el tan ansiado reconocimiento y la comprensión de aquellos aragoneses que, guiados, no por intereses de partido sino por la necesidad de reconstruir Aragón y salvar a España del fascismo, se pondrían a nuestro lado para cooperar con lealtad y responsabilidad en la tarea emprendida.

Largo Caballero dio fiel cumplimiento a su promesa, pues el 20 de noviembre, antes incluso de que hubieran sido determinadas con precisión las innovaciones en curso, fue reconocido por las autoridades nacionales

el Consejo de Aragón, cuyos consejeros, de acuerdo con lo pactado, tendrían que ser designados proporcionalmente a los efectivos regionales de cada partido político y organización sindical. Le fueron delegadas, a título provisional, ciertas funciones civiles y militares. Es decir, de alguna manera, haría las veces de diputación provincial y de Gobierno Civil; aunque esto como ya se ha dicho, bajo promesa de admitir en su seno a los otros movimientos ideológicos de Aragón que luchaban contra el fascismo.

No obstante, muchas negociaciones llevaría a cabo todavía el Comité Regional de la CNT con los partidos políticos y la Unión General de Trabajadores para conseguir ponerse de acuerdo; por lo que aún se tuvo que esperar hasta finales de diciembre de 1936 para su legalización en toda regla, y hasta enero de 1937 para el establecimiento de su composición definitiva. Transferido a Caspe y bajo la presidencia de Joaquín Ascaso con atribuciones de gobernador general de Aragón, el Consejo quedaría estructurado finalmente como sigue:

Vicepresidencia y Trabajo, Miguel Chueca, de CNT

Información y Propaganda, Evaristo Viñuales, de CNT

Orden Público, Adolfo Ballano, de CNT

Agricultura, Adolfo Arnal, de CNT

Transportes y Comunicaciones, Luis Montoliu, de CNT

Finanzas y Economía, Servet Martínez, de CNT

Justicia, Pellicer, de Izquierda Republicana

Cultura, Manuel Latorre, de la UGT

Trabajos Públicos, José Ruiz Borau, de la UGT

Salud Pública y Asuntos Sociales, José Duque, del PC

Industria y Comercio, Custodio Peñarroya, del PC

Secretaría General, Benito Pabón, del Partido Sindicalista.

Parecía lógico esperar que una vez legalizado el Consejo, todo discurriría por los medios normativos de legítimo y mutuo respeto; porque, encuadrado Aragón en el marco de la legislación vigente, el Gobierno quedaba obligado a aceptarlo con los mismos derechos y responsabilidades que tenía la Generalidad de Cataluña o cualquier otro ente autonómico. Pero no fue así, y después de muchas intrigas y zancadillas que dificultaron enormemente el desempeño de sus funciones durante los ocho meses apenas que duraría su existencia, el gobierno Negrín, por decreto de 11 de agosto de 1937 de su ministro de la Defensa Indalecio Prieto, liquidaría el Consejo con la más inusitada violencia.

Entre las muchas dificultades que había encontrado el órgano autonómico, hemos de señalar la falta de cooperación de sus consejeros; falta que venía determinada por la existencia en su seno de dos posiciones diametralmente opuestas: de una parte la de quienes defendían el desarrollo y mantenimiento de las colectividades, de otra la de quienes pretendían neutralizarlas de motu propio o ajeno; aunque se hizo patente cada vez más que esta postura negativa estaba determinada a su vez por quienes desde más altas esferas y entre bastidores preparaban «la ofensiva de gran estilo» -como la llama Peirats- que la prensa comunista iniciaría con gran acompañamiento de orquesta hacia finales de julio con el propósito deliberado de justificar el duro golpe que se estaba fraguando contra la CNT, contra el Consejo de Aragón y contra las colectividades.

No obstante el cúmulo de insidias y triquiñuelas entre el que se debatió siempre el Consejo, como la CNT era mayoritaria y, por consiguiente, asumía el mayor número de carteras y entre ellas las más importantes

como eran las de Economía e Interior, bajo los auspicios del mismo pudo celebrarse, en Caspe, los días 14 y 15 de febrero de 1937, el congreso constitutivo de la Federación Regional de Colectividades que permitiría la expansión y coordinación de la economía: mediante el establecimiento de estadísticas, organización de equipos de trabajo, ayuda a las comarcas más pobres, dotación de técnicos competentes para la enseñanza agropecuaria, creación del Fondo Regional para los intercambios con el exterior, abastecimiento de los frentes, envío de los excedentes a Intendencia general, incremento de la producción, etc.

Por otra parte, se estructuró el Orden Público y la Justicia, al objeto de acabar con las bandas de incontrolados y de poner fin a las denuncias arbitrarias, al robo y a las desapariciones; se iniciaron algunos trabajos públicos, se idearon planes culturales y de enseñanza, y no gran cosa más ya que, en realidad, se proyectó más que se hizo dados los escasos medios financieros de que dispuso el Consejo en todo momento, el corto lapso de tiempo que se mantuvo en pie, el boicot de que fue objeto constantemente y las interminables intrigas que le envolvieron desde el primer instante.

Como vemos pues, las provocaciones y el proyecto deliberado de arrebatar a Aragón su autonomía y con ella las conquistas que se habían logrado tanto en el área política como en la social y económica, no habían cesado pese a la solvencia del Consejo y a que en él se hallaban representadas todas las fuerzas antifascistas, ni cesarían en adelante. El enemigo tenía muy claro su objetivo, y para alcanzarlo estaba dispuesto a utilizar todos los medios -legales o ilegales- frente a la CNT cuya fuerza mayoritaria los sacaba de quicio.

Es sabido que una vez legalizado el Consejo, éste había procedido de inmediato a la reestructuración de los Consejos Municipales destinados a suplantar los comités revolucionarios que venían desempeñando, desde los inicios del levantamiento, las funciones política y militar amén de la función económica en algunos pueblos, donde el comité se había ocupado al mismo tiempo de la administración de la colectividad local. Pero esta sustitución no tuvo las repercusiones que los instigadores contra el Consejo habían imaginado, por la sencilla razón de que, al ser mayoritaria, la CNT

ostentaría en los Consejos Municipales una mayor representatividad y tendría, naturalmente, un predominio en las decisiones colectivas. Se dieron casos, como los de Maella, Ballovar, Albalate del Arzobispo y Alcolea de Cinc a por no citar otros, donde el ayuntamiento estuvo formado íntegramente por hombres de la CNT.

A partir de este dato y teniendo en cuenta que los comunistas contaban en Aragón con un número de efectivos muy reducido a pesar de haberlos incrementado con la afluencia de elementos fascistas, podemos suponer que los ataques contra el Consejo venían programados, no desde la base de los representantes comunistas en el Consejo, sino de la dirección nacional del Partido y en virtud de que sus máximos dirigentes, obedientes a las órdenes del Kremlin[15]no podían tolerar que la CNT siguiera preponderando en Aragón ni que el colectivismo libertario fuera un modelo de organización económica y de solidaria convivencia para la historia social del mundo. De ahí la gran ofensiva que se inicia contra Aragón, no sin antes provocar la caída de Largo Caballero, y que culminaría con el famoso decreto del 11 de agosto de 1937 disolviendo el Consejo y con el envío a Caspe de la 11 División del Ejército de maniobras al mando del teniente coronel Líster.

Estas fuerzas, que serían secundadas por la 27 -Carlos Marx- y por la 30 División, «*mandadas también por comunistas y separatistas, desataron el terror en la retaguardia aragonesa, no lejos de los frentes en que contenían al enemigo las divisiones confederales 25, 26 y 28. Se procedió a la ocupación militar de los pueblos y al asalto de los locales de la CNT-FAI y Juventudes Libertarias, así como a la destrucción de las Colectividades y Consejos Municipales.*»[16]Mas al objeto de poder valorar el alcance de esta brutal operación, vea el lector en Anexos al final del libro reproducidos textualmente los siguientes documentos:

15 - Ver La mano de Stalin sobre España del general Krivitsky, superviviente de la gran depuración efectuada por Stalin en el Ejército Rojo y cuyo informe, traducido del The Saturday Evening Post -Filadelfia- USA, publica Editorial Claridad en 1946.

16 - Ver la obra de Peirats, copiosamente documentada, La CNT en la revolución española, 3 tomos, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1971.

Anexo número 1. Informe que el Comité Regional de la CNT de Aragón eleva a las autoridades del Gobierno de la República.

Anexo número 2. Acta del Pleno Regional de Sindicatos de la CNT de Aragón celebrado en Caspe el 11 de septiembre de 1937.

Imaginación y prospectiva

El Comité Regional de la CNT, recogiendo las sugerencias de unos y otros y viendo la necesidad de hacer estudios serios sobre las posibilidades del futuro social y económico de Aragón, así que hubo terminado el Congreso constitutivo de la Federación Regional de Colectividades hizo una llamada a determinados compañeros para que esbozaran los pertinentes proyectos después de examinar detenidamente las posibilidades reales de cada comarca en sus diferentes aspectos sociológico, cultural, ecológico, etc. Nos preocupaban, por ejemplo, temas como los siguientes: distribución territorial administrativa, educación, intercambios económicos, desarrollo técnico agropecuario, creación de industrias, mejoramiento de los transportes, amplificación de la cultura, higiene, introducción de cambios pedagógicos profundos en la educación, relación con los diferentes pueblos de España, intercambios con el exterior, etc.

Algunas de las ponencias y estudios que iban llegando al Comité Regional servirían de valioso estímulo para poner mayor empeño en esta loable tarea. Yo por mi parte había elaborado un proyecto de Escuela Normal donde se formaran los nuevos maestros de cara a una transformación radical de la didáctica escolar mediante procedimientos totalmente identificados con una educación auténtica. Este proyecto, que yo había hecho llegar al Comité Regional de la CNT, al Consejo de Aragón y a la Federación Regional de Colectividades, junto al conocimiento que se tenía sobre el trabajo de nuestra Escuela de Militantes, éste orientado especialmente hacia el estudio de la región con sus peculiaridades, potencial ecológico y necesidades más apremiantes, despertó tan vivo interés, que una tarde de primeros de junio de aquel accidentado año 1937, un grupo de compañeros -Muñoz, Viñuales, un compañero ferroviario de Caspe cuyo nombre no recuerdo ahora, y el compañero Arnal, a la sazón comisario de la 28 División cuyos hombres estaban descansando en Monzón y pueblos adyacentes- nos sorprendió con su inesperada y grata visita.

No deja de ser curioso que cada vez que intento rememorar aquel episodio, la figura de Muñoz salta al primer plano de la escena. Veo a este compañero, enzarzado aparte en una conversación con Amal sobre aspectos relacionados muy directamente con la guerra y, al parecer,

francamente preocupado. Unos minutos de espera y los cinco pasamos a la biblioteca de la escuela, donde estuvimos departiendo hasta la madrugada y donde todos expusimos, sin énfasis y con la mayor claridad, los temas que cada uno, de acuerdo con su competencia e intereses preferentes, traía elaborado más o menos explícitamente. Proyectamos muchas cosas, sin que surgieran profundas discrepancias dada la semejanza de nuestra visión de los problemas considerados global mente y del fantasma de la guerra, que pesaba por igual sobre cada uno de nosotros con la amenaza de un mañana dolorosamente incierto.

El primer tema que debatimos, relacionado con la función administrativa, fue la consolidación de la división territorial en comarcas, por considerar, basándonos en nuestra experiencia sobre las Federaciones Comarcales de Sindicatos y las de Colectividades, que era la forma idónea, tanto para establecer el control estadístico más exacto de cara a una racional planificación de los intercambios económicos como para llevar a cabo una auténtica solidaridad regional y allanar de ese modo, la inveterada e inhumana desigualdad entre las diversas comarcas.

Los hombres de la CNT siempre estuvieron en contra de la estructura provincial, en cuya definición nunca entraron más criterios que los emanados del poder político en una relación arbitraria entre dominados y dominadores. Que ello ha sido así, la misma etimología del vocablo nos lo indica; ya que el término provincia (pro-vincire) viene de la Roma antigua y se aplicaba a los territorios ocupados por los dominadores romanos fuera de Italia. Sus leyes eran impuestas por el general vencedor y ampliadas, cuando el dominador creía necesario, por los edictos del gobernador -jefe romano que administraba la provincia.

Salta a la vista por otra parte, el carácter arbitrario de sus demarcaciones, en las que no se han tenido en cuenta para nada las peculiaridades de las comarcas: con sus cultivos, potencial ecológico, costumbres, corrientes culturales, vectores de comunicación y otros factores que deberían ser armonizados en función de unos intereses libremente expresados y debatidos por sus habitantes. Tomemos, por no citar más que un ejemplo, las provincias de Huesca y Zaragoza. Su línea divisoria corta los

Monegros por la mitad y parte el Somontano. Con ello separa corrientes de preocupación muy similares y sitúa algunos pueblos de la provincia de Huesca a más de 100 kilómetros de la capital, lo que repercute, indiscutiblemente, en detrimento de sus interrelaciones. Y otro tanto podríamos decir de la provincia de Zaragoza con respecto a la Rioja y Navarra, de las que se halla separada arbitrariamente si tenemos en cuenta las semejanzas ecológicas y culturales de las dos riberas del Ebro.

A ese propósito pues, todos estuvimos de acuerdo en que una distribución territorial más en armonía con las condiciones ecológicas del suelo y con los hábitos o aspiraciones de sus habitantes facilitaría el desarrollo económico y cultural de los pueblos e intensificaría sus relaciones en beneficio de la solidaridad más genuina. De ese sentimiento por una mejor coordinación para cumplir holgadamente su cometido sindical habían nacido otrora las Federaciones Comarcales de la CNT y, del mismo modo, las colectividades, surgidas espontáneamente, infundieron su dinamismo solidario a la región a través de sus Federaciones Comarcales, que recogían y coordinaban las necesidades y sugerencias expresadas libremente por los colectivistas en sus asambleas. ¿Por qué no estructurar, asimismo, los municipios, libremente y en base a ese modelo federal y ser elementos activos en la elaboración de las decisiones colectivas?

Teníamos presente empero, que sobre ese edificio federal -construido a partir de las federaciones locales, pasando por las federaciones comarcales hasta la Federación Regional cuyo órgano coordinador de todos los intercambios, tanto económicos y culturales como administrativos, etc., tendría que tener su sede en Zaragoza- nubes oscuras se cernían amenazantes. Por de pronto, Zaragoza estaba al otro lado de la trinchera, y todo cuanto proyectáramos de cara al futuro quedaba subordinado al éxito o al fracaso en el desenlace de la contienda, y como, a decir verdad, la situación de los frentes en el sector antifascista no se prestaba, ya en esos días de primeros de junio de 1937, para muchos alardes de optimismo, sólo una voluntad responsable de llegar hasta donde nos fuera posible en el cumplimiento de nuestro compromiso con el pueblo trabajador nos daba fuerzas para no retroceder un ápice en la tarea emprendida y proyectamos con esperanza hacia futuras realizaciones.

Por lo tanto, no pudiendo plegarnos de antemano a una actitud de fracaso por muy aleatorio que se presentara en ese instante el triunfo del ejército republicano, decidimos seguir nuestro análisis sobre el ordenamiento territorial de toda la región partiendo del supuesto de un final favorable. En cuyo caso y con la esperanza de que el éxito del colectivismo contagiaría a buena parte de pequeños propietarios y jornaleros de la otra zona tras haber sido liberada de la opresión fascista, no podíamos olvidar que la Rioja y Navarra merecían una atención especial de nuestra parte por las siguientes razones: en el esquema federal de la CNT, las comarcas de Aragón, de la Rioja y de Navarra funcionaron siempre unidas en una federación regional. No obstante, ante la posible eventualidad de una España federada, Aragón debería respetar el deseo de dichas regiones en caso de que, libremente, optaran por su autonomía, aunque sin menoscabo de que Aragón siguiera manteniendo en pie sus federaciones comarcales, así como la dinámica solidaria entre ellas a través de su federación regional y -¿por qué no? puestos a imaginar- con las demás regiones españolas, no renunciando al proyecto de solidaridad universal hasta verlo realizado de manera definitiva.

Abordamos luego el tema de la minería; pues pese a que Aragón no es rico en minerales, tienen relativa importancia sus yacimientos de lignitos, cuya utilización en aquellos momentos, si bien suplía la carencia de otros carbones mejores, ocasionaba graves daños en cocinas, locomotoras y otras máquinas debido a los azufres, alquitranes y aceites pesados que el lignito contiene. La acción corrosiva de estos elementos sobre tubos y demás piezas metálicas era causa de muchas averías y deterioros. Sabíamos que en Alemania, la técnica utilizada para tratar el lignito permitía extraer de él alquitranes, aceites y petróleos muy necesarios para la industria. Influenciados por este precedente nosotros pretendíamos reservar, tanto como fuera posible, nuestros lignitos, en espera de modernizar nuestra técnica y situarnos en condiciones de extraer los referidos carburantes y obtener coque al mismo tiempo; ya que este combustible, por sus efectos no corrosivos llegaría a ser muy estimado, tanto para hacer marchar pequeñas industrias como para uso doméstico en cocinas y calefacciones.

Pero el rumbo de los acontecimientos fue otro muy distinto del que nos hubiera permitido plasmar en realidad éste y otros proyectos. No obstante, sigo opinando: que quemar el lignito como se hacía en aquellos momentos y quemarlo como más tarde se vino haciendo transformándolo directamente en energía eléctrica, sólo puede calificarse de despilfarro económico por falta de previsión de los gobernantes de España.

A propósito de otros minerales se habló de las piritas, abundantes parece ser en algunas zonas del Pirineo y que podrían proporcionar metales de utilización inmediata y, a la vez, fosfatos para fertilizar nuestros campos. En Benasque, por ejemplo, se estaba explotando ya la benasquita, silicato aluminicomagnésico perteneciente al género clintonita muy característico de nuestro Pirineo. Sin embargo, éramos conscientes de que tratándose de prospectiva mineral sólo los técnicos especialistas en la materia deberían opinar. De ahí que nuestro proyecto se centrara sobre todo en el orden social que debía establecerse en las minas. Un orden que fuera susceptible de racionalizar convenientemente la explotación del subsuelo, de obtener la máxima producción con el mínimo esfuerzo, de humanizar el trabajo del minero y de garantizar la seguridad de su vida poniendo al alcance de su mano los instrumentos técnicos más perfeccionados.

En esa perspectiva, nuestro propósito era seguir el ejemplo de Utrillas; porque las minas, como los otros medios de producción, tenían que ser explotadas colectivamente y regidas por los mismos trabajadores en una dinámica autogestionaria, única por la que todos participan directamente en igualdad de condiciones y donde la responsabilidad, ante los aciertos como ante los errores, es asumida por todos asimismo, libre y solidariamente.

Siguiendo el pensamiento prospector de Costa y las necesidades imperiosas de muchas de algunas comarcas, hicimos el análisis de nuestras posibilidades hidráulicas, procurando hallar una fórmula para incrementar las zonas de regadío sin que sufriera merma alguna el aumento de nuestro potencial hidroeléctrico. Hemos de decir en honor a la verdad que, en lo referente al riego, poco podíamos añadir a cuanto se había proyectado anteriormente y, de algún modo, iniciado. La canalización de los Monegros, por ejemplo,

estaba en marcha; inclusa se regaba ya en algunos términos, y otro tanto sucedía con el canal de las Bárdenas. Pero había otras zonas, donde las tierras eran de excelente calidad y hubiera bastado la construcción de pantanos para convertidas en exuberantes vergeles. Aunque en esto, nuestra opinión discrepaba un poco de cuanto se venía haciendo en amplias regiones del mundo desarrollado; ya que en lugar de esos pantanos enormes bajo los que desaparecen fértiles y hermosos valles, nos parecía más útil y racional construir embalses de moderadas dimensiones en aquellos rápidos de los ríos donde el terreno reuniera condiciones para ello. De ese modo, al mismo tiempo que podríamos aprovechar la fuerza de la corriente para producir energía eléctrica, se evitarían las consabidas catástrofes en épocas de crecidas; tendríamos agua para el riego y conservaríamos en toda su integridad la belleza del paisaje.

El estudio del riego nos llevaba de la mano el tema de los cultivos. Había que introducir nuevas especies, pero sobre todo, incrementar el cultivo de los frutales, poco extendido todavía pese a que por su clima seco y altura, Aragón es una de las regiones españolas que da los frutos más aromáticos y azucarados de Europa. Los melocotones, las peras, ciruelas y manzanas que se cosechan en las riberas de los ríos Ebro, Zalón, Cinca, Gállego, Guadalope y de otras más pequeñas, son de tan buena calidad como las mejores de Murcia, Valencia, Andalucía o Cataluña y como los más prestigiados de cualquier otra comarca del litoral mediterráneo. Deberíamos convertir, pues, en vergeles, si no todas, muchas de las zonas cerealeras.

Ni que decir tiene que de acuerdo con lo aprobado por el Congreso Regional de Colectividades y con lo proyectado por el Consejo de Aragón, debía irse rápidamente a la creación de centros para la selección de semillas, de campos de investigación agropecuaria y de cuanto la técnica moderna aconsejaba para mejorar las especies, combatir plagas, condicionar y enriquecer suelos, etc. En esa dirección se potenciaría la principal fuente de riqueza de nuestra región y se crearía al mismo tiempo una importante cantera de trabajo capaz de absorber la mano de obra disponible y de evitar la secular emigración de los aragoneses hacia otras regiones más industrializadas o mejor administradas hasta ese momento.

En torno a la producción frutícula harían falta máquinas diversas y camiones, talleres para embalajes, almacenes modernamente equipados para clasificar y envasar la fruta, grandes frigoríficas, industrias conserveras e, incluso, unos dos aeropuertos para el transporte rápido del producto fresco en caso de tener que exportarlo a los países noreuropeos.

En cuanto a introducción de nuevos cultivos, en las colectividades se habían hecho ya algunos ensayos con la saja, habiendo comprobado que se adaptaba perfectamente a las comarcas secas de la región. Nuestro interés por la saja, tan rica en proteínas, se basaba en la necesidad que los técnicos pecuarios experimentaban de proporcionar a las fórmulas alimenticias para el ganado un mayor equilibrio y rendimiento. Con el tiempo, las virtudes de esta leguminosa han sido ratificadas ampliamente; ya que además del aceite que se extrae de sus semillas y que es consumido en todas las cocinas del mundo occidental, su fruto, una vez deshidratado y molido convenientemente, está siendo adicionado, por su valor proteínico, a la composición de piensas para toda clase de ganado.

Por segunda vez, se cultivó asimismo el algodón, cuyo rendimiento en las zonas de regadío era altamente satisfactorio. He dicho por segunda vez porque ya se había cultivado en la región a mediados del siglo pasado, durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos de América.

Quiero señalar que en este empeño de adaptar a nuestro agro nuevas variedades productivas no iba implicada en modo alguno la idea de un regionalismo autártico -nada más contradictorio con nuestra concepción solidaria entre los hombres y entre los pueblos- sino el deseo de llevar a la practica el principio, tan fundamental en economía, de producir más con el menor esfuerzo y de contribuir así a la prosperidad de las comarcas aragonesas.

Otra fuente de riqueza que por exigencias de la guerra iba quedando muy mermada era la cabaña, cuyos efectivos había que aumentar sin demora tanto cuantitativa como cualitativamente; ya que, en términos comparativos, nuestros rebaños daban poca carne y una lana de muy baja calidad. Si bien, en este capítulo se trataba más que nada de apoyar, a

través de sus federaciones, la obra ya iniciada por las colectividades, cuyo esfuerzo en aumentar el ganado vacuno y de cerda, así como la explotación avícola, estaba dando resultados admirables en todas las comarcas; donde los colectivistas, queriendo salir de unos métodos rutinarios y del re crío a pequeña escala en los propios establos de sus casas, construían granjas colectivas modernamente equipadas, alcanzando un grado de racionalidad y de higiene difíciles de conseguir en el marco precario de una economía privada.

Y entramos ya en el tema de la EDUCACIÓN, así, con mayúsculas, sobre el que yo, como ya dije, previamente había elaborado un ambicioso proyecto para la promoción de verdaderos educadores capaces de liberar a los niños del yugo de la disciplina y de transformar hasta sus cimientos la escuela cuartel que pone trabas al desarrollo íntegro de la persona humana. Opinaba -y conmigo Viñuales,[17]compañero magnífico y maestro excelente que, dicho sea de paso, acabó trágicamente sus días en el puerto de Alicante- que en la verdadera educación se hallaba el cauce y la dinámica para configurar una personalidad libre y equilibrada. Y esto no lo descubríamos nosotros; pues ya hacia finales del siglo pasado y comienzos de éste lo habían venido señalando pedagogos tan relevantes como Pestalozzi, Tolstoy, Decroly, Ferrer Guardia, Dewey y Celestin Freinet entre otros. En el campo de las ideas libertarias igualmente, personalidades como Godwin, Louise Michel, Kropotkin, Élisée Reclus, Ricardo Mella y Eleuterio QuintanilIa por no citar otros, habiendo intuido que sin libertad no puede haber auténtica educación, expusieron

17 - Evaristo Viñuales fue un excelente y joven militante de la CNT que había sido alumno de Acín en la Escuela Normal de Huesca y que, una vez obtenido el título de maestro, se vino a Barcelona para ponerse al frente de una escuela racionalista. Al producirse el levantamiento de Franco y tras haber colaborado durante unos días en el Comité de Milicias instalado en el edificio del Club Náutico de Barcelona, se marchó a Barbastro, provincia de Huesca, donde, junto con Máximo Franco y otros compañeros cenetistas, organizaron la columna llamada Roja y Negra -más tarde 127 brigada mixta de la 28 División- en la que permanecería Viñuales hasta el final de la guerra. Víctima, entre otros muchos, de la encerrona que supuso el puerto de Alicante para miles de combatientes antifascistas, cuando vio que los barcos prometidos para evacuar a la gente cuya vida peligraba no llegaban, dándose cuenta del engaño y no viendo por lo visto otra salida, él y su compañero Máximo Franco, juntos, y allí mismo, se quitaron la vida con un disparo en la sien.

claramente sus razonamientos al respecto y crearon escuelas libres siempre que les fue posible.

Y por si esos ejemplos no bastaban para que los compañeros allí reunidos avalaran el proyecto, tanto Viñuales como yo, expusimos cada uno de los resultados de nuestra propia experiencia. La mía, que por haberse desplegado en un ámbito extraoficial podía tener una incidencia más directa en nuestra órbita libertaria, fue escuchada con interés, y me llevaría -tras recordar mis primeros tanteos pedagógicos con los jóvenes de mi pueblo natal, pasando por la Escuela Élisée Reclus[18] en Barcelona y finalmente por esta de militantes en la que nos hallábamos reunidos- a las siguientes conclusiones: cuando en la escuela, las relaciones del maestro con sus alumnos y de éstos entre sí se hallan cimentadas sobre la libertad y la cooperación, los jóvenes se sienten satisfechos, su aprovechamiento en todas las áreas del aprendizaje es francamente rentable y los hábitos solidarios se enraizan sólidamente en su comportamiento con toda la trascendencia que ello implica para el futuro social de los hombres. Ha sido demostrado con creces por las ciencias sociales, que la cooperación -fuente inagotable de estímulos creadores- sustituye con incomparable ventaja al método competitivo, que separa a los hombres y es generador de descontento y de guerras.

En esta misma casa -les dije- conviven un centenar de púberes que se desenvuelven libremente y vosotros mismos podéis constatarlo. Ellos se organizan y distribuyen el trabajo -cultivo del campo, cuidado de los animales, cocina, orden y limpieza, administración, horas de estudio, elección de los temas, investigación, charlas, juegos, y espectáculos de cara al exterior, etc.- sin que imposición por parte de nadie intervenga en momento alguno. Para conseguir esto, ha bastado crear el clima de libertad y de confianza que nace de la cooperación solidaria y que da al individuo seguridad en sí mismo. Es decir; roto el freno de las inhibiciones que son hijas de la desconfianza y del miedo, todo ha estado presto para que cada uno de los jóvenes de esta escuela asumiera libremente la responsabilidad

18 - Una experiencia de educación autogestionada de Félix Carraser, Ed. Foil, Barcelona, 1981.

que le corresponde en este ambiente de actividad intensa donde el trabajo resulta un goce, fuente de íntima satisfacción y de halagadoras promesas.

Y como fiel exponente del papel socializador que a niveles más amplios puede ejercer el binomio solidaridad-libertad, puse de relieve a continuación el ejemplo del pueblo aragonés, cuya conducta en aquellos momentos estaba siendo el resultado inconfundible de la labor educadora que los hombres de la CNT habían hecho durante los últimos años expandiendo por aquellos pueblos las ideas libertarías. Cierto es que esta labor de la CNT no había sido suficientemente prolongada ni sus hombres -yo entre ellos- estaban preparados para exponer con el debido rigor científico el verdadero alcance sicosocial del ideal libertario; aunque, pese a nuestra insuficiencia, lo propagamos con lealtad y entusiasmo, exaltando la solidaridad y practicándola al mismo tiempo de manera espontánea y sencilla.

¿Cuál sería, en definitiva, el fruto de dicha labor? Esos trescientos mil colectivistas ofreciendo al mundo entero el insólito espectáculo de un convivir solidario y la prueba irrefutable de que es posible para el hombre organizar sus intercambios sin propiedad, autoridad ni burocracia.

El interés sobre el tema educativo se iría acentuando a medida que avanzaba la noche. Surgirían preguntas, observaciones más o menos pertinentes, dudas, y todo ello nos llevaría de la educación a la escuela, de la escuela a sus implicaciones sociológicas, perspectiva histórica, posibilidades de cambio, etc. Fue fácil demostrar el papel condicionador y de doma que sobre los jóvenes ha ejercido la escuela. De ese papel arranca precisamente la atención que los poderes estatuidos le prestaron en todos los regímenes y períodos de la historia del hombre. Esto sin duda alguna, lo veía muy claro Nietzche cuando dijo: «*Los gobiernos de los grandes Estados disponen de dos medios de mantener el pueblo bajo su dependencia: por la obediencia y el miedo. Uno más bien grosero: el ejército, y el otro, más sutil: la escuela*»[19].

19 - Citado por Daniel Laurent en exergo página 69 de su libro La pédagogie institutionnelle, Ed. Privat, Toulouse, 1982.

Según la ciencia antropológica, ya desde la Prehistoria, existieron formas de condicionar a los jóvenes para que fueran fieles receptores de la herencia sociocultural de su grupo y garantes de la supervivencia del mismo. De ahí nacieron los ritos de iniciación, que eran la culminación de un prolongado período de condicionamiento y se desarrollaron en una atmósfera saturada de angustia y de misterio. Iban acompañadas estas ceremonias de pequeñas mutilaciones personales y otras pruebas que dejaban su marca indeleble en la persona de los jóvenes iniciados. Eran -y siguen siendo, puesto que se practican todavía en los pueblos iletrados que aún existen en algunas zonas del Globo- Como el sello que cierra un compromiso: la adhesión a los valores establecidos por los adultos de una vez por todas y la aceptación de un estatuto al que ningún individuo de la tribu puede desobedecer mientras viva, so pena de ser excluido del grupo y sentirse abandonado de la autoridad trascendente que protege la vida del mismo.

A partir de esa forma de transmisión cultural que en las sociedades prehistóricas permitía a los jóvenes identificarse en cuerpo y alma con sus mayores y con el grupo, los métodos de condicionamiento han sufrido desde entonces muchos cambios al vaivén de las modificaciones socioculturales producidas por los impactos de la revolución tecnológica que se inicia en el Neolítico y que, por efecto de los nuevos impulsos recibidos a través de los siglos, con resultados cada vez más espectaculares, llegaría a transformar radicalmente las condiciones de vida del hombre y, por ende, sus relaciones.

Es preciso destacar, sin embargo, que en el trasfondo de tanto vaivén, algo subyace que no ha sufrido alteración pese a los embates y transformaciones que al socaire de la gran revolución tecnológica se han ido produciendo. Me refiero a las estructuras de dominación, que siguen imperando en todas las áreas de nuestra sociedad y que parecen prometer larga vida mientras una gran mayoría de los ciudadanos del mundo no tomen conciencia de ese anacronismo que puede conducirnos a un desastre irreparable. y en ese contexto, la escuela actual, apéndice del Estado y cada vez más burocratizada, no puede ser más que el reflejo de la sociedad a la que sirve y condicionar a los jóvenes para devenir más tarde los defensores y mantenedores de esa misma sociedad. Pero este condicionamiento no se

produce sin que el equilibrio sicosomático de la persona de los educandos sufra gravísimos daños. Para valorarlos en su verdadera dimensión tendríamos que tener en cuenta dos cosas:

- En primer lugar la angustia con la que vive el alumno este sistema esquizoide de selección-competición y la agresividad que, unas veces volcada hacia fuera, otras hacia dentro, se va generando de la propia angustia.

- En segundo lugar la edad tan temprana en que esta dinámica selectiva comienza; pues ya desde que el niño ha cumplido seis años -muchas veces antes- ha de ir interiorizando esa estampa maniquea que -en virtud de unos criterios totalmente arbitrarios si nos atenemos al conocimiento de la ciencia sicológica en materia de inteligencia humana viene dividiendo al grupo clase en dos bandos: de un lado los alumnos supuestos inteligentes y superiores; de otro los torpes e inferiores, no pudiendo faltar entre éstos los que llevan la etiqueta de enfermos y hasta de irrecuperables muchas veces. Coincidiendo con Daniel Laurent, al que acabo de citar, yo digo con él que es una forma perversa esa de habituar a los niños, día tras día, a reconocer como natural la relación social de dominación sumisión que encontrarán más tarde en su vida de adultos.

Ésta es, sintetizando al máximo, la triste realidad de la escuela primaria en estos momentos y a la que se ha llegado a través de las sucesivas reformas que, sin tener en cuenta las verdaderas necesidades del niño, ha ido promulgando el Ministerio de la Educación durante los 46 años que nos separan de aquellos frustrados proyectos por los que un reducido grupo de libertario s intentábamos dar a la escuela su verdadero papel, que no es el de condicionar a los jóvenes para la guerra, sino el de educarlos para la paz.

Pero hay algo que exige de mi parte una aclaración; porque al hacer la crítica de la escuela se prestaría a confusión si no marcara la diferencia entre el período anterior a nuestra guerra y el que sucedió a la gran conflagración que sacudió al mundo en el cuarto decenio de nuestro siglo. Así pues, sin que esto implique, ni mucho menos, mi identificación con la escuela tradicional autoritaria de entonces, he de decir en honor a la

verdad que no era tan dañina como lo es ahora; en primer lugar, porque al maestro le quedaba un amplio margen de libertad dentro de la clase para establecer con los alumnos un tipo de relaciones menos burocratizadas y más creativas, y en segundo lugar porque en lo que abarcaba entonces el ciclo de la primaria -desde el parvulario hasta los 14 años- los alumnos no llegaron a conocer, afortunadamente, ese dispositivo infernal de calificación y clasificación permanente que es hoy motivo de tortura para todos y fuente de esquizofrenia para los más jóvenes según vienen constatando de un tiempo a esta parte aquellos sicólogos más preocupados en el tema de los fracasos y traumas escolares.

Nosotros proyectábamos una escuela donde los niños pudieran hacer la experiencia de su autonomía al objeto de que por el libre ejercicio de su iniciativa llegaran al conocimiento de las cosas y de los fenómenos, tanto físicos como sociales; pues teníamos la convicción de que sólo así se consigue estructurar sólidamente la facultad de observación y de crítica que permiten al individuo ser auténticamente libre, máxime si en la búsqueda de cada día se practica la cooperación en un ámbito de confianza recíproca y de estímulos satisfactorios.

Al llegar aquí tuvimos que aclarar qué era lo que Viñuales y yo entendíamos por educación, coincidiendo ambos en que educar no es, como mucha gente cree, atiborrar de conocimientos en escabeche la mente de los chicos. Pretender colocar desde fuera en su cerebro el saber que se halla registrado en los libros o en la mente del magíster sin que el alumno se sienta motivado realmente, es querer convertirlo en un robot y atrofiar su imaginación creadora que es el rasgo más genuino del hombre. Educar, por el contrario, es crear el medio y las condiciones para que el niño pueda desarrollar todo el potencial humano que lleva dentro. Dicho de otro modo: es enseñar al niño a aprender y a investigar en un diálogo permanente con sus compañeros, y a mantener viva su curiosidad para que pueda ser plenamente feliz, investigando y cooperando, siempre, hasta el fin de sus días.

Dicho lo que antecede, se comprenderá fácilmente en qué ha de consistir la formación de los futuros maestros: en aprender a despojarse de todo

atisbo de autoridad y en renunciar a su papel jerárquico; porque mientras no sepan ser sencillos, genuinos camaradas de los chicos y capaces de crear en la clase un clima de libertad responsable y de cooperación, no pueden ser educadores en el sentido lato del término; porque sólo propiciando un ambiente de confianza en el que todos se sientan iguales y dispuestos a colaborar, se puede poner en marcha la dinámica autogestionaria en la que maestros y alumnos han de participar responsablemente en todas las tareas del grupo. A partir de ahí, la cosa resulta muy sencilla; porque si bien es interesante que el maestro posea un nivel apreciable de conocimientos -historia, matemáticas, lenguaje, etc.- es mucho más importante que sepa cómo debe enseñar a los chicos a aprender; es decir, a buscar en las fuentes. y, sobre todo, ha de saber inhibirse de todo discurso magistral. Mejor es que se sume a la búsqueda con los alumnos. Ello es siempre más estimulante y rentable que servirles los datos desde su atalaya de figura sapiente.

Por mi larga experiencia sé que la enseñanza autogestionada desarrolla la iniciativa y la imaginación creadora de los niños y de que el trabajo en equipo enriquece el recíproco conocimiento a la par que crea hábitos de cooperación amistosa, la Normal para la formación de futuros maestros tenía que estar concebida de manera que posibilitara al máximo la enseñanza por la práctica de esa misma dinámica autogestionaria. En esa perspectiva, yo la ubicaba en un amplio terreno de cultivo, donde además de las correspondientes aulas, tan funcionales como alegres, pudiéramos disponer de una biblioteca bien nutrida como base de información, laboratorios adecuados, salón de sesiones equipado para la enseñanza del arte dramático, talleres para el aprendizaje de una artesanía polifacética, instalaciones para el re crío de animales, algunas parcelas en las que pudieran ensayarse variados cultivos, y terreno suficiente para el esparcimiento de los alumnos con cuantas actividades lúdicas inventaran ellos mismos.

Habíamos previsto, como es lógico, que la Normal estuviera emplazada cerca de una población grande o mediana; puesto que anexa a ella tendría que edificarse una escuela graduada, ya que no se concibe una enseñanza para tan delicado magisterio sin estudiar en contacto permanente con los

niños. Expuse pues, de manera muy esquemática, el bosquejo de dicha escuela autogestionada, donde serían los chicos los que decidirían qué materias iban a estudiar y qué trabajos a realizar de acuerdo con sus motivaciones y aptitudes.

La población escolar estaría repartida en 4 grupos, empezando por la escuela jardín -niños de 4 a 6 años- pasando por los otros tres hasta alcanzar la edad de 15 años. Los cuatro quedarían instalados en sus respectivos pabellones; pero éstos deberían estar construidos de manera que fuera posible el libre intercambio entre los alumnos de los distintos grupos. y esto, que puede parecer un dato insignificante, adquiere para mí una importancia de primer orden. Los que hayan leído la obra citada anteriormente *Una experiencia de escuela autogestionada*, lo comprenderán sin dificultad inmediatamente.

En el primer grupo, donde la única actividad de los niños debería ser el juego, habrá de prestarse especial atención a la manipulación de materiales diversos; ya que lo primero, permite al niño el conocimiento sensible de la materia y lo segundo estimula la expresión corporal al mismo tiempo que lo inicia en el aprendizaje de la cooperación.

En el segundo grupo, compuesto de niños de seis a nueve años -edad de la manipulación y de los conocimientos concretos- los chicos deberían tener, a lo largo de los tres cursos, el mismo profesor, quien, conocedor de los intereses predominantes en esa edad, podría ayudarles a desenvolverse Con holgura en la satisfacción de su natural curiosidad y, por consiguiente, en el normal desarrollo de su persona.

El tercer grupo, de nueve a doce años, etapa en la que se interioriza el conceptualismo abstracto, los chicos deberían tener a su lado asimismo, un maestro conocedor de la sicología prepuberal; porque si bien su vehemencia en asimilar el código social de los mayores no ha desaparecido todavía, se ha de pensar en que es un momento difícil en el que suelen manifestarse ligeros conflictos caracteriales. Sin embargo, también es uno de los más dinámicos y espontáneos del crecimiento, por lo que, si gozan

de libertad, los jóvenes realizan maravillas tanto investigando como dando forma a sus descubrimientos.

El cuarto y último grupo, de doce a quince años, es el más delicado desde varios puntos de vista; la aparición de la pubertad perturba de algún modo el ritmo de su conducta, lo que exige un autocontrol fisiológico y síquico y un análisis serio por tanto, al objeto de que chicos y chicas lleguen a ser pilotos de su propio comportamiento. Viven lo que ha dado en llamarse «crisis de identificación», por lo que son muy inclinados a criticar los hábitos de los mayores, a querer intervenir en los procesos sociales y a afirmarse como seres responsables que reivindican su puesto en la sociedad y quieren ser ellos mismos. Si se sabe orientar todo ello de manera idónea, este período es el más prometedor para afianzar una personalidad libre y tolerante; ya que a partir de su propio afán de independencia es fácil hacerles comprender que los TÚS son tan respetables y valiosos como el YO.

También el profesor en estos tres años debería ser el mismo para poder llegar, mediante una relación suficientemente prolongada, a conocerse recíprocamente y a trenzar lazos de amistad sincera que son los que facilitan la identificación de los jóvenes y la tan anhelada integración de su persona en el mundo de los adultos.

En cuanto a la dinámica escolar, ya hemos dicho aunque sin entrar en pormenores, que debería ser autogestionaria; lo que quiere decir que, tanto la distribución del tiempo y elección de las materias de estudio, como el trabajo, administración del material escolar, limpieza de los locales, etc., deberían decidirlo los propios alumnos por el vehículo de sus asambleas. Y lo mismo decimos para los normalistas, que habrán de informarse y realizar su personalidad en el yunque de una autogestión efectiva. Sería indispensable, en principio, una asidua intervención en las aulas de la escuela anexa a la normal, para aprender a conocer a los chicos en sus diferentes estadios madurativos y a saber respetar su iniciativa por medio de la cooperación y el trato afectuoso con ellos.

Al mismo tiempo, como alumnos de la escuela normal cuyo magisterio exige de ellos un determinado bagaje de conocimientos que habrá de permitirles desempeñar con cierta holgura su futura función, deberían interesarse por las ciencias sociológicas -antropología, historia, sicología, pedagogía- y por las ciencias fisicobiológicas, así como por las matemáticas, lenguaje, arte dramático, etc.; pero todo ello sin obedecer a programa alguno impuesto desde fuera, sino a un plan establecido libremente por los propios alumnos al socaire de su curiosidad y de sus intereses más acuciantes en cada momento; teniendo en cuenta que sólo cuando el aprendizaje responde a la demanda del alumno y éste se halla motivado realmente, es fácil de asimilar y resulta verdaderamente rentable; porque sólo entonces es investido de significado e interiorizado coordinadamente por el alumno y sólo en esas condiciones puede éste grabarlo en su memoria de manera lúcida e imborrable.

La escuela normal, en la que se podía ingresar desde la edad de 15 años hasta haber cumplido los 30, abarcaba un ciclo de cuatro cursos, durante los cuales, alternando con el estudio, la investigación y las prácticas de laboratorio, sin olvidar la cooperación con los muchachos de la graduada para determinadas actividades, los normalistas debían aprender otras técnicas: la agropecuaria por ejemplo, alternando el cultivo del campo con los cuidados de la granja, y a manejar las herramientas de uso más corriente, no olvidando asimismo la importancia del arte dramático que, como factor de catarsis y a la vez agradable entretenimiento, puede ser en determinadas ocasiones un auxiliar formidable para mejorar las relaciones dentro y fuera de la clase. Si bien, por encima de todo debería estar el aprendizaje de la autogestión y de la cooperación para llegar a ser individuos libres y responsables, solidarios con los demás, pacientes, tolerantes, con iniciativa, refractarios a todo atisbo de jerarquización y capaces de acercarse a los niños con sencillez para aprender a escucharlos y a comprenderlos.

Como se desprende pues de su misma dinámica autogestionaria, en la escuela normal que tratamos de pergeñar sobran los cursos magistrales. Salta a la vista, sin embargo, que en su lugar se hace indispensable una nutrida biblioteca al objeto de que los alumnos, previamente organizados

en equipos de trabajo y prescindiendo de toda dirección exterior, puedan llevar a cabo con holgura las consabidas investigaciones. En cuanto al profesor, sólo cuando su ayuda se hace realmente indispensable debe acudir a la demanda de sus alumnos, aunque no mostrándose demasiado explícito mientras no haya comprobado que su concurso es de todo punto imprescindible, bien por carecer los alumnos de medios propios, bien por escasez de tiempo o por otra razón que pudiera justificarlo.

Terminado nuestro coloquio sobre la problemática educativa y proyecto de escuela autogestionada, el compañero Muñoz, en nombre del Comité Regional de la CNT, expuso la idea de que tal vez había sonado la hora de iniciar por los pueblos una labor cultural que habíamos negligido hasta ese momento al estar absorbidos por las necesidades de la guerra y por la intensa dedicación que la buena marcha de las colectividades venía exigiendo de todos nosotros.

Es verdad que, absorbidos por tantas obligaciones, nuestros compañeros de los pueblos no disponían de energías para poder ocuparse plenamente de la tarea cultural. Ello no obstante, estaba siendo mejor atendida de lo que el compañero Muñoz venía imaginando. Nosotros por ejemplo -me refiero a los profesores y alumnos de la Escuela de Militantes- nos desplazábamos los días festivos por aquellos pueblos para llevar a sus habitantes nuestro teatro y la oportunidad de participar en nuestras charlas, que eran seguidas de animados coloquios y resultaban muy concurridas, tanto si se daban en medio de la plaza como si esto se hacía en los locales del centro cultural del pueblo. Porque salvo en las poblaciones muy pequeñas, en casi todos los núcleos grandes o medianos había un centro cultural al que acudían regularmente personas de todas las edades; unas para satisfacer su curiosidad y su apetito de saber, otras para estar informados de los últimos acontecimientos o para contrastar sus opiniones, cuando no, para compartir agradablemente con los amigos o celebrar las delicias de algún acto de cuantos el equipo animador del centro o su grupo teatral tenían a bien organizar de vez en cuando para solazar a las gentes y dar mayor intensidad a la vida del pueblo.

Todo ello se hacía de manera espontánea y sencilla -y esto es lo admirable- porque era la expresión sincera de un deseo hondamente sentido: el de unos rudos campesinos que amaban la cultura y que, sin pretensiones de alcanzar grandes niveles, trataban de aprehenderla poniendo en juego el único medio de que disponían: su imaginación creadora, bella promesa de futuro si la apisonadora del acontecer bélico no hubiera pasado por nuestras tierras barriendo hasta sus cimientos la estructura solidaria que con tanto amor y entusiasmo habían conseguido levantar aquellos hombres.

En cuanto a planes culturales a otros niveles, ya en el citado Congreso de Colectividades se había acordado hacer el mayor esfuerzo para mejorar la enseñanza, fundar laboratorios, centros de aprendizaje profesional y cuanto pudiera contribuir de algún modo a incrementar la cultura de nuestro pueblo. Aunque, al llegar aquí, cada uno de los cinco allí presentes aquella noche, no pudimos evitar de hacernos la siguiente pregunta: ¿dispondremos del tiempo y de la calma necesarios para llevar a la práctica tan ambiciosos proyectos? Con ese sentimiento -mezcla de esperanza y de escepticismo dada la cruel amenaza que pesaba sobre nosotros- y cuando ya amanecía, dábamos fin a aquellas conversaciones no sin prometernos ingenuamente que deberíamos reanudarlas a no tardar mucho. Vana ilusión, como muy pronto pudimos constatar por la forma en que se fueron desarrollando los acontecimientos en nuestra región y fuera de ella, hasta llegar al trágico final que en nuestra condición de «vencidos» nos tocaría vivir muy pronto apurando el cáliz de la represión o del exilio.

CAPÍTULO 8

Dos conversaciones de marcado interés crítico

En una de mis visitas a la colectividad de Monzón me encontré, para gran satisfacción mía, con el señor Calvo. Éste era un vecino del pueblo al que los compañeros de la colectividad le habían confiado un puesto administrativo de relativa importancia -hecho sin trascendencia de no haber sabido que el tal señor había sido hasta entonces un gran terrateniente y que, no obstante, aceptaba la colectivización de muy buen grado-. Me alegré de veras; pues me inspiraba gran simpatía su persona y veía en ese encuentro la gran ocasión para conversar con él larga y sosegadamente. Con esa idea y sin pensarlo más, me acerqué para saludarle y expresarle mi deseo, no sin antes pedirle mil excusas por lo que podía tener de abusiva o de impertinente mi actitud hacia él. Y así, sin otros preámbulos inicié el diálogo:

-¿No le molestará que conversemos un poco?

-¿Por qué habría de molestarme? Aunque... a decir verdad, ignoro cuál puede ser su interés en hablar conmigo ni qué pueden aportarle mis opiniones.

-Se equivoca; pues me interesa muy particularmente lo que usted pueda pensar sobre el sistema social en el que nos hallamos todos inmersos, y ello por las siguientes razones: yo me figuro que al quedarse usted sin tierras no vería con buenos ojos el régimen que lo ha desposeído. Sin embargo -y para sorpresa de quienes lo constatamos- usted se muestra sereno, asume con actitud responsable el trabajo que en la colectividad se le ha confiado, su conducta está siendo un ejemplo de cooperación y siempre responde con simpático gracejo sea quien sea el que se le acerque.

Como apenas nos conocemos, comprendo que no ha de ser fácil para usted expresar sin reservas sus verdaderos sentimientos, sobre todo tratándose de un interlocutor que pertenece a otro campo. Ante esta dificultad para dialogar yo le pediría que confíe en mi sinceridad cuando le digo que sabré respetar sus opiniones y que nunca me perdonaría si en algo pecara de indiscreto. La verdad es que siempre me atrajo profundamente el estudio de los fenómenos sociales' pero éste del que soy actor y espectador al mismo tiempo', con toda la responsabilidad que ello implica, ha de

preocuparme doblemente. Ese es, por tanto, el verdadero motivo de la siguiente pregunta y de las otras que irán surgiendo. ¿Podría usted decirme con toda franqueza qué impresión le han causado las colectivizaciones?

-Antes de contestarle quisiera aclarar algo que me parece importante. Yo no he sido un potentado ni mucho menos, y si bien es cierto que gozaba de los privilegios que lleva consigo el ser propietario, mis tierras -que no eran las de un gran latifundista aunque tal vez demasiadas aún nunca me hincharon de orgullo ni me hicieron ser desconsiderado con mis jornaleros. Y vayamos a su pregunta, que... yo no sé si sabré contestar debidamente. De tal modo me confunde la ambivalencia de mis sentimientos a propósito de las colectividades. A decir verdad, hay momentos en los que me cuesta trabajo situarme; lo que no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que yo no estaba preparado en absoluto para este cambio. Además, se ha producido así... tan de sopetón.

Sin embargo, que todo sea de todos y que se trabaje y administre mancomunadamente, en principio me parece estupendo; porque al suprimirse las diferencias sociales se crean las condiciones para que desaparezcan las envidias y los recelos y surja el clima de confianza en el que se desarrolla la verdadera amistad. Ese es el fenómeno que se ha producido dentro de las colectividades, y he de reconocer que yo he sido el primero en beneficiarme de él por la satisfacción que me invade al sentirme considerado y respetado tan cordialmente. Y ¿qué decir de la participación igualitaria y de la solidaridad? Bien reflexionado, esto da una seguridad que es incomparable con ninguna otra forma organizativa. Pero hay algo que empaña, por así decirlo, este sentimiento. Serias dudas me asaltan cuando pienso que todo esto ha ido precedido de una lucha violenta y que otro gallo nos cantaría si el colectivismo hubiera surgido de la voluntad pacífica de los pueblos. Por otra parte, yo me pregunto si esto va a tener continuidad.

-Le sobra a usted toda la razón. Si la colectivización se hubiera instaurado en un clima de paz y de voluntad consciente, su continuidad, no cabe duda, estaría garantizada. Pero hay un aspecto al que si hago alusión en este preciso momento es porque desearía que todo quedara muy claro

entre nosotros. ¿Qué hay detrás del concepto cuando usted dice «con la voluntad pacífica de los pueblos»? ¿Conoce por desventura alguna colectividad donde se haya obligado a las gentes a ingresar en ellas? Porque si es verdad que existen algunos casos, espero que se referirá a situaciones muy particulares como es la suya por ejemplo. Como usted hay otros terratenientes que se han visto obligados en virtud de una circunstancia muy excepcional. Usted sabe que por un imperativo de justicia el asalariado ha sido suprimido y que por imperativos de la guerra la economía exige que no quede un palmo de tierra sin cultivar. Entonces frente a la dificultad en la que se encuentran los grandes propietarios para explotar sus dominios esto lo hace como es lógico la colectividad, que a cambio les ha abierto sus puertas dándoles la oportunidad de participar en igualdad de condiciones Con los demás en la administración de los bienes colectivos, concediéndoles asimismo todos los derechos en cuanto al usufructo de la parte que corresponde a cada uno a la hora del reparto. ¿No está usted de acuerdo?

-Claro que sí. Eso es lo que ha ocurrido en las colectividades que yo conozco de esta comarca. En lo que a mí respecta, le quiero decir que si bien ha sido la circunstancia la que me ha traído a la colectividad, yo no me he visto forzado ni amenazado por parte de nadie. Pero es que, además, me encuentro en ella muy a gusto. No se cómo decirle. Antes, por ejemplo, el trato con mis jornaleros carecía de naturalidad. Había algo que los separaba de mí y que restaba sencillez a nuestras conversaciones por más que yo me esforzara en ser amable y justo con ellos. Es muy bonito esto de sentirse iguales, nadie más que otro, y poder hablar de todo con todos. Pero vuelvo a lo mismo: es verdaderamente lastimoso el que se haya comenzado con violencia y que la ducha en los frentes siga regando este suelo con la sangre de sus hijos.

-Tiene usted toda la razón. No ha sido un buen comienzo; pero ¿es que nosotros pudimos hacer algo para evitarlo? Fueron los fascistas los que se levantaron contra el régimen legalmente constituido, matando, encarcelando y sembrando el terror en todos los lugares de España donde no hubo resistencia. Usted lo sabe lo mismo que yo: en los pueblos que no se defendieron por imprevisión o por exceso de buena fe fueron asesinados

alevosamente los hombres que se habían significado por sus ideales de libertad y de progreso. Pero dejando aparte el hecho violento del que yo, al igual que usted, opino que siempre es negativo, ¿cómo valora la acción del pueblo trabajador cuando al ver desmoronarse el tinglado que lo ha venido oprimiendo hasta aquí intenta sustituirlo por otro más equitativo y humano?

-Yo pienso que la labor que están llevando a cabo los trabajadores no puede ser más prometedora y digna de encomio. Lo que no acabo de comprender y me trae bastante preocupado es la campaña que están haciendo algunos periódicos contra el colectivismo y me pregunto por qué tantos antagonismos enfrentando a unos partidos que dicen defender la misma causa antifascista.

-Hecho lamentable por lo que lleva en sí de incomprensión y de peligrosa agresividad, pero no hay mejor forma de luchar contra los detractores que trabajar sin desmayo por la buena marcha de las colectividades, para poder demostrar a todos que el colectivismo autogestionario es el único sistema social y económico que puede dar satisfacción plena a los hombres. ¿No le parece?

-Sí, sí; pero la enemiga de los partidos políticos está ahí y... no sé, no sé dónde vamos a parar con tantas calumnias e intrigas.

-Sin embargo, no podemos ni debemos hacer marcha atrás, y mucho menos sentirnos culpables ante el partidismo fanático de quienes nos combaten.

-Sí, claro está -asintió el señor Calvo con gesto de resignada impotencia.

Pero yo, queriendo llegar más adentro en sus opiniones sobre la experiencia autogestionaria que estábamos viviendo, traté de asediarle con nuevas preguntas:

-¿Se ha planteado alguna vez en su vida si los trabajadores serían capaces de organizar a niveles tan altos la vida social y económica de los pueblos?

-No, jamás me vino esa idea. Yo, como casi todos los adultos de mi tiempo, siempre he creído que para gobernar a un país era necesario un Gobierno con individuos competentes a la cabeza y al frente de sus instituciones, así como en la dirección de todas las empresas tanto privadas como del Estado. De tal modo creía esto, que no salgo de mi asombro tras haber visto con mis propios ojos que la sociedad puede funcionar estupendamente fuera de ese esquema jerarquizado al que yo tenía por insustituible.

-Bueno, ¿y qué consecuencias saca usted? ¿Podría decírme1o?

-Sí, ¿por qué no? A través de mis conversaciones con los colectivistas y viendo cómo se desenvuelven en sus asambleas, he de confesar muy sinceramente que nos diferenciamos todos muy poco; cada cual sabe más o menos donde le aprieta el zapato, todo el mundo aprende a razonar y a criticar de manera pertinente y hasta el que parece ser más ignorante o retrasado suele aportar iniciativas válidas Cuando menos te lo esperas. En fin; que es una pena no poder vivir en paz para ir educándonos poco a poco hasta llegar a ser menos egoístas y más inteligentes todos. Pero...

-¿Qué hay detrás de ese pero, señor Calvo?

-Detrás de ese pero yace un gran temor: el de que esta obra colectiva, fruto de tantos desvelos y entusiasmos, se vea truncada de manera definitiva cuando menos lo esperemos. Aunque a veces, me digo, puesto que en materia de politiqueos ni entro ni salgo, que quién soy yo, pobre diablo, para meterme en profecías. Sin embargo, habrá de convenir conmigo en que son de muy mal augurio esos enconados antagonismos que nos dividen cuando precisamente, la guerra, cuyo fin sigue siendo para todos una preocupante incógnita, exige de unos y de otros estar más unidos que nunca.

-Ese temor, amigo mío, de manera camuflada o manifiesta y sentido más o menos conscientemente, vive en todos nosotros; porque sabemos que nuestros enemigos, tanto de acá como de allá las fronteras, se cuentan por miles y porque, coma usted acaba de decir, la pelota está en el tejado y entretanto nos preguntamos con ansiedad de qué lado va a caer. Pero

tenemos la obligación de seguir adelante por la vía emprendida, y ello, entre otras razones, por dos muy fundamentales: porque una economía socializada nos permite satisfacer con holgura las necesidades del frente y porque hemos de demostrar a quienes aferrados al capitalismo o al marxismo nos tachan de utópicos, que es posible una convivencia libre y solidaria si consciente y responsablemente nos lo proponemos, y que ello vale la pena puesto que es el único modelo de sociedad que puede dar satisfacción plena a las aspiraciones del hombre.

-Le comprendo perfectamente y comparto muchas de las inquietudes inherentes a la incertidumbre que crea la presente situación. No obstante, en virtud de un pasado que tanto nos condiciona, es natural que me sienta menos comprometido que cualquiera de todos ustedes. Quiero decir con ello que deberían compararme, no al actor que ha elegido previa y responsablemente un papel y trata de asumirlo hasta las últimas consecuencias, sino al espectador que sorprendido ante el espectáculo de una obra bella aporta su humilde contribución para lograr el éxito de la misma.

-Gracias por su sinceridad, señor Calvo, y por la satisfacción que me ha producido saberle tan cerca de los trabajadores y de su obra socializadora a la que usted ha contribuido muy eficiente mente desde su puesto de trabajo en esta colectividad de Monzón cuyos hombres le tienen en gran estima, bien merecida por cierto.

-Gracias a ustedes -replicó el señor Calvo con amable sonrisa, y la llegada de unos compañeros, miembros del comité de la colectividad, que venían en mi busca cortó la conversación, dando fin a esta grata y aleccionadora entrevista.

Descendiendo tranquilamente íbamos por el camino que conduce al huerto, unos cuantos zagales de la escuela y yo, cuando, de pronto, vino hacia nosotros un desconocido pidiéndome gentil mente si sería tan amable de dedicarle unos minutos. Era un caballero de edad mediana y de aspecto simpático que, al parecer, estaba muy interesado en hablar conmigo, no sin gran sorpresa de mi parte puesto que desconocía en

absoluto de quién y de qué podía tratarse. Como fuimos sorprendidos cuando nos dirigíamos al huerto para hacer unos trabajillos hice seña a los chicos de que continuaran el camino sin mí, al mismo tiempo que dirigiéndome a nuestro insólito visitante le proponía desandar el trayecto hasta la escuela para poder hablar los dos más sosegadamente. Asintió con un gesto y en menos de un minuto llegamos a casa, donde una vez instalados y tras rogarle que expusiera el motivo de su visita, el hombre, con ademán sosegado hizo su presentación para exponer a renglón seguido lo que en realidad le había movido para venir a verme.

-Me llamo -dijo-- Jaime Costa; soy profesor de instituto y me han encargado un estudio sobre las colectividades de Aragón, fenómeno que ha levantado gran polvoreda en todos los medios políticos y cuya importancia es, a juicio mío, de un alcance insuficientemente valorado todavía. En primer lugar, pensar en que lo que vaya decir puede ayudarle a ver justificado mi interés por lo que está ocurriendo en Aragón, quiero que sepa que desciendo de aragoneses por mi abuelo paterno, que era hijo de Barbastro y que influyó en mí de tal modo que siempre me ha interesado la historia de Aragón y me he sentido muy inclinado a profundizar en la idiosincrasia de sus hombres.

Siendo yo muy niño ya me hablaba mi abuelo de la reciedumbre de los aragoneses, de que la palabra de un baturro tenía más valor que todas las actas notariales y de que entre mañas la generosidad era mantenida siempre de un modo ejemplar; pero ¡cuidado! -añadía- que un aragonés no se deja pisar así como así. Como el abuelo era un viejo republicano serio y honrado a toda prueba, sus criterios irían interesándome cada vez más y el deseo de investigar sobre el pasado de este pueblo intrépido y generoso se iría configurando en mí a medida que iba creciendo y madurando. No cabe duda pues, de que esta pasión mía por conocer la historia de Aragón es hija del impacto que había hecho en mí el abuelo; ya que mis padres eran catalanes por nacimiento y yo, igualmente, he nacido y crecido en Cataluña.

Posteriormente, contrastándolo con mis observaciones he llegado a la conclusión de que tal vez mi abuelo exagerara un poco al situar tan alto

las virtudes de los aragoneses, y no porque mintiera, sino porque al exaltar la bravura de este pueblo no tenía en cuenta ese ingrediente que yace en el trasfondo y que representa el lado negativo del carácter aragonés. Es verdad que si remontamos a los orígenes de Aragón no se puede por menos que admirar a este pueblo cuando dirigiéndose al Rey le dice: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos, y todos juntos, más que vos», o cuando le conmina a jurar los fueros en términos como éstos: «Si no, no serás rey». Son hechos que simbolizan de manera inequívoca la idiosincrasia de un pueblo; aunque si penetramos con ojo crítico un poco más adentro, descubriremos ese rasgo individualista y egocéntrico que da al carácter aragonés cierta apariencia de orgullo. Figuras tan relevantes como Gaya, Ramón y Cajal, Costa y otros más cercanos a nosotros en el tiempo como Felipe Alaiz y Samblancat, a los que he conocido personalmente, parecen ser fieles representantes del viejo tipo aragonés: atento y respetuoso, pero cerrado en sí mismo, poco apto para la cooperación y no muy bien equipado para el diálogo.

Con estos antecedentes ya puede usted imaginar cuál ha sido mi impresión al pasearme por estas tierras y ver el ejemplo de cooperación y de solidaridad que está dando el campesinado aragonés. He visitado Barbastro, Berbegal, Binaced y algunos pueblos más y no salgo de mi asombro al contemplar el entusiasmo con el que trabajan los colectivistas y su formidable organización a todos los niveles. ¿ Cómo ha sido posible, me pregunto, que un pueblo tan individualista haya sabido poner en pie, de súbito, como por arte de magia, este modelo de sociedad tan admirable desde todos los puntos de vista? ¡Que no, que no llego a explicarme este fenómeno por muchas vueltas que le de!, y ese es precisamente el motivo que me trae hoya Monzón. Y he venido porque al pasar por Binaced, donde tengo unos amigos, éstos viendo mi perplejidad, me sugirieron que una entrevista con el responsable de la Escuela de Militantes podría aclararme tal vez muchas dudas, por lo que, ni corto ni perezoso, aquí me tiene usted.

-Bienvenido pues; pero antes de seguir hablando ¿me permite una pregunta?

-¿ Cómo no?

-Ha dicho usted, si mal no recuerdo, que conoce personalmente a Samblancat[20] y a Felipe Alaiz;[21]lo que me hace suponer que su compromiso

20 - Angel Samblancat, político y escritor, nació en Graus (Huesca) en 1885. Siendo aún niño se trasladó su familia a Barcelona en cuya ciudad estudió Derecho. Destacado periodista político colaboró como redactor y hasta fue director en muchos periódicos. En su calidad de escritor ha dejado una larga lista de novelas y cuentos de contenido socializante. Fue valiente y arrollador tribuno. Por sus escritos sufrió la cárcel más de una vez y por su actitud política el exilio. Escribió mucho también, al lado de Boal, Pestaña y Seguí, en la prensa confederal -Tierra y Libertad, Solidaridad Obrera, CNT, etc.,- así como en revistas y folletos monográficos del Movimiento Libertario. Esto desde 1918, también durante la guerra y luego en el exilio; ya que al finalizar la contienda pasó a Francia -país en el que ganaría su vida como traductor- hasta que en 1942 consigue embarcar para México, donde a parte de seguir traduciendo editará algunos de sus libros y donde por fin muere el 24 de febrero de 1963 a los 78 años de edad.

21 - Felipe Alaiz nació el año 1887 en Belver de Cinca (Huesca) pueblo situado a 5 kilómetros de Albalate de Cinca, del que procedía la familia de su madre y en el que se desarrolló su infancia junto a sus padres y tres hermanas menores. Hijo de un comandante de infantería retirado, su padre quiso que estudiara para oficial de la Marina Mercante, aunque, por razones de complexión física, tuvo que desistir.

Cursaría estudios, si bien de manera un tanto irregular, en los institutos de Lérida, Huesca y Zaragoza; pero a la muerte de su padre, decide abandonados y consagrarse al periodismo; lo que inicia colaborando en la prensa de Zaragoza primero y luego en el diario Sol de Madrid, donde llegó a publicar bajo el epígrafe Azulejos una serie de artículos costumbristas con los que adquiere cierto renombre al haber sido comentados favorablemente por Pío Baroja, Gabriel Miró y otros escritores de la época. Su lenguaje era ágil, elegante y asequible a todo el mundo; pero sobre todo, incisivo y cargado de ironía y de sátira; lo que le valió, sin duda, el cese en el diario Sol y la inseguridad económica por algún tiempo.

Durante el Directorio llegó a trabajar en Mundo Gráfico, y coincidiendo con ese período saca a la luz su libro Quinet, nombre del protagonista, del que se sirve para describir algunos de los lugares y personajes que del ámbito rural en que se había desarrollado su Infancia y del mundo urbano aprehendido en su frecuente deambular por Zaragoza, Huesca, Lérida y Barcelona, recoge el autor. Es un libro de unas 200 páginas que fue editado por Editorial Hoy de Barcelona el año 1924 y que constituye un excelente ejemplo de modelo crítico y del bien decir según la opinión de algunos hombres de letras.

No dejan de tener interés, tanto literario como sociológico: su libro en dos tomos Tipos españoles, en el que reúne 48 bosquejos biográficos, y sus 20 fascículos que llevan el título Hacia una Federación de autonomías ibéricas y que abarca un total de

sociopolítico no debe discrepar mucho del mío. ¿Acaso pertenece usted al Movimiento Libertario?

-Pecaría de vanidoso si me considerara un militante. Ahora bien, puedo afirmar que toda mi actuación ha estado ligada a dicho Movimiento y que los ideales de libertad y de justicia me cautivaron siempre.

-Entonces ¿no te parece más correcto, entre nosotros, prescindir de protocolos y emplear un trato más sencillo?

-Por mí, encantado.

-Pues adelante. ¿Qué quieres de mí concretamente?

---

700 páginas.

No obstante, para quienes le conocimos de cerca, la impresión que se tiene al hacer el balance de su obra literaria, es la de que «el talento de Alaiz -son palabras textuales de Francisco Carrasquer- merecía más óptimos resultados».

Por su campechanía y dotes de escritor fue muy querido y admirado dentro del Movimiento Libertario, con el que se identificó desde muy joven y al que dedicaría la mayor parte de su labor periodística. Como es de suponer, esto le llevaría a la cárcel en más de una ocasión y a peregrinar de un lugar a otro sin tomar asiento realmente en parte alguna. Fue director de un periódico regional de la CNT de Tarragona, más tarde de la de Sevilla y en varias ocasiones de Solidaridad Obrera de Barcelona. Vivió en Huesca, Zaragoza, Tarragona, Barcelona, París, Sevilla, Madrid, de vuelta a la Ciudad Condal, su estancia en ella sería más larga que en ninguna parte. De aquí ya iniciada la guerra civil, se marcha a Lérida y terminada aquella, pasa a Francia donde sufrió la opresión alemana en un campo de castigo. Finalizada la segunda Guerra Mundial se instala en París, donde viviría gran parte de su vida en dicha ciudad gracias a la solidaridad de unos y de otros pese a que nunca dejó de colaborar intensamente en la prensa de la CNT del exilio y en otras de sus publicaciones.

Siempre supo tener a su lado alguna mujer, salvo en la última etapa de su vida, en la que, ya enfermo, solo y sin un real, tuvo que abandonar su sombría habitación parisina y con ella la intimidad que tanto amaba para ser ingresado en un centro hospitalario de Montparnasse en el que el 8 de agosto de 1959 exhalaría su último suspiro este hombre que pese a su talento literario no obtuvo la gloria pero sí el afecto y la admiración de la gente del Movimiento Libertario.

-Quisiera saber qué es lo que piensas tú de este fenómeno social que así, de pronto, sin esperarlo, se ha manifestado en Aragón con tan inusitada cohesión y con tanta fuerza.

-Yo pienso que para interpretar con acierto un hecho semejante hemos de recurrir en primer lugar al pasado de este pueblo. Aragón, como tú sabes muy bien puesto que te has interesado por conocer a fondo su historia, fue, durante la Edad Media, objeto de múltiples invasiones y razzias contra las que se defendió con mucho empeño y sacrificios porque, sobre todo, amaba la libertad y quería su independencia. Otro tanto les ocurriría durante el Medioevo a distintos pueblos montañeses de España; pero el aragonés, en particular el de los montes, a raíz de esas luchas, se mantuvo siempre vigilante y alerta; porque para él, quienes pretendieran dominarlo o manipularlo de algún modo, serían considerados como enemigos de los que hay que defenderse, si es preciso, con uñas y dientes. La prolongación de ese Estado defensivo permanente iría configurando esa personalidad desconfiada y susceptible que caracteriza al típico aragonés, quien casi siempre que adopta una pose de orgullosa superioridad es porque tras ella, esconde su temor a sentirse disminuido y mancillado. De ahí arranca, pienso yo, nuestro individualismo de fachada; ya que tan pronto la autoridad desaparece y con ella la actitud defensiva, surge la confianza y emerge, en consecuencia, el aragonés libre, cooperador y solidario. Y esto es, ni más ni menos, lo que está ocurriendo ahora. Es decir: el campesino de estas tierras ha contemplado, con mayor o menor conocimiento de causa, el desmantelamiento del régimen jerárquico y autoritario que hasta aquí le venía oprimiendo; pero ha comprendido que había llegado el momento de unirse en un haz solidario y convertir en realidad práctica el lema "TODOS PARA UNO Y UNO PARA TODOS» si quería ver erradicada para siempre de su esfera social, la opresión autoritaria con toda la secuela de injusticias, egoísmos y luchas fraticidas que el autoritarismo acarrea de manera intrínseca e irremediable.

Hice una ligera pausa que Jaime aprovechó para tomar la palabra y decirme con voz lenta y ademán pensativo:

-Sí, sí. En principio estoy de acuerdo contigo, aunque no totalmente. Y digo esto, porque en tu análisis se omite algún factor que debe ser importante a juzgar por la dificultad que existe, al menos para mí, de hallar una explicación satisfactoria al problema que desde hace unos minutos me planteo a medida que voy siguiendo tus razonamientos. ¿Qué es lo que ha hecho posible -me pregunto- que unos hábitos de comportamiento egocéntrico e individualista se hayan transformado en cooperadores y solidarios de la noche a la mañana?; porque lo que yo sí tengo muy claro es que no basta el desmantelamiento de un sistema opresivo para que los habitantes de un pueblo, automáticamente se vean transformados en individuos libres y responsables. Luego es de suponer que en la estructuración de esta sociedad libre y solidaria ha tenido que coincidir algún otro factor que tú no mencionas. ¿No te parece?

-Naturalmente. Un factor, del que yo he señalado su Importancia en varias ocasiones y el que, en este caso concreto, ha sido, sin lugar a dudas, muy determinante. Me refiero al papel que la CNT ha jugado, desde que se implantó en estas tierras, esparciendo por ellas la semilla del proyecto libertario, cuyos fundamentos de participación directa y de solidaridad entre individuos y entre pueblos fue calando poco a poco y muy hondo en la conciencia de los trabajadores aragoneses; lo que unido a su recia e inquebrantable personalidad y a una malhadada circunstancia ajena al sentir popular como es esta lucha fraticida que nos devora, daría lugar al hecho extraordinario que estamos viviendo y que ya nadie podrá ignorar; porque está ahí y porque es un modelo de sociedad que si por un azar desventurado de esta guerra nuestros enemigos consiguen destruirlo, algún día, los ciudadanos del mundo habrán de tenerlo en cuenta para poder dar solución a los grandes y complejísimos problemas con los que van a tener que enfrentarse las futuras generaciones.

-¡Claro, claro! Ahora comienzo a explicarme las causas del prodigio; porque apoyarse en la reciedumbre del aragonés para explicar un hecho tan complejo, me parecía una tesis sin pies ni cabeza. Sobre todo, porque la reciedumbre suele conducir a posturas rígidas y, consecuentemente, a la intolerancia, actitud la más opuesta al sentido de libertad y de solidaridad que aquí se está manifestando. Y también puede haber ocurrido que

ese estereotipo del carácter aragonés haya desaparecido por la erosión que el tiempo va ejerciendo a través de una comunicación más intensa entre los pueblos y la homogeneización de costumbres e ideas que de ese intercambio se desprende. ¿Qué opinas tú a este propósito?

-Que tu observación viene muy a cuento. Es verdad que en Aragón hay de todo como en cualquier otra región de España; pero no es menos cierto que existen rasgos muy peculiares que podemos enarbolar como símbolos de nuestra cultura aragonesa. Por ejemplo: el lamento es tenido por signo de debilidad; no responder al insulto significa cobardía, y mentir es una falta grave que atrae el desprecio de los demás. No puede negarse que en los últimos tiempos, con el trasvase de gentes a Cataluña y a otros lugares, las costumbres de Aragón cambiaron un poco, no se sabe exactamente si para bien o para mal. Para bien si en el caso que tú señalabas de las rigideces, el aragonés se hubiera vuelto menos susceptible y más tolerante. No obstante, te contaré una anécdota que pone de relieve hasta qué punto el sentimiento de afirmación podía conducir a un aragonés a adoptar actitudes verdaderamente temerarias.

Ocurrió esto en Ballobar, a principios de siglo. El protagonista, llamado Bayona, era un campesino algo pariente de mi familia.

Bayona se disponía una mañana a salir hacia el campo, cuando al abrir la puerta se dio de frente con un soldado. Sorprendido pero con firmeza, el campesino le lanza la pregunta:

-¿Qué haces aquí, mocé?

-Que me ha mandado el capitán que no me mueva de aquí hasta que no haya pagado usted la contribución.

Bayona, se vuelve con parsimonia hacia el interior de la casa y grita:

-¡María, sácale una silla a este mocé, que aquí cumplirá el servicio!

El soldado, un poco turbado, bajó la cabeza y se fue. Pero pocos días después se presentaron en casa de Bayona el alguacil del pueblo con una pareja de la Guardia Civil, que llamaron a la puerta amenazando a Bayona con embargar sus bienes si no pagaba la contribución. El campesino, abriendo la puerta de par en par con una mano y esgrimiendo con la otra un hacha, avanzó hacia ellos diciéndoles:

-¡Pasen, pasen y cojan!

No pasaron y la cosa terminó con un simple juicio de faltas. ¿Por qué este hecho no tuvo mayores consecuencias? Lo ignoro; aunque es de suponer que en otros momentos de nuestra historia, le hubiera costado a Bayona la vida o, por lo menos, unos cuantos años de cárcel. De cualquier modo, esa forma de desafiar a la autoridad, con todo el riesgo que ello implica, era la expresión genuina de una personalidad recia, insobornable, rayando casi lo quijotesco podríamos decir, por lo que tenía de desproporcionado y temerario.

-Otro de los fenómenos que me hacen pensar -dijo Jaime- es el hecho de que haya todavía pequeños propietarios que se mantienen al margen de la colectividad. ¿Por qué esa resistencia a un sistema del que, según parece, sólo ventajas se pueden obtener? ¿Se han declarado, estos campesinos, enemigos abiertos contra el colectivismo?

-Sería absurdo no querer reconocer que algunos individualistas lo son por egoísmo. Sin embargo, yo diría que la actitud de la mayoría de los pequeños propietarios que no han querido integrarse en la colectividad, obedece, no a un sentimiento egoísta precisamente, sino al sentido de independencia que en la práctica de todos los días han ido interiorizando a lo largo de su vida y que quieren mantener a costa incluso de grandes sacrificios y esfuerzos. Ello no obstante, si la suerte nos fuera favorable y el colectivismo se afianzara, estoy convencido de que no pocos de estos individualistas se sumarían a nosotros a medida que la confianza renaciera en ellos dándose cuenta, poco a poco, de que la seguridad y el bienestar auténticos sólo pueden encontrarse en el cauce de una solidaria y fraternal convivencia. Por de pronto, estos honrados campesinos laboran sus

tierras y se desenvuelven con relativa holgura a base de mucho esfuerzo, contribuyen con sus aportaciones a los gastos de la guerra, se ayudan entre ellos recíprocamente y colaboran con nosotros en aquellos trabajos de utilidad pública para los que han sido solicitados. Por lo tanto, no son enemigos de la colectivización ni en momento alguno la han combatido. Se muestran un tanto desconfiados, como quien está a la expectativa de qué va a pasar y eso es todo. ¿Y si yo te dijera que con su actitud remisa, esos campesinos prestan un gran servicio al régimen colectivista, qué pensarías?

-No te comprendo.

-Me comprenderás tan pronto analices la campaña que se viene haciendo contra nosotros desde el principio y que se va extendiendo por todo el ámbito nacional. ¿No ha llegado a tus oídos lo de que la CNT ha impuesto su dictadura en Aragón obligando a las gentes a entrar por la fuerza en las colectividades? Entonces... ¿qué mejor testimonio contra esa falacia que la existencia de pequeños propietarios cultivando y administrando independientemente sus tierras sin que nadie les haya molestado en ningún momento? Sí, enemigos los tenemos y muchos, tú ya lo sabes, y muy peligrosos por cierto. Son los que vienen de estratos sociales muy específicos -grandes propietarios, viejos caciques, hombres de profesiones liberales, burócratas, líderes políticos y que pondrán todo su empeño en combatir al colectivismo y en destruirlo por poco que puedan. Pero nosotros no debemos caer en la trampa de sus provocaciones ni mucho menos entrar en el juego sucio de sus mentiras e intrigas. La transparencia de nuestros actos ha de ser nuestra mejor aliada para sacar a flote esta sociedad nueva que entre tantos avatares venimos gestando.

-Según evaluaciones aproximadas, ¿qué porcentaje de pequeños propietarios consideras tú que hay en las colectividades de Aragón.

-Pues... ¿qué te diré yo? Honradamente y para ser lo más exacto posible ceñiré mi respuesta a los cálculos que tengo hechos sobre la comarcal de Binéfar dado que es la que mejor conozco por hallarse encuadrado en ella el pueblo de Monzón y esta Escuela de Militantes desde la que vengo proyectando

mi actividad por toda la comarca. El porcentaje de colectivización varía de unas localidades a otras; aunque hablando en términos relativos yo diría que la media es de un 60 %, de cuyo porcentaje, alrededor de un 90 % son pequeños propietarios, perteneciendo al resto: jornaleros, artesanos y miembros de profesiones liberales como son maestros, veterinarios, médicos, etc. Es todo cuanto puedo decir contestando a tu pregunta; pero me gustaría añadir otro dato que a mí, particularmente, me parece significativo. La propiedad estaba aquí muy repartida; por lo que no es de extrañar que la población colectivizada se componga en su mayoría de pequeños propietarios, de los que sólo una minoría muy reducida disponía de parcelas pequeñas y de insuficientes recursos, por lo que se veían obligados a trabajar como jornaleros en determinadas épocas del año. La mayoría, en cambio, podían vivir con relativa holgura del producto de sus tierras. ¿Por qué eligieron explotarlas colectivamente? La respuesta nos llevaría a valoraciones de orden cualitativo que exigen un estudio más pormenorizado, serio y profundo. ¿No te parece?

Viendo que la hora de interrumpir el coloquio se acercaba, ya que los chicos iban a llegar de un momento a otro para reanudar la clase de la tarde, sugerí a Jaime que podríamos proseguirlo otro día si ese era su deseo. Entretanto, los chicos llegaron, y él después de entretenerse unos minutos con ellos y de aprovechar la ocasión para introducir en su agenda nuevas e interesantes notas, se despidió de nosotros con gesto reconocido y emocionado, a la vez que prometía insistentemente volver a visitarnos muy pronto.

Realizaciones y aperturas

Relaciones UGT - CNT

Al hablar de las colectividades de Aragón sería imperdonable olvidar un hecho del que apenas se habla en parte alguna, porque ha pasado desapercibido o porque, quizá, no se le ha dado la importancia que a mi juicio merece. Me refiero a las relaciones entre CNT y UGT en el ámbito colectivista.

Es harto sabido que durante la segunda mitad de nuestro siglo hubo entre estas dos federaciones sindicales, más que solidaridad y entendimiento, oposición y desacuerdo. Y esto desde mucho antes que la CNT (Confederación Nacional del Trabajo) hubiera adoptado estas siglas. La polémica entre el sindicalismo de la acción directa y el sindicalismo subordinado a la ideología del Partido Socialista Obrero Español fue muy encontrada durante los años que precedieron a la República, recrudeciéndose más aún si cabe, tras el advenimiento de ésta, en cuyo período, la UGT gozaría de cierta beligerancia mientras la CNT llegaría a ser postergada y hasta reprimida con violencia. Cierto que después del llamado Bienio Negro, las posturas de ambas sindicales perdieron rigidez y fueron aproximándose; aunque por desgracia para los trabajadores, nunca se llegó a un verdadero entendimiento ni, mucho menos, a la fusión, que hubiera sido lo más acertado y conveniente para la causa que ambas decían defender.

Vistos esos antecedentes pues, no deja de ser alentador el hecho de que en casi todos los pueblos de Aragón done existía la UGT sus hombres marcharon unidos con los de la CNT en la lucha contra las fuerzas enemigas, y luego, a medida que iban liberando a los pueblos del yugo fascista, unidos también, organizaban las colectividades. Mentiría s' afirmase que en todas partes reinó tan deseada armonía entre UGT y CNT, porque en Monzón por ejemplo, tuvimos roces a menudo, si no graves, sí enojosos y en modo alguno constructivos. Lo mismo ocurrió en Oliete y en algún otro lugar según noticias que nos llegaban de vez en cuando. Pero ello no fue general ni mucho menos, pudiendo citar casos por el contrario, donde la cooperación entre compañeros de ambas sindicales fue realmente admirable, y a este propósito merece para mí una

atención especial el pueblo de Graus por ser de una ejemplaridad poco común de la que muchas personas que conocieron la colectividad de este pueblo me hablaron siempre en términos ponderativos.

Graus, con unos 3.000 habitantes, bañado por el río Esera y situado al pie del Pirineo, en la provincia de Huesca, era en esos momentos un pueblo ni demasiado pequeño ni demasiado grande y de escaso interés en lo que respecta al desarrollo agrícola e industrial. No obstante, rodeado de montañas y emplazado en el cruce de varias carreteras, llegó a constituir un centro comercial de regular importancia al que afluían los pueblos de dentro y de fuera de la comarca dando a sus calles, por el constante ir y venir de las gentes, todo el aspecto de una pequeña ciudad.

Al estallar la Guerra Civil había en este pueblo un núcleo importante de trabajadores afiliados a la UGT y un grupo sindical perteneciente a la CNT. Ambos lucharon codo con codo para vencer el fascismo y juntos asimismo se lanzaron a la reforma del pueblo y la comarca. Es curioso destacar que tan pronto los rumores del levantamiento fascista se confirmaron, si bien el grupo cenetista era inferior numéricamente, constituiría, por decisión popular, la mayoría del Comité Revolucionario que fue nombrado en el acto ante la necesidad urgente de organizar la defensa y de atender a la población frente a las dificultades de todo orden que se produjeron en aquellos momentos.

Las primeras que acapararon la atención del Comité Revolucionario, aparte del establecimiento de controles a lo largo de las carreteras y del envío de hombres para reforzar las columnas antifascistas, fueron la distribución de alimentos y la activación de los trabajos que se habían quedado paralizados. Con esa doble preocupación, el Comité Revolucionario, una vez controlado el comercio, distribuyó vales como medida de excepción para satisfacer las necesidades alimenticias más urgentes, lo que fue regulado, un poco más tarde mediante la circulación de unos bonos adaptados a las necesidades de cada familia, y, finalmente, a medida que el comercio, la industria, el transporte, la medicina y el campo se socializaban, se restableció el uso de la peseta para facilitar las transacciones con otras comarcas y regiones e

incluso con las entidades y los individuos de la propia localidad que no se habían colectivizado.

Con miras a evitar la especulación del comercio, el Comité Revolucionario lo controló desde los primeros momentos, pero con el deliberado propósito de ir a su socialización; lo que se hizo rápidamente gracias a la buena disposición cooperadora de las dos organizaciones sindicales. Así nos encontramos: «*Con que se abre una cooperativa para la distribución de los tejidos y mercaderías que antes se vendían en las pequeñas tiendas; se fundieron en una las tres zapaterías existentes; de seis panaderías, desaparecieron cuatro; se dejó un horno de los tres que funcionaban anteriormente; dos cooperativas de ultramarinos se encargarían de distribuir lo que hasta entonces habían hecho 25 tiendas; fueron fusionadas en una las dos ferreterías existentes*».[22]Se creó también una cooperativa de semillas y granos, y fue gracias al buen entendimiento entre las dos sindicales que todo esto pudo realizarse con responsabilidad y eficiencia. Es decir: que lo mismo en el Comité Revolucionario, que luego cuando éste se transforma en Comité de Enlace CNT-UGT, las dos organizaciones asumieron unidas estas transformaciones y juntas se lanzaron a la colectivización: primero en el campo y, seguidamente, de forma escalonada, en las otras ramas de la producción y en los servicios. Así por ejemplo: «*La colectividad agraria fue constituida el 16 de octubre. El mismo día se colectivizaron los transportes mecánicos. Las imprentas el 24 de noviembre. Zapaterías y panaderías dos días después. El primero de diciembre todo el comercio, la medicina, las farmacias, las herrerías y las cerrajerías. El 11 de ese mismo mes los carreteros, ebanistas y carpinteros*».[23] Y así sucesivamente.

Y cuando en 1937 el Comité de Enlace desaparece al constituirse el Consejo Municipal por orden del Gobierno, no SS altera para nada la armonía existente entre las dos sindicales; ya que se pusieron de acuerdo para designar cuatro concejales cada una, y para no romper el equilibrio decidieron que el alcalde fuera elegido entre los trabajadores republicanos

22 - Gastón Leval en Colectividades libertarias en España, Ed. Aguilera, Madrid, 1977, p. 112.

23 - Gastón Leval en Colectividades libertarias en España, Ed. Aguilera, Madrid, 1977, p. 173.

y en asamblea general de todo el pueblo, medida la más adecuada para actuar con la máxima imparcialidad en las futuras decisiones del Consejo.

También en la colectividad, que abarcaba casi el 90 % de la producción y que era independiente de todo el resto había una comisión administrativa que constaba de 8 compañeros, cuatro de la CNT y cuatro de la UGT. Dos de ellos uno de cada organización, ocuparían el secretariado general y los demás se repartirían las seis secciones correspondientes: cultura y sanidad, trabajo y censo, abastecimientos, agropecuaria, industria y artesanía, transporte y comunicaciones. Y para el nombramiento de dichos cargos, puesto que era el interés colectivo el que regía la conducta de estos trabajadores, se tenían en cuenta las aptitudes y competencias de cada uno, sin que jamás surgieran por parte de una u otra sindical el menor atisbo de ambiciones hegemónicas ni de zancadilleos partidistas. Por eso, el fruto de tan formidable cooperación fue ubérrimo, ya que los colectivistas de Graus se distinguieron por su responsabilidad y eficiencia, En el campo, sobre todo, se acusaron cambios notables: aumentó la producción, cuyo rendimiento fue mayor que el de los trabajadores individualistas en casi un 50 %; se compraron máquinas agrícolas -sembradoras, sulfatadoras, una trilladora, etc.- se plantaron unos 400 árboles frutales y se construyeron granjas modernas para ganado porcino y aviar. En otras áreas se hicieron muchas cosas de las que hablar ahora con detalle resultaría prolijo. He de añadir, sin embargo, que se compraron camiones para mejorar el transporte, se realizaron obras públicas de cierta importancia, especialmente en materia de carreteras, canales y acequias, se modificó la enseñanza introduciendo métodos de mayor libertad para los chicos, y se creó un Instituto de Bellas Artes que, aunque modesto, estaba abierto por la tarde para los alumnos de la escuela primaria y por la noche para jóvenes trabajadores y era prometedor de futuras realizaciones culturales para el pueblo de Graus y su comarca. Asimismo, entre el bosque y el río, en un lugar maravilloso a pocos kilómetros de la población había unas instalaciones que fueron habilitadas para residencia-escuela de unos 80 niños refugiados que estuvieron atendidos por varios maestros de ambos sexos, quienes en colaboración con el personal destinado a la limpieza y a la cocina, supieron dedicarles todo el cariño y respeto que el

normal desarrollo de los jóvenes exige, sobre todo, cuando se hallan en situaciones de angustia como en ese caso.

Pero el más extraordinario entre los múltiples beneficios que se obtuvieron al socaire de la compenetración entre ugetistas y cenetistas fue el clima de confianza y de alegría creadora que llegó a penetrar en todos los ámbitos, yo conocí personalmente al compañero Portella, que había sido presidente de la UGT en períodos anteriores y que ello no le impedía acudir a los plenos comarcales y regionales de las colectividades para defender los intereses colectivistas con la misma responsabilidad y entusiasmo que lo hacíamos nosotros, Era natural que ante los problemas comunes, cuya solución estaba precisamente en una acción común, la solidaridad fusionara a los hombres liberándolos de todo sectarismo partidista.

Que la práctica solidaria en el terreno de los hechos fue más determinante que todos los doctrinarismos de grupo se puso en evidencia a nivel regional en el Congreso Intersindical CNT-UGT celebrado en Caspe el día 22 de febrero de 1937, en el que la UGT de Aragón aceptó el régimen colectivista por considerado el más apto para liberar de la explotación a los trabajadores y para lograr la emancipación de los pueblos; aunque lo importante del caso estriba en que por dichos acuerdos, los ugetistas aragoneses rompían con las directrices de la UGT; ya que en el programa emanado de sus congresos, esta organización venía proclamando el centralismo económico basado en la nacionalización de la tierra y de los medios de producción. El congreso intersindical de Caspe, por tanto, puso de manifiesto, fundamentalmente, dos cosas: que el colectivismo libertario había cautivado a los trabajadores en general y que el sentimiento de Independencia de los aragoneses pudo ser más fuerte que la disciplina de partido.

¿No nos dice ese fenómeno que la autogestión es capaz por su propia dinámica de acabar con los enfrentamientos dogmáticos y de fusionar a los hombres en un proyecto común? Comprender esto no puede ser más sencillo; porque si en el fondo todos deseamos lo mismo -seguridad, consideración, libertad y mayor equidad en el reparto de la riqueza- ¿no es buscando juntos el camino como podremos alcanzar esos logros? Porque

¿qué otro método puede garantizarnos la apertura a un debate constructivo sino aquel que da a todos los individuos la oportunidad de información y de participar directamente con sus propias iniciativas y críticas?

Yo deseo de todo corazón que la mayoría de quienes me lean comprendan por fin, que la autogestión no implica doctrina ni programa alguno preestablecido; porque es -no me cansaré de repetido- un método, una forma de relacionarse los individuos y los grupos, o, si se quiere, una herramienta de trabajo para la búsqueda de solución a todos los problemas que afectan al hombre, tanto en el ámbito de la producción y de la distribución como los de índole educativa, familiar, conservación del medio ambiente, sanidad, urbanismo, mejoramiento de los servicios, etc., etc. Por lo tanto, si nos atenemos a las constantes sicológicas del ser humano, es el único procedimiento válido para hoy y para el futuro; porque no se cierra ante el abanico de posibilidades que el mundo pueda ofrecernos en cada momento de su proceso evolutivo, sino que abre sus puertas de par en par a la iniciativa y a la creatividad de cada individuo y permite al conjunto rectificar la plana cuando descubre que el rumbo de la nave no lo conduce a buen puerto; lo que quiere decir: que cuanto acordemos hoy puede ser rectificado mañana mismo al dictado de la mayoría si ésta lo considera oportuno de manera explícita y directa.

Deberíamos tener presente -y esto cada vez más en la medida que los peligros que acechan a la vida son mayores- que en una perspectiva de desarrollo auténticamente humano, es mucho más rentable una equivocación emanada de la mayoría que los supuestos aciertos de una minoría dominante sea ésta del color que sea. Ya hemos visto hasta la saciedad -la historia del hombre nos brinda el ejemplo- a dónde pueden conducirnos esas minorías que en aras de un afán desmesurado de beneficios económicos y de poder, no cesan de acumular elementos de destrucción cada día más sofisticados y, por tanto, más difíciles de controlar.

Sin embargo, no está todo perdido y hemos de mantener la esperanza de que más pronto o más tarde, cundirá en el mundo el ejemplo de aquellos trabajadores de Graus, que al margen de sectas y partidos supieron darse

el abrazo para infundir entusiasmo y dinamismo a una sociedad libre y solidaria.

La escuela y otras manifestaciones culturales

De alguna manera ya hemos tocado este tema en anteriores capítulos, aunque muy superficialmente y más como testimonio de orientación prospectiva que como recuento de las realizaciones concretas que efectuaron las colectividades en dicho campo.

Teniendo en cuenta que el Movimiento Libertario llevaba la iniciativa de las transformaciones sociales que se estaban produciendo en Aragón, es lógico suponer que dedicara una atención especial a los problemas de la enseñanza y al incremento de la cultura en todos los ámbitos posibles, máxime si no perdemos de vista de qué modo habían influido en nuestro movimiento sus grandes teóricos y la importancia que éstos dieron siempre a la educación como presupuesto ineludible en todo proyecto de sociedad libertaria.

No debe extrañar pues, que desde los primeros momentos, lo mismo las colectividades que el propio Consejo de Aragón, dada la insuficiencia de escuelas para escolarizar a toda la población infantil, tratara de paliar esta falta habilitando de momento todos aquellos edificios ya existentes que fueran aptos para el caso y, a la vez, que rec1utara fuera de la región los maestros necesarios, tanto para suplir las plazas vacantes de quienes por unas u otras razones habían huido, como para ocupar las que se fueran creando al objeto de poder escolarizar a los chicos en mejores condiciones de como hasta allí se venía haciendo; pues pese al incremento del número de escuelas por parte del Gobierno de la República, aún era corriente en muchos ‘pueblos la existencia de dos centros escolares -uno para niñas y otro para niños- con una matrícula de 80 alumnos cada uno y con sus correspondientes maestra y maestro, cuyo trabajo, en virtud de la falta de espacio y de otras carencias, resultaba extremadamente difícil como puede suponerse.

La necesidad de crear más escuelas se hizo más notoria todavía con la prolongación de la escolaridad hasta los 15 años -medida que adoptaron muchas colectividades- adelantándose en varios años a las sucesivas disposiciones de los gobiernos sobre ese particular.

Pero tanto o más loable, si cabe, que este esfuerzo por aumentar el número de escuelas, es la importancia que dieron los colectivistas de Aragón al aspecto cualitativo de las mismas. Fervientes admiradores de Francisco Ferrer, los libertarios aragoneses, aunque sin profundizar demasiado en qué consistía el método pedagógico de la escuela moderna se habían identificado plenamente con su fundador al poner en lugar preferente la libre iniciativa de los muchachos. De ahí que las colectividades aspiraran a estructurar la escuela sobre las mismas bases de cooperación solidaria que pretendían para todos los intercambios humanos. Éramos conscientes de las dificultades que dicha exigencia planteaba dado que los maestros procedían casi todos de la escuela normal, cuya función principal es la de condicionar a sus alumnos para que sean fieles cumplidores del rol que el Estado tiene asignado a los maestros y que no es precisamente el de facilitar la libre iniciativa de los educandos, sino el de embucharles una serie de -conocimientos sin tener en cuenta las verdaderas aptitudes e intereses de los escolares y pensando, sobre todo, en incu1carles, por la repetición de una obediencia estricta a las normas impuestas desde arriba, hábitos de comportamiento contrarios a la necesaria independencia del individuo y a la integración plena de su persona.

Comprendíamos que los maestros así formados no podían cambiar de la noche a la mañana y que, por lo tanto, era absurdo pretender que la escuela cuartel heredada del pasado se convirtiera de súbito en una escuela realmente activa donde el dinamismo de los jóvenes pudiera desarrollarse sin trabas al impulso de sus intereses más auténticos. Era éste uno de los objetivos fundamentales hacia el que apuntábamos los colectivistas que de una u otra forma nos habíamos identificado con los postulados de Francisco Ferrer y con otros precursores de la escuela- moderna; más no nos dieron tiempo para ello. Sin embargo, mucho se consiguió a propósito de las relaciones dentro de la escuela, gracias a la labor sensibilizadora hecha en ese sentido por los colectivistas más preocupados y conscientes,

quienes preconizaban el clima de unidad y de confianza más propicio para ahuyentar de ella los miedos y los recelos que paralizan fatalmente la acción individuo y matan en ciernes la alegre frescura de los niños, así como la natural generosidad de los adolescentes su curiosidad desbordante.

Queriendo contribuir en la forma más directa posible al logro de dicho objetivo, la sección cultural de cada colectividad, a través de su delegado, se encargaría de efectuar el correspondiente control sobre la escuela o escuelas de su municipio para intervenir cuando fuera preciso en pro del diálogo afectuoso entre maestros y alumnos del que brota el ambiente dinámico y placentero anhelado por todos. No hubo tiempo para organizar cursillos u otra suerte de intercambios pedagógicos a nivel regional; vacío que pudo cubrir en parte ese sentimiento de innovación social que lo inundaba todo y que hizo también su impacto en la escuela, donde, en general, la relación maestro-alumno perdió la rigidez de otrora y ganó considerablemente en amistad y confianza; lo que, sin lugar a dudas, representaba un paso de gigante hacia la escuela autogestionada que venía yo preconizando para nuestro Aragón liberado desde que puse los pies en su suelo a poco de haberse producido el levantamiento fascista.

Como ejemplo vivo de esa dinámica autogestionaria que transforma la escuela en centro de investigación y de solidaria convivencia donde los jóvenes pueden desarrollar su iniciativa y aprender a cooperar en un clima de libertad y de respeto recíproco, teníamos la Escuela de Militantes, patrocinada por la Federación Regional de Colectividades y de la que ya se habla ‘en el capítulo VII, donde queda descrita la forma en que muchachas y muchachos trabajaban, investigaban y llenaban sus horas de ocio. Pero lo más insólito para quienes aún dudan de la aptitud cooperadora y solidaria de los jóvenes es el hecho de que no tuviéramos que lamentar ni una sola vez enfrentamientos enojosos ni actitudes violentas de ningún género, sino que era habitual para toda suerte de intercambios entre ellos y con el exterior, el gesto respetuoso y cordial acompañado casi siempre del más simpático de los gracejos. y para quienes proyectábamos un mundo mejor apoyándonos en la bondad potencial del hombre, gozar del clima creado por aquellos jóvenes que como promesa de futuro iban derramando por doquier simpatía, generosidad y entusiasmo, era, no sólo motivo de honda

satisfacción y fuente de estímulo para proseguir en nuestra perspectiva de escuela nueva, sino la prueba irrefutable de que sin una dinámica de libertad, solidaridad y cooperación no pueden educarse realmente los hombres.

Esa Escuela de Militantes, que se hallaba ubicada, como hemos dicho, en Monzón, no era la única realización de tipo cultural llevado a cabo en dicho municipio, donde el grupo «Mujeres Libres», con pocos conocimientos y sin grandes pretensiones por tanto aunque sí con un entusiasmo capaz de superar esa y otras dificultades, supo poner en pie y dinamizar de manera sencilla pero con resultados satisfactorios lo que se llamó «Escuela de Madres», pensada y proyectada por las jóvenes libertarias de la comarca para brindar a las mujeres, frente a la dominación patriarcal de la que eran objeto todavía, cauces de liberación auténtica. La primera tarea que emprendió la «Escuela de Madres» fue la de combatir el analfabetismo, abriendo anchas sus puertas a todas las mujeres, sin distinción del estrato social al que pertenecieran. Como es natural, estuvo concurrida sobre todo por trabajadoras o esposas de trabajadores. De ahí que para hacer compatibles los horarios laborales con los de las clases, éstas se dieran por las noches después de la cena.

No se hicieron esperar los primeros frutos, que acompañados de gratificante emoción y de renovado impulso se harían patentes sobre todo, cuando las alumnas que tenían familiares o seres muy queridos en el frente empezaron a enviar las primeras cartas escritas de su puño y letra con todo lo que esto representaba para quienes hasta ese momento no habían conocido la dicha inefable de poder vehicular libremente y sin ambages la expresión de sus sentimientos más íntimos.

Esta feliz circunstancia, que facilitaba la comunicación restando frenos a los intercambios con los familiares ausentes, sería celebrada con verdadero júbilo por los maridos de las mujeres que habían aprendido a escribir tan rápidamente y que por imperativos de la guerra no podían estar en sus casas. Estos combatientes pues, no saliendo de su asombro al comprobar que sus compañeras, o futuras compañeras, podían comunicarse con ellos sin necesidad de personas ajenas interpuestas, quisieron, como prueba

de agradecimiento, aportar su ayuda económica para contribuir de ese modo al mantenimiento y continuidad de la tan bienaventurada escuela, en la que, dicho sea de paso, no se aprendía tan sólo a leer y escribir; ya que, en virtud de las frecuentes char1as y conferencias de incuestionable valor informativo que en ella se daban, las mujeres en general y las madres o futuras madres particularmente podrían haber reunido en muy pocos años un bagaje de interés conceptual y práctico y de utilidad social muy relevantes.

Pero no hemos dicho todavía por qué dimos en llamar Escuela de Madres a esta escuela y cómo se constituye en la región aragonesa la organización femenina denominada Mujeres Libres.

Esto último se inicia a partir del momento en que un grupo de compañeras preocupadas por elevar la condición social de la mujer, lanzan la idea de constituir Mujeres Libres con el propósito de que tanto las mujeres de la ciudad como las del campo pudieran obtener desde esta organización la información que toda persona humana necesita para poder reconocer su propia identidad y llegar a discurrir por cauces de emancipación económica y de cultura liberadora.

La idea tuvo excelente acogida por parte de algunos pueblos de La Litera, de la comarca del Cinca y de la de Barbastro; por lo que, en muy poco tiempo se constituyeron las primeras agrupaciones locales en número suficiente para poder estructurar ya formalmente la Federación Regional de Mujeres Libres. Con este fin se tuvo una primera reunión en Monzón y, posteriormente, otra en Albalate, en donde quedará constituido el Comité Regional de esta organización femenina, con el reparto siguiente: en secretaría general, Pepita Grau; en vicesecretaría, Pilar Ballester, de Albelda; en organización y coordinación, Marión Pérez, y en tesorería y administración, Paquita Ocíns; estas dos y la secretaria general, residentes en Monzón.

Puesta en pie la nueva organización, pronto se dejarían sentir los efectos de la labor difusora desplegada por Mujeres Libres, cuyo Comité, mediante el reparto de octavillas, con artículos en la prensa, charlas, conferencias

y cuantos medios estuvieron a su alcance, hizo llegar a todos los pueblos y pueblecitos de la región sus proclamas de luchar sin descanso hasta conseguir la libertad y dignidad de la mujer, así Como su acceso al trabajo y a la cultura en igualdad de condiciones con el hombre.

En virtud de ese despliegue y gracias a su actividad organizadora, en pocas semanas, Mujeres Libres contaría con un grupo organizado en cada uno de los pueblos siguientes: Albelda, Alcampell, Binéfar, Monzón, Barbastro, Albalate de Cinca, Alcolea, Belver, Peñalba, Caspe, Alcañiz, Alcorisa, Calanda, Mas de las Matas, Mazaleón y Fresneda. En vías de constituirse había quizá otros tantos, de los que yo recuerdo algunos: Esplús, Fraga, Sariñena, Bujaraloz y Valderrobres.

Mujeres Libres era una organización que aun estando identificada con los postulados del Movimiento Libertario, no llegó a federarse con éste. Ello no obstante, siempre fue objeto de estima y consideración por parte de la CNT y de las Juventudes Libertarias; organización juvenil a la que pertenecían algunas jóvenes de Mujeres Libres, como era el caso -por no citar más que un ejemplo- de Carmen Gómez, la que, siendo miembro del Comité Regional de Juventudes Libertarias, era una de las militantes más activas de Mujeres Libres.

¿Y por qué la escuela nocturna de Monzón se llamó Escuela de Madres? Pues, por una razón muy sencilla y, en cierto modo -casi puede decirse- fortuita: Era una noche en la que, invitado por algunas alumnas a que les ofreciera una charla, yo, sin que sepa todavía por qué, tuve la idea de centrar la disertación sobre el siguiente tema: Papel que en nuestra sociedad humana deberían jugar las madres. Como puede suponerse, era de rigor que yo marcara el acento sobre la necesidad de educar a la mujer al objeto de que las madres sepan crear en el hogar el clima de libertad, de generosidad y de cooperación que haga posible en los hijos el aprendizaje de estos valores para poder consolidar un día la sociedad igualitaria y pacífica que todos queremos.

Pero no se trata aquí de ensalzar la labor de unos pueblos para minimizar lo que se hizo en otros aunque de manera quizá menos espectacular;

porque en realidad, los anhelos de promoción cultural se pusieron de manifiesto hasta en el lugar más escondido de la región. De ahí que el ejemplo de Monzón, de Graus o de Calanda, podíamos encontrarlo si bien con notables diferencias de magnitud, en otros núcleos de población no inferiores a los mil o dos mil habitantes. Sólo en mi comarca, pueblos como Binéfar, Tamarite, Albalate de Cinca y Fraga por no citar otros, tenían cada uno su centro cultural, más o menos concurrido puesto que ello dependía, naturalmente, de la iniciativa de sus animadores para organizar actos capaces de interesar y atraer a los vecinos aunque se distinguieron de un modo especial aquellos municipios donde la colectivización fue masiva. Graus, por ejemplo, fue uno de ellos, no yéndole a la zaga la colectividad de Calanda y la de Alcorisa, sobresaliendo ambas por su admirable esfuerzo en incrementar y mejorar sus escuelas.

Alcorisa, en la provincia de Teruel, tenía aproximadamente 4.000 habitantes, de los cuales, 3.600, es decir un 90 % se hallaban colectivizados. En este pueblo tuvo una gran influencia el compañero Jaime D. Segovia, abogado de profesión, pero más inclinado a la pedagogía que al estudio de las leyes. Por iniciativa de este compañero se inició la construcción de un Instituto para la enseñanza secundaria al lado de una escuela que ya existía y que funcionó de manera ejemplar. El Instituto que llevó el nombre de «Francisco Ferrer» y que estuvo dotado de campos, granjas y talleres, reunía todas las condiciones para aplicar el método activo, por cuya dinámica aprenderían los jóvenes a cooperar libre y responsablemente, abriendo nuevos cauces a su iniciativa y capacidad crítica y dando satisfacción plena a su natural impulso de investigación y de invención. Según el proyecto de sus promotores, este centro sería susceptible de dar a las nuevas generaciones, junto a una capacitación técnica, el equilibrio y la íntima seguridad que son inherentes a toda persona solidaria y libre.

Ya se habían iniciado las clases, simultaneando con ellas ciertas labores del campo y algunas actividades artesanales, cuando, antes de que los últimos pabellones estuvieran terminados y de que el plan escolar se viera realizado totalmente, produjéronse los dramáticos sucesos provocados por la invasión comunista y todo quedó interrumpido de manera inesperada y absurda; miembros destacados de la colectividad fueron detenidos y

conducidos a la cárcel, mientras que otros, huyendo a campo través por aquellos olivares consiguieron refugiarse en el frente mientras que el resto llegaron hasta Barcelona donde darían cuenta de dichos sucesos.

No tardaron en volver a su cauce las turbulentas aguas; pues, no obstante los naturales recelos que por efecto del desgraciado asalto venía pesando en el ánimo de todos nosotros, la colectividad de Alcorisa siguió manteniéndose en pie lo mismo que su Instituto, cuyas obras hubieran continuado avanzando a no ser por la apisonadora fascista que muy pronto lo barrería todo hasta sus cimientos.

Otra prueba de que la preocupación por el mejoramiento de la enseñanza y el desarrollo de la cultura se pusieron de manifiesto muy relevante mente allí donde la colectividad era excepcional, la tenemos en Calanda, pueblo de la misma provincia que el anterior, con 4.500 habitantes, de los que un 77 % estuvieron colectivizados. De las deficiencias que en materia de escolarización venía arrastrando este pueblo, incluso durante el período de la República pese al esfuerzo extraordinario que el ministro de la Educación don Marcelino Domingo había hecho para incrementar el número de escuelas en todo el país, nos pueden dar una idea las siguientes cifras. Había en Calanda antes del levantamiento fascista, 8 maestros. La colectividad añadió a este número otros l0, y como los anteriores locales no podían cobijar a los 1.200 niños en edad escolar que había aproximadamente en esos momentos, la colectividad, mediante la restauración de un antiguo convento pudo habilitar aulas suficientes, que además de resultar espaciosas estarían expuestas a la luz del sol por haber practicado en ellas de manera conveniente la apertura de grandes ventanales. Después de las consabidas reformas, que se llevaron a cabo con la diligencia y el celo dignos del caso, y tan pronto como los maestros estuvieron prestos para iniciar su trabajo en un clima de confianza y de cooperación inteligente, empezó a funcionar este centro, al que se le llamó «Grupo Escolar Ferrer y Guardia» y donde el método pedagógico respondería en lo posible al propósito fundamental de sus promotores, es decir, a la preparación de los jóvenes para su futura función de ciudadanos responsables y equilibrados, que es en primer lugar lo que una sociedad

libertaria exige para poder dinamizar autogestionariamente y en el marco de la solidaridad más amplia y auténtica sus estructuras federales.

Por su parte, también el Consejo de Aragón asumió el mantenimiento del Instituto de segunda enseñanza que existía en Caspe desde antes de la guerra, puso gran énfasis en la promoción de centros para la investigación agropecuaria y apoyó en lo que pudo las diversas manifestaciones culturales que a nivel popular y gracias a la iniciativa de las colectividades se iban realizando en todas las comarcas.

Justo es reconocer lo extraordinario de este movimiento cultural, que si no alcanzó grandes cotas en el área del conocimiento fue debido al precario nivel de quienes lo propulsábamos y a las exigencias de una guerra que absorbía cuantiosas energías al mismo tiempo que amargaba el ánimo de muchos ciudadanos con el peso de la incertidumbre. Destacó en él de un modo especial el cultivo del arte dramático; hasta el punto de que casi todos los municipios medianamente poblados contaban con un cuadro escénico en el seno de su grupo cultural respectivo.

Me es grato recordar a este propósito los pueblos de Monzón, Barbastro, Binéfar, Albalate de Cinca, Tamarite, Albeida, Fraga, Peñalba, Caspe, Alcañiz, Alcorisa, Valderrobres y Mas de las Matas -por no citar sino aquellos que con mayor intensidad viven en mi memoria- el hecho curioso de que no figuraba en ninguno de esos grupos un solo profesional del teatro; de cuanto se deduce: que a falta de un conocimiento más o menos exhaustivo del arte, aquellos aficionados tuvieron que poner en juego grandes dosis de intuición y todo el caudal imaginativo de que eran capaces. Pero sea como fuere, este teatro genuinamente popular consiguió muchas cosas: atraer a un público numeroso, llegar hondo a la sensibilidad de los espectadores y cumplir ampliamente su función educadora y de catarsis; ya que las gentes, al asimilar el lenguaje de los personajes, enriquecían el suyo propio sin darse cuenta, aprendían a ser más críticas y tolerantes y a mostrarse menos pasivas que otrora ante el imperio de la dominación y de la injusticia.

¿Qué decir de los intelectuales españoles?

Por todo lo que antecede y viendo que un fenómeno social de esta naturaleza no tuvo el eco que debió haber tenido en el sentir de la intelectualidad española, he reflexionado muchas veces sobre la idiosincrasia de los llamados intelectuales, habiendo llegado al convencimiento de que salvo raras excepciones, el intelectual español, dotado de más autosuficiencia que de aptitudes cooperadoras, se ha mantenido siempre en su torre de marfil y se ha mostrado incapaz de acercarse al mundo del trabajo con ojos exploradores y desinteresados. Esto le ha impedido poder apreciar en toda su magnitud la sabiduría del pueblo español y sus magníficas realizaciones, de las que algunas -como ésta por ejemplo que nos ocupa- están siendo hoy, por su importancia sicosociológica, tema preferente de análisis para no pocos universitarios de Occidente y objeto de estudio para muchos investigadores.

Con todo esto no quiero decir que nuestros intelectuales hayan sido reacios a la difusión de la cultura. Como prueba de lo contrario basta recordar, entre otras de sus creaciones las «Misiones Pedagógicas» de las que yo personalmente guardo excelente recuerdo por haber participado un poco en ellas durante el tiempo que permanecí en Lérida tras haber escapado de mi pueblo natal con motivo de la represión consecutiva al intento revolucionario de 1933. Entonces me parecía algo maravilloso que maestros, profesores y alumnos, en compañía de destacados artistas visitaran los pueblos para exponer retazos escogidos de nuestro folklore, charlas sobre educación, experiencias agrícolas encaminadas al desarrollo del agro, etc.

Otro tanto podríamos decir de «La Barraca», famosa creación de Federico García Larca, que promovida por éste antes del fatídico levantamiento seguiría funcionando tras la trágica muerte del gran poeta y amigo del pueblo. Pese, sin embargo, a las cosas buenas que hicieron en pro de la cultura, mi opinión respecto a la ceguera de los intelectuales españoles se vería confirmada de nuevo durante el período de nuestra guerra, cuando los aragoneses seguíamos con interés creciente a través de los periódicos los itinerarios de «La Barraca» y sus simpáticas representaciones, pero teniendo

que sufrir la gran decepción de sentimos menospreciados, -o ignorados- por los barraqueños, quienes ni una sola vez se dignaron visitar las tierras de Aragón, en las que hubieran encontrado precisamente esa sociedad libre y solidaria que ellos, con su grata farándula, iban propagando en su recorrido por los pueblos de España.

¿Obedecía esta actitud a uno de tantos efectos del azar o respondía a un plan preconcebido como consecuencia del rechazo o del miedo que una sociedad igualitaria inspira fatalmente a los defensores del orden jerarquizado?

En lo que respecta a los colectivistas, viejos conocedores éstos de las aspiraciones hegemónicas de los partidos y de que la política partidista se había reducido siempre a la lucha por el poder, no podían ignorar que al irrumpir el colectivismo aragonés en la esfera social de manera tan inesperada y rebasando todas las previsiones de los líderes políticos, éstos verían en él un estorbo de primera magnitud y se aprestarían a combatirlo con todos los medios a su alcance y sin el menor escrúpulo. Pero ¿nos habíamos preguntado cuál sería la actitud de los intelectuales ante un fenómeno social que caía fuera de sus esquemas mentales? En cualquier caso, no era difícil prevenir sus reacciones: los habría quienes sintiéndose amenazados en sus posiciones dentro de un orden jerarquizado que les otorgaba seguridad y prestigio, lucharían contra el colectivismo haciendo causa común con sus más encarnizados enemigos, y, había también los que atribuyéndolo a la acción descabellada de unos locos anarquistas y considerándolo utópico se encogerían de hombros sin darle mayor importancia. Unos y otros, condenándolo a priori no supieron valorar ese esfuerzo magnífico de los trabajadores por alcanzar el nivel cultural que las oligarquías de turno les negaron siempre; esfuerzo mucho más digno de tener en cuenta porque no obedecía a disposición gubernamental alguna ni a consignas exteriores, sino que emanaba de las motivaciones profundas de un pueblo oprimido que, consciente de su ignorancia, quería acceder al saber como premisa indispensable para sacudirse el yugo secular y construir sólidamente una sociedad nueva.

Haber ignorado o menospreciado ese fenómeno social que en la actualidad está llenando de asombro a muchos estudiosos, pone bien en evidencia, entre otras cosas, la carencia de curiosidad y de talante investigador de nuestros intelectuales de preguerra amén de una falta de solidaridad con ese pueblo oprimido que es, en definitiva, quien ha de soportar siempre todo el peso de la pirámide.

Hoy, cuando sólo faltan tres años para cumplirse el cincuentenario de nuestra guerra, no puedo menos que evocar el impulso creador de aquella corriente que asombra a propios y extraños por poco que profundicen en ella. Es verdad que adoleció también -por qué no decirlo- de muchos defectos: unos originados por la falta de gente debidamente preparada para dar satisfacción al anhelo de saber que bullía en todas partes, y otros que se debieron a las circunstancias por las que atravesaban -unas más penosamente, otras menos- todas las regiones de España; ya que en función de las mismas, se iba dando prioridad, naturalmente, a los problemas más urgentes e inmediatos, pasando a segundo plano -como es natural cuando se vive una guerra- aquellos que afectaban al conocimiento, al cultivo del arte y a la organización del ocio.

Pero al margen de cuanto pueda argumentarse en pro o en contra del fenómeno que nos ocupa, yo quiero señalar un defecto que restó eficiencia a la labor de los grupos culturales y que, no obstante, podía haber sido subsanado sin menoscabo de las tareas que los colectivistas no podían permitirse el lujo de eludir. Me refiero a la falta de una Federación Regional de la Cultura que, recogiendo a través de sus Federaciones Comarcales todas las actividades culturales y experiencias educativas de los diversos grupos que actuaban en la región, hubiera dado lugar a numerosos y fructíferos intercambios con resultados poco menos que insospechados. Estoy seguro de que con el tiempo los grupos culturales se hubieran federado dada la importancia que el federalismo tenía a los ojos de quienes se proponían transformar las estructuras para lograr un mejoramiento efectivo de las sociedades humanas y de las relaciones entre los pueblos. Entonces, así como en lo económico era el sistema federal el que nos permitía un conocimiento exacto de los problemas de la región y la práctica de una solidaridad auténtica a todos los niveles, del

mismo modo, en el área cultural -ciencias, educación, bellas artes, juegos, etc.- hubiera abierto cauces inéditos a la cultura en una perspectiva de formación permanente y generalizada que era la que muchos de nosotros -más o menos explícitamente- veníamos desde siempre acariciando.

Es verdad que el Consejo de Aragón había creado un departamento para la educación y fomento de la cultura; pero también es cierto que ni dispuso de recursos suficientes, ni los colectivistas estaban plenamente identificados con el Consejo, al que habían aceptado como cobertura legal indispensable ante el Gobierno de la Nación, pero confiando más en la dinámica autogestionaria de las colectividades que en dicho estamento oficial cuya función les recordaba sin equívocos el carácter etnocéntrico y burocrático de los gobiernos seculares.

En cuanto al Comité Regional de la Federación de Colectividades, organismo el más indicado para sugerir y apoyar la federación de escuelas, ateneos y otros grupos culturales, tampoco tomó cartas en el asunto pese a que todo el tinglado colectivista se basaba en el federalismo. De ahí que las actividades y experiencias que cada grupo ponía en marcha con gran imaginación y entusiasmo, apenas trascendieron el marco local, quedando privados de las experiencias de otros grupos locales y malogradas por tanto las posibilidades inmensas de ese magnífico movimiento cultural que con tan extraordinario impulso nacía de las raíces prístinas del pueblo llano y que tan exiguo impacto ha hecho finalmente en el mundo de la intelectualidad española.

CAPÍTULO 10

Ventajas de la cooperación en solidaridad

Se trata en este apartado de poner de relieve que el colectivismo de la participación directa a todos los niveles era susceptible de dar respuesta inmediata a muchos de los problemas sociales que hoy en día se ven agrandados desmesuradamente y sin perspectivas de solución efectiva pese a la denuncia de que están siendo objeto por los medios de comunicación y pese, por otra parte, al esfuerzo persistente que hacen los gobiernos para sacar del impás harto incómodo y difícil en el que se encuentran actualmente todos los países.

Se nos dirá que los problemas de hoy son muy diferentes a los de ayer; lo que es verdad en cierto modo, como es cierto asimismo que las generaciones venideras tendrán que enfrentarse con problemas mucho más complejos, si cabe, que los de ahora. Basta señalar, como ejemplo, los grandes desajustes sociales que se han producido en menos de 60 años por la incidencia de factores tan determinantes como el crecimiento demográfico -a justo título calificado de explosivo- y el progreso tecnológico, que realizado a expensas de los pueblos subdesarrollados y en perjuicio del equilibrio ecológico, nos está llevando además a la fabricación de instrumentos mortíferos cada vez más sofisticado s que representan una permanente amenaza para la supervivencia de nuestra especie e incluso para la propia vida del planeta.

Es evidente pues, que nos hallamos en un punto límite, al que hemos llegado en virtud de unas estructuras de poder cuya dinámica competitiva es una fuente de rivalidad y de guerra. Si a esto añadimos que el número y la complejidad de los problemas irán siendo mayores a medida que la sociedad avance y se haga más diversificada, tendremos que reconocer que nunca el imperativo de que el quehacer comunitario ha de ser el quehacer de todos, fue tan urgente como ahora; porque si éste no quedara supeditado a los intereses egoístas de unos pocos, podría llevarse a cabo desde una perspectiva realmente humana y evitaríamos aquellas opciones que de forma irremediable sólo pueden conducirnos a un holocausto sin precedentes.

He querido decir que si dejar la solución de los graves problemas que afectan a nuestro mundo en manos de unas minorías representa una amenaza de consecuencias irreversibles, vale la pena, hoy más que nunca,

poner énfasis en la necesidad de impulsar el método autogestionario para recabar la participación de todos los hombres preocupados y conscientes. Ya sé que esto no ha de ser fácil mientras no se produzcan cambios estructurales de relativa importancia que permitan el acceso de las distintas capas sociales a una información generalizada, al objeto de que los ciudadanos de a pie, si no todos una gran mayoría, puedan hacer suya esa necesidad y asumir conjuntamente las grandes soluciones que nuestra sociedad enferma pide a gritos. Ni que decir tiene cuán decisiva sería en este proyecto la acción de los jóvenes si en el seno de la familia y en la escuela se les diera oportunidad para establecer relaciones de cooperación solidaria -condición sine qua non- para desarrollar sus aptitudes humanas y acabar con la dinámica competitiva de esta cultura llamada civilizada en la que, junto a la miseria y al hambre, la guerra en estos momentos sigue devastando muchas regiones del Globo y llevando a sus pobladores el dolor y la muerte.

Pero no nos perdamos en disquisiciones que nos irían alejando del tema anunciado en el presente capítulo y vayamos a los hechos; unos hechos que hablan por sí solos de la capacidad que tienen los hombres para resolver idóneamente los problemas de su tiempo cuando con ademán solidario y enhiesto saben prescindir sin ambages, de estructuras jerarquizadas y burocráticas.

Se trata -ya lo hemos dicho- del colectivismo aragonés, en el que, de acuerdo con el nivel de aquel momento histórico y las dificultades que conlleva una situación de guerra, sus hombres tuvieron que enfrentarse en cada sector de la vida colectiva con necesidades muy diversas, y a todas dieron satisfacción de manera funcional y sencilla gracias a sus estructuras de participación directa y de solidaridad, principios básicos del edificio social que irían construyendo Pobre la marcha con los acuerdos colectivos emanados de sus asambleas. Veamos a continuación, algunos ejemplos:

Cómo se organiza el trabajo y cómo se resuelve el conflicto entre generaciones, el paro y la emigración

En realidad el trabajo era duro y únicamente el entusiasmo podía paliar la fatiga de aquellos trabajadores, cuyo sostenido esfuerzo a través de las largas jornadas del estío y del otoño era mantenido con actitud responsable y enérgica. Pero nadie explotaba a nadie y esa era una de las razones que los motivaba y que permitía redoblar el esfuerzo frente al cansancio y al imperativo insoslayable de terminar la tarea.

Recuerdo a este propósito a dos yunteros -uno de mi pueblo y otro de Esplús- que en distinta ocasión pero en términos muy parecidos, solían decirme: «La colectividad puede que sea buena -por lo menos reina entre nosotros la armonía- pero a mí poco descanso me ha dado, pues tengo que trabajar de sol a sol como antes»; pero luego añadían: «También es verdad que si no tuviéramos que enviar tantos camiones repletos de alimentos al frente de Aragón, y trenes bien cargados también al de Madrid, las necesidades serían menos apremiantes y podríamos reducir la jornada de trabajo, ¿no te parece?» Yo les contestaba: «No tenemos más que hacer un cálculo aproximado de nuestras necesidades y de nuestras posibilidades si no tuviéramos que atender a las exigencias de una guerra». Hecho esto llegábamos a la conclusión de que en tiempos de paz serían suficientes cuatro horas de trabajo por día cada uno para satisfacer ampliamente las necesidades de la población colectivista yeso sin contar con la adecuada mecanización del campo; ya que, comprando las máquinas necesarias y poniéndolas a nuestro servicio -no los hombres al servicio de las máquinas como se ha venido haciendo hasta aquí para mantener el privilegio de unos pocos- la jornada de un campesino podría reducirse a tres horas aproximadamente como término medio. Todo ello, al repercutir en un ahorro considerable de energía humana y en un aumento no menos importante del ocio, haría posible el cultivo de otras dimensiones humanas y el intercambio más enriquecedor entre los hombres y los grupos.

Esto, como todos podemos ver, es impensable dentro del actual sistema económico, donde el paro, que viene siendo en los últimos años uno de los problemas más acuciantes sólo puede resolverse con la aplicación de

medidas solidarias; pero teniendo en cuenta que éstas son totalmente opuestas a los intereses de un sistema que tiene su asiento en la explotación del hombre por el hombre y en la producción por el lucro, pensar en esa solución, hoy por hoy, constituye una quimera. No obstante, si consideramos que en virtud del progreso tecnológico la producción ha aumentado considerablemente hasta el punto de que el mercado no puede absorberla, lo lógico, lo racional y humano sería reducir la jornada laboral y repartir las horas de trabajo entre todos los trabajadores. ¿No dicen los expertos que estamos abocados a la sociedad del ocio?; pero esto -claro está- exigiría transformaciones profundas cuya necesidad, tanto los gobiernos como la gran patronal que los dirige, están muy lejos todavía de planteársela en esos términos.

Lo mismo ocurre cuando se trata del problema del hambre. Sin embargo, bastaría, para resolverlo, destinar a los millones de seres que la sufren todo lo que en el mundo desarrollado se derrocha cada día inútilmente.

Otro fenómeno -causa de desarraigo y de otras vicisitudes enojosas- del que se vio afectado Aragón hasta entonces, había sido la emigración de sus hijos a otras regiones; fenómeno que ya no volvería a producirse mientras el colectivismo se mantuviera en pie. De esto eran muy conscientes los colectivistas: de que ya no se verían obligados a trabajar de peones o de carrilanos como otrora habían hecho, ni a salir del terruño las chicas para ser explotadas por los burgueses de otras regiones; porque estaba en su mano cultivar racionalmente las tierras, mejorar el sistema de riegos, incrementar las granjas y crear industrias conserveras u otras y con todo ello proporcionar una vida holgada a un número de habitantes triple del que nos daba el censo de la región por aquellas fechas. Ya no sería necesario emigrar por imperativos económicos. Se saldría en todo caso por otros motivos: por gusto de conocer otras tierras y poblaciones, por exigencias de la salud, por curiosidad y vocación de ampliar el conocimiento en un determinado sector de la ciencia o del arte, etc., pero de modo alguno para ser objeto de explotación mientras pudiéramos experimentar en casa, gracias al colectivismo, el goce y la seguridad de un vivir solidario.

En cuanto al llamado conflicto generacional, no puede decirse que dentro de las colectividades existiera realmente; porque aun admitiendo que en el seno de alguna familia pudieran surgir pequeñas diferencias marcadas por el hábito entre padres e hijos, la tradicional oposición de estos últimos no llegó a darse de una manera sistemática ni con la radicalización de otras veces. Ello obedecía, sin duda, a que dentro de la familia el principio de autoridad -raíz primera del viejo conflicto entre generaciones- estaba siendo socavado gracias al impacto de las colectividades, cuyo modelo de relación basado en la participación libre y solidaria actuaba de catalizador entre la habitual intransigencia de los mayores y la rebeldía de los jóvenes, quienes por la necesidad sicológica que tienen de afirmarse, se sienten arrastrados generalmente por el impulso.

Podemos comprender mejor este fenómeno si haciendo un pequeño esfuerzo imaginativo nos proponemos rastrear atentamente el discurrir habitual de aquellos colectivistas durante una jornada laboral cualquiera.

Recordemos primero que al objeto de lograr la mejor distribución del trabajo, en asamblea previa eran nombrados los delegados de sector, cuya misión principal era la de controlar en todo momento las necesidades de laboreo en cada una de las correspondientes partidas de las tierras cultivables; luego, se reunían, eventualmente o con regularidad según las exigencias del momento, para distribuir los trabajos y nombrar los equipos que debían realizarlos. Aquí conviene señalar que los equipos se formaban casi espontáneamente. No obstante, aunque la afinidad de los componentes jugaba un papel determinante a la hora de constituirse los equipos, se tomaba en consideración la competencia de cada uno para el trabajo al que iba destinado. Todo se hacía con la suficiente libertad para que en estos equipos, compuestos por mujeres, hombres y jóvenes en edad aún temprana para ir al frente, cada cual pudiera sentirse cómodo para manifestarse libremente sin que las diferencias de edad o de sexo representaran un obstáculo para ello. De ahí el maravilloso espectáculo que ofrecían por la mañana estos heterogéneos grupos cuando reunidas sus gentes en el lugar convenido la víspera para dirigirse cada uno a su tajo, llenaban las calles de juvenil regocijo.

Ni que decir tiene que los trayectos se hacían cortos, y aunque no tanto las jornadas, especialmente en el verano el trabajo avanzaba sensiblemente sin que pueda decirse qu~ la fatiga fuera excesiva o insoportable, y ello gracias, claro está, a los múltiples y gratos estímulos que emanan de cualquier actividad cuando es asumida responsablemente por el individuo y éste, a su vez, se siente respaldado por el esfuerzo solidario y gratificante de sus compañeros.

Al socaire de esa solidaridad y en animadas conversaciones a lo largo de las jornadas, entre viejos y jóvenes de ambos sexos, los primeros aportando su vieja experiencia, los segundos el anhelo vehemente de vivir y la mirada proyectada hacia el futuro, se iba produciendo, sin que se dieran cuenta ellos mismos, esa magnífica simbiosis que fundiendo en abrazo fraterno a viejas y nuevas generaciones habrá de permitir un día realizar con paso seguro y sin traumas dolorosos los cambios sociales que un mundo en constante evolución seguirá exigiendo en cada instante. y si al discurrir comunitario de esas jornadas añadimos las animadas veladas en el café, o en los centros culturales, donde se tocaban múltiples temas y eran escuchadas con interés relevante las proposiciones e inquietudes de los jóvenes, se comprenderá cuán lejos estábamos del abismo que hoy separa a las generaciones y del obstáculo que esa ruptura implica para poder adaptar el comportamiento del hombre a las necesidades de su tiempo.

Claro que la juventud, en las horas de ocio se apartaba del mundo de los mayores para bailar y divertirse a su aire; pero ello no era obstáculo para que lo mismo en las charlas de café que en las asambleas de la colectividad o en las animadas conversaciones mientras discurría la jornada en el tajo, jóvenes y adultos .se sintieran iguales frente a la responsabilidad del quehacer colectivo y conscientes unos y otros de que tenían que asumirla estrechamente enlazados si querían resolver con acierto los problemas que les eran comunes. Es decir: que tanto si se trataba de la adquisición de una máquina, de problemas educativos, de la producción o de organizar el ocio, todos juntos discutían y las resoluciones finales eran adoptadas, por lo regular unánimemente, después de haber superado los pros y los contras de las diversas opiniones, todas ellas tenidas en cuenta vinieran de quien vinieran.

Esa era y no otra la dinámica que venía erosionando el viejo conflicto entre generaciones y que hubiera dado paso con el tiempo a la comunicación más placentera y fecunda entre jóvenes y viejos de todas las edades, destruyendo en definitiva el mito sagrado de la autoridad, base de toda dominación y fuente de grandes desdichas para la especie humana.

Emancipación de la mujer

En nuestra perspectiva de trabajo y de proyectos en común, a la vez que se fusionaban las generaciones, iban siendo menos acusadas las discriminaciones de que habían sido objeto siempre las mujeres. Aún hoy, pese a que las legislaciones no han cesado de modificarse en un sentido igualitario, viene sufriendo la mujer de esa desigualdad ante la ley y de unas anacrónicas costumbres que la sitúan en un plano de inferioridad manifiesta ante el matrimonio, el trabajo, la educación y determinados derechos sociales.

De esa situación, sin embargo, hay un aspecto que no podemos eludir si de veras deseamos que la mujer se emancipe y si tenemos en cuenta que una sociedad en la que todo descansa sobre el dinero, éste se convierte en elemento imprescindible para la autonomía del individuo. Por lo tanto, se trataría, según mi opinión, de asegurar un salario digno a las mujeres que han de permanecer en el hogar -unas veces con su asentimiento, otras no- para cuidar de sus hijos.

Esta situación, al margen de otros inconvenientes que no vamos a enumerar ahora, trae consigo para la mujer la imposibilidad de ejercer un trabajo remunerador, lo que la sitúa en posición de total dependencia vis a vis del marido y es vivido por ella con tal sentimiento de impotente rebeldía que ello en modo alguno favorece el buen entendimiento de la pareja y daña, muy gravemente a veces, el equilibrio de los hijos.

Ya en algunos países se habla de dar solución a este problema; aunque la actitud aún vacilante de muchos gobiernos hace suponer que es el factor económico el mayor escollo con que se tropieza a la hora de tomar

resoluciones. De muy distinta manera se presentaba el caso en Aragón durante el período que nos ocupa; ya que, por hallarse situada la mujer en un plano igualitario dentro de la colectividad, su independencia vis a vis del marido o de los padres no estaba determinada en absoluto por el factor económico. Basta recordar a este propósito el salario familiar, del que todo colectivista, fuese varón o hembra, adulto, joven o niño, tenía derecho a la parte alícuota que le correspondía como miembro de un determinada familia; parte que era estipulada, como ya se dijo, sobre las bases de una proporcionalidad discutida por todos y aprobada en asamblea de acuerdo con la siguiente proposición: A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus posibilidades.

En esas condiciones pues, la esposa gozaba de las mismas prerrogativas que el marido, pudiendo disponer libremente de la cantidad que se le había asignado como miembro que era a partes iguales de la colectividad en la que se hallaba inscrita. No viéndose obligada a trabajar fuera para obtener un salario, la mujer casada, sin menoscabo para la economía familiar y con la autonomía que le daba la posesión de un peculio, podía hacer uso del libre albedrío para dedicarse plenamente al cuidado del hogar o para alternar el trabajo doméstico con el trabajo exterior. Tanto es así que no pocas amas de casa, aun teniendo hijos de corta edad, se las arreglaban de algún modo para aportar su ayuda voluntaria a las tareas del campo, sobre todo en épocas de recolección cuando el tiempo amenazaba tormentas y era necesario poner a salvo las cosechas. Raramente, las mujeres con hijos, podían dedicar a las labores colectivas la jornada entera; pero su ayuda voluntaria era acogida siempre con demostraciones de sincera simpatía; aunque no era menos agradable el sentimiento que ellas experimentaban al reconocerse útiles a la colectividad y solidarias con sus compañeras y compañeros de trabajo. A la vez, rompían con la rutina y el aislamiento al que se ven sometidas generalmente las amas de casa, y el trabajo en común les brindaba la feliz oportunidad de recabar información sobre las cosas más o menos importantes que ocurrían en su entorno, de ir forjándose criterios válidos a propósito de los muchos temas no exentos de interés sociológico que se iban abordando a lo largo de la jornada y -¿por qué no decirlo?- de reír con las chanzas y los chistes que no faltaban tampoco de vez en cuando.

Es necesario señalar, sin embargo, que aunque se iban borrando las atávicas diferencias entre los sexos, ello no se producía tan deprisa como algunas y algunos de nosotros deseábamos. Pesaba mucho todavía el lastre de la tradición. Tanto es así que a la hora de estipular el salario familiar, el porcentaje asignado a la mujer era intermedio, es decir superior al de los niños pero algo inferior al de los hombres. De esta arbitrariedad protestaron enérgicamente el grupo «Mujeres Libres» y las «Juventudes Libertarias», por lo que, en algunas colectividades del campo y de la industria fue rectificada a tiempo sin grandes dificultades; lo que hace pensar que tan lamentable discriminación hubiera desaparecido totalmente de nuestro ámbito si las colectividades hubieran sobrevivido.

No se nos puede reprochar en cambio, el hecho de que las mujeres tuvieran tan poca representación, a los distintos niveles -local, comarcal y regional- en nuestros órganos de coordinación y de administración. Ello fue el resultado de que por su escasa intervención en las actividades sindicales antes de la guerra, en general, carecían del entrenamiento necesario para ocupar puestos de responsabilidad en momentos tan graves y decisivos. No obstante, tan pronto como pudieron participar en las asambleas sin ningún género de restricciones y fueron llegando de todas partes sendos mensajes sobre la promoción femenina, el interés de las mujeres por los problemas sociales se fue generalizando, de tal modo que muy pronto hubieran estado en condiciones de igualar a los hombres y, en determinados sectores, de superarlos incluso. A decir verdad, en general el machismo era mal acogido en las colectividades, donde el tradicional menosprecio hacia la mujer se había trocado en reconocimiento y admiración ante la capacidad de la que venían dando pruebas nuestras compañeras, que no sólo eran un ejemplo de tenacidad y resistencia para el trabajo, sino que en el área más compleja y sutil de la convivencia, se mostraron solidarias siempre y supieron, en los momentos más difíciles, mantener una actitud erguida y serena.

De su afirmación en la vida social y de su identificación con la obra colectivizadora nos dieron sobradas pruebas en múltiples ocasiones; si bien, donde esto se puso de manifiesto de manera palmaria fue con motivo del asalto comunista sufrido por las colectividades. En esos momentos, al

ver desmantelados los comités, y sus hombres, detenidos unos, huidos al frente otros en busca de protección a la sombra de las divisiones confederales, las mujeres, en algunos pueblos, cogieron las riendas de la colectividad poniéndose al frente de la administración y llevando adelante los trabajos más urgentes. Y en pueblos como Albalate de Cinca Peñalba, Beceite y La Fresneda por no citar otros, cuando las fuerzas invasoras, tras el asalto brutal a las colectividades se disponían a devolver a las familias de los fascistas huidos a Zaragoza o camuflados en algún rincón de la zona republicana las tierras que se les habían incautado, con máquinas, animales y otros enseres destinados al laboreo, las mujeres se amotinaron y llegaron a enfrentarse enérgicamente con los jefes de las tropas asaltantes.

Y en la colectividad de Molusa, cuando los invasores, tras haberse llevado presos a los miembros del comité, tuvieron la osadía de quitarles las cartas de alimentación a todas las mujeres, éstas ocuparon la alcaldía, cogiendo al alcalde por el pecho y amenazándole de muerte si no ponía coto a tales atropellos. Estos hechos y otros muchos que no vienen ahora a cuento y de los que «Mujeres Libres» de aquella zona nos tenían al corriente, dan fe de que nuestras mujeres habían tomado conciencia de su dignidad como personas y de su genuino papel en una sociedad libre e igualitaria.

Familia

Al hablar de la familia, lo haremos sin extendernos en el proceso de su desarrollo ni en los avatares que ha sufrido desde sus orígenes a través de las sociedades que los hombres fueron estructurando en las distintas regiones del globo. Sí, en cambio, dado el malestar de que se ha visto aquejada en todas las épocas, nos detendremos un poco en lo que ha sido, según mi opinión y la de algunos destacados sociólogos, la causa fundamental de dicho malestar, al objeto de comprender mejor por qué en nuestra sociedad colectivizada, la familia fue menos conflictiva que en épocas anteriores y que lo sería posteriormente.

Del malestar que actualmente corroe a la familia nos hablan con creces los jóvenes, cuyas manifestaciones desintegradoras vienen abarcando en

los últimos años un amplio abanico: desde las simples reyertas cotidianas con los padres hasta las múltiples acciones de delincuencia común, pasando por las fugas, la droga y otras actitudes de rechazo altamente preocupantes; a lo que hemos de añadir la postura ambivalente de aquellos jóvenes que si bien no se deciden a adoptar una ruptura frontal -unos por consideraciones de dependencia económica, otros por razones de tipo afectivo- echan pestes contra la familia y pretenden su destrucción porque piensan, aunque sin discernir muy bien los motivos, que ella es la causa de todos nuestros males sociales.

Frente a estas manifestaciones de carácter destructivo que en virtud del contexto social de opresión y de violencia en el que se producen yo encuentro justificadas, me parecen no obstante, contrarias al proyecto socializador que nos ocupa. Por consiguiente, quisiera dejar bien sentado que si bien la familia adolece de muchos y muy graves defectos y habrán de operarse en ella profundas modificaciones si queremos que cumpla su verdadera función, no deberíamos olvidar que ella constituye el núcleo básico e insustituible de todas las sociedades humanas, y esto por razones obvias. ¿Nos hemos preguntado seriamente qué sería del recién nacido -puesto que es todavía un feto cuando sale del claustro materno sin los delicados cuidados que su normal desarrollo exige y sin el ambiente propicio para asimilar la larga serie de aprendizajes que su condición humana reclama? Si como se ha venido demostrando, todo en el hombre, o casi todo, es cultural, o sea, extraído del medio en que crece y se desenvuelve, y es universalmente reconocido el valor eminentemente social de la imitación, obvio es destacar la importancia que tiene para el hombre, si queremos que aprenda a amar y respetar a los demás, el hecho de poder crecer en un clima de respeto y de afecto, donde se sienta amado realmente, respetado y seguro de sí mismo. Sin esas premisas, difícilmente logrará tener confianza en los demás para poder establecer con ellos relaciones de máxima convivencia, y alcanzar, por el vehículo de una información y de una comunicación auténticas el pleno desarrollo de su dimensión humana. Es tan determinante el afecto, que sin él, no sería posible dinamizar las tendencias sociabilizadoras del individuo, que tiene necesidad de integrarse al grupo, pero que debe hacerlo, incuestionablemente, en calidad de ente creativo, cooperador y solidario.

Expuestas estas consideraciones que me parecían necesarias para evitar posibles equívocos, vamos a entrar en el tema centrándonos, sobre todo, en lo que es a juicio mío, la raíz primera del malestar que la familia padece y del que viene padeciendo asimismo la sociedad en la que se halla inserta; pues no podemos descartar que una es fiel réplica de la otra y como por efecto de un fenómeno retroactivo ambas se influyen recíprocamente, se compenetran y, naturalmente, se refuerzan, levantando, como por una suerte de inercia, ese frente común que se viene resistiendo obstinadamente a todo proyecto social de renovación y de cambio.

Así pues, el malestar de todas las sociedades de ayer y de hoy arranca, incuestionablemente, del sistema jerarquizado que las sostiene y de sus estructuras de poder, producto del impulso mamífero que aún prevalece en nuestro comportamiento y al que seguiremos atenazados mientras persista esta cultura de dominación del hombre por el hombre en la que todo incita a la competición y donde la motivación de los individuos y de los grupos no puede ser otra que la de ascender -cuanto más alto mejor- por la escala jerárquica de los poderes dominantes: poder político, poder tecnológico, poder económico, poder informativo, etc., cada uno de ellos dando al que lo posee, capacidad para la adquisición de bienes de consumo y, con ello, distinción, prestigio, y dominio sobre esa gran mayoría que yace postergada, al pie de la pirámide.

En cuanto a la familia, si tenemos en cuenta que es en ella y durante el período de mayor plasticidad del hombre donde se va organizando la personalidad de base de quienes han de dar continuidad al sistema que la engloba, y que en razón de esa continuidad la estructura familiar no puede ser otra que la que tiene sus fundamentos en el poder jerarquizado, es lógico que busquemos en las mismas raíces del poder, las causas del malestar que desde siempre viene padeciendo la familia; esa institución en la que nosotros hemos crecido y en la que el padre ha venido siendo hasta ahora la auténtica representación del poder jerárquico que nos viene de los primate s y que fue establecido formalmente según parece durante el período Neolítico, cuando coincidiendo desarrollo técnico y descubrimiento de la paternidad, los hombres institucionalizaron, tal vez simultáneamente, la propiedad privada y el patriarcado; instituciones

ambas que al ser consagradas e interiorizadas al socaire de ritos y costumbres, llegarían a tener muy larga vida para holocausto y desdicha de la especie humana.

Por fortuna, el poder del padre ha ido resquebrajándose sensiblemente a medida que la mujer se abre camino en todos los campos, que los jóvenes inciden en los movimientos de protesta con una crítica de día en día más aguda y que la información, más generalizada a medida que el progreso tecnológico lo exige, está llegando, gracias a los medios de comunicación, a capas de la población cada vez más amplias.

Luego es evidente que todos estos avances han contribuido a la desaparición de viejos misterios y tabúes y a que muchas ataduras del pasado se rompieran, dando a la imaginación creadora del hombre moderno grandes posibilidades y nuevas perspectivas humanas. Sin embargo, se ha de reconocer que hemos avanzado muy poco en el ámbito de las ciencias sociales, como lo prueba el hecho de que si bien hay mucha gente que sabe definir lo que no quiere, todavía son muy pocos los que tienen ideas claras sobre cómo debería estructurarse la sociedad para que en ella tuvieran cabida realmente todos los hombres y mujeres de la tierra.

De que las actitudes de rechazo privan sobre los comportamientos de signo creador, tenemos un ejemplo típico en los movimientos de protesta, donde la juventud pone de manifiesto su descontento a propósito de los sistemas de dominación que gobiernan el mundo, pero sin ofrecer alternativas de cambio realmente válidas. Mientras tanto, invierte lo mejor de sus energías al servicio de espectaculares acciones en las que prevalece la actitud agresiva y rechazante.

En esa perspectiva demoledora, la familia no escapa al veredicto de los jóvenes, quienes, demasiadas veces, reaccionan con excesiva violencia ante la actitud intransigente de los padres. Y digo excesiva, porque si bien no es fácil reaccionar con calma cuando se piensa que de nada sirven los razonamientos frente a un padre rígido y autoritario, yo estoy seguro de que, salvo raras excepciones, todos los padres de este mundo son accesibles al diálogo con sus hijos. La dificultad, en la mayoría de los casos, estriba en

que son muchos aún los que permanecen anclados en los viejos tiempos y que necesitarían ser debidamente informados para poder romper los condicionamientos de un pasado en el que la autoridad del padre era sagrada e indiscutible.

Teniendo en cuenta pues, que los condicionamientos culturales son los que ponen frenos a la comunicación entre jóvenes y adultos e impiden demasiadas veces el reconocimiento del diálogo como imperativo insoslayable para clarificar las respectivas posiciones, y reconociendo por otra parte, la clarividencia de la juventud actual para hacer la crítica de nuestras viejas estructuras -unas estructuras que rebajan y envilecen al hombre- opino que son los jóvenes quienes deberían llevar la iniciativa en esa tarea de acercamiento que se hace más necesaria que nunca en los momentos difíciles que atraviesan la sociedad y la familia. Y digo esto por varias razones, entre las cuales destaca el hecho de que la juventud actual ha tenido y sigue teniendo acceso al conocimiento de las ciencias y de las letras como no lo tuvo nunca en épocas pasadas, y de ahí el que, generalmente, por haberse beneficiado de una información más amplia, se hallen mejor equipados que la mayoría de los adultos para analizar la fenoménica social, comprender las causas que determinaron el comportamiento de sus padres y el suyo propio y sacar, en consecuencia, cuál es la conducta que reclama de uno mismo la apertura al diálogo; apertura que no se consigue, ni mucho menos, adoptando posiciones defensivas ni dando rienda suelta al impulso, ese comportamiento primario tan corriente en nuestras relaciones y que enajena la mente del sujeto dejándolo indefenso para actuar como hombre.

Esto me lleva a la evocación de la gran figura que es para mí Henri Laborit, ese biólogo francés de renombre universal al que yo, desde mi humilde atalaya de observador impenitente me atrevo a calificar de precursor de una sociología nueva; ya que Laborit, con su participación activa y perseverante desde hace por lo menos' 30 años en la descubierta experimental y en la comprensión de las bases biológicas del comportamiento animal y humano, abre un capítulo totalmente nuevo al análisis riguroso de los hechos que conciernen a las llamadas ciencias humanas.

Aunque la idea de evocar a Laborit en este apartado puede parecer inoportuna o sin fundamento al primer aborde, no lo es si tenemos en cuenta que ella me ha sido suscitada por lo que de él dice Fabrice Rouleau y yo mismo he experimentado a la lectura de casi toda su obra. «*Esta –dice Rouleau- ha permitido a muchos hombres y mujeres ver más claro en su vida y, en consecuencia, transformar sus relaciones con el entorno familiar y profesional*».[24]

Volviendo pues a donde nos habíamos quedado respecto a la familia, los jóvenes y el impulso primario que prevalece en nuestras relaciones, no puedo menos que recordar el impacto que me hizo en su día esta frase de Laborit: «Ser hombre consiste sobre todo, en utilizar las áreas cerebrales que nos distinguen de las demás especies animales y nos permiten crear estructuras nuevas». Ese es, según parece, el leimotiv que recorre toda la parte filosófico científica de su obra, a juzgar por el énfasis que suele poner a lo largo de su discurso sobre la función del cerebro «imaginante», esa zona órbitofrontal del cerebro humano en la que -según dice- tienen su asiento la conciencia, el conocimiento y la imaginación -rasgos distintivos de nuestra condición humana- y que permite al hombre controlar los impulsos del cerebro reptiliano -nuestro cerebro más arcaico- y las adquisiciones memorizadas del sistema límbico -zona del cerebro que corresponde al estadio evolutivo de los mamíferos y sobre el que descansan los automatismo s culturales y conceptuales.

Resulta por otra parte aleccionador ver cómo coincide Laborit con la corriente sociológica libertaria cuando se plantea la necesidad de una educación que favorezca el desarrollo de la imaginación creadora para poder avanzar hacia el logro de estructuras sociales más acordes con nuestra propia naturaleza humana, teniendo en cuenta especialmente, dos cosas: 1ra que una sociedad como la nuestra, basada exclusivamente en la producción de mercancías, busca, a todos los niveles de las jerarquías profesionales, favorecer los automatismos y 2da que cuando por falta de una estructura cerebral abierta, las informaciones que llegan del exterior son rechazadas por el cerebro o tratadas inadecuadamente en virtud de

24 - Fabrice Rouleau, Henri Laborit, L'Alchimie de la découverte, Ed. Grasset, París, 1982, p. 231.

la rigidez que una estructura cerebral cerrada conlleva, los automatismos culturales y conceptuales -cuya función no es otra que la de perpetuar el sistema social que los genera- inevitablemente, determinan el comportamiento del individuo; lo que equivale a decir: que no habrán cambios importantes en nuestra sociedad mientras la mentalidad de los individuos que la componen no cambie realmente.

Una vez más se pone de relieve la importancia social de la educación, cuyo papel incumbe, tanto o más que a la escuela, a la familia; pues es en ésta donde el niño hace sus primeras experiencias, con las que va estructurando el núcleo de su personalidad futura y donde, por tanto, los padres deberían asumir su rol de protectores y orientadores de sus hijos, no desde una óptica de poder como han hecho hasta ahora, sino a partir de la libre cooperación dentro de una dinámica autogestionaria cuyo alcance sólo puede ser valorado suficientemente sopesando en su doble vertiente sicológica y sociológica lo que representa para el equilibrio del individuo, de la familia y de la sociedad el hecho de que los jóvenes puedan hacer desde muy temprano el aprendizaje de la cooperación y de la participación responsable en un clima de seguridad y de afecto y en simpática camaradería con los adultos.

Si admitimos pues, que el poder, en cualquier forma que se manifieste, es fuente de irritación y de malestar, habremos captado por qué en el contexto colectivista, las relaciones familiares se mostraron menos conflictivas de cuanto lo habían sido en épocas anteriores. Basta recapitular el proceso de la colectivización para tener ante nuestros ojos la forma en que poco a poco la autoridad patriarcal se iba diluyendo en una dinámica de motivaciones e intereses comunes y de participación igualitaria a todos los niveles.

Todo se inicia, como ya sabemos, con la reunión voluntaria de aquellas familias que se habían identificado de algún modo con el colectivismo y su firme propósito de poner en común sus tierras, sus animales y aperos de labranza, sus capacidades y su esfuerzo. Desde ese momento, la organización del trabajo, la distribución de la riqueza, el uso de los servicios, las actividades culturales, los intercambios con el exterior y todo cuanto de alguna manera estuviese vinculado a los intereses comunitarios,

sería regulado mediante la participación directa de todos los colectivistas en la asamblea; donde todas las opiniones expresadas en cada debate merecerían la misma consideración e idéntico respeto sin que se tomaran en cuenta las diferencias de edad o de sexo de quienes las emitían. En virtud del sentimiento de seguridad que unos y otros experimentaban al considerar que todo era de todos y que la colectividad, a través de la asamblea soberana y de sus órganos coordinadores atendía las necesidades de sus miembros, el papel del padre en la familia quedaba transformado automáticamente; ya que, de jefe incontestable que administra los bienes familiares y ejerce su tutela sobre la esposa y los hijos, pasa a ser, dentro de la colectividad, uno más, dueño a partes iguales del patrimonio común, del que la esposa y los hijos lo eran asimismo en igualdad de condiciones. Es decir: así como en régimen de propiedad privada, el campesino aragonés, el pequeño propietario especialmente, imponía su opinión dentro del hogar porque se autoconsideraba el único capacitado para llevar el timón de la familia y de la hacienda, en la colectividad, como todas las decisiones emanaban de la asamblea, y en ésta, los jóvenes y las mujeres podían exponer sus criterios libremente y sintiéndose tan dueños y responsables como sus respectivos padres y esposos, la autoridad patriarcal recibía un duro golpe quedando reducida a la mínima expresión.

Hay que decir también que a ello contribuyó de manera definitiva el que jóvenes y viejos, mujeres y hombres progresaban al unísono: ora en la asamblea buscando las soluciones más pertinentes, ora charlando de cuanto apetecía en cada momento, lo mismo en el tajo, en el café, en la sede del grupo cultural o en la calle. Por medio de esos intercambios ‘cada vez más estimulantes y esclarecedores conseguirían, entre otras cosas: ampliar sus conocimientos, clarificar sus propias opiniones, dominar mejor el lenguaje, aprender a tolerarse mutuamente y hacer posible -en suma- el aprendizaje de la auténtica comunicación que fusionaba a jóvenes y viejos, mujeres y hombres en un diálogo permanente.

Está claro que la familia no podía permanecer al margen de la evolución que en el área de las relaciones sociales se estaba produciendo por influjo de la dinámica autogestionaria y solidaria que prevalecía en la colectividad. En primer lugar, la conducta del padre, cuyo rol tradicional ya no tenía

donde apoyarse, evolucionaría rápidamente hacia actitudes de mayor tolerancia y consideración vis a vis de la esposa y de los hijos. Influyeron en este cambio otros factores; porque si bien es cierto que por las razones ya expuestas la autoridad patriarcal quedaba muy erosionada, hemos de reconocer que muchos colectivistas habían aprendido asimismo, por la experiencia de cada día, lo que supone para la formación y equilibrio de los jóvenes el hecho de poder intervenir libre y responsablemente en los asuntos colectivos.

Junto a estas enseñanzas se puede añadir el impacto que en el comportamiento de los padres pudo hacer la coacción moral que normalmente ejerce el grupo sobre cada individuo. De cualquier modo, yo me atrevo a afirmar que si nuestra sociedad igualitaria hubiera sobrevivido, la familia hubiera llegado a cumplir ampliamente la función que la sociedad necesita actualmente para poder liberarse de jerarquías dominantes y de burocracias inútiles.

La familia que aquí proclamamos es la que ha de servir de receptáculo a las emociones más íntimas de los jóvenes; en la que éstos, libres de miedos, inhibiciones y rechazos, puedan expresar sus sentimientos y contrastar sus opiniones, y en donde la conducta de los padres pueda servirles de ejemplo para aprender, por el juego recíproco de los intercambios, a ser individuos autónomos, generosos y responsables, y a consolidar esos hábitos mediante la práctica de todos los días en el ámbito de unas relaciones cada vez más amplias y complejas a medida que los jóvenes van creciendo y madurando.

Minusválidos y ancianos

Respecto al problema de los minusválidos, cuya solución por parte de los gobiernos se viene aplazando indefinidamente, en las colectividades no podía presentarse con el carácter tan dramático que hoy se presenta a veces, sobre todo, cuando la familia afectada no dispone de medios económicos y, por añadidura, tiene que asumir la difícil tarea sin ayuda de nadie.

En principio, la colectividad, asignaba al minusválido la parte que le correspondía del salario familiar, y la persona o personas de la familia que lo cuidaban podían hacerlo sin la angustia de tener que salir del hogar para ganarse un salario, además de que podían disponer de una ayuda exterior cuando la necesitaban. Por otra parte, la atención que cada colectividad dedicó a sus minusválidos se puso de manifiesto de varias maneras; pues en aquellos casos donde el handicap no representaba un obstáculo para que el individuo pudiera desarrollar una actividad determinada, se les ofrecía la ocasión de elegir un oficio apropiado sin tener que desplazarse afuera: profesiones, por ejemplo, como las de zapatero, sastre, guarnicionero, contable, distribuidor, etc., o ayudante de cartero, alguacil, conserje u otra ocupación desde la cual pudieran sentirse útiles e integrados a la sociedad satisfactoriamente; sin que se descartara la posibilidad de crear, en su día, un centro regional con talleres, laboratorios y profesorado competente para adecuar un determinado tipo de enseñanza a las necesidades de cada minusválido.

En cuanto al problema de los ancianos, cuando la obligatoriedad del seguro social para la vejez no se había generalizado aún en nuestro país y el porvenir de los ancianos era contemplado por éstos con angustiada incertidumbre, las colectividades, adelantándose en más de 40 años a las disposiciones del sistema capitalista en materia de jubilación, acordaron en sus asambleas que los trabajadores se verían libres del trabajo obligatorio al cumplir los sesenta años, pudiendo hacer, a partir de esa edad, lo que más les apeteciera: trabajar o pasearse alegremente.

Yo conocía esos acuerdos y estaba al corriente asimismo de que muchos jubilados, entre ellos también mujeres, se ofrecían con bastante frecuencia para prestar ayuda en trabajos no demasiado duros; lo que pude comprobar personalmente en una de mis visitas a la colectividad de Alcorisa.

Era día de trabajo y nos acercamos a una huerta en la que estaban laborando unos 20 trabajadores de edad avanzada, y que al vernos llegar se detuvieron para luego venir hacia nosotros con ánimo de descansar, fumar un cigarrillo y mientras, charlar un rato.

Mis primeras palabras en este encuentro fueron para preguntar si no estarían muy cansados con aquel cacho de huerta tan grande, y la respuesta fue tan espontánea y rápida que apenas había tenido yo tiempo de terminar la frase cuando oigo que dicen: «No, no nos cansamos miaja, porque cuando nos parece, nos sentamos y ¡ale, a contar historias! Como aquí nadie nos manda, hacemos lo que buenamente podemos, pero con gusto; porque sabemos que el producto de esta huerta es para todos; para las familias colectivizadas ¡vaya!, es decir, para nosotros mismos. Además, ¿qué haríamos si no trabajáramos un poco? ¿No us paice a vosotros que nos aburriríamos y envejeceríamos más deprisa? Porque los huesos se hielan si no se les mueve».

Picado de curiosidad al ver un bancal de casi media hectárea sembrado de cebollino, yo no pude abstenerme de inquirir de nuevo: «¿Pensáis hacer plantero de cebolla para toda la región o qué?» «Para toda la región no, contestó alguien riéndose, pero sí para toda la comarca. Lo prometimos en un pleno comarcal y hay que cumplirlo.» La verdad es que ante la actitud solidaria de aquellos ancianos que proyectaban su ayuda más allá de los límites locales para cubrir las necesidades de otros pueblos, me emocioné un poco y no pude por menos que decir para mis adentros: «No caben ya dudas. Los hombres son capaces de derramar solidaridad a manos llenas cuando el privilegio y la autoridad han desaparecido de su entorno».

Había en la región cierto número de ancianos sin familia y totalmente abandonados. El consejo creó algunos hogares para acogerlos. Uno de ellos precisamente estaba ubicado en A1colea de Cinca, pueblo limítrofe con Albalate de Cinca, del que yo soy hijo. Por eso estoy al corriente de que los ancianos que fueron a parar a dicho centro estuvieron muy bien asistidos gracias a la colectividad de A1colea que era realmente importante. Pero desgraciadamente, esto duró hasta que llegaron los comunistas y destruyeron aquel hogar de ancianos, procedentes en gran parte de poblaciones que estaban situadas a ambos lados de las trincheras.

El fraude a los consumidores

Este es un problema del que los medios de comunicación vienen ocupándose todos los días y que se puso al rojo vivo muy recientemente con motivo del aceite de calza, responsable del síndrome tóxico cuyo trágico balance entre muertos y enfermos tan triste recuerdo ha dejado en la memoria de todos los españoles. Recientemente el doctor Muro y otros cualificados investigadores son del parecer que el desencadenamiento de la enfermedad sin diagnóstico preciso, fue causado por el uso indiscriminado de un insecticida prohibido en la mayoría de las naciones occidentales.

Pero esos hechos, a los que podríamos sumar muchísimos más, menos espectaculares porque aparecen esporádicamente y de forma inusitada pero que van despertando en el consumidor un sentimiento de inseguridad y de desconfianza a la hora de elegir su menú o comprar otras mercancías, ocurrieron, de una u otra forma, casi siempre. Su origen remonta por lo menos a unos 10.000 años, cuando en los albores del asentamiento urbano, el trabajo se especializa, se produce un excedente de productos agrícolas y artesanales diversos y los hombres, para dar salida a los mismos experimentan la necesidad de transformar el trueque por otro tipo de intercambio. Entonces aparecen las primeras acuñaciones metálicas y surge el comercio, que consiste en comprar mercancías y venderlas a mayor precio para obtener de ese modo pingües beneficios. Es propio también retirarlas del mercado y, dada su escasez, obtener exorbitantes ganancias al ponerlas a la venta con intencionada parquedad.

Desde entonces, con muchas variantes que no es del caso especificar ahora, vivimos en un sistema económico que tiene sus fundamentos, no en el trabajo para producir con miras a satisfacer las verdaderas necesidades de los hombres, sino en la fabricación de mercancías con el exclusivo objeto de seguir manteniendo los privilegios de quienes poseen los medios de producción y de quienes hacen uso de esas mercancías para vender las a precios superiores a los de compra e incrementar cada uno el propio poder económico. De ahí la fabricación de tantas cosas inútiles y la creación de nuevas necesidades que muchas veces sólo sirven para dañar la salud

y degradar el medio ecológico en perjuicio de todos los habitantes de la tierra.

En estas condiciones ¿puede sorprendernos que al comprador le den de vez en cuando gato por liebre? A mí me parece que esto son gajes del oficio, como suele invocarse; es decir: hechos consustanciales a un sistema que ensalza al egoísta y al poderoso.

¡Cuántas veces habrá ocurrido que un campesino poco escrupuloso echara agua en una partida de almendras para aumentar su peso, sin importarle un comino que una vez ultimada la venta se deteriorara el fruto, o que un huertano, con toda su desvergüenza, vendiera al ganadero una partida de forraje sabiendo que las pacas estaban enmohecidas por dentro! Con la misma ausencia de escrúpulos un sastre ha podido cambiar una tela por otra de peor calidad, un zapatero poner cartón en lugar de cuero, un chocolatero, cáscara de cacao en vez de harina de cacao, un pastelero utilizar huevos a medio incubar para fabricar sus pasteles, etc., etc. Sin ir más lejos, yo mismo he sido testimonio, allá por la década de los 50, de un fraude desconocido hasta ese momento y que irrumpió en el mercado de los piensas causando graves daños a las pequeñas granjas avícolas cuya explotación en algunas comarcas del litoral levantino, llegó a ser, durante esa época, garantía de seguridad económica para muchas familias. Dicho fraude, que hizo estragos causando la muerte por intoxicación de gran número de aves, consistía en adicionar a la harina de pescado -artículo que llegó a escasear durante algún tiempo- cascos de pezuñas después de haber sido finamente molidos. Estos que son ricos en materia nitrogenada según dicen los expertos, tenían como defecto aumentar sensiblemente el valor proteínico de la mezcla y, en consecuencia, otorgar al fabricante poco escrupuloso la ventaja de poder vender su mercancía a precios más elevados.

Aparte de los fraudes alimentarios, que son los que afectan más directamente a la salud y a la vida de personas y animales, hay otras formas de manipular y explotar al consumidor para obtener los máximos beneficios quienes dominan el tinglado económico. Por ejemplo, tanto en la industria del automóvil como en la de aparatos electrodomésticos

o de otros mil chirimbolos de cuantos hoy se fabrican para seducir al ciudadano e inducirlo al consumismo, nos encontramos con el propósito bien definido de lanzar al mercado, no productos sólidos, funcionales y duraderos, sino máquinas y objetos más sofisticados cada vez pero marcados intencionadamente por el sello de lo efímero; ya que esto supone para los poseedores del aparato productivo, un medio infalible de intensificar el consumo y de conseguir que la máquina productiva siga funcionando a toda marcha al objeto de asegurar la estabilidad de un sistema que tiene sus fundamentos en el productivismo a ultranza y, naturalmente, en la explotación del hombre por el hombre.

Es verdad que con el fin de controlar el fraude, el Estado dicta leyes y dispone de normas jurídicas que regulan la aplicación de las correspondientes sanciones, pero es harto sabido desde siempre que las acciones fraudulentas escapan muchas veces al control de los órganos competentes y, más aún si el defraudador es persona influyente dentro del aparato; administrativo; lo que nos lleva a la conclusión de que un control realmente eficaz sólo pueden ejercerlo los trabajadores desde sus respectivos puestos de trabajo en talleres, laboratorios y fábricas cuando lleguen a tomar conciencia de su deber profesional y no se resignen a ser meros instrumentos al servicio de intereses egoístas bien definidos que atentan a la salud de los ciudadanos y que pueden ir incluso contra la seguridad de su vida como en el caso todavía reciente del trágico y polémico síndrome tóxico atribuido al aceite de colza.

Debo aclarar que esta invocación a la responsabilidad de los trabajadores para poner coto al fraude no es inédita si recordamos que ya en los años veinte, la CNT, en aquellas comarcas o ciudades donde por el número y la conciencia solidaria de sus afiliados tenía un peso real, consiguió que algunos panaderos dejaran de adulterar las harinas, que fabricantes de chocolates, conservas, etc. no falsearan la composición de sus productos, que los vendedores de leche no aumentaran la cantidad de este alimento añadiéndole agua o algún otro ingrediente que pudiera dañar la salud de los lactantes y el estado de los enfermos. Y todo esto lo consiguieron no con procedimientos violentos como tantas veces y malintencionadamente se ha dicho, sino por medio de la acción directa, tras haber elaborado una

conciencia moral y una voluntad responsable en el seno de la organización sindical, donde se cultivaba sobre todo la solidaridad como valor primero e insustituible para hacer frente a todos los embates del sistema dominante, jerarquizado y opresor.

En virtud de tales antecedentes y gracias a la experiencia autogestionaria que los trabajadores de la CNT habían ido adquiriendo al socaire de los quehaceres organizativos, eran inconcebibles las acciones fraudulentas dentro del sistema igualitario que los colectivistas aragoneses estructuraron rápidamente al estallar la guerra civil. Eran inconcebibles por dos razones muy sencillas: en primer lugar, porque habiendo sido transformada la economía de mercado en economía socializada, automáticamente la especulación desaparecía y Con ella los motivos fundamentales del fraude; y en segundo término porque siendo la asamblea el lugar donde se pone en juego la iniciativa y la participación responsable de la mayoría, el colectivismo creaba las condiciones que se precisan para impedir, o cortar a tiempo, los menores síntomas de infracción o de abuso.

Habiéndose generalizado el sentimiento de que todo era de todos y siendo conscientes, los trabajadores, de la responsabilidad profesional que a cada cual incumbía dentro de su ramo, pondrían gran esmero, como es lógico, en el acabado del producto de su competencia, y este mismo fenómeno se produciría de manera tanto o más relevante si cabe en la industria alimentaria, donde los productores, no olvidando que el menor descuido o negligencia de su parte podía poner en peligro la salud de los conciudadanos, realizaban su trabajo ateniéndose celosamente a las normas higiénicas más estrictas. No fueron necesarios cuerpos de control de calidad e inspectores ni otras formas de vigilancia exterior, al que se ven impelidos obligadamente los sistemas jerarquizados de dominación burocrática que vienen gobernando nuestra peonza terráquea desde siglos.

Que el fraude no se corrige por vía de decretos y sanciones es algo que todo el mundo comprende fácilmente cuando se percata del poderoso influjo corruptor que la ambición de poseer y dominar ha ejercido siempre sobre el individuo. Lo que no distingue con tanta claridad la mayoría de la gente es el enorme potencial humano que se malogra cada instante por

falta de un medio propicio al desarrollo y expansión de todo lo bueno que el hombre, desde que se hizo hombre, lleva dentro. Sin embargo esas posibilidades humanas están ahí y nada me parece tan absurdo como negligirlas cuando se trata de dar solución satisfactoria a cualquiera de los problemas que a todos nos afectan. Así pues, en el caso que nos ocupa, la verdadera solución está en la mentalización de los trabajadores, quienes no podrán decir amén al hecho fraudulento cuando posean una conciencia profesional y estén en condiciones de asumir con valentía la parte de responsabilidad que en el hecho fraudulento les incumbe. Y tampoco aceptarán fabricar armamentos; porque habiendo comprendido que las armas no se hacen para guardarlas indefinidamente sino para matar a nuestros semejantes y que con ellas el poder de los opresores sobre el pueblo trabajador oprimido seguirá reforzándose, dirían no, de manera rotunda, si se vieran respaldados por la fuerza solidaria de un sindicalismo auténtico.

En todo caso, la prueba de que una sociedad puede funcionar muy bien cuando la solidaridad se sitúa en el peldaño más alto de nuestra escala de valores, nos la brinda esa historia de Aragón en la conducta de sus colectivistas, cuyo alto nivel de conciencia profesional y de responsabilidad ciudadana no encierran ningún misterio, pues eran una respuesta a los estímulos que desencadena el hecho de vivir en una sociedad libre e igualitaria donde todo inclina a sentirse responsable y solidario; pero no hay que olvidar que esta sociedad había sido precedida de un largo aprendizaje: el de los trabajadores afiliados a la CNT, quienes por luchar unidos en apretada piña habían logrado superar otras veces los más inusitados obstáculos. A la luz pues, de la experiencia que la CNT había acumulado a lo largo de su historia -una historia hecha de generosidad y sacrificio y también de aciertos y errores- serían contrastados en el fuero interno de los colectivistas, todos los aconteceres de la nueva sociedad que estaban construyendo, ya que para ellos no eran totalmente nuevos muchos aspectos del desenvolvimiento social que para un sindicalismo burocrático desbordan ampliamente el marco de su competencia. Muy distinto era, en cambio, el caso de la CNT, cuya labor de antaño había consistido no solamente en reivindicar aquellas conquistas propiamente sindicales como pueden ser el aumento de los salarios, reducción de la

jornada laboral, seguridad en el trabajo y mejoramiento de sus condiciones, derecho a la huelga, vacaciones, etc., etc., sino que dedicó una gran parte de sus esfuerzos a la creación de escuelas y ateneos que elevaran el nivel cultural de los pueblos -hay quien dijo que fueron las universidades libres de la clase trabajadora- puso gran esmero en dotar a los obreros de una ética profesional y cívica, en velar por la calidad de la vida y promocionar estructuras nuevas de cooperación solidaria, desarrollando otras muchas actividades que otorgaron a la dimensión sindical un alcance de esperanzadores augurios; los que se cumplieron en cuanto la circunstancia histórica se ofreció propicia y los trabajadores cenetistas de Aragón, en su mayoría campesinos, llevaron a la práctica con extraordinario éxito sus postulados de sociedad igualitaria y de participación directa a todos los niveles.

Y porque todo ello fue posible gracias al contenido libertario de un sindicalismo sin precedentes, ahí quedan esos hechos para ejemplo de quienes aún piensan en el sindicato no como «correa de transmisión» de determinado partido político sino como instrumento de apoyo mutuo -única fuerza de los obreros contra la presión de patronos y Estado- y como lugar de aprendizaje de la autogestión para poder liberarse un día de tutelas ajenas y transformar esta sociedad de opresores y oprimidos en otra más libre y de igualdad de oportunidades para todos.

El problema de los refugiados

Si bien sólo una ínfima parte de la problemática social ha quedado reflejada en este capítulo, ello bastará sin duda para dar una idea de cómo las colectividades fueron muy eficaces, tanto en el aspecto puramente económico como en el más heterogéneo y complejo de la cultura humana -higiene, educación, ocio, familia, asistencia social, etc.- donde, en virtud de la participación directa libre y responsablemente asumida en todos los niveles de la estructura federal, pusieron de manifiesto sin ambigüedad su extraordinaria capacidad resolutiva. La agilidad y el acierto en la gestión social se debieron, incuestionablemente, a la «no burocratización», requisito consustancial a la dinámica autogestionaria e inseparable de

todo proyecto libertario; aunque es preciso señalar que intervino otro factor, tanto o más determinante si cabe, y del que ya hemos hablado en otras ocasiones: la solidaridad, algo muy valioso que las colectividades heredaban del anarco-sindicalismo y cuya aplicación, en contraposición al egoísmo, restaba conflictividad a las relaciones sociales y abría el camino hacia la mejor solución de los problemas comunitarios.

La solidaridad, trascendiendo el marco de la colectividad o de la federación se proyectó hacia fuera en no pocas ocasiones. Señalamos, a título de ejemplo, el caso del Hospital de Binéfar, centro que fue creado de nueva planta por las colectividades y del que éstas aseguraron su mantenimiento; lo que no era óbice para que en él se prestara asistencia gratuitamente a cuantas familias individualistas tuvieran necesidad de sus servicios.

Estaban por otra parte los envíos voluntarios y desinteresados de cuantiosos víveres a los frentes de Aragón y Madrid. Y por último la ayuda ejemplar que las colectividades restaron a los refugiados. Éstos empezaron a llegar en gran número desde los inicios del levantamiento militar: de un fado la gente de Zaragoza que sintiéndose en peligro por haber pertenecido a sindicatos o partidos de izquierda huían de la represión fascista, y de otro aquellas familias que residían en las poblaciones y aldeas próximas al frente. Unos y otros fueron acogidos en su gran mayoría por las colectividades, que les abrieron los brazos calurosamente sin esperar que las instancias gubernamentales de la nación a través de sus representantes en los municipios se enfrentaran con el problema; porque problema era tener que improvisar alojamiento para una población tan heterogénea, compuesta sobre todo de mujeres, ancianos y niños. Los varones en edad de ir al frente se integraban a las columnas de los milicianos que actuaban en las inmediaciones, lo que quiere decir que el elemento más válido para el trabajo se iba quedando en el camino. Es verdad que tanto mujeres como ancianos supieran estar a la altura de las circunstancias aportando generosamente su esfuerzo a las tareas colectivas. Pero aun así, improvisar, para tanta gente, habitación, vestido, alimentos, cuidados médicos y escuela para los niños, reclamaba de quienes les acogía, un presupuesto y una dedicación que las colectividades supieron brindar sin regateos, con un desprendimiento total, no queriendo empañar más la triste situación

de quienes se habían visto obligados a abandonar sus lares por no sucumbir bajo las garras del fascismo.

¿Serían acogidas de igual modo las gentes que fueron evacuadas de Madrid y distribuidas por las regiones de Cataluña, Murcia y Valencia?

No pueden establecerse comparaciones entre el asilo que a éstos se les dio y el que otorgó a sus refugiados la región aragonesa, en la que, gracias a las colectividades, la gran mayoría de estos refugiados pudieron sentirse inmediatamente como en su propia casa. ¿Y por qué? Porque automáticamente, todo refugiado que entraba en la colectividad era considerado en ella como miembro a partes iguales con todos los derechos y obligaciones: lo mismo en el trabajo que en la hora del reparto y para intervenir libremente en los debates de la asamblea.

CAPÍTULO 11

Valor educativo de la asamblea

Hasta aquí hemos contemplado la asamblea como instrumento del que no pueden prescindir los hombres para llevar a cabo conjuntamente el ordenamiento de sus instituciones y el logro de una administración más justa sobre los bienes colectivos. Pero la asamblea lleva implícita además una función que podríamos calificar de educadora y que ha sido insuficientemente explorada hasta hoy pese al interés que la dinámica de grupo ha venido suscitando en los últimos 30 años y pese, asimismo, a las enseñanzas que podrían extraerse de todo el Movimiento Libertario y especialmente de la CNT en la que hincaba sus raíces la experiencia colectivizadora que nos ocupa.

Refiriéndonos concretamente al Movimiento Libertario español, a poco que el historiador se lo proponga, descubrirá en él un fenómeno realmente extraordinario, único hasta la fecha en la historia universal del sindicalismo obrero y muy poco conocido en el fondo por varias razones: por las circunstancias de frecuente clandestinidad en las que tuvo que desarrollarse desde sus primeros balbuceos, por la intoxicación policial de la que fue objeto tantas veces y por el desdén con que los intelectuales españoles en general han contemplado siempre al pueblo trabajador, ignorando o minimizando el alcance de sus realizaciones en el acerbo sociocultural.

Consiste ese hecho singular en el gran número de personalidades relevantes que surgieron de sus filas: pensadores, escritores, oradores, enciclopedistas, algunos con un bagaje cultural poco común y doblemente meritorio por haberlo adquirido en calidad de autodidactas y de trabajadores sujetos a un horario y a la dura represión de que fueron objeto con harta frecuencia por parte de la patronal y del Estado. Resulta asimismo impresionante la cantidad de revistas, folletos, periódicos y manifiestos que ha llegado a publicar este movimiento desde que inició su andadura a mediados del pasado siglo, sin contar las toneladas de papel impreso que representan la celebración de sus comicios si a las actas de sus congresos y conferencias añadimos las de los plenos en los diversos niveles -nacional, regional, comarcal y local de todas sus federaciones.

Como gran parte de esa documentación ha podido salvarse, el historiador que busque en ella podrá hacerse una idea aproximada de la magnitud que dicho movimiento llegó a alcanzar en España al socaire de su organización sindical. No obstante, quienes conocimos de cerca a muchos de sus militantes de los años que precedieron a nuestra última guerra, podemos captar realmente el mérito de aquellos trabajadores, hombres sencillos y humildes que al margen de las figuras más relevantes y prestigiosas del Movimiento Libertario, supieron grabar en él su impronta. Precisamente, era ese tipo de militante el que representaba la mayoría y constituyó, de acuerdo con la estructura federal de sus instituciones, la base de todo el edificio orgánico; al que insuflaría su proverbial dinamismo, no con ostentaciones de gloria y aplausos como hacen los líderes, sino actuando discretamente y aportando a la causa que defendían lo que era realmente positivo para hacerla avanzar: sentimientos solidarios, una conciencia ética, un sentido profundo de la libertad y capacidad crítica.

Eran estos valores los que cultivaban por encima de todo como premisa indispensable en una organización que descarta la autoridad y niega la obediencia a consignas y mandatos venidos de una minoría «capacitada» e «inteligente», y ello claro está, exigía de todos sus militantes seguridad en sí mismos para obedecer a los dictados de su conciencia y entrenamiento suficiente para aprender a elaborar los propios criterios.

¿De dónde venían, en definitiva, esos hombres y mujeres que no se dejaban manipular fácilmente y que hartos ya de pastores y falsos profetas, rechazaron la autoridad y optaron por la acción directa? Venían del mundo del trabajo. Por consiguiente, eran ciudadanos de a pie, siendo esto, a mi parecer, motivo suficiente de reflexión para quienes todo lo esperan siempre de las minorías que dirigen y gobiernan.

A este propósito no puedo menos que evocar la imagen de aquellos militantes cenetistas de Aragón, que son los que de más cerca he conocido por haber vivido con ellos los acontecimientos más álgidos de mi trayectoria libertaria. Personas normales y corrientes; pero dotadas de sensibilidad y de un acusado sentimiento de independencia.

Campesinos en su mayor parte, muchos habían aprendido a leer y escribir sin haber pisado en su vida la escuela. Excelentes conversadores en general, se expresaban con soltura, poniendo en gran aprieto alguna que otra vez a los notables del pueblo si se terciaba discutir con ellos sobre temas concretos de interés vecinal o regional. Algunos, dada su afición a la lectura que la CNT había logrado despertar en ellos a través de sus muchos y variados intercambios, llegaron a dominar el lenguaje escrito de tal forma, que pronto pasaron a ser colaboradores asiduos de los periódicos o revistas del movimiento.

Comparando ahora el nivel de conciencia social de aquellos trabajadores que aun careciendo de títulos académicos y de una cultura oficial, lograron adquirir un bagaje humanístico muy superior al que posee el ciudadano medio contemporáneo, es motivo para preguntarse qué ha pasado en tan pocos años y de dónde sacaban su energía los trabajadores de la CNT.

Responder a ese interrogante no es difícil cuando se ha hecho previamente una valoración de la libertad -en cuyas fuentes ha de beber el ser humano para alcanzar su pleno desarrollo- y de la importancia de la asamblea como instrumento que permite el ejercicio de esa libertad, dentro, naturalmente, de los límites que a cada individuo le vienen impuestos por el humano y obligado respeto a la libertad de los demás.

En base a mi experiencia personal y partiendo del valor determinante que tiene para el hombre la libertad, yo añadiría que a la formación del carácter independiente y abierto que caracterizó a la mayoría de aquellos trabajadores contribuyó en cierta medida el hecho de no haber sufrido durante su infancia los efectos represivos y la doma que la escuela viene, desde siglos, infligiendo a los chicos y haciendo de ellos seres condicionados a la obediencia, dependientes y pasivos por tanto, y prestos para aceptar sin resistencia más tarde el mandarinato de sus opresores.

Claro que esto por si sólo no pudo ser suficiente para que tan extraordinario fenómeno se produjera, ya que, en la Unión General de Trabajadores, esa ola de expansión creativa no tuvo lugar, pese a que buen número de sus afiliados tampoco habían sufrido los condicionamientos de la escuela. Es

precisamente el contraste entre ambos movimientos sindicales lo que me ha inducido a reflexionar sobre el papel educador de la asamblea, de cuyos estímulos se beneficiaron siempre los hombres de la CNT gracias a unas estructuras abiertas a la participación responsable de todos sus miembros, en oposición a las fórmulas jerárquicas y burocráticas por las que se ha venido rigiendo la UGT desde que el grupo fundador se escindiera de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores dando nacimiento a esa nueva corriente sindical marxista que por caminos tan equivocados pretende todavía emancipar a los trabajadores. Y digo equivocados porque el hombre se hace realmente hombre teniendo acceso al conocimiento de su identidad personal, de modo responsable, mediante la libre expresión de su pensamiento en condiciones de igualdad con sus semejantes y por la libre cooperación con ellos en las cosas que uno considera importantes para sí mismo y para los demás. Y es la asamblea la institución en la que puede llevar a cabo su experiencia si concurren en ella todas las condiciones para un auténtico funcionamiento colectivo, es decir: que favorezcan al máximo el nivel de participación, y esto lo mismo para tomar decisiones y compartir responsabilidades que para sumar energías en la realización del proyecto común.

Son múltiples y van concatenados los estímulos que provoca la asamblea y que dinamizando al individuo, activan el proceso de desarrollo de sus capacidades genuinamente humanas. Veamos: en principio, si es consciente de su responsabilidad ante el grupo y sus problemas, el individuo acude a la asamblea con ánimo de analizar, criticar y aportar iniciativas. Como a la vez experimenta una necesidad imperiosa de afirmarse y en función de esa necesidad busca la aprobación de los demás, esto suscitará en él otro deseo: el de enriquecer sus conocimientos para intervenir con mayor acierto en los debates y ser cada vez más útil a la asamblea. Y por el afán que siente de atraerse la simpatía de sus colaboradores, se esforzará en no discordar demasiado y en escuchar con respetuosa atención sus planteamientos al objeto de contrastarlos con los suyos propios y poder elaborar conjuntamente las resoluciones que más satisfagan a todos.

Es decir: que por ese mismo deseo de aprender, de coadyuvar y de ser lo más oportuno y convincente a la vez, habrá llegado a la necesidad de

cultivar el lenguaje; y a medida que vaya perfeccionando este precioso instrumento y adquiriendo el dominio de la palabra, se sentirá más seguro de sí, experimentará mayor avidez por la lectura, aumentará su saber y habrá aprendido sobre la marcha a conocer y comprender mejor a los demás y, en definitiva, a ser más tolerante y respetuoso con todos.

Esa es la dinámica que hace que la asamblea no sea tan sólo el espacio donde se discute y se construye a tenor de la necesidad y de las posibilidades de cada momento, sino también la fragua en la que se van forjando las mujeres y los hombres a la luz de los planteamientos y resoluciones elaborados conjuntamente. Y es así como los afiliados de la CNT, al socaire de los debates que el proyecto sindical y los problemas cotidianos suscitaban en la asamblea, fueron estructurando una conciencia solidaria y un comportamiento crítico, de la misma manera que el colectivismo aragonés, haciendo de la asamblea el eje de todo el desenvolvimiento soeioeconómico, pondría en pie el instrumento que posibilitaba la forja de aquellos hombres en su proyecto de una sociedad nueva más igualitaria y justa.

Cuanto acabamos de decir puede parecer exagerado para quienes se rigen por el modelo de gestión que nos ofrece la democracia parlamentaria, en cuyas asambleas, si bien se discute, se elige y se vota, no hay lugar para una experiencia realmente participativa y el poder de decisión queda siempre en manos de unos pocos: de los elegidos por esa mayoría que se contenta con unas briznas de democracia porque aún pesan demasiado sobre ella esas representaciones de la autoridad y de la responsabilidad que nos vienen del derecho, de la familia tradicional, de la escuela, del ejército, de la gran empresa y que tan poco tienen que ver con ese otro proyecto de sociabilidad colectiva basado en la libertad y en la igualdad de oportunidades para todos los hombres.

Las colectividades, dignas herederas de la CNT por la estructura y dinámica de su modelo organizativo, fueron instituciones incuestionablemente representativas de la verdadera democracia, de esa democracia cuyos principios básicos VOLUNTARIADO, COOPERACIÓN E IGUALITARISMO estuvieron en la base de todo proyecto colectivo

e infundieron a sus asambleas las inconfundibles características de una experiencia realmente autogestionaria.

Voluntariado

El testimonio de que la adhesión a la colectividad obedecía a un acto voluntario del individuo y de que éste era libre igualmente para darse la baja cuando lo deseara, nos ayudará a comprender el grado de identificación al que pudieron llegar los colectivistas; identificación que obedecía desde un principio a la aspiración, compartida por todos, de edificar una sociedad nueva y que iría en aumento a medida que el proyecto avanzaba con la participación responsable de quienes lo habían asumido de manera solidaria y consciente.

Que la vida de la colectividad era ordenada por la voluntad de sus miembros nos lo dicen las actas de sus asambleas, en las que pueden verse dos aspectos realmente significativos: la variedad de temas que abarcaba el orden del día en cada una de ellas y el alto grado de participación de sus miembros a la hora de discutir dichos temas y de adoptar las consabidas resoluciones.

Cooperación

Las colectividades, por principio opuestas a la autoridad, hicieron de la cooperación su método más querido; un método basado en la libertad y en la solidaridad y que responde, como en tantos casos ha podido demostrarse, a las condiciones sicológicas del ser humano y a sus necesidades más genuinas, dado que estimula la iniciativa, despierta interés y entusiasmo en el trabajo, incita a la responsabilidad y abre el camino hacia posiciones más avanzadas, humanamente hablando, en las relaciones del hombre con sus semejantes y con el medio eco lógico que lo envuelve.

El sentimiento cooperador, cuya fuerza le venía a la colectividad del libre consentimiento de sus hombres, llegó a penetrar de tal forma en

las costumbres, que gracias a él, los conflictos de relación, si los hubo en algún momento, fueron de mínima importancia. Se vieron confirmados diáfanamente los efectos de la cooperación en muchos aspectos del desenvolvimiento social, pero sobre todo en tres ocasiones bien definidas: 1.° en el trabajo, cuyo rendimiento y la alegría que a lo largo de la jornada iban derramando los trabajadores de diferente sexo y edad pese al esfuerzo que aquel exigía en determinadas épocas del año, alcanzaron cotas insospechadas; 2.° en las numerosas muestras de solidaridad que nacían espontáneamente a tenor de las circunstancias y de las muchas vicisitudes de aquella inolvidable epopeya; y 3.° en la asamblea, donde gracias al impacto que la cooperación en todas las funciones y actividades de la colectividad iba dejando en el ánimo de sus miembros, la diversidad de los temas comprendidos en el orden del día sería fuente inagotable de criterios para la participación activa de todos los asistentes.

Igualitarismo

La igualdad, condición sine qua non de toda sociedad libertaria, fue otro de los grandes pilares que sostuvieron al colectivismo y cuyo asiento más sólido estaba en la posibilidad, para todos los colectivistas, de tomar parte activa en las decisiones de la asamblea; posibilidad de la que hicieron uso amplia y responsablemente tal como exigía de ellos lo buena marcha de los quehaceres colectivos. Eran conscientes, si no todos, sí una mayoría importante, de que la acción de un militante en la asamblea no debe limitarse a la emisión del voto para elegir al individuo o individuos que han de formar parte de la comisión, de alguna delegación o de un secretariado; pues, considerando que las discusiones son elementos básicos en el proceso de formación de las decisiones, sabían por experiencia que no hay verdadera participación ni igualdad posible, por tanto, si los individuos no intervienen de manera activa en el desarrollo de los debates y que abdicar de esa responsabilidad es tanto como dejar la puerta abierta para que el morbo burocrático se introduzca de nuevo a la primera ocasión.

Esos fueron los tres principios fundamentales por los que el colectivismo logró alcanzar la plena identificación de sus seguidores como primer paso

de un sistema social donde la asamblea había de ser la columna vertebral de todo su desenvolvimiento. Ella fue, en efecto, el órgano que hizo posible no sólo la buena gestión del quehacer económico, sino la ordenación de la vida colectiva en otras muchas dimensiones: y esto sin que fueran necesarios aparatos ejecutivos ordenando desde arriba y planificando de manera arbitraria.

Función legislativa y función judicial. Algunos ejemplos

La función legislativa y la función judicial serían ejercidas asimismo, por la asamblea, pues teniendo en cuenta que las leyes han sido redactadas e impuestas por el poder ejecutivo de los Estados para defender y mantener instituciones de privilegio, y considerando por otra parte, que en virtud del proceso evolutivo de nuestras sociedades, los códigos envejecen pronto y que todo enjuiciamiento sobre el individuo en un momento dado debe hacerse tomando en consideración las múltiples circunstancias que determinaron su conducta delictiva, nuestras colectividades no aceptaron más poder ejecutivo que el de sus asambleas, ni otras leyes ni juicios que las decisiones adoptadas en ellas, bien por unanimidad o bien por opción mayoritaria cuando agotadas las discusiones se tenía que recurrir al procedimiento del voto.

Es decir: que tanto los reglamentos para definir ciertas normas de conducta, como la creación de instituciones inéditas para el cumplimiento de funciones nuevas cuando su necesidad se hacía sentir y el enjuiciamiento de las conductas delictivas si las había, ello -repito- y cuanto de algún modo afectaba a la vida colectiva, era ampliamente debatido en la asamblea y, finalmente, decidido por sus participantes mediante el procedimiento más indicado en cada momento.

He de añadir para ser más exacto, que si bien el poder judicial era ejercido por la asamblea, en ningún momento, que yo sepa, tuvo ésta que enfrentarse con hechos delictivos realmente graves; cosa que no debe extrañamos dadas las nuevas condiciones que determinaban en un sentido positivo el comportamiento de los individuos. Por eso, cuando alguien, al

hablar de este tema, me sugiere que quizá entonces, al vernos enfrentados con una guerra y tener necesidad de estar más unidos que nunca, esto diera lugar a que los sentimientos cooperadores se manifestaran de forma muy acentuada como respuesta a una reacción natural de autodefensa, yo digo que aun admitiendo que dicha circunstancia bélica pudo haber servido de elemento aglutinador que hiciera menos conflictivas las relaciones entre nosotros, el agente de autocorrección verdaderamente importante fue, sin lugar a dudas, la asamblea, y esto por razones obvias: por el papel moderador que ejerce la opinión del grupo sobre la conducta de cada individuo y por el impacto que deja en la conciencia la responsabilidad solidariamente compartida; máxime cuando la participación se lleva a cabo en un contexto igualitario donde ninguna voz se pierde en el vacío y cada manifestación va cargada de autenticidad en virtud de que no caben la mentira ni el disimulo allí donde la mayoría asume con plenitud la responsabilidad del quehacer colectivo.

No quiero decir con ello que todo el mundo se comportó siempre de forma intachable; pero el instrumento ordenador y corrector estaba allí y en el momento que alguien quebrantaba la norma lesionando de algún modo los sentimientos e intereses del otro, la asamblea tomaba cartas en el asunto y todo entraba en el cauce normal rápidamente sin mediación de aparatos burocráticos ni represivos y sin procedimientos violentos de ningún género.

Para dar una idea de qué tipo de infracciones solían producirse y cómo eran tratados por la asamblea a fin de evitar que cundiera el mal ejemplo, léase a continuación el breve relato de tres hechos que me parecen bastante representativos de cuanto debió ocurrir aproximadamente en otras colectividades. Me reservaré, por razones que no escapan al lector, los nombres de las personas implicadas en los citados hechos y también el de los lugares donde éstos se produjeron.

Lo que sigue sucedió en un pueblo importante de la Ribera del Cinca, en el que una vez derrotado el fascismo y puesto en pie el Comité Revolucionario, éste, guiado por la mejor intención aunque no exento de dogmatismo, lanzó una orden prohibiendo el consumo del tabaco. Dicha

orden cayó en la población como una bomba y por más explicaciones que se dieron sobre los daños que hace el tabaco y a propósito de los beneficios que todo el mundo iba a obtener de su prohibición, los fumadores no quisieron entender razones porque vieron en la actitud del comité un abuso de autoridad que no estaban dispuestos a tolerar. Hubo protestas, malestar general y ásperas polémicas. Al fin, el asunto fue tratado en una asamblea del pueblo, donde por voluntad de la mayoría quedó anulada la tan inoportuna como desafortunada disposición.

En otro pueblecito de la misma ribera, cuando movilizaron a los jóvenes para reforzar el frente, dado que eran ellos quienes hasta entonces habían asumido la función administrativa de la colectividad, ésta se quedó sin gente preparada para desempeñar dicha tarea; por lo que se pensó en buscar alguien del exterior que estuviese en condiciones de ocupar satisfactoriamente el puesto que dejaban vacante los jóvenes colectivistas. Con ese propósito, la colectividad se dirigió a su Federación Comarcal y ésta, con la diligencia que era habitual en cuestiones solidarias, les proporcionó un compañero que parecía muy bien dispuesto y suficientemente preparado para desempeñar con dignidad su papel de contable. Tanto es así que al principio dio pruebas de conocer su trabajo y de saber tratar correctamente a todo el mundo; pero no tardó mucho en creerse indispensable y en adoptar aire de suficiencia que no fueron bien vistos por algunos compañeros, hasta que se hizo sospechoso de haber cometido ciertas irregularidades, dando ello motivo a que en una asamblea se le hicieran las oportunas advertencias.

Pero habiendo constatado en días sucesivos que no hacía mucho caso de las amonestaciones, una comisión nombrada al efecto dio cuenta de ello a la Federación Comarcal y pocos días después, el hombre regresaba a la colectividad de origen para ser integrado nuevamente a las tareas del campo.

Lo que sigue ocurrió en la cooperativa de un municipio algo mayor que el que acabamos de citar y en la que una de las jóvenes vendedoras se había reservado un tejido con la intención de regalado a su cuñada para que ésta pudiera hacerse un bonito vestido. He de hacer notar que no se trataba de

un robo desde el instante que pagó la tela a su justo precio; pero dada la escasez de artículos del vestir que reinaba en aquellos momentos, valerse de su ventajosa situación de vendedora para apropiarse de un género, representaba un abuso. Por consiguiente, si el hecho de adjudicarse un privilegio es algo que nadie puede ver con buenos ojos en este caso se hacía necesario el consiguiente correctivo so pena de dejar, sentado un mal precedente y con ello dar pábulo a la desconfianza y al descontento.

El caso fue denunciado, en presencia de la culpable como era de rigor, ante una asamblea, donde antes que nadie tomara la palabra, la joven impugnada se adelantó para confesar su falta y pedir que la sustituyeran por otra compañera más digna de confianza. Y al expresar su deseo de volver al trabajo del campo si seguían admitiéndola en la gran familia colectiva, los rumores, que al iniciarse la sesión irían salpicados de tintes un poco hostiles; se transformaron de repente en susurros de aprobación y de general relajamiento, y esto, con mayor vehemencia cuando el compañero que presidía la mesa hizo una llamada a la fraternidad y al buen sentido expresando su deseo de que hechos tan insignificantes como desagradables y perturbadores no volvieran a producirse.

Papel determinante e insoslayable de la participación

Aunque parezca inverosímil, en las colectividades todo se resolvía de manera funcional y sencilla gracias a la responsabilidad participativa que dinamizaba el interés de los colectivistas por resolver idóneamente los problemas que afectaban a todos; responsabilidad que era el producto, a su vez, de la total identificación de la mayoría con la transformación social que se estaba produciendo.

Por lo que, si bien es cierto que la asamblea constituye en sí misma una alternativa contra la inercia que se deriva del sistema burocrático, nuestras asambleas eran algo más desde el momento en que respondían a los imperativos de un proyecto libertario contrario a la estratificación de la sociedad en jerarquías de privilegio y de poder y, por consiguiente, diametralmente opuesto a los fundamentos mismos de la burocracia.

De ahí que para el referido proyecto revistieran especial importancia los siguientes requerimientos: la interacción permanente entre los diferentes sectores de la actividad social, el interés generalizado por resolver los problemas adecuadamente, la colaboración del mayor número de individuos en las tareas que implican un mayor grado de responsabilidad una participación intensa en las asambleas y la creación de mecanismos e instituciones susceptibles de cortar en su misma raíz todo posible rebrote de burocratismo.

Ateniéndonos a esos presupuestos, en nuestras asambleas se nombraban comisiones para dinamizar los diversos sectores de la actividad social -economía, industria, agricultura, cultura y educación, sanidad e higiene, etc.- dejando la puerta abierta para el nombramiento de otras nuevas a medida que un aumento de la complejidad social las hiciera aconsejables. Cada comisión constaba de varios individuos y estaba representada por uno de ellos en el secretariado general, cuya tarea más importante era la de coordinar los diferentes sectores de la vida colectiva. Va de suyo que estos nombramientos eran revocables en cualquier momento y tenían que ser renovados periódicamente.

Mas vayamos a las conclusiones que yo he podido sacar de esta experiencia:

En primer lugar, cuando se ha establecido un cierto rodaje para que el mayor número posible de individuos pueda intervenir de algún modo en el desempeño de una función, crece el interés general por hallar solución a los problemas colectivos y se pone de manifiesto el deseo de intervenir de una u otra forma para resolverlos; fenómeno que se detecta fácilmente: por el mayor índice de asistencia a las asambleas y por una participación intensa en las discusiones y resoluciones que se elaboran en ellas.

No obstante, el fenómeno contrario puede producirse si por una actitud de excesiva independencia, estas comisiones no saben vincularse; en cuyo caso, al estar desconectadas unas de otras y encerrada cada cual en su función específica, la tónica general se resiente de cierto grado de indiferencia y apatía. Para remediar eso, las colectividades, en especial las que eran más heterogéneas por su diversidad sectorial, nombraban

tantas comisiones como hicieran falta, pero se establecieron normas para coordinar sus respectivas funciones, de las que cada comisión tendría que informar a la asamblea con la debida periodicidad y amplitud teniendo en cuenta que estar informados era condición principal e insoslayable para seguir manteniendo vivos en el ánimo de todos: el interés por la buena marcha de las colectividades o el deseo de contribuir generosamente al logro de ese objetivo. Esto además, facilitaba el papel catalizador de la asamblea: evitando el peligro de dispersión y sus posibles efectos negativos en los miembros de las comisiones; ya que, el riesgo es grande, cuando los individuos ejercen una función importante y lo hacen rehuyendo la cooperación, de irse impregnando de autosuficiencia y engreimiento con todo lo que estos sentimientos implican de corrosivo y nefasto para las buenas relaciones y la cohesión del grupo.

Por ese fenómeno de interacción asidua entre las múltiples funciones, los colectivistas eran cada vez más conscientes de que no puede haber libertad ni justicia sin la participación voluntaria y responsable de todos -o de una mayoría al menos- y de que, en esa perspectiva, tendríamos necesidad de muchos compañeros capaces de desenvolverse con éxito en todas las áreas del quehacer colectivo. Gracias a esa conciencia y a la agilidad que se iba adquiriendo en el transcurso de los análisis asamblearios, cada día era mayor el número de compañeros que se ponían en condiciones de asumir la tarea administrativa y otras muchas, con resultados satisfactorios. Este hecho tenía para nosotros una importancia capital, por considerar que es muy saludable para una sociedad que necesita instrumentalizarse contra el peligro de jerarquización burocrática, poder prescindir de aquellos individuos cuyo egocentrismo les hace caer en el orgullo de creerse indispensables.

Es verdad que para el tipo de actividades que entonces teníamos que desarrollar no necesitábamos grandes conocimientos por tratarse de la vida sencilla de los medios rurales y de una función económica que, si bien no se reducía exclusivamente a la agricultura, tampoco revestía la complejidad de los grandes centros industriales y urbanos de hoy, ni los servicios se hallaban tan expandidos como lo estarían más tarde a medida que el nivel de vida en los países industrializados iría en aumento, hasta

alcanzar cotas más elevadas que las de entonces en algunas zonas agrícolas de nuestra geografía.

¿Quiere esto decir que en una sociedad tecnológicamente avanzada, la jerarquización burocrática reaparecería fatalmente como consecuencia de una mayor especialización por la que podría verse reducida la posibilidad de renovación de los cargos?

Ni la especialización, a la que nos hubiéramos visto abocados más pronto o más tarde por exigencias del progreso tecnológico, ni la complejidad social o el tamaño de las colectividades podían ser nunca factores de burocratización mientras el colectivismo supiese mantener en pie los valores que lo sustentaban, y en esa perspectiva, una de las medidas que no podíamos abandonar bajo pretexto alguno, sería la de renovar los cargos de manera regular y frecuente lo mismo que la CNT venía haciendo desde siempre para no quedar envuelta en las sutiles redes del burocratismo. Convencidos de que la posibilidad de practicar esa medida iba a depender en todo caso, no de la complejidad social o tecnológica sino del número de individuos capacitados para asumir las funciones que obligatoriamente irían quedando vacantes, muchos de nosotros vivíamos con la preocupación de poder disponer cuanto antes de esa reserva de «cuadros» que habría de permitirnos sustituir de sus funciones con la mayor holgura a los compañeros cesantes o cubrir otras nuevas cuando éstas fueran necesarias. Persiguiendo ese objetivo utilizamos cuantos medios nos fueron asequibles, aunque siempre -esto he de señalarlo porque me parece sumamente importante orientando nuestros esfuerzos hacia una formación no especializada de la que salieran individuos polivalentes aptos para desempeñar diferentes funciones, y proyectando ir cada vez más lejos en esa formación al objeto de aumentar el número de compañeros suficientemente preparados para desempeñar cargos de máxima responsabilidad o de realizar tareas especialmente difíciles.

Uno de los procedimientos de mayor contenido pedagógico fue el que utilizaron algunas colectividades. Consistía en procurar que dentro de las comisiones, parte de los miembros que las componían fueran escogidos entre los individuos poco experimentados. Así, de manera funcional y

sin costes estructurales previos, los más profanos en la materia podían hacer un aprendizaje completo trabajando en colaboración con los que poseían cierta experiencia en el desempeño de aquellas funciones para las que habían sido elegidos.

Fueron de gran utilidad, asimismo, los grupos de estudio, en los que se analizaban temas diversos de interés sociológico y estaban abiertos a quienes desearan participar en ellos. Por otra parte, de igual manera que la Escuela de Militantes d Monzón había sido creada para la formación de los jóvenes en materia administrativa y sicopedagógica, se hubieran organizado en su día con carácter más generalizado cursos de formación para nuevas competencias a los diferentes niveles. La importancia de dicha formación es tal que sólo disponiendo de suficientes individuos aptos para tomar el relevo de la responsabilidad que entrañan algunas funciones, puede efectuarse a su tiempo la renovación de quienes ostentan cargos y evitar que comisiones, secretariados o comités puedan convertirse poco a poco en grupos de élites, cerrados y estables.

Pero lo más decisivo en contra de la estratificación social estriba en el hecho de conceder el mismo valor a todas las funciones, no otorgando privilegio alguno a ninguna de ellas. Entonces, el individuo que lleva algún tiempo desempeñando un cargo importante, al no obtener recompensa material de ningún género por ejercer su función, ni poder ostentar autoridad alguna dado que ésta reside en la asamblea, llega a experimentar cierto cansancio y hasta deseos de que lo sustituyan para poder dedicarse a otra actividad. Y ese fue, junto a la formación polivalente, el mejor antídoto que utilizarían las colectividades contra la jerarquización burocrática. En ellas, secretarios y tesoreros a todos los niveles y quienes desempeñaban otras funciones de orden administrativo u otro servicio recibían la misma remuneración que los trabajadores corrientes, sin que jamás se tuviera en cuenta para fines lucrativos el grado de responsabilidad que conlleva desempeñar cargos de gestión en cualquier sector de la vida colectiva. y esto era así porque en un contexto igualatario, donde toda veleidad por acumular poder y riqueza queda descartada implícitamente, el individuo se siente profundamente motivado por el deseo de ser útil a la colectividad sin esperar otra recompensa que el afecto de los compañeros y la constatación

de su reconocimiento por el servicio prestado de manera espontánea y generosa.

En cuanto al índice de participación en la asamblea, si bien es proporcional a las actividades desarrolladas por la colectividad y esto depende del grado de identificación de los participantes con los valores sobre los que descansa su organización, el porcentaje de asistentes en la asamblea puede ser determinado en gran parte por el tamaño de la colectividad y por la frecuencia con la que los miembros acostumbran a reunirse. Dicho fenómeno, que coincide con las experiencias sobre dinámica de grupo realizadas hasta la fecha no es nuevo para muchos de quienes como yo practicaron durante largo tiempo la dinámica asamblearia en el seno de la CNT y más tarde en las colectividades; donde se pudo comprobar que cuanto más grande era la colectividad, como fue el caso en Monzón, Barbastro y Caspe, por ejemplo, la asistencia a las asambleas era, por términos medio, de Un 50 %, salvo cuando el orden del día abarcaba temas de especial interés y relevancia. Sin embargo, en pueblos más pequeños donde la colectividad no excedía de 200 familias, se detectaba mayor cohesión en sus relaciones y una asistencia a las asambleas proporcionalmente más numerosa, siendo menos vehemente y laboriosa pero más unánime la forma por la que se llegaba a la toma de decisiones.

Es fácil comprender esto si consideramos que en los pueblos pequeños, todos sus habitantes se conocen entre sí y cada uno puede reunirse con quien le plazca a cualquier hora del día y en cualquier lugar sin necesidad de ningún formalismo previo, dado que las distancias son cortas y la calle incluso puede servir de espacio adecuado para muchos de los encuentros, intencionados o fortuitos.

Gracias, pues, a esas condiciones por las que puede establecerse una comunicación auténtica y sin trabas, no es de extrañar que en los pueblos pequeños, los colectivistas se mostrasen más compenetrados recíprocamente y más solidarios, que sus asambleas estuvieran concurridas por casi la totalidad de sus miembros y que las decisiones se tomaran, generalmente, por aclamación unánime y sin la menor sombra de discrepancia.

Sobre esta particularidad, de la que ya entonces nos dábamos cuenta aunque sin percibir en toda su dimensión el contenido sociológico que encierra, he podido reflexionar con mayor conocimiento de causa años más tarde y llegar a la conclusión de cuán decisiva es la comunicación para que los individuos puedan llegar a interesarse realmente por el mundo que les rodea y emerja el deseo de incidir en él de manera directa y controlable para adaptarlo a sus necesidades humanas más genuinas.

Importancia de la comunicación

A tenor de lo que veníamos diciendo, he de señalar que o siempre es fácil incidir en lo que nos rodea de manera que el sujeto pueda sentirse en cada uno de sus actos dueño y artífice de su propio destino; ya que ello exige unas condiciones que están muy lejos de ser las que nos ofrecen actualmente esos grandes núcleos de población urbana en los que miles y millones de ciudadanos, en profundo desarraigo y privados de una comunicación auténtica, sufren la angustia de la soledad y del desamparo en medio de la muchedumbre. De ahí que pueda parecer descabellada la idea de pretender trasladar a esas grandes ciudades el esquema de sociedad que los colectivistas aragoneses lograron estructurar con tanto éxito por medio de sus asambleas.

Sin embargo, para quienes se afirman en la viabilidad de una democracia directa porque aman la libertad y confían en la capacidad de los trabajadores para conducir su propio destino sin mandar ni ser mandados, no representa un obstáculo insuperable el hecho de encontrarse ante un panorama tan complejo como es el de las grandes ciudades dada la diversidad de funciones que exigen a medida que el nivel de vida crece y se multiplican los servicios.

En nuestra proyección libertaria, la solución consistiría en agrupar la población de los barrios o distritos en tantas colectividades como se estimaran convenientes y que vinculadas entre sí por los órganos de coordinación que constituyen la trama del sistema federal, harían posible la participación, tanto en la vida de la colectividad como en sus asambleas,

de todos aquellos ciudadanos comprometidos en la construcción de esa sociedad libertaría que puede convertirse en realidad cuando una mayoría consciente y decidida se lo proponga realmente.

Por de pronto es una sugerencia que brindamos a las generaciones futuras por si un día se les ofrece la coyuntura favorable para revivir una experiencia que me parece digna de tenerse en cuenta ahora que los pueblos se debaten por encontrar una solución duradera a la tremenda crisis que les agobia y que viene siendo una amenaza permanente' para la paz del mundo.

Pero si el tamaño de la colectividad es un factor a tener en cuenta con miras al óptimo desarrollo de la participación, otro tanto podría decirse respecto a la frecuencia de las asambleas; ya que, si éstas se celebran de tarde en tarde dando lugar a una discontinuidad en el seguimiento de los problemas colectivos, el interés de los colectivistas decae sensiblemente, con gran perjuicio para la cohesión de las relaciones y mengua notable de la participación en todos los ámbitos.

Claro que este problema no se plantea de la misma forma en todas partes, por lo que viene a cuento el testimonio de una compañera que estuvo viviendo durante varios meses en la colectividad de un pueblecito turolense cuya población no alcanzaba los 700 habitantes. «Allí -me decía- nos reuníamos en la casa comunal todas las noches, aunque sin las formalidades que son de rigor en una asamblea. Esta era convocada únicamente cuando había que dilucidar aspectos organizativos que afectaban al orden comarcal, regional o nacional y, en todo caso, cuando el tema era considerado de suficiente importancia para tener que levantar actas y dejar constancia del mismo; hecho que no se producía con demasiada frecuencia, aunque, no por ello se veían mermados en un ápice el interés y la responsabilidad de todos nosotros, gracias, no cabe duda, al medio altamente comunicativo en el que nos desenvolvíamos diariamente.»

Sin embargo, una cosa es la situación que acabamos de describir y otra la actitud de quienes algunas veces solían protestar contra la costumbre de reunirse a menudo, alegando que ello representaba una pérdida lamentable de energía y de tiempo. La verdad es que deberíamos estar prevenidos contra

esa postura y otras muy parecidas que expresadas conscientemente unas veces, inconscientemente otras, llevan en sí elementos poco favorables al desarrollo de una auténtica democracia. Afortunadamente, esas posturas pueden ser contrarrestadas fácilmente cuando la mayoría ha tomado conciencia de la importante función que cumple la asamblea; porque entonces, al tener en cuenta que ésta nos brinda, por el contrario, tantas posibilidades -de dialogar sobre aquello que directa o indirectamente nos importa, de aprender a escuchar al otro, de resolver juntos los problemas que nos afectan a todos, de sentimos respaldados por otros compañeros que no conocemos y de otras muchas cosas, todas ellas positivas- nos vemos obligados a pensar que sólo pueden oponerse a la asiduidad de las asambleas quienes juzgándose superiores, alimentan sentimientos de prepotencia y aspiran a dominar.

Pero no termina ahí nuestro análisis; pues existe otro agente perturbador que suele manifestarse con demasiada frecuencia y que puede hacer mucho daño convirtiendo la asamblea en simple objeto de manipulación al servicio de intereses egoístas inconfesables. Me refiero al discurso, que, no obstante ser indispensable para intercambiar conceptos y opiniones, puede causar verdaderos estragos cuando por estar al servicio de intereses partidistas contrarios al bienestar general, trata de llevar confusión a la asamblea en vez de elementos válidos para desbrozar el camino del diálogo y establecer la verdadera comunicación.

En realidad, la palabra es el maravilloso y sutil instrumento que ha permitido al ser humano crear un mundo extraordinario de símbolos; pero no debemos olvidar nunca que tanto sirve para propagar la verdad, la amistad y la paz como para hacer que cunda el engaño, el odio y la guerra. Luego el discurso puede ser en ocasiones un arma muy peligrosa. Ahora bien, desde el instante en que somos conscientes de ello, en cierta medida estamos ya inmunizado s contra el verbo fácil, elegante y fluido, para no caer víctimas del hechizo que generalmente produce y que restando capacidad crítica a los individuos que lo escuchan embelesados, implica el riesgo de que la asamblea se decante hacia posturas intransigentes y equivocadas.

Los que llevamos a nuestras espaldas tantos años de militancia en la CNT hemos tenido ocasión de constatar con amargura el uso indiscreto que de sus dotes oratorias hicieron muchas veces algunos «picos de oro» más o menos proclives a la auto satisfacción narcisista que reclamaba su vanidad que interesados realmente en aportar a la asamblea información, conocimientos y soluciones idóneas. Tenemos buena experiencia pues, del magro servicio que prestan a la asamblea, tanto los charlatanes que discursean por discursear como los que abusan de su palabra fácil y brillante con el deliberado propósito de monopolizar la verdad y de hallar satisfacción a sus pretensiones hegemónicas.

Unos y otros, haciendo un uso desmesurado de la palabra, intimidan y desconciertan a quienes sólo entienden el lenguaje diáfano y sencillo del pueblo, consiguiendo que se agote el tiempo en discusiones bizantinas y mientras, que la gente, cansada por tantas horas de polémica estéril, abandone poco a poco la asamblea. De ese modo se llega a la votación final con unos resultados que no responden a la opinión de la mayoría, sino al deseo de unos pocos, como ocurrirá siempre que un sujeto, con fines bien premeditados se proponga manipular la asamblea y ésta se halle huérfana de una mayoría decidida y consciente capaz de impedir los abusos.

Esa es, en definitiva, la dinámica que puede producirse cuando no existe una organización bien estructurada y la mayoría carece de la experiencia necesaria para contrarrestar las acciones de los enemigos de la democracia directa, y esa ha sido desgraciadamente la dinámica que ha prevalecido en las recientes asambleas de la CNT, a las que hemos asistido con harto dolor e impotencia, si bien, no con demasiada sorpresa a decir verdad; ya que tras un análisis de la situación, veíamos la concurrencia de dos factores muy poco propicios: primero, las condiciones ambientales de confusionismo y de pescar en río revuelto en las que renacía esta veterana y temida organización tras un período larguísimo de vida subterránea, y segundo, el vacío que habían dejado en ella los miles y miles de magníficos militantes que le fueron arrebatados por la vorágine de la guerra primero y por la encarnizada y tenaz represión luego, a partir de la gran derrota.

En épocas anteriores, la CNT disponía de suficientes militantes experimentados para impedir que nadie pudiera vulnerar impunemente las normas establecidas en principio para que la asamblea funcionara sin coartadas de ninguna clase. Acostumbrados sus hombres a enfrentarse con la realidad y a buscar soluciones sin perderse en florilegios, no eran muy dados a la oratoria, y cuando alguien se extendía más de la cuenta en el uso de la palabra o ésta era tomada a destiempo, no faltaba nunca una voz que, medio en broma, medio en veras, le saliera al paso, con gesto conciliador -claro está- y esbozando una sonrisa como seña de amistad y entendimiento.

Dicho así, alguien puede pensar que estoy en contra de la palabra bella y del discurso elegante. Nada de eso. Estoy contra los abusos que de la palabra pueden hacerse cuando el individuo con dotes de orador no sabe ponerlas al servicio de la verdad y de la causa común; o cuando aun movido por buenas intenciones, el sujeto se hincha de autosuficiencia y vanidad y llega a tomarse por una figura importante e insustituible. Sin embargo, en ello tienen mucha culpa quienes cautivados por la palabra contribuyen con su aplauso a exaltar la egolatría del sujeto, concediendo a su verbo un valor desorbitado mientras se neglige su conducta; sin darse cuenta de que es ésta en realidad lo único que puede mostrar sin equívoco la calidad del individuo y las motivaciones de su discurso. Y de esa manera se ensalza la figura del líder con gran daño para la coordinación solidaria de la vida del grupo, ya que el líder, por encarnar la autoridad y ser un aspirante al predominio sobre los demás, representara siempre el mayor obstáculo para el normal desenvolvimiento de la democracia directa y, por consiguiente, de la asamblea.

CAPÍTULO 12

Federación nacional de campesinos

A primeros de junio de 1937, el Comité Nacional de la CNT lanzaba la convocatoria de un Pleno Nacional de Regionales de Campesinos que debía celebrarse en Valencia el día 12 del mes en curso y que tendría como objeto principal la creación de la Federación Nacional de Campesinos. Dicha convocatoria a su vez daría lugar en Aragón a la celebración de un Pleno Regional de Colectividades en el que habría de decidirse nuestra asistencia a dicho Pleno Nacional y, en caso afirmativo, el nombramiento de los delegados que deberían representamos en tan importante comicio, siendo portadores al mismo tiempo de nuestros acuerdos y sugerencias.

¿Cuál iba a ser la reacción de los compañeros aragoneses en este Pleno Regional de Colectividades ante la necesidad de tomar una opción cuyas implicaciones políticas y sindicales eran percibidas más o menos claramente por quienes seguían con cierta inquietud el desarrollo del colectivismo en otras regiones españolas?

En general el ambiente del Pleno ofrecía un aspecto bastante optimista. Razones para ello no nos faltaban si consideramos que el colectivismo aragonés estaba en su apogeo, tanto por el número de colectividades ya funcionando y por la solidaridad que reinaba entre ellas a niveles locales y comarcales como por la actividad cultural y económica que llevaban a cabo de manera eficaz y entusiasta. Por otra parte la cosecha prometía ser buena, y aunque se manifestaba cierto recrudecimiento de los partidos políticos contra la colectivización, estábamos lejos aún de pensar en la amplitud y violencia que alcanzaría semanas más tarde.

Luego todo discurriría en el Pleno normalmente, es decir, sin grandes altos ni bajos, hasta que llegado el momento de abordar el punto del orden del día que hacía referencia a la Federación Nacional, la asamblea se puso en ebullición rápidamente, surgiendo los mismos recelos y temores que en el anterior Pleno del mes de febrero, del que ya hemos hablado en páginas anteriores y que había tenido por objeto organizar la Federación Regional de Colectividades. Empero, en el de junio hubo que multiplicar los razonamientos para convencer al Pleno de la necesidad urgente de federarse a nivel nacional. Muchos eran los motivos que nos empujaban a ello; pero sobre todos estaba la fidelidad al principio solidario, al que

no podíamos faltar nunca sin negar nuestra propia esencia y caer en la contradicción más destructiva y absurda.

Sabíamos que la situación en Aragón, donde por el hecho de ser mayoritarios los colectivistas habíamos logrado desenvolvemos en un contexto igualitario de economía socializada, era muy distinta a la de otras regiones, donde por ser minoritarias las colectividades, éstas tenían que luchar contra los enemigos de fuera y de dentro; ya que dada su frecuente composición mixta CNT-UGT y las consabidas diferencias de opinión acerca del papel que tenían que jugar en la estructuración de la nueva organización económico-social, algunas veces el proyecto revolucionario no era tenido en cuenta, dando preferencia a unos objetivos económicos de tipo reformista que obedecían a consignas e intereses políticos de uno u otro partido.

Por ejemplo: estaba el caso de Cataluña, donde el compromiso del 19 de diciembre de 1936 entre CNT y UR (Unió de Rabassaires) no llegó a entrar en vigor porque estos últimos se negaron a firmar el pacto mientras no formase parte la UGT y ésta en el último momento decidió no aceptar la colectivización de las tierras; objetivo que continuaría siendo el principal motivo de enfrentamiento entre anarquistas, socialistas y comunistas y que tendría un desenlace violento, como ya todo el mundo sabe, tan pronto como los primeros, a finales de junio de 1937, dejaron de formar parte en el Gobierno.

Otro caso significativo era el que atravesaba la región levantina, donde el CLUEA (Consejo Levantino Unificado de la Exportación de Agrios) que había logrado asumir la exportación de naranjas de la región, tuvo que enfrentarse desde el principio a la hostilidad del Gobierno central, quien no le ofreció nunca garantía de créditos y que apoyaba más bien a las cooperativas de orientación comunista dependientes de la FPC (Federación Provincial Campesina) organización que se había visto engrosada rápidamente, ya desde finales de otoño de 1936, por haber ingresado en ella los campesinos pertenecientes ~ la clase media que procedían de la derecha regional valenciana.

El CLUEA pues, que aun siendo minoritario tenía en sus manos la mitad de la producción naranjera y con ayuda de la FERECALE (Federación Regional de Campesinos de Levante) pudo hacerse cargo del 70 % del comercio citrícola, no llegó a utilizar plenamente sus posibilidades económicas por tener que hacer frente a la enemiga de tantos adversarios políticos, aunque pudo mantenerse contra viento y marea mientras Largo Caballero (presidente) y Juan López (ministro de Comercio) -el primero representante del ala izquierda socialista, el segundo de los anarquistas- estuvieron en el Gobierno. Cuando ambos salieron en mayo de 1937, pudimos dar por terminada la experiencia del CLUEA, una de las más interesantes que el Movimiento Colectivista Levantino, con ayuda de la Federación Regional de Campesinos de Levante, pudo mantener en pie con gran éxito desde el mes de diciembre de 1936 hasta octubre poco más o menos del año 1937.

Teníamos presente asimismo la situación de los campesinos de Castilla, quienes siguiendo nuestro ejemplo, a principios de abril de 1937 habían fundado la Federación Regional de Campesinos del Centro con el propósito de coordinar inteligentemente el desenvolvimiento de las colectividades y fomentar la solidaridad intercomarcal y con la firme decisión de no seguir tolerando los abusos de los comunistas ni los de otras instancias gubernamentales más o menos oficiosas.

En fin, tras esas y otras muchas consideraciones que ponían de relieve tanto el aspecto defensivo con miras a la supervivencia, como la necesidad de articular en el plano nacional toda la economía agraria de las tierras ocupadas por los trabajadores afiliados a la CNT o por aquellos organismos mixtos CNT-UGT, se acordó unánimemente acudir al Pleno Nacional recientemente convocado y pasamos inmediatamente al nombramiento de los delegados que debían representarnos en el mismo.

Fueron propuestos varios nombres, de los que serían elegidos los siguientes compañeros: Polo, de la Comarcal de Albalate el Luchador; Floristán, de la Comarcal de Valderrobres, y el autor de estas líneas, de la Comarcal de Binéfar. Juntos emprendimos dos días más tarde nuestro viaje con destino a Valencia, y ya en la capital levantina nos dirigimos a la calle de

Grabadores, en la que tenía su sede el Comité Nacional de la CNT, donde nos encontramos con los delegados de las otras regionales que estuvieron representadas en el Pleno Nacional.

Citaré de memoria lo que vaya recordando de aquel comicio, aunque no sin antes recomendar a quienes se hallen interesados por conocer sus pormenores, que consulten el libro de Walther L. Berneoker[25].

Yo recuerdo que representando a la región Centro estaba el compañero Criado; por Levante había 3, de los que uno era el compañero Almela; por Cataluña 2, entre ellos el compañero Portet y por Andalucía otros dos compañeros cuyos nombres he olvidado por completo.

Por el Comité Nacional estaba el compañero Cardona Rossell, de profesión ingeniero, quien presentó un mapa agroeconómico en el que figuraban las zonas republicanas del agro español, cada una con sus características agropecuarias y otras señalizaciones de interés que facilitarían a la futura Federación Nacional la racionalización de la producción de acuerdo con las posibilidades y necesidades de las distintas comarcas españolas.

Gracias a las informaciones que cada delegación iba dando de sus respectivas comarcas pudimos hacernos una idea más o menos exacta de nuestra situación a nivel nacional. En Castilla por ejemplo había en aquel momento unos 100.000 colectivistas admirablemente organizados en más de 100 colectividades, que habían conseguido: aumentar la extensión de los cultivos, mejorar la producción, fusionarse con varias cooperativas de consumo existentes en Madrid y en otras ciudades importantes y poner en marcha la caja de compensaciones para socorrer a las colectividades menos

25 - Walther L. Berneoker, en su libro Colectividades y revolución social editado por Grijalbo, 1982 Barcelona, al pie de la página 12 9, dice: «*Dado que como consecuencia de la marcha de la guerra muchas Confederaciones Regionales estaban ya disueltas, sólo pudieron tomar parte los representantes de Extremadura, Andalucía, Cataluña, Levante, Centro y Aragón. Acerca del transcurso de la asamblea, véase B d I (Boletín de Información) (26 junio 1937), pp. 3 y 6. Los estatutos de la Federación Nacional de Campesinos se encuentran en: B d I (28 junio 1937, pp. 3-6) y en S. O. (Solidaridad Obrera) (25 junio 1937, p. 4); ver también: Peirats, CNT, vol. II, pp. 229-234. Sobre la organización del secretariado nacional. Ver T y L (Tierra y libertad, 19 junio 1937...)*».

productivas. De todo ello nos hablaba el compañero Criado con sentida emoción, recordándonos los éxitos obtenidos en grandes colectividades como la de Miralcampo, fundada sobre un inmenso dominio procedente del conde de Romanones; la de Manzanares con 22.500 Ha. de cultivo y 2.500 Ha. de bosque; la de Alcázar de Cervantes, con 35.000 Ha.; pero no faltaba la nota sombría de los seguidores del Kremlin, cuya hostilidad más descarada y abierta a medida que iban apoderándose de los resortes del poder, era ya presagio de los duros enfrentamiento s que no tardaron en producirse, con destrucción de cosechas, muerte incluso de compañeros y el caos más sobrecogedor en todo el agro castellano-manchego.

No era más halagüeña la situación en Cataluña, donde la orientación anticolectivista de la UGT y de la UR y la campaña difamatoria del PSUC habían tomado nuevo impulso tras los sangrientos sucesos de mayo y donde la resistencia de la Generalitat contra las colectividades se hacía cada vez más patente por la lentitud burocrática que entraba en juego a la hora de tener que autorizar la creación de una colectividad o de conceder algún crédito.

Había colectividades agrarias de enorme prestigio, como las de Amposta y Hospitalet de Llobregat o las de Lérida y Tarragona entre otras; pero se encontraban en franca minoría ante la cantidad de adversarios que las asediaban sin tregua. Estaban, como es sabido, los pequeños propietarios y arrendatarios del agro catalán, carentes totalmente de información libertaria y más proclives por tanto al individualismo estrecho y egoísta que a la cooperación solidaria y que, sintiéndose apoyados de manera creciente por el Gobierno de la Generalitat de Cataluña y por el Ministerio de Agricultura, no dudaron en sumarse fervorosamente a la campaña contra las colectivizaciones, campaña acerba y desleal cuya raíz principal tendríamos que buscarla en otra parte. Uribe, ministro de Agricultura de filiación comunista, no lanzaba en vano la tan cacareada consigna «la tierra para quien la trabaja», consiguiendo como era de esperar, la adhesión de los pequeños y medianos propietarios. Tampoco le faltaron al ministro los resultados que esperaba de su famoso decreto del 7 de octubre de 1936 sobre la nacionalización de una parte de las expropiaciones rurales, con el que pretendía el control del Estado sobre todos los trabajadores

del campo, pero en especial, sobre las colectividades, a las que redujo considerablemente las posibilidades legales de existencia con el propósito deliberado de frenar su desarrollo y evitar a toda costa su futura expansión.

En cuanto a Andalucía, dada la estructura latifundista de su agro y las ideas anarquistas ampliamente compartidas entre su campesinado desde que el anarquismo penetra en España a finales del pasado siglo, reunía todas las condiciones para llevar a cabo la colectivización de la tierra; lo que de hecho se inicia muy pronto y en un ambiente bastante parecido al que ofrecía el colectivismo en Aragón; si bien, desgraciadamente, la escasez de maquinaria y de animales así como la falta de hombres a causa de la movilización y del rápido avance de las tropas franquistas por aquel sector, dificultaba enormemente su desarrollo. Aun así, contaba ya en ese momento con más de 100 colectividades que agrupaban a unos 130.000 trabajadores y que irían expandiéndose como quedó demostrado a finales de 1938 en que su número ascendía aproximadamente a unas 300.

Los compañeros andaluces se lamentaban de la falta de medios económicos para poder superar la difícil situación, que era agravada considerablemente por la actitud del Instituto de Reforma Agraria, cuyos créditos, cuando éstos llegaban a concederse, eran condicionados a la hipoteca sobre las cosechas -la del aceite especialmente- lo que impedía a las colectividades vender o intercambiar sus productos por cuenta propia y las ataba de pies y manos frente al Estado, que era, en definitiva, quien decidía en dueño y señor y realizaba el gran negocio.

A medida que los compañeros de las otras regiones allí representadas iban informando al Pleno de sus respectivas peripecias, a nosotros se nos hacía más fácil comprender por qué el comunismo libertario pudo llevarse a la práctica en nuestra región mientras que en ninguna otra parte había sido posible pese a que en algunas regiones el número de colectividades era mayor así como la calidad de sus componentes, que hicieron que muchas de ellas, tanto en el campo como en la industria, fueran ejemplos vivos de eficacia administrativa y de capacidad solidaria.

En Levante por ejemplo, las colectividades agrarias eran alrededor de mil, que junto con las de la industria y los servicios reunían una población de casi millón y medio de individuos; pero ¿qué representaba esa cantidad frente a los tres millones y medio de habitantes que poco más o menos albergaba la región levantina?: apenas un 42 %. Algo parecido ocurría en Cataluña, Castilla, Andalucía y Extremadura, en cuyas regiones las colectividades eran en su mayoría paradigmas de solidaridad y daban pruebas de mucha valentía para superar los innumerables obstáculos que interferían su natural desenvolvimiento; pero siendo minoritarias, ¿qué otra cosa podían hacer ante una mayoría aplastante compuesta de gentes indiferentes y de otras, enemigas irreconciliables, sino plegarse a las exigencias de una economía de mercado que venía impuesta por todas las fuerzas políticas opuestas al colectivismo?

La situación en Aragón era muy distinta; porque, según ya dijimos al comienzo de este libro, 300.000 colectivistas entre 500.000 habitantes que poco más o menos había en el Aragón liberado nos dan una proporción del 60 al 65 %; porcentaje que nos colocaba en situación de ventajosa mayoría, y esto, pese a nuestra inferioridad numérica en términos absolutos con respecto a otras regiones, nos otorgaba peso suficiente para suprimir el libre mercado de la economía capitalista y convertir en realidad el comunismo libertario, basado en la solidaridad más estricta entre los hombres y en la igualdad de oportunidades para todos.

Poco importa que algunos autores atribuyan a nuestra colectivización porcentajes algo mayores o que las presentes cifras no sean todo lo fidedignas que debieran dado que son el resultado de un estudio realizado por los jóvenes de nuestra Escuela de Militantes y el recuento quedaba circunscrito a nuestra comarca y pueblos adyacentes. Y digo poco importa porque aún admitiendo que esos porcentajes no hubieran sido rebasados en ningún momento, ellos por sí solos ya hablan con sobrada elocuencia de estas dos cosas: de la existencia, en el pueblo aragonés, de cierta predisposición al colectivismo agrario por una parte y de la atracción que los postulados de la CNT venían ejerciendo sobre él desde hacía ya .tiempo gracias a la sencillez y honestidad de estos sindicalistas, como lo demuestra el hecho de que sólo 12.000 cenetistas consiguieron que

300.000 trabajadores aragoneses, pequeños propietarios en su mayoría, se sumaran con generosidad y entusiasmo a la obra colectivizadora. Esa fue la circunstancia que habiéndonos dado la mayoría sobre las restantes fuerzas políticas, nos permitiría abordar la revolución hasta sus últimas consecuencias.

No obstante, cuanto sucedía fuera de nuestro ámbito regional nos afectaba igualmente de manera muy directa. Por eso, ante el panorama económico y sociopolítico que el relato de las distintas delegaciones iba descubriendo a nuestros ojos, todos comprendimos unánimemente que la coordinación de las colectividades no debía terminar en la federación de las comarcas en torno a sus regionales respectivas, sino que había llegado el momento de ejercer la solidaridad al más amplio nivel por medio de un órgano nacional en el que estuvieran representados económica y sindicalmente todos los trabajadores del agro español afiliados a la CNT, para poder hacer frente a los ataques de que venían siendo objeto, cada vez con más violencia, todas las colectividades y, asimismo, para fomentar el desarrollo económico de manera racional y coordinada sirviéndonos de estadísticas bien elaboradas en las áreas de la producción, del consumo y de los intercambios con el exterior.

Como era de esperar pues, se llegó fácilmente a un entendimiento a propósito de la creación de una Federación Nacional de Campesinos que, basada en la autonomía de las regionales pero sin excluir la obligación de practicar el apoyo mutuo entre ellas, tendría por objeto principal la defensa del colectivismo contra los ataques de sus enemigos y la elaboración de un plan general de desarrollo agrario mediante la participación voluntaria y consciente de todas las colectividades y demás campesinos cenetistas; plan que abarcaría, entre otras tareas importantes: el reparto equitativo de los bienes de consumo, una distribución racional de los medios de producción -maquinaria agrícola, útiles de trabajo, abonos, insecticidas, conocimientos técnicos, etc.- comercialización de los excedentes, cooperación con los organismos económicos confederales, creación de cajas de compensación circunstanciales O permanentes, lucha contra el analfabetismo del campesinado español, etc. En síntesis: aumentar la capacidad productiva de nuestro suelo, mejorar la calidad de los cultivos

y conseguir, en definitiva, la igualdad de oportunidades para todos los trabajadores de la Federación.

Aprobados los estatutos, de cuyo texto fueron ponentes un miembro del CN de la CNT y un delegado de cada una de las regionales representadas en el Pleno, se nombró secretario de la FNC al compañero Almela, de Valencia, dejando para el compañero Cardona y los compañeros de la Federación Regional Levantina la elección de los demás miembros del secretariado y dando fin al Pleno constitutivo de la Federación Nacional de Campesinos en un clima de cordial entendimiento Y con el ánimo de reencontrarnos sin demorar mucho tiempo al objeto de reforzar los lazos solidarios entre las distintas regiones y de ver ampliada la Federación por la fusión del colectivismo agrario con la Federación de las industrias alimentarias; fusión que pudo hacerse más tarde, en un Pleno de delegados de nuestras Regionales de Campesinos en fecha 20 de octubre del mismo año y que constituiría un primer paso hacia la proyectada articulación con otras federaciones de industria a medida que la CNT fuera agrupando y coordinando las colectividades de los diversos sectores de la producción y de los servicios.

Con esa esperanza emprendimos el viaje de regreso a Aragón los compañeros Polo, Floristán y yo; porque nos parecía que más de dos millones de colectivistas que reunía el colectivismo agrario en aquel momento, podían representar, si no un peso determinante en el proceso sociopolítico del país, dada la existencia de tantos intereses opuestos que frenaban el natural desarrollo de las colectividades, sí al menos, un movimiento capaz de interesar a otros muchos sectores de la población y de sentar las bases, para realizaciones más amplias y de auténtica solidaridad humana.

Nuestra esperanza no estaba desprovista de fundamento si nos atenemos al siguiente dato: en toda la zona republicana, el número de colectivistas, entre el sector terciario y el de la industria, ascendían en ese momento a casi dos millones y medio; siendo justificado motivo de aliento, asimismo, la corriente socializadora que se manifestaba ‘por doquier con la celebración de plenos, a todos los niveles de nuestra organización, de cara a la realización de las Federaciones de Industria -superestructura sindical que,

dicho sea de paso, ya había sido aprobada en el Congreso Confederal de 1931- y cuya validez para la nueva reconstrucción económica que estaban llevando a cabo los sindicatos era reconocida unánimemente.

Para muestra de esa voluntad socializadora bastaba recordar algunos de los comicios que, entre otros, se habían venido celebrando recientemente con anticipación al nuestro. Por ejemplo: el Pleno Nacional del 23 de febrero de ese mismo año, en Valencia y del que nacería la Federación Nacional de la Industria siderometalúrgica; o el Pleno Nacional de los sindicatos de la industria pesquera celebrado el 27 de febrero también en Valencia; así como el Pleno Nacional de la Federación de la Industria ferroviaria celebrado en Madrid a mediados de marzo, y muchos plenos regionales, entre ellos uno muy importante: el celebrado en Barcelona a finales de febrero y en cuyas resoluciones al dictamen de la ponencia sobre «Estructuración de las Federaciones de Industria» venían enumerados los sindicatos que, de acuerdo con el referido dictamen, debería agrupar cada una de las 12 federaciones ratificadas en dicho Pleno.

Crear estas federaciones y articularlas adecuadamente era dotar a los sindicatos de los órganos imprescindibles para planificar inteligentemente la producción de las colectividades y para efectuar un reparto equitativo de acuerdo con los más elementales principios de solidaridad y de justicia, y, a la vez, era tanto como sentar las bases para la futura organización de una economía nacional más racional y eficiente.

No podíamos ignorar, es cierto, la existencia de esa otra corriente impulsada por fuerzas políticas opuestas que, actuando de manera solapada al principio aunque de forma más descarada y abierta cada vez, venían frenando, cuando no impidiendo, la marcha de nuestras más caras realizaciones. Era imposible desconocerlas -digo- sobre todo después de la ofensiva iniciada el 3 de mayo en Barcelona, que potenciada por el gobierno Negrín, fiel cumplidor de las órdenes de Moscú, sería muy bien orquestada por los comunistas y secundada por las fuerzas reaccionarias que se tenían al acecho. La campaña iba dirigida contra todas las colectividades, pero con mayor saña si cabe y -eso lo mismo en Castilla, que en Aragón y

Levante- contra las colectividades campesinas, por ser éstas sin duda, las que ponían al desnudo la inutilidad del burocratismo político.

Respecto a la violencia de que habían sido objeto algunas colectividades campesinas de Levante y, sobre todo, de Castilla, donde hubo destrucción de cosechas con pérdidas materiales enormes y asesinatos incluso de varios compañeros, se nos había informado convenientemente en el Pleno, por lo que no éramos totalmente desconocedores de la amenaza que gravitaba sobre ,nosotros y que se cumpliría, si bien con una brutalidad Y amplitud que estábamos lejos de imaginar, apenas dos meses más tarde; cuando Líster, al mando de sus fuerzas y por orden del gobierno Negrín, decide el ataque presuntamente definitivo a las colectividades aragonesas; lo que hicieron sin tener en cuenta las necesidades de la guerra y obedeciendo solamente a consignas extrañas. De ahí que aun a costa de debilitar al frente antifascista, no vacilaran en dirigir las armas del pueblo contra los hermanos de retaguardia: contra aquellos precisamente que llevaban a cabo con éxito la tarea colectivizadora -piedra angular de la sociedad igualitaria que se estaba gestando y, por lo mismo, fiel representación de una revolución auténtica: de esa revolución por la que se habían lanzado a la calle los trabajadores Y por la que estaban a la sazón en las trincheras derramando esperanzados su sangre generosa.

Y dado que en el próximo capítulo quisiera extenderme un poco en consideraciones a propósito de esos hechos cuyos promotores no lograron plenamente sus objetivos, daremos fin al tema de la federación nacional diciendo que el proyecto de su constitución se desarrollaría muy lentamente a partir de tan lamentables sucesos; ya que sólo en noviembre pudo celebrarse el Congreso donde quedaría constituida de manera formal y definitiva la Federación Nacional de trabajadores del campo.

CAPÍTULO 13

Una vandálica operación sin precedentes

Aun cuando en los anexos 1 y 2 que se incluyen al final del libro se hallan fielmente reflejados los incalificables ultrajes que el gobierno del llamado Frente Popular cometió con las colectividades aragonesas, una vez más quisiera añadir algunas consideraciones sobre el panorama político de aquel momento y las consecuencias que se derivaron de los referidos atropellos contra el colectivismo.

Conviene recordar en primer término que si bien el Partido Comunista, como ya se ha reiterado en páginas anteriores, opuso -desde muy temprano y utilizando cuantos medios lícitos o ilícitos se pusieron a su alcance- una pertinaz resistencia a la tarea colectivizadora, no es menos cierto que otras fuerzas políticas lo secundaron perseverantemente como muy bien puede verse por la política del nuevo gabinete en el que, ya con Negrín a la cabeza tras haberse retirado del gobierno de la nación la CNT y Largo Caballero, seguirían estando representados todos los partidos del espectro político, entre ellos el ala derecha del Partido Socialista con Indalecio Prieto como ministro de Defensa. Así les fue extremadamente fácil lanzar el decreto del 10 de agosto de 1937 declarando disuelto el Consejo de Defensa de Aragón, lo que dejaba expedito el camino para someter nuestra región al centralismo burocrático del Estado y asestar el golpe definitivo a la estructura autogestionaria de sus colectividades.

En cuanto a la raíz inicial de este proceso son suficientemente ilustrativas las reiteradas manifestaciones del comunista V. Uribe desde el Ministerio de Agricultura, así como su decreto del 7 de octubre de 1936 del que se desprende la firme decisión de apoyar aquellas colectividades que se desenvolvieran bajo la dirección del Estado y de combatir, por todos los medios represivos de que éste dispone, a las colectividades que por iniciativa de los campesinos venían funcionando desde los primeros meses de la guerra y cuyas posibilidades legales quedaban reducidas a la mínima expresión con el referido decreto; decreto que formaba parte de un plan de nacionalización destinado principalmente -repito- a poner las colectividades bajo la férula del Estado y a impedir su posible expansión futura.

Por consiguiente, hemos de admitir que los hechos acaecidos en Aragón el 11 de agosto y días sucesivos fueron la culminación de un proyecto que venía fraguándose en las alturas desde hacía unos cuantos meses; pero ello, señor Líster, no exime de responsabilidad ni a usted, ni a sus hombres -quienes, dicho sea entre paréntesis, cumplieron tan «alta misión» con sobrada diligencia- ni a las otras fuerzas militares o personas civiles que con extraña puntualidad se sumaron a ella en el teatro de operaciones.

En nuestro análisis del proceso y a la vista de cómo se desarrollaron los hechos, inevitablemente, surge una pregunta: ¿qué es lo que había detrás de los mismos y cómo podían justificar sus autores tanta brutalidad y sevicia?

La pregunta no tiene fácil respuesta si partimos de que las colectividades no representaban una amenaza para los intereses legítimos de ningún antifascista sino más bien se desprendían de ellas ventajas sociales inequívocamente significativas. Por ejemplo: cada familia, o cada individuo, podía elegir libremente entre formar parte o no de una colectividad sin que ello fuera obstáculo para poder realizar normalmente sus intercambios de orden económico a través de la cooperativa, órgano que fue creado en casi todos los pueblos para satisfacer las necesidades de los vecinos, colectivistas o no colectivistas, en su calidad de productores y consumidores. En principio quedaba garantizada pues, esa libertad. Por otra parte, la producción agrícola había aumentado en un porcentaje muy importante gracias a los estímulos del trabajo colectivo y de la equidad en el reparto. En tercer lugar, la solidaridad se iba haciendo costumbre en virtud del ejemplo que ofrecían los colectivistas practicándola todos los días de forma natural y sencilla; sin estridencias ni actitudes demagógicas.

Luego en buena lógica, nada podían alegar los detractores de la colectivización que justificara su empeño en destruirla, y ello explica el que utilizaran metódicamente la provocación y la calumnia -prácticas muy socorridas para quienes se proponen eliminar de la vida pública al grupo contrario- y no repararan en medios para conseguirlo.

De muchos es conocido el lema «el fin justifica los medios» que los bolcheviques hicieron suyo por boca de Lenin y al que han permanecido fieles los comunistas españoles a juzgar por la actuación que llevaron a cabo en su propio país durante el período que nos ocupa. Esto y el hecho de que otros partidos más liberales se hubieran sumado al coro de injurias Y mentiras contra la colectivización no podía sorprender demasiado a quienes como nosotros fueron reacios siempre a la política de partido por lo que ella entraña de manipuleo y de intriga.

Sabiendo que los partidos políticos no tienen más perspectiva ni otra razón de ser que el acceso a las palancas del Estado con la falaz pretensión de otorgar seguridad y bienestar a los súbditos, no es difícil percibir el sentimiento de prepotencia que yace solapado tras ese inveterado gesto paternalista que utilizan los líderes políticos y el enorme peligro que dicho sentimiento entraña por estar abocado fatalmente al servicio de unas estructuras de dominación totalmente opuestas, como es de suponer, a la libertad y autodeterminación de los pueblos.

Partiendo de esa realidad pues, una respuesta adecuada al interrogante formulado más arriba sería la siguiente: los líderes que movían los hilos dentro de cada partido vieron en la nueva sociedad que los campesinos aragoneses estaban estructurando una real amenaza para el poder político sobre el que descansan las estructuras del Estado. Tuvieron miedo de que el ejemplo cundiera al darse cuenta las gentes de, que no es tan difícil como los de arriba pretenden, saber organizarse solidariamente para poder administrar los bienes materiales y culturales -patrimonio de todos los trabajadores- prescindiendo de estructuras burocráticas y de jerarquías dominantes, y de que se puede vivir mejor en una sociedad donde todos los ciudadanos se hallan en condiciones de igualdad para participar libre y responsablemente en cuanto les atañe, que no subyugados y discriminados como habían permanecido hasta entonces.

Parecida a esta respuesta es la que da nuestro querido y malogrado compañero Juan Peiró, exministro de Industria, en una de las manifestaciones públicas que junto a los restantes exministros confederales se hicieron ante el público valenciano tras haberse confirmado la formación del gabinete Negrín: «Yo

he sospechado y todavía sospecho ahora, que lo que no interesaba era que los trabajadores, convertidos en gestores de las industrias, dieran algún día muestras de capacidad suficiente que les concediese títulos para mañana decir, a quienquiera que fuese, que para hacer marchar la industria, para levantar la economía de España, no eran necesarios los burgueses, no eran necesarios los capitalistas».[26]

La experiencia de los pueblos campesinos de Aragón venía a destruir asimismo el mito de los «individuos superiores e indispensables» que proclama el marxismo, y desbarataba los planes de Stalin cuyo afán imperialista se venía proyectando más acá de las fronteras del este. Por consiguiente, ni el bolchevismo internacional ni quienes movían las palancas del Kremlin iban a tolerar que unos desharrapados españoles mostraran al mundo la imagen viva de una revolución auténtica. Y como en la intención de aplastarnos coincidieron los gobiernos de las llamadas democracias occidentales, todos supieron lavarse las manos, no tan sólo ante los ataques bolcheviques efectuados contra los promotores del cambio constructivo que en España se estaba llevando a efecto de manera pacífica, sino que frente al acoso de que era objeto nuestro país por parte del fascismo italiano y del nazismo alemán coaligados con Franco, optaron en los primeros momentos por la famosa política de «no intervención», y poco después, por ayudar de manera activa al general rebelde levantado en armas contra el Gobierno -el de la República- que había sido elegido en sufragio universal por la soberanía de un pueblo.

En cuanto al brazo ejecutor de los hechos del 11 de agosto en Aragón -me estoy refiriendo al que era entonces teniente coronel del ejército del Frente Popular, Enrique Líster como réplica a cuanto ha venido diciendo en varias ocasiones a través de distintos medios de comunicación, quiero hacer unas aclaraciones para demostrar la falacia de sus argumentos cuando trata de justificar una operación que fue -y esto lo digo sin ambages- de corte netamente fascista.

En realidad no suele ser este señor demasiado explícito cuando los periodistas quieren entrar en detalles sobre la destacada participación

26 - Citado por José Peirats en el tomo II pág. 203 de su obra ya citada.

que de forma tan directa tuvo su persona en el desarrollo de aquellos hechos. No obstante, en la interpretación que nos ha ofrecido de ellos en distintas ocasiones, siempre ha dado prueba de un cinismo al que no podemos permanecer indiferentes quienes sufrimos entonces su agresión en nuestras propias carnes; porque si es verdad que fue enviado a Aragón por el Gobierno, Líster hace acto de mala fe cuando aludiendo al Consejo de Defensa y a la colectivización, afirma que Aragón estaba podrido -frase que pone al descubierto su complicidad con la infamante campaña de la que fue precedida y acompañada la funesta operación- y cuando al hablar de su entrada triunfal en Aragón omite la relación de los actos vandálicos que cometieron él y sus hombres.

O sea: no habla de la larga e insidiosa campaña de calumnias que, orquestada por el Partido Comunista y secundada por otras fuerzas políticas de dudosa convicción antifascista, había ido ejerciendo sus efectos intoxicadores en los medios informativos de toda España desde hacía varios meses. Tampoco dice que la operación fue preparada unos días antes desde Barbastro, donde a principios de agosto se había reunido el llamado Frente Popular de Aragón, formado por comunistas, UGT y republicanos, con la resuelta fe -, intención de proponer al Gobierno de la República la designación de un gobernador general capaz de restablecer el «orden» y de imponer la autoridad, pretextando que la política del Consejo de Aragón era equivocada y opuesta a los intereses económicos de la región.

Los resultados de la maniobra -burdamente montada por cierto pero expeditiva como corresponde a todo golpe de fuerza- bien poco tardarían en dejarse sentir puesto que todo estaba planeado ya en las altas esferas. De tal modo que Indalecio Prieto, ministro de Defensa, cuya vieja rivalidad con Largo Caballero lo habían hecho ser más sensible a las proposiciones de los stalinistas, de acuerdo con éstos, el 10 de agosto firma el decreto de disolución del Consejo de Aragón. Por otro decreto de la misma fecha nombra gobernador general de la región aragonesa a José Ignacio Mantecón e, inmediatamente, envía a Caspe a la 11 División del ejército de maniobras al mando del teniente coronel Líster, cuya acción sería secundada por la 27 División, llamada de Carlos Marx, y por algunos

batallones de la 30. Estas dos divisiones, ambas bajo e! control de jefes comunistas y que venían sembrando el terror desde hacía meses por los pueblos cercanos al frente, hostigando a los colectivistas y practicando robos en los almacenes de las cooperativas comunales, fueron excelentes colaboradores de la 11 División para dar rapidez y «eficacia» a la ocupación militar de toda la región aragonesa.

Tampoco ignora Líster que mientras él y sus hombres entraban en Caspe con ademán de conquistadores procediendo a la detención del presidente del Consejo y de los otros consejeros confederales y al tiempo que otras fuerzas de la 11 División hacían su entrada triunfal en AIcañiz -sede del Comité Regional de la CNT- procediendo igualmente a la ocupación de locales, detención de comités y asalto a las colectividades, la prensa comunista lanzaba al vuelo las mentiras más infamantes; como no ignora que tan pronto fue declarada la ocupación militar en Aragón se procedió en todos los pueblos de la región al asalto y clausura de los locales de la CNT, FAI y Juventudes Libertarias, ala disolución de los Consejos Municipales y a la destrucción de las colectividades.

Y ello de la manera más brutal que imaginarse pueda: asaltando a mano armada sus locales, violando correspondencia y archivos, usurpando máquinas de escribir y otros materiales de escritorio y hasta prendas personales, rompiendo muebles, llevándose detenidos a los miembros de los comités y algunos bajo la amenaza de ser fusilados, desvalijando los almacenes y hasta arrojando en la calle arroz, azúcar, aceite y otros artículos comestibles, dispersando el ganado, devolviendo a los terratenientes fascistas sus tierras y aperos, y un largo etcétera que necesitaría muchas páginas.

Y ningún pueblo de Aragón escapó a la barbarie; pues hasta en el rincón más apartado e insignificante, la colectividad hubo de sufrir el terror de la ocupación armada y el encarcelamiento de sus hombres más representativos. Y que Líster no se haga el inocente; porque, inclusive, se dio el caso de algún detenido que fue maltratado en su presencia, con la circunstancia agravante de que todas estas cosas ocurrían no lejos de los frentes en los que luchaban las divisiones confederales 25, 26 Y 28 contra

el ejército franquista y que precisamente en aquel momento estaban tomando Belchite.

Remedando a la prensa comunista de aquel entonces, Líster trata de justificar su «gloriosa» hazaña invocando el hecho de que las colectividades no le habían opuesto resistencia. No quiere recordar que los hombres que hubieran podido oponerse a la fuerza de sus bayonetas estaban donde tenía que haber estado él por su calidad de militar antifascista: defendiendo nuestras trincheras.

Pero aquellos hombres -los de la 25, 26 y 28 Divisiones confederales- si bien estuvieron a punto de abandonar el frente para venir a defender lo que con tanto amor y convicción habían edificado sus compañeros de retaguardia, acatando los consejos de estos últimos que clamaban desesperadamente reflexión y prudencia, hicieron acopio de serenidad para lograr mantenerse en sus puestos; porque sabían que ceder a la provocación era tanto como dar libre paso al avance del enemigo y precipitar el desenlace de la guerra.

De no haber actuado en la forma que lo hicieron, ¿cómo les hubiera juzgado la historia?, o ¿cuál hubiera sido e! veredicto del pueblo, de ese pueblo que tenía puesta la última esperanza en la victoria y que se sentía invadido por la angustia ante la perspectiva de una posible derrota?

Con el mismo lenguaje que utilizaban entonces los voceros de su partido, el teniente coronel al mando de la 11 División se atribuye la gloria de haber liberado al pueblo aragonés de las violencias y coacciones infligidas por el régimen colectivista. En todo caso esta alusión corresponde perfectamente con su «heroico» gesto de haber devuelto a los grandes propietarios sus tierras confiscadas, sus caballerías, sus aperos y sus cosechas, obedeciendo a la política agraria del señor Uribe cuya ambigüedad al dar una de cal y otra de arena, según las circunstancias, respondía a un proyecto bien definido: acabar con las colectividades. De ahí que la estrategia de ese momento consistiera en ensalzar las virtudes de la propiedad privada al objeto de engrosar las filas de los adeptos a su política aprovechando la postura vacilante de algunos indecisos y el descontento de los fascistas cuyas tierras les habían sido confiscadas.

Yo le preguntaría al señor Líster cómo explica el hecho de que pese a los avatares que sufrieron, las colectividades volvieran a reconstruirse; pues «con todo y pese a su brutalidad -cuenta Daniel Guerin- en general el stalinismo no consiguió obligar a los campesinos aragoneses a adoptar el régimen de propiedad privada. Tan pronto como se retiró la División Líster, rompieron la mayor parte de las actas de propiedad que les habían hecho firmar a punta de pistola y no tardaron en reconstruir las colectividades»[27].

Afortunadamente, no para todo el mundo ha pasado desapercibido este hecho extraordinario a propósito del cual añade Guerin: «Como bien expresa G. Munis, fue uno de los episodios ejemplares de la Revolución Española. Los campesinos reafirmaron sus convicciones socialistas a pesar del terror gubernamental y del boicot económico a que estaban sometidas».

Yo mismo fui testigo en Monzón de la actitud enérgica de muchos colectivistas para exigir del Gobierno una restañación por los daños materiales y agravios infligidos a las colectividades y una vuelta a la legalidad sin más demora. Esto ocurrió en una reunión improvisada al socaire de los acontecimientos. En dicha reunión, que tuvo fugar sin demasiadas formalidades en la gran sala de nuestra «Escuela de Militantes», nos encontrábamos los compañeros del pueblo de Monzón junto con los compañeros venidos de varios pueblos de la comarca que tras haber sido detenidos los responsables de los comités, habían procedido rápidamente a la constitución de otros nuevos. Estos compañeros venían con el decidido propósito de analizar conjuntamente la situación y proponer soluciones al gravísimo problema que la invasión comunista nos había planteado.

Aún recuerdo, no sin emoción, cómo en lo fundamental, que era el serio propósito de reconstruir las colectividades, coincidimos todos. No estaban tan claras, sin embargo, las acciones a realizar para hacer efectiva la reivindicación de ese derecho. A nivel local algunos pueblos se habían mostrado partidarios de ir a la huelga indefinida en todos los sectores: agricultura, ganadería, talleres, etc. Al fin, en espera de noticias concretas sobre la suerte del Comité Regional de la CNT, de cuyas peripecias habla el

27 - Daniel Guerin en Tusquets Editor, Las colectividades campesinas 1936-1939, Barcelona, 1988, p. 49.

informe anexo, y considerando que algo habíamos de hacer de inmediato, decidimos dirigir una carta al Gobierno, planteándole, en nombre de los pueblos de la comarca allí representados, la siguiente disyuntiva: legalidad para las colectividades o de lo contrario sus hombres se negaban a seguir trabajando las tierras.

En esa misma línea actuaron, de forma espontánea como nosotros, algunos pueblos de otras comarcales sin que mediara entre ellas ningún acuerdo previo.

Gracias a esa acción de protesta, a la presión de las divisiones confederales que amenazaban con bajar del frente si no se liberaba a los presos y se daba libre curso a las colectividades y a la actitud enérgica del Comité Nacional de la CNT en su entrevista con el gobernador general de Aragón, se obtuvo de éste la promesa de liberar a los presos y de tomar medidas de seguridad en favor de las colectividades, al mismo tiempo que la autorización para celebrar un Pleno Regional de Sindicatos. Dicho pleno, que tuvo lugar en Caspe del 6 al 11 de septiembre, en el que se aprobó una moción dirigida al gobierno y el dictamen elaborado a partir de una ponencia sobre reorganización y control de las colectividades, unido a una parte no desdeñable de la opinión del país condenando los actos vandálicos de las divisiones comunistas en retaguardia, tuvo como resultado un cambio de actitud por parte del Gobierno sobre el tema del colectivismo.

A propósito del giro efectuado por los comunistas y del que son una prueba fehaciente los cambios de lenguaje que contemplamos en su prensa y en su tribuna, los siguientes ejemplos son muy representativos de la postura adoptada por el Partido, ante aquellas circunstancias, en materia de política agrícola. Por ejemplo, en el Boletín Interior (impreso) del Comité Provincial del PC, agosto de 1937, hay un párrafo que dice: «Los comunistas como nosotros no pueden negar su esencia revolucionaria y, en consecuencia, tenemos que prestar hoy la mayor atención a la organización colectiva del trabajo como primer paso hacia la creación de una España libre y fuerte»[28].

28 - Cita de Frank Mintz en L'Autogestion dans l'Espagne Révolutionnaire, Ed. Maspero, París, 1976, p. 171.

Chomsky por otra parte, señala que «también José Silva, comunista, secretario general del Instituto de la Reforma Agraria, admitiría más tarde que la arbitraria disolución y, destrucción incluso, de colectividades prósperas voluntariamente constituidas, introdujo el caos en el campo»[29].

¿Arrepentimiento o estrategia política? Esa es la pregunta que el tan inesperado cambio nos sugiere y cuya respuesta, para quienes hayan experimentado dolorosamente los impactos de la política oscilatoria de los comunistas -dando como decíamos antes, una de cal ahora, otra de arena luego y viceversa- la respuesta, repito, no es dudosa. Coincide nuestra opinión con la de Daniel Guerin cuando, al hacer el elogio del voluntarismo inquebrantable de los colectivistas aragoneses, señala que «el restablecimiento de las colectividades de Aragón tuvo además otro motivo menos heroico: demasiado tarde, el Partido Comunista se percató de que había infligido un serio golpe a la economía rural al menoscabar sus fuerzas vivas; comprobó que había puesto en peligro las cosechas por falta de brazos, desmoralizando a los combatientes del frente de Aragón y reforzando peligrosamente la clase media de propietarios de la tierra. Por eso, trató de reparar los estragos que él mismo había causado y resucitar una parte de las colectividades»[30].

Ello empero, las condiciones reinantes no eran muy halagüeñas para emprender su reestructuración, ya que a las restricciones y zancadilleos de que seguirían siendo objeto las colectividades por parte de los organismos dependientes del Ministerio de la Agricultura había que añadir otros muchos factores poco favorables: por un lado las pérdidas materiales ocasionadas por la rapiña y vandalismo de los expoliadores, y por otro el cuadro desolador que éstos habían dejado, Es decir: teniendo en cuenta que los colectivistas más comprometidos sindicalmente habían huido hacia el frente para buscar refugio entre las divisiones confederales, y que los menos convencidos y más vacilantes se habían marchado -recuperando sus tierras claro está- unos por la honda huella que había dejado en ellos la barbarie sufrida, otros por la desesperanza y el miedo a la derrota que

29 - Cita Wa1ther L. Berneker en Colectividades y revolución social, Grupo Editor Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 150.

30 - Del libro de Tusquets Editor, ya citado, p. 49.

empezaba a sentirse, los efectivos habían quedado reducidos notablemente, tanto en lo que hace referencia a la extensión y a la calidad de las tierras como a los dispositivos mecánicos y humanos para el trabajo.

Pero nada de todo eso fue obstáculo para los que habían comprendido e interiorizado en lo más profundo el valor incomparable de la solidaridad, cuyos vínculos a partir de ese instante se verían notablemente reforzados entre los que quedaron; porque no en vano habían logrado juntos vencer innumerables dificultades con el convencimiento de que estaban en el verdadero camino y de que no debían abandonado sin defenderlo dignamente hasta las últimas consecuencias.

Sin embargo, ha sido dicho y escrito repetidamente por personas mal documentadas, que tras haber pasado Líster por tierras de Aragón, las colectividades desaparecieron; versión que no responde a la veracidad de lo sucedido y a la que yo doy mi mentís más rotundo con la fuerza que me concede el haber sido uno entre los muchos colectivistas que permanecieron en la brecha hasta el último momento. Como responsable de la «Escuela de Militantes» que había sido creada para servir al colectivismo y cuyos alumnos procedían de distintas colectividades de todas las comarcas, al frente de la misma permanecí con ellos hasta poco antes de que las fuerzas franquistas avanzaran por la zona republicana de Aragón; hasta el punto de que cuando quisimos salir nos enteramos de que éstas habían irrumpido ya en un cruce de la carretera muy cerca de donde estábamos y tuvimos que desviar nuestra marcha atravesando campos o siguiendo caminos pedregosos vecinales.

Es verdad, eso sí, que el ambiente confiado y alegre que reinaba en las colectividades antes del desgraciado acontecimiento, se tornó sombrío y triste, y esto, como ya se ha dicho, por dos causas fundamentales: por los efectos de los ultrajes recibidos y porque las noticias que llegaban de los frentes iban siendo motivos de justificada inquietud. Aunque también es cierto, que al haberse marchado de las colectividades las personas menos sólidas, menos identificadas, o más pusilánimes y quedar las que realmente estaban convencidas y se habían entregado a ellas con verdadero

entusiasmo, los vínculos a todos los niveles de la organización fueron luego más solidarios si cabe que nunca.

Nadie ni nada, empero, podía evitar el fantasma de la derrota que pesaba cada vez más en el ánimo de todos nosotros, como era lógico, dadas las pésimas condiciones en las que venían desarrollándose las cosas desde hacía tantos meses: luchas intestinas por un lado entre las diferentes fuerzas antifascistas, desmoralización progresiva en los frentes ante los crímenes cometidos por el Ejército Rojo en la persona de muchos combatientes de filiación libertaria y otras anomalías desconcertantes por parte del mismo en lo que se refiere a operaciones militares, la Quinta Columna que se aprovechaba del río revuelto en pro de su causa y el divorcio con el exterior a causa del abandono en que se tenía a la España republicana, todo hacía vaticinar que no estaba muy lejos el trágico desenlace.

Pero el campesinado aragonés -y esto es lo que merece ser puesto de relieve- había encontrado su pulso en la proyección liberadora de la que estaba siendo artífice y, por consiguiente, haciendo suya la frase de Machado «lo que el pueblo no haga queda sin hacer», quiso seguir adelante y demostrar al mundo que el pueblo trabajador tiene capacidad suficiente para hacer posible «lo imposible» cuando goza de libertad y oportunidad para ello. Y eso es lo que hizo.

Desgraciadamente perdimos la guerra y aquello que de su obra había quedado tras el asalto comunista, con la victoria de los rebeldes fascistas sería barrido totalmente por las jerarquías dominantes de turno, las que, no satisfechas con ver destruidas las colectividades, segarían criminalmente la vida de sus mejores animadores y guardarían en la cárcel durante muchos años a otros tantos de los que quedaron cogidos en la ratonera por no haber podido salir a tiempo con sus hermanos de ruta a otras tierras más seguras y hospitalarias que la nuestra en aquellos aciagos momentos.

CAPÍTULO 14

Hacia la utopía

«Estaríamos aún en la Prehistoria si no se hubieran levantado aquí y allá, si no hubieran sido numerosos los insatisfechos y los iluminados que van tendiendo las manos hacia lo inaccesible con el intento de dejar atrás lo que es, de escrutar la noche que les oprime. Son sus audacias las que marcan las lentas etapas del progreso...»

FREINET

Como ha podido constatar el lector en las páginas de este libro, por una vez, la realización de lo «imposible» se hizo posible gracias a un puñado de hombres cuya confianza en el ser humano -en el que existen posibilidades inmensas cuando se desenvuelve en un clima de libertad y de cooperación solidaria- pudo más que todos los estereotipos de un sistema que induce a la pasividad de los individuos favoreciendo el mantenimiento de los valores tradicionales y la perpetuación de la rutina.

Siempre se nos había dicho, de manera repetida y en todos los tonos, que éramos unos utópicos; arguyendo en pro de ese calificativo que como proyecto político el comunismo libertario era impracticable dadas las imperfecciones del ser humano y la complejidad de una sociedad cuyos desajustes, vista la rapidez con que se producen, exigen estructuras de control cada vez más estrictas por parte del Estado, y de ahí que una sociedad libertaría sólo podía existir en la mente de gentes bien intencionadas pero ilusas y carentes de sentido práctico.

Esa ha sido hasta hoy y sigue siendo todavía la visión de quienes aferrados a sus privilegios, cierran los ojos de manera insensata a la insostenible realidad que nos circunda y hacen todo cuanto está en sus manos para que nada cambie realmente de esta sociedad desquiciada y caótica en la que nos desenvolvemos agobiados por mil problemas cuya solución desborda el marco estructural de los esquemas tradicionales y nos coloca en la fatal disyuntiva de cambiar o desaparecer.

El mismo Jaspers, cuya confianza en el hombre nos llega siempre como una ventana abierta a la esperanza, no se anda con ambigüedades cuando dice: «*O bien el hombre se elevará por la libertad hasta devenir él mismo y continuará creciendo o bien habrá alienado su derecho a vivir*»[31], o cuando evoca, en otra página de su libro, estas palabras de Albert Einstein en el mensaje dirigido a los sabios italianos el año 1950: «La potencia del átomo lo ha cambiado todo a excepción de nuestra manera de pensar. Nos es necesaria una forma de pensar esencialmente nueva si queremos que la humanidad sobreviva», palabras que ponen de relieve la necesidad urgente de que el hombre se haga hombre para poder conducirse como tal o de lo contrario estará condenado a perecer destruyéndose a sí mismo.

En presencia de esa disyuntiva cuyo trágico realismo no escapa a la percepción de ningún ciudadano del orbe, seguir considerando utópico un proyecto de sociedad en la que el mundo del trabajo -manual, intelectual, tecnológico, científico- tenga acceso a todos los niveles de decisión sobre el quehacer colectivo, significa no haber comprendido nada del hombre, es dudar de su capacidad para conducir las riendas de su destino en cooperación con los demás hombres y es cerrar la puerta a la única salida que se le ofrece para dominar las fuerzas temibles que él mismo ha desencadenado y que escapan a su voluntad de control en virtud de unas instituciones en las que técnicos y científicos, por su condición de siervos del Estado o de la empresa que les paga, utilizan sus conocimientos y sus técnicas sin tener conciencia de los fines a los que van destinados y sin experimentar la menor preocupación sobre el valor o la legitimidad de dichos fines o sobre los efectos dañinos que puedan tener para el conjunto de la sociedad humana.

Tras estas consideraciones y si se entiende por utopía la concepción imaginaria de un gobierno o proyecto social cuya aplicación nos parece irrealizable, ya casi se puede afirmar que la utopía más utópica de nuestro siglo -valga la redundancia- es la de pensar que podemos salvarnos de los horrores de una guerra nuclear rigiéndonos por un sistema que ha conducido la humanidad a la desenfrenada carrera de armamentos, a la

31 - Jaspers en La bombe atomique et l'avenir de l'homme, escrito en 1958, publicado en francés por Ed. Buchet Chastel-París, 1963.

diseminación de armas nucleares por el planeta, a las disputas territoriales, a las luchas entre países por adueñarse de los mercados, a las rivalidades imperialistas, al hambre del Tercer Mundo, a la miseria intelectual de amplios sectores de nuestras sociedades de abundancia, a las injusticias Y violencias que presenciamos en ellas diariamente y a la amenaza de exterminio total que pesa sobre nosotros en la medida que se hace más pronunciado el desequilibrio entre el poder tecnológico y la conciencia ética del hombre.

A la vista de ese desequilibrio y del peligro que él representa, me parecería la cosa más incongruente que en seres inteligentes pueda darse, renunciar a la utopía. Esto sería aceptar como un fatalismo la realidad que nos abruma y negar la libertad del hombre, esa libertad que es característica fundamental de la condición humana y que le permite, gracias a la imaginación creadora, trascender el marco de lo conocido y proyectarse hacia límites insospechados. De ahí que ningún mortal, por avisado y competente que nos parezca, se halle autorizado para discernir o determinar los límites de lo posible.

Frente, pues, a la dinámica destructiva que prevalece en nuestra sociedad y a la amenaza que la grandiosa aventura tecnocientífica de nuestro siglo representa para el hombre en virtud de unas estructuras y de unas relaciones que no han superado todavía el estatuto de los primates; frente a un capitalismo del que los mismos capitalistas comienzan a dudar al contemplar su incapacidad para resolver los grandes problemas que el propio sistema viene generando, y frente al totalitarismo aberrante engendrado por el marxismo, todos los que de alguna manera venimos identificándonos con la necesidad de cambios estructurales profundos deberíamos realizar ese gran esfuerzo interior que consiste en superar condicionamientos y ataduras partidistas en un intento de acción generosa y resuelta para hallar cauces de viabilidad a las innumerables posibilidades que se nos ofrecen desde ahora y que han de ir situándonos, sin prisas pero sin pausas, en el camino de la utopía.

Antes, con objeto de aquilatar lo que dicho compromiso implica, tenemos que valorar dos cualidades fundamentales que distinguen al

hombre auténtico y que deberían estar presentes en cada uno de nuestros pensamientos y de nuestros actos para ser consecuentes con nosotros mismos en la trayectoria de superación personal -y también social- que nos hayamos propuesto. Me refiero a estos dos valores insoslayables: la libertad y la solidaridad.

En relación con el primero no puedo por menos que recordar a Georges Gurvitch, cuando dice: «*No existe posible ni imposible en sí, sino únicamente en función de un cuadro social, de una estructura, de una situación; ahora bien, la libertad humana, en sus grados más elevados, se revela perfectamente capaz, en principio al menos, de crear posibilidades y de destruir lo imposible modificando e invirtiendo situaciones, engendrando nuevas coyunturas, edificando nuevas estructuras parciales y globales, creando nuevos cuadros de referencia así como nuevos fenómenos totales y, por eso mismo, provocando la aparición de nuevas contingencias*»[32].

Como puede suponerse no se trata aquí de esa libertad tan traída y llevada por doquier y en cuyo nombre se vienen cometiendo tantas y tantas acciones liberticidas; ya que son legión en el mundo los ciudadanos que ensalzan la libertad en sus tertulias o la invocan solemnemente ante cualquier evento mientras su conducta en nada corresponde a los imperativos de una ética libertaria. Así, se llenan la boca de libertad: padres que someten a sus hijos, empresarios que explotan a sus trabajadores, líderes de partidos políticos que dictan consignas, maestros que imponen la disciplina en la escuela y la ingurgitación de conocimientos ante la pasividad y el aburrimiento de sus alumnos, gobernantes que condicionan la libertad de expresión cuando no la reprimen con métodos violentos, y cada día, por uno u otro de los diversos medios de comunicación lanzan proclamas a la libertad quienes de alguna manera la escarnecen con su conducta intransigente ya sea en el ámbito familiar, en el profesional o en sus relaciones con los amigos.

La libertad humana es algo más complejo. Difícil comprenderla y describirla si no se ha vivido y experimentado; ya que nace de las profundidades del ser tendido hacia el perfeccionamiento de su Yo y de las construcciones exteriores, y, por consiguiente, en nada se parece a la «libertad de

32 - G. Gurvitch en Déterminismes sociaux el liberté humaine, Ed. PUF, París, 1963.

indiferencia» de la que nos habla Descartes ni a las innumerables libertades que se nos otorgan por decreto. Se la reconoce por nuestra actitud de consideración hacia el Otro y por nuestra apertura hacia el futuro incorporando a la cultura humana cuanto seamos capaces de inventar, en el dominio del arte y de la ciencia y en el área sociológica, para hacer más placentera la vida del hombre y para el logro de una convivencia más concertada y pacífica. Es, por decirlo en pocas palabras, «*una propiedad, una cualidad primordial, irreductible, de la existencia humana», y representa «la victoria del hombre sobre sus propios determinismos*»[33].

Pero todo lo que es humano en nosotros -escribe Bakunin- «y más que otra cosa la libertad, es el producto de un trabajo social, colectivo. Estar libre en el aislamiento absoluto es un absurdo inventado por los teólogos y los metafísicos». A los ojos de Bakunin la libertad de cada uno se confunde con la libertad de todos. «*No soy verdaderamente libre -decía- sino en la medida en que todos los seres humanos que me rodean, hombres y mujeres, son igualmente libres*». Y como el camino más seguro para llegar a la libertad es la solidaridad entre los hombres, «*antes que la libertad -afirmaba- está la solidaridad; pero estas dos leyes se compenetran y, siendo inseparables, constituyen la esencia de la humanidad. De modo que la libertad no es la negación de la solidaridad; por el contrario, es un desarrollo y constituye, por así decirlo, la humanización*»[34].

Desgraciadamente para todos, hoy se habla mucho de solidaridad y muy pocos creen en ella. La invocan los gobiernos, los dueños de las empresas, los jefes de los partidos políticos, los líderes sindicales y otros jerarcas, pero en vano; porque no puede haber solidaridad entre quienes mueven las palancas del Estado y los que han de obedecerle, entre el que es dueño de los medios de producción y quienes han de vender su fuerza de trabajo para poder comer, entre los burócratas que representan altos cargos y los que ocupan puestos inferiores en la escala jerárquica, entre los elegidos y aquellos que fracasan a lo largo de ese interminable torneo que ocupa hoy toda la escena acaparando la atención de los ciudadanos, grandes y

33 - Georges Gurvitch, en obra ya citada.

34 - Bakunin, citado por James Joll en Los anarquistas, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1968.

chicos, y que ha sido expresamente montado para promocionar al más fuerte, al más guapo, al más «inteligente», y esto entre comillas porque los que triunfan suelen distinguirse menos por su inteligencia que por su agresividad y ambición de predominio.

Por falta de entrenamiento en la conducta solidaria, ya no existe solidaridad ni entre los mismos explotados y oprimidos. La rivalidad ha invadido todos los campos como consecuencia de esa dinámica competitiva -cruel, devastadora, antisocial, fuente de violencia- en la que todo sistema burocrático tiene que apoyarse a fin de obtener el tipo de individuos que necesita para seguir manteniendo sus estructuras -viejas de muchos siglos- y, por ende, asegurar el predominio de las jerarquías dominantes.

Aunque lo más nefasto, por lo que encierra de destructivo y disociador para la personalidad del niño y en consecuencia para sus relaciones futuras, ha sido la entronización de esa funesta rivalidad en la escuela a partir ya de los inicios de la primaria y sin tener en cuenta lo que con ello se malogra de potencial humano, pese a cuanto se ha venido demostrando repetidamente desde mediados de siglo en el área educativa.

Hoy se sabe que por la libre cooperación en la escuela, los niños, no sólo asimilan mayor número de conocimientos y éstos quedan grabados en su memoria de forma indeleble, sino que de manera funcional y espontánea aprenden a abstenerse de rivalizar y de competir, a considerarse iguales, a conocerse y respetarse recíprocamente, a ejercitar su iniciativa y a practicar el apoyo mutuo dentro y fuera del recinto escolar; habiéndose llegado a la conclusión de que el deseo profundamente sentido de ayudarse entre ellos como fruto de la cooperación y de la libre iniciativa, borra todas las diferencias y convierte a los niños en seres creativos, curiosos, solidarios, responsables, confiados y alegres.

A la vista de ese prometedor balance, ¿es demasiado pedir que los hombres y mujeres que me lean tomen conciencia de las posibilidades humanas que se malogran por no disponer de un lugar en el que se respeten las diferencias y donde los niños puedan crecer y aprender juntos en un clima de amor y de alegría?

¿Qué es lo que se deduce de cuanto venimos diciendo a propósito de los valores fundamentales del hombre? Que la solidaridad, lo mismo que la libertad, no se imponen ni se otorgan desde fuera, sino que emanan del propio individuo y necesitan para su eclosión y desarrollo un medio adecuado y unas determinadas condiciones. De ahí que mientras permanezcan en pie unas estructuras que impiden a millones de seres humanos el acceso a la cultura y al desarrollo de su persona llegando al extremo de que muchos de ellos no puedan ni comer, seguir invocando libertad y solidaridad constituye un acto de pura demagogia cuando no de huera retórica, producto, en ambos casos, de la inconsecuencia que se detecta a diario en la conducta de muchos ciudadanos.

Esa misma crítica podría hacerse con respecto a la paz, que está siendo proclamada fervorosamente por las multitudes mientras nada o muy poco se hace para transformar las condiciones sociales que son generadoras de guerra. Y la proclaman a su vez los mismos jefes de los Estados, que se llenan la boca con palabras de paz mientras los presupuestos para la defensa aumentan vertiginosamente y la carrera de armamentos prosigue a toda marcha.

Incuestionablemente, el panorama social que por doquier se observa es bastante caótico en todas partes, e imposible proponer soluciones fáciles y rápidas para salir de la difícil encrucijada en la que nos encontramos. Es verdad, sin embargo, que así como en épocas anteriores eran minorías los ciudadanos y los grupos que criticaban el statu qua, hoy la crítica viene de muy diversos sectores y está en la calle; la de las nuevas generaciones especialmente, cuya condena va siendo más áspera y rigurosa a medida que las posibilidades de acceso al empleo van siendo menores y, por consiguiente, mayores las dificultades que para su integración social van encontrando los jóvenes. Entre ellos son muchos los que condenan el sistema de explotación capitalista así como el régimen parlamentario de la seudodemocracia que lo sustenta, y no pocos los que rechazan de cuajo el llamado «socialismo real» de los países del este.

No soy yo la persona más indicada ni éste el momento oportuno para hacer el análisis de lo que ha supuesto para la humanidad la aplicación

del marxismo en su forma más intolerante y violenta. Me limitaré pues, a señalar que los jóvenes que hace algunos años se embarcaban en esa nave sin previa reflexión, hoy contemplan horrorizados el totalitarismo al que dicha nave ha conducido; si bien -y esto es lo triste- con grandes pérdidas de ilusión y de esperanza, cosa que no debe extrañarnos; ya que tienen clara conciencia de lo que no quieren -rechazan el poder venga de quien venga- pero no saben aún muy bien qué es lo que quieren y cómo conseguido. Faltos de información adecuada y condicionados por esas mismas estructuras que dicen combatir, es lógico que tengan dificultades para comprender que es posible una alternativa de sociedad en la que el libre desarrollo de cada uno sea la condición sine qua non para el libre desarrollo de todos.

Reconocer esa posibilidad y estar en condiciones de asumir plenamente la libertad que ella implica exigiría: en principio, poseer una información si no demasiado exhaustiva sí lo suficientemente explícita a propósito del hombre. Por ejemplo: quién es biológica y culturalmente ese ser extraordinario que se ha mostrado capaz de realizar, tanto las mejores como las peores hazañas; de dónde procede y cuán fabulosas son las posibilidades que encierra su cerebro gracias a esa zona frontal «imaginante» de la que Henri Laborit -biólogo de enorme prestigio- nos informa ampliamente, en la que Jaspers -aunque por otro conducto- ha llegado a poner sus esperanzas, y en la que yo personalmente, sigo también esperanzado a condición de que aprendamos a desarrollarla convenientemente, para bien de todos y sin demasiado tardar si queremos llegar a tiempo.

Dicha información nos llevaría al estudio de otros fenómenos sociales, pudiendo llegar a partir de ellos a conclusiones como las siguientes:

1. Que las desigualdades económicas y la estratificación de la sociedad en clases superiores e inferiores, en dominantes y dominados arranca de nuestros mecanismos mentales, que han sido estructurados con arreglo al esquema jerárquico de los mamíferos cuyo código seguimos imitando cuando persistimos en ser más que el otro y en dominar para poder gozar de un estatuto de privilegio a expensas de los demás.

2. Que las revoluciones violentas no hacen evolucionar las sociedades; porque desde el instante en que el Estado no desaparece, el poder pasa de manos de unas minorías a otras -llámense de la aristocracia, de la burguesía o del proletariado- y todo continúa igualo peor que antes.

3. Que la guerra no es inevitable como algunos creen.

4. Que la agresividad del ser humano no es innata.

5. Que al nacer, ningún individuo es superior ni inferior a otro. Somos diferentes y en el respeto a las diferencias está la verdadera libertad y la auténtica cultura -rica y diversa como rico y diverso es el potencial humano.

6. Que sólo la verdadera educación puede situarnos en el cauce de los sustanciosos cambios que hemos de ir realizando para adaptar nuestras estructuras mentales a las exigencias de cooperación solidaria que reclama la vida social y para estructurar la sociedad de acuerdo con las necesidades intrínsecas de la persona humana.

Pero al decir educación no me refiero únicamente a la función de la escuela sino al papel importante que pueden jugar otras instituciones en la tarea de informar a los ciudadanos para sacarlos de la apatía en que viven y propiciar el desarrollo de sí mismos yendo a la búsqueda de nuevas formas de pensar y de vivir. Pienso en los favorables efectos que podrían tener sobre el comportamiento colectivo los medios de comunicación -radio, televisión, prensa- si alguien incidiera en ellos de tal modo que se decidiera la puesta en circulación de una información generalizada capaz de suscitar la curiosidad de miles y millones de ciudadanos por todo cuanto afecta a la cultura humana, comprendidos aquellos temas de interés sicológico susceptibles de ayudarnos en el conocimiento de nosotros mismos y otros, de interés sociológico, capaces de orientamos hacia la toma de posiciones inteligentes de cara al futuro; temas que entre otros muchos podrían ser éstos: función del sindicalismo obrero autogestionario, desarrollo del cooperativismo económico y de la cooperación en general, dinámica autogestionaria dentro de los grupos, estudios realizados sobre la

agresividad humana, etc., y en lugar preferente -puesto que sin educación no hay hombre y sin hombres no hay instituciones que puedan funcionar bien-el tema sobre la necesidad insoslayable de transformar la escuela cuartel que padecemos en hogar donde los jóvenes puedan expansionarse sin inhibiciones ni miedos y desarrollarse plenamente a partir de la libertad responsablemente asumida y de la cooperación solidaria con sus iguales.

El proyecto de renovación de la escuela ya existe por parte de algunos grupos. La tarea, que no es fácil pero sí irrenunciable, la han iniciado un número apreciable de maestros y profesores de diversos niveles que se reúnen cada año al objeto de intercambiar experiencias y contrastar opiniones sobre posibilidades a corto y a largo plazo y que tienen establecido un intercambio permanente a través de sus correspondientes boletines y revistas.

En principio, estos grupos coinciden todos al hacer la crítica de una escuela que ignora: las necesidades e intereses de los niños, su situación social y afectiva, sus diferencias individuales, su ritmo de crecimiento y maduración, etc., etc.; si bien, unos maestros adoptan posturas menos radicales proponiendo la utilización de pequeños remedios a la manera de edulcorantes como se utilizan en farmacia para endulzar la píldora, otros en cambio, con una visión más clara de que ello es incompatible con la verdadera educación, proponen que hay que acabar con métodos, programas, exámenes, evaluaciones, libros de texto y en fin, con todo cuanto les viene impuesto a los niños y a los jóvenes de forma autoritaria desde el exterior y que mata en ciernes su curiosidad y su frescura.

Como es de suponer, este planteamiento tropieza a veces con el escepticismo o la indiferencia de algunos padres y maestros o con la hostilidad de otros; pero aun reconociendo que no siempre es fácil ir contra el egoísmo, la ignorancia, las angustias incontroladas y los prejuicios de los adultos, resulta esperanzador el hecho de que cada vez es mayor el número de enseñantes, padres de alumnos y otras gentes interesadas por el tema, que desean contribuir de algún modo a la gran tarea, difícil pero apasionante y realizable, de reconstruir la escuela y convertir ese lugar en el que los

niños viven gran parte de las horas del día, en un mundo autogestionado, modelo insustituible de esa sociedad a la que aspiran los hombres.

Aparte de cuanto significa para el porvenir de la humanidad la escuela autogestionada que vengo esbozando, sería de gran trascendencia asimismo, poder introducir la autogestión en otros muchos espacios: en la familia, en el sindicato, en la sociedad de vecinos, en el municipio -como está ocurriendo estos días en Marinaleda, provincia de Sevilla[35] - y en todas las instituciones o grupos que los hombres quieran darse para alcanzar unos objetivos. De esta manera, sin darnos cuenta, haríamos obra revolucionaria; porque participando directamente en cuanto a todos y a cada uno interesa, el individuo contribuye a la edificación de una sociedad nueva y, a la vez, se construye a sí mismo al socaire del diálogo con los Otros y del contraste entre las diversas opiniones.

Resta decir que ya no se puede ignorar bajo pretexto alguno, que la obra constructiva llevada a cabo durante la guerra española entre 1936 y 1939 por las colectividades del campo y de la industria[36] y de una forma más completa por los campesinos aragoneses dadas las circunstancias que ya se especifican en anteriores páginas, echa por los suelos todos los argumentos sobre la supuesta incapacidad de los trabajadores para gestionar sus empresas así como para desarrollar y coordinar las innumerables actividades que conlleva la vida social para dar satisfacción a todas las necesidades del ser humano.

Esa es la lección que un pueblo desgarrado por una guerra que él nunca quiso, brinda como ejemplo a las nuevas generaciones de España y del mundo.

35 - Ver anexo 3.

36 - Ver anexo 4

Anexo 1:

Informe que el Comité Regional de la CNT de Aragón eleva a las autoridades del Gobierno de la República.

Extraído del libro de Agustín Souchy Bauer, Entre los campesinos de Aragón. El comunismo libertario en las comarcas liberadas, Tusquets Editor, Barcelona, 1977, p. 143 y siguientes hasta la 162.

Informe de los hechos acaecidos en varios pueblos de Aragón a partir del día 11 de agosto de 1937 y que el Comité Regional de la CNT eleva a las autoridades del Gobierno de la República para su inmediata comprobación y sanción.

«Las actuales circunstancias por las que la región aragonesa atraviesa, nos obligan a dirigirnos en un razonado relato de todos los atropellos que contra el pueblo aragonés se han cometido, a las autoridades de la República, para que en todo momento éstas puedan juzgar de la actuación de ciertas fuerzas del Ejército Popular recientemente llegadas a la retaguardia de Aragón y para que sean substanciados enérgicamente por medio de una información amplia, todas las responsabilidades que los atropellos cometidos contra los sufridos campesinos de nuestra tierra y contra la Confederación Nacional del Trabajo y su Comité Regional especialmente, merecen quienes han sido los conquistadores de nuestra región.

»Hacía ya tiempo que una política desleal, demasiado sectaria, cifraba sus esperanzas, no en mantener la cordialidad imprescindible entre todos los sectores antifascistas para celebrar el triunfo de la guerra, sino que supeditaba a esta necesidad imperiosa el interés de un partido, que forzosamente había de repercutir en detrimento de aquellos a quienes una diferencia táctica convertía en adversarios. Campo de experimentación de esta maniobra ha sido Aragón. Y como no queremos suscitar enconos ni aumentar divergencias que, repetimos, son improcedentes en los actuales momentos, nos referiremos escuetamente a los hechos que desde el día 11 de agosto de 1937 han tenido lugar en varios pueblos de nuestra región.

»No entra en nuestro ánimo discutir ni calificar la determinación del Gobierno al disolver el Consejo de Aragón y nombrar un gobernador general para sustituido. Simplemente nos ocuparemos de las consecuencias posteriores que ha originado tal medida.

»A la llegada de las fuerzas de la 11 División a Caspe, sin la menor comunicación se procedió a ocupar todos los centros políticos y sindicales, excepción hecha de los del Partido Comunista.

»Como quiera que esto ya suponía una diferencia de los deberes que el pueblo tiene para con el ejército, forzosamente hubo de creerse que estas fuerzas realizaban con sus actos una política partidista, no precisamente la que tiene asignada el ejército que es la de compenetración con el pueblo al que se debe y al que nunca se puede esquilmar ni menos hacerle objeto de un trato desigual.

»Al posesionarse del local de las Juventudes Libertarias, uno de los oficiales que mandaba las fuerzas, al ver fijada sobre la pared una oleografía del héroe popular Durruti, sin mediar palabra ni asistir causa alguna que motivase o justificase tal actitud -puesto que no puede ser justificada, ya que la vida de nuestro malogrado compañero fue entregada en aras de la libertad de todo el pueblo español- con un palo que llevaba dicho oficial, golpeó la efigie del camarada Durruti, acompañando esta acción con unas palabras soeces que no pudieron entenderse. Este hecho produjo una lógica indignación en los que se hallaban en el local, hasta el extremo de que un soldado de la misma División, temerosamente le hizo observar que su proceder no estaba acorde con las esperanzas que el pueblo español ha forjado en su ejército. En ese momento, el conserje de las Juventudes Libertarias, quiso penetrar en el local, impidiéndoselo las fuerzas referidas que se lo llevaron en un coche por la carretera de Bujaraloz, regresando más tarde el coche y sus ocupantes, pero no así el compañero mencionado.

»Como ese mismo compañero tuvo ocasión de percatarse de la acción incivil del oficial de referencia, le hizo ver que su actitud era poco digna y que dejaba muy por bajo el concepto que de la 11 División podían formarse. Por toda contestación, el oficial replicó que igual que hacía con la estampa de referencia harían con todos los hombres de la FAI Y de la CNT.

»Asimismo, en Caspe se han sucedido una serie de detenciones que siguen manteniéndose todavía. Entre éstas figuran las del personal del periódico

Nuevo Aragón. Buena parte de los operarios de este diario están incluidos en los llamamientos a filas hechos por el ministro de Defensa Nacional. La CNT que no ahorra medios para cumplir éstas y otras disposiciones emanadas del Gobierno, puesto que comprende que sin ellas no sería posible mantener la contienda contra el fascismo, nada tiene que objetar a estas detenciones. Ahora bien; en Caspe se publica otro periódico afecto al Frente Popular. Este periódico -El Fis- se encuentra en condiciones por lo menos iguales a las del mencionado. Su propio director está afectado por la movilización; debería por tanto haberse presentado ya en las Cajas de Reclutas y gran parte de los trabajadores del mismo deberían ser también movilizados. Todos ellos están colocados en ese diario por mediación del Partido Comunista, puesto que están movilizados por éste y figuran en una de las Brigadas mandadas por el teniente coronel Galán, que opera en el frente de Teruel.

»Los coches de la línea de correos establecida por el Departamento de Transportes del Consejo de Defensa de Aragón entre Caspe y Binéfar han sido incautados también por la 11 División.

»La compañera Josefina Salavera, que se hallaba encinta, fue detenida y maltratada por las fuerzas del Orden Público, simplemente por el hecho de no querer firmar lo que su compañero, que se hallaba detenido, había negado con insistencia.

»Al unísono de ésta situación, otras fuerzas, también de la 11 División, se personaron en Alcañiz con gran aparato de máquinas de guerra. Conocemos por referencia que el mismo día de la llegada fue cursado un telegrama al ministro de Defensa Nacional, por los responsables de dicha División, en el que se le hacía constar que por no haber encontrado ayuda en la ciudad de Alcañiz, sus fuerzas se habían visto obligadas a campar en las afueras de ésta, en unos olivares situados a un kilómetro.

»El cerco de la población se acentuaba cada día más, hasta el extremo de que en el recorrido citado han sido colocadas hasta tres guardias de las mencionadas fuerzas. Ni el Consejo Municipal, ni ninguna de las autoridades de Alcañiz conocen la menor indicación de los jefes de la

11 División en el sentido expresado. Nadie recibió petición alguna de alojamiento, lo que prueba que se pretendía realizar un hecho de fuerza, como después ha sucedido. El Comité Regional de la CNT, organismo legal, responsable y representativo de una gran mayoría de opinión en los pueblos aragoneses, ante las contingencias alarmantes que ofrecía la presencia de la 11 División en Caspe e inmediaciones de Alcañiz y ante el nombramiento del nuevo gobernador general de Aragón, se decidió a enviar a Caspe, lugar de residencia de la autoridad máxima de Aragón, una delegación para recabar del señor Mantecón autorización para enviar otras delegaciones a los pueblos de toda la región, que se encontraban aislados del Comité Regional y que no podían seguir los acontecimientos al momento. Este deseo del Comité Regional, se comprenderá que estaba informado por la necesidad de llevar las precisas consignas a los pueblos con el fin de que en ellos no se produjeran hechos de fuerza que todos habríamos tenido que lamentar. El gobernador general se adelantó a estos deseos del Comité Regional y llamó a sus representantes a una entrevista en su despacho de la Presidencia en Caspe. A ella acudieron los compañeros Francisco Muñoz, Miguel Vallejo y Manuel López, los que después de haber permanecido durante cinco días detenidos y habiendo sido objeto de las mayores vejaciones que en informe detallado presentamos más abajo, han sido puestos en libertad y reintegrados a sus puestos en este Comité Regional. A pesar de esto será necesario destacar la gravedad e importancia de este hecho y el abuso de autoridad que supone la detención de nuestros compañeros, de los que durante cuatro días no hemos sabido nada en absoluto. Este Comité Regional hizo insistentes reclamaciones para que se averiguara el paradero de estos compañeros, además del chofer que les conducía y del coche que fue requisado por las fuerzas de esa División que nos ocupa. A tal extremo que este Comité Regional se dirigió al jefe de Estado, al Gobierno y a las autoridades militares del frente de Aragón, por medio de telegramas, solicitando una intervención rápida para lograr averiguar el paradero de estos compañeros. Hasta el pasado día 25 por la tarde no se supieron noticias exactas del lugar en que se hallaban, que fue comunicado por el gobernador de Aragón ante las conminaciones que se le venían haciendo, pero de nuevo nos fue comunicado que dichos compañeros se hallaban retenidos por la 11 División, la que negaba toda autoridad al gobernador general de las provincias aragonesas.

»La gravedad e importancia de este hecho no puede escapar a nadie, si se procede de forma tan ilegal contra la representación máxima Con federal en Aragón, y se la tiene ignorada de todos los compañeros durante tantos días es posible comprender que los pueblos hubiesen podido llegar a adoptar medidas de violencia ante estos atropellos incalificables. Evitar esto y lograrlo como así ha sido, fue el principal objetivo de este Comité Regional.

»Aún sin saber el resultado de la entrevista tenida por la antedicha delegación con el gobernador general, fueron cursadas inmediatamente las oportunas órdenes de que por ningún concepto los compañeros de las comarcas se decidiesen a actuar en ningún sentido, sino que esperasen indicaciones de los miembros del Comité Regional que estábamos en libertad.»

He aquí lo que han manifestado los compañeros que durante cinco días han permanecido secuestrados por las fuerzas de la 11 División, al ser puestos en libertad:

«En la mañana del día 12, por acuerdo del Comité Regional, nos trasladamos a Caspe para entrevistarnos con el gobernador general de Aragón; como quiera que por razones que se nos dieron no fue posible celebrar la entrevista en dicha hora, se nos indicó que seríamos llamados aquella misma tarde, por cuyo motivo regresamos a Alcañiz para dar cuenta al Comité Regional de nuestra gestión y esperar la llamada del gobernador. Entre cinco y seis de la tarde fuimos llamados por teléfono, e inmediatamente nos pusimos en viaje hacia Caspe los compañeros Muñoz, López y Vallejo con un chofer de la Colectividad de Transportes, observando al pasar por la carretera que las fuerzas de la 11 División comenzaban a tomar posiciones y atrincherarse.

»Llegados a Caspe nos entrevistamos con el gobernador general de Aragón, transcurriendo nuestra conversación en términos cordiales., Seguidamente, para darle la seguridad de que nada ocurriría en Aragón, se le comunicó que la CNT el día siguiente, tenía convocado un Pleno de comarcales en Alcañiz, para lo cual se le pidieron toda clase de garantías

para que los compañeros delegados que viniesen al mismo no fuesen molestados en absoluto. A este respecto le manifestamos al gobernador que de no celebrarse el Pleno convocado la desorientación entre los pueblos cundiría, pudiendo dar lugar, incluso, a que si las provocaciones de que venían siendo' objeto persistían, por no haber podido reunirse para tomar acuerdos en uno u otro sentido se provocase una situación que nosotros estábamos interesados en evitar. El gobernador tuvo en cuenta nuestras manifestaciones y prometió conceder toda la clase de garantías que nosotros pedíamos, dando con esto fin a la entrevista.

»Como teníamos en cuenta lo observado al venir a Caspe y los preparativos que la 11 División hacía, solicitamos la autorización correspondiente para poder salir de Caspe con toda clase de garantías que permitiese nuestro traslado a Alcañiz. Por parte del nuevo gobernador se nos facilitó un salvoconducto redactado con las necesarias condiciones para que no fuésemos objeto de ningún obstáculo. Con esa confianza nos pusimos en viaje y, efectivamente, el control de guardias de asalto que había a la salida de Caspe nos permitió pasar; pero cuando llegamos al control primero que las fuerzas de la 11 División habían establecido ya en la carretera fuimos detenidos, obligándosenos a esperar a que se personase en la referida guardia el comandante que aquella noche tenía a su cargo todas las guardias que en las inmediaciones de Caspe había establecido la 11 División. En esa situación permanecimos dos horas aproximadamente, hasta las once y media de la noche, llegando por fin el comandante Carreras, el cual, al visar nuestro salvoconducto opuso algunos reparos y nos indicó la conveniencia de que fuéramos a proveernos de otro salvoconducto que ofreciese más garantías. Así lo hicimos, y creyéndonos ya perfectamente documentados nos pusimos de nuevo en viaje hacia Alcañiz y otra vez fuimos detenidos, haciéndonos volver a Caspe sin que los controles militares que tenía establecidos la 11 División nos permitiesen pasar. De nuevo en Caspe nos personamos otra vez en el despacho del gobernador para informarle de los inconvenientes que se nos ponían y de la escasa autoridad que para las fuerzas de la 11 División ofrecía la firma del gobernador. El secretario del gobernador, que fue a quien comunicamos el último entorpecimiento, se encargó de realizar gestiones para conseguir definitivamente, y por tercera vez, que se nos dejase el paso libre hasta nuestro destino. Ya no

nos cupo lugar a dudas de que todo estaba perfectamente normalizado y con el compromiso de los militares para dejarnos pasar; por lo cual volvimos a ponernos en viaje Y justamente cuando llegamos al control de referencia de la 11 División se nos detuvo, pero esta vez con la agravante de no dejarnos en libertad, reteniéndonos hasta el amanecer, a cuya hora, convenientemente escoltados, fuimos conducidos al lugar conocido por la Torre del Bosque, situada a nueve kilómetros de Caspe, a la orilla del Ebro, en la parte oeste de dicha población, en cuyo lugar, a juzgar por los preparativos que se habían hecho, temimos ser ejecutados sin formación de causa, en la forma más vil y cobarde que concebirse puede. No fue así y en su defecto se nos recluyó en una bodega que chorreaba agua por todas partes, y aunque protestamos de aquel trato desconsiderado e inhumano fuimos advertidos de forma despectiva y violenta para que dejásemos de protestar y penetrásemos en ella. Forzosamente tuvimos que hacerlo así y seguramente para que no se nos ocurriese escapar se colocó a nuestra vista un puesto de guardia.

»En aquel recinto hemos permanecido secuestrados cinco días y en la mayor parte de este tiempo hemos visto como desayunaban los soldados sin que a nosotros se nos trajese alimento alguno. A la hora de comer, excepción hecha de algunos días, se nos han hecho comer las sobras de los soldados que nos custodiaban. No se nos facilitaron mantas ni nada que pudiese preservarnos de la humedad y del agua existente en aquella bodega; como tampoco se nos daba de comer tenemos necesidad de protestar enérgicamente del trato brutal de que hemos sido objeto, sólo comparable al que se daba a los detenidos en épocas de cruenta represión dictatorial.

»Podemos afirmar, ya que ello ha sido declaración del propio gobernador general de Aragón, que nuestra detención era ignorada por todos, hasta por los representantes de la autoridad máxima del Gobierno de la República. Tanto es así, que en esas condiciones se ha hecho posible que circulasen infinidad de bulos acerca de nuestra desaparición, bulos que trataron de desvirtuar infructuosamente, sin pruebas ni datos, en el periódico El Día de Caspe.

»Al cuarto día de nuestro secuestro en aquellos parajes fue llamado el secretario general del Comité Regional de la CNT, compañero Francisco Muñoz, para ser interrogado por un juez militar. Aunque de lo declarado no se levantó el atestado correspondiente, es necesario afirmar que se le amenazó de muerte si no respondía afirmativamente a cuanto se le preguntaba. El juez que le interrogó es capitán y se apellida Torres, el cual se hacía acompañar por un teniente cuyo nombre ignoramos. En este asunto intervenían exclusivamente los jefes de la 11 División, ya que hasta nosotros llegaron los nombres de Carrera, Líster, Trigo, más el susodicho Torres como partes interesadas en que nuestro secuestro permaneciese ignorado. Durante el interrogatorio a que fue sometido el compañero Muñoz se le quiso hacer responsable de cuantos hechos acontecieron en Aragón desde tiempo inmemorial; se intentó poner en evidencia su calidad de antifascista, obligándole a relatar minuciosamente 'la forma en que salió de Zaragoza y el por qué había marchado de la zona facciosa. No fueron tan sólo para nuestro compañero secretario las injurias y los insultos más soeces, sino que el mencionado juez militar, Torres, se permitió de un modo insultante, motejarle de cobarde e irresponsable, añadiendo a todo ello un léxico plagado de frases groseras hacia el comandante jefe de la 25 División Antonio Ortiz.

»Convencidos de que todas las coacciones y amenazas resultarían vanas para que ninguno de nuestros compañeros cargase con la responsabilidad de hechos que no habían cometido ni en los que no tenían participación, el juez militar ordenó de nuevo fuese reintegrado el compañero Muñoz a la bodega en que se hallaba recluido con los otros camaradas.

»Hay que advertir que esta misma División tenía otros dos lugares de encierro en los que se hallaban 13 y 24 detenidos respectivamente. A uno de los detenidos, el compañero Custodio Gracia, se le ocuparon una cartera con documentación y mil cien pesetas, un encendedor y un cinturón que no le han sido devueltos.

»Cuando el gobernador general de Aragón pudo averiguar donde nos hallábamos envió una sección de fuerzas del Orden Público, mandadas por un teniente para que fuésemos trasladados a su presencia. Al ser

requeridos para que diésemos nuestros nombres al referido juez, Torres, uno de los guardias preguntó si había alguna novedad, contestándole con un tono airado que había muchas novedades: entonces, dirigiéndose a nosotros, manifestó que tenía un gran disgusto en dejarnos en libertad y que aunque la partida había sido ganada por nosotros, que tuviéramos en cuenta que cuando nos encontrásemos de nuevo, el que antes disparase su pistola sería el que decidiría la contienda. Agregó que su deseo hubiera sido "darnos el paseo", desatándose en improperios y vejámenes para la mayoría de los detenidos que en su presencia nos hallábamos, llegando a calificar de "cabrón, hijo de puta y asesino" al compañero Ramón Royo y dos compañeros más de Olite, usando el calificativo general de asesinos con el resto de los detenidos, sin que para ello se adujera prueba alguna.

»Entre los detenidos había un periodista, apellidado Marsach que, herido en el frente había sido dado de alta en un hospital. A consecuencia de su herida se le había formado una úlcera que le dificultaba las digestiones, no pudiendo ingerir, por lo tanto, otros alimentos que no fuese leche. Mientras permaneció secuestrado no recibió asistencia médica ni los necesarios alimentos que su salud exigían, llegando en las últimas noches de su permanencia en la bodega a sufrir grandes dolores que no tuvieron en cuenta los responsables de la 11 División.»

Hasta aquí el informe que nuestros compañeros han dado de su detención, de la que dimos conocimiento mediante telegrama a las autoridades de la República para que se averiguase el paradero de ellos, ya que todo hacía suponer se hallaban detenidos de forma arbitraria y sin procedimiento legal alguno.

En la mañana del jueves día 12, sin mandato legal ni orden alguna que justificase tal actitud, irrumpieron en el domicilio del Comité Regional de la CNT gran cantidad de fuerzas de la 11 División, al frente de las cuales iban un comandante apellidado Arroyo y un comisario político de uno de los batallones de la Cien Brigada Mixta, los que procedieron a efectuar un registro en dicho local, siendo advertidos por los compañeros que quedaban del C. R. que debían llevar orden expresa y escrita para hacer tal

registro, suscrita por la autoridad civil a cuyo fuero, como paisanos, nos hallábamos sometidos.

Por lo tanto, el que fueran fuerzas militares las que realizaban tal diligencia fue motivo para que se consultase al gobernador general de Aragón, el cual, por teléfono y en presencia nuestra, desautorizó a los oficiales que mandaban las fuerzas que habían entrado en nuestro domicilio social y advirtió que de ninguna forma se llegase a la incautación o clausura del referido centro. A tal medida, el comisario antedicho manifestó que a él no le importaba en absoluto el gobernador militar, ya que tenía órdenes secretas que forzosamente tenía que cumplimentar. Horas después secundaron la labor de los elementos militares fuerzas de Orden Público, que practicaron detenciones, encontrando algunas armas en el local.

A la vez se procedía en todos los centros sindicales de la CNT-FAI y Juventudes Libertarias a efectuar idénticos registros y detenciones que en ellos se hallaban.

En la tarde del mismo día, encontrándose reunidos en la Casa Consistorial el Consejo Municipal en Pleno, para tratar de la contestación que tenía que enviar al saludo que el gobernador general de Aragón había remitido al Consejo General de Alcañiz, se presentó un comisario con fuerzas a sus órdenes y exhibiendo una autorización del juez de Instrucción de la Plaza, procedieron a efectuar un cacheo en todas las dependencias del referido Consejo, notificándoles que mientras no se diesen por terminados los cacheos permanecían detenidos los consejeros en el salón de sesiones en que se hallaban. Una vez terminado el registro se les comunicó que quedaban detenidos y a disposición del gobernador por haberse encontrado determinada cantidad de plata en moneda de cinco pesetas, cantidad que el Consejo Municipal había llevado repetidas veces al Departamento de Hacienda del Consejo de Aragón en Caspe para que en él le aclaras en el alcance de la disposición que prohibía tener plata. Después de permanecer detenidos en el Consejo Municipal durante más de cuatro horas, una sección de guardias de asalto los trasladó a comisaría y de allí a la cárcel. El día siguiente vino el juez a tomarles declaración para determinar si había lugar a procesamiento; seguidamente fue llamado y trasladado el

presidente destituido de la cárcel al Consejo Municipal para que ante una comisión gestora, nombrada según acreditaban sus credenciales por el teniente coronel de la plaza, hiciese entrega de los fondos municipales. Dicha comisión gestora está integrada por cuatro consejeros: Angel Sanz Navarro, de Izquierda Republicana; Pascual Noguera Gómez y Rafael Sánchez por la UGT y Fabián Gil Barberán del Partido Comunista, haciendo constar que de esta comisión solamente hay uno que sea vecino de la localidad. Con los consejeros fue detenido también todo el personal empleado en las oficinas y dependencias del Consejo Municipal.

El último registro practicado en el local de la CNT dio como resultado el hallazgo de una cantidad aproximada de trescientos jamones, que obraban en poder del Comité Regional como depósito del pueblo de Segura de Baños, que había tenido que ,ser evacuado hacía unos meses por hallarse enclavado en la línea de fuego de determinado sector del frente. Como de dichos jamones existía en poder del C. R. a la vez que en el del Consejo Municipal del mencionado pueblo recibo de la entrega de los mismos, que deberían ser devueltos cuando el citado Consejo Municipal estimase necesario. Los compañeros del C. R. no creyeron oportuno oponerse a la incautación practicada por las fuerzas de la 11 División, pues comprendían que ni aun él tenía autoridad ni derecho para disponer de los mencionados jamones.

Con este hallazgo se ha especulado de una forma insultante contra la moralidad y honradez de la organización confederal, ya que sabiendo cómo se advirtió a las fuerzas que se los llevaron que dichos jamones pertenecían a los evacuados del referido pueblo, éstas los exhibieron amontonados en el patio del Comité Regional, creando en el pueblo una aversión contra los compañeros de dicho Comité. Al mismo tiempo se recrudecía la persecución más sañuda contra los compañeros del Comité así como a todas las compañeras y familiares, entre ellos buen número de niños que sin ninguna consideración fueron detenidos y conducidos a la cárcel, donde han permanecido dos días. Las mismas fuerzas, después de destrozadas las paredes y el suelo del edificio, desvalijaron las secretarías y habitaciones particulares, destrozando algunos muebles y llevándose ropas de uso personal así como diez máquinas de escribir y otros enseres de las

secretarías. Esas mismas fuerzas se atrevieron a abrir la correspondencia dirigida al C. R. en presencia del compañero contador. También se incautaron los de la 11 División de siete automóviles, una camioneta y dos motocicletas, propiedad del Comité Regional y de los cuales existían patentes extendidas por la Delegación de Hacienda del gobierno de la República en Castellón. Igualmente se han incautado de todas las cabezas de ganado lanar pertenecientes a la Colectividad de Pastores, sin tener para nada en cuenta las constantes disposiciones que las autoridades de la República han dictado relativas a la reproducción y limitación del consumo de ganado.

Todos los detenidos han sido objeto del peor trato y de los mayores insultos contra sí y sus familiares, por parte de la 11 División que se ha comportado de manera incivil con el pueblo de Akañiz. Algún compañero, entre ellos Ramón Jallo, han escuchado de labios del comandante en jefe Líster, amenazas de muerte. Se ha procedido igualmente en Alcañiz, por parte de la 11 División, a la requisa de cuantos vehículos poseía la Colectividad de Transportes y a la intervención de los talleres en los cuales se hacen ahora las reparaciones de los coches de la 11 División, dejando sin servir las necesidades de los pueblos cercanos y de la localidad, que no pueden suministrarse de víveres, creando con ello un grave problema de hambre en los pueblos.

Tenemos datos elocuentes de cuanto ha acontecido en otros pueblos de Aragón por parte de otras divisiones además de la 11.

En Esplús, fuerzas de la 27 División -Carlos Marx- entraron desplegadas en guerrilla y haciendo fuego contra unos campesinos que se hallaban trabajando en la huerta. Seguidamente practicaron algunas detenciones, entre ellas las de varios milicianos de la 127 Brigada Mixta que se hallaban con permiso en dicho pueblo.

En Alcolea de Cinca, fuerzas de la misma División procedieron a la detención de los miembros del Consejo Municipal, exigiéndoles a la vez que fueran entregadas la mitad de las verduras y cincuenta litros de leche diarios. Un local habilitado para los ancianos de los pueblos próximos al

frente, refugiados en el mismo y debidamente atendidos por la colectividad, fue incautado por las mismas fuerzas arrojando a la calle sin la menor consideración a los ancianos que en él se hallaban. También se incautaron de los locales de los Sindicatos y de Juventudes Libertarias, destrozando las banderas y colocando una marxista en el local de la Juventudes Unificadas, creadas en aquella misma fecha.

En Barbastro, el día 13 de madrugada, fuerzas de Orden Público, con elementos civiles del Partido Comunista tomaron por asalto la casa CNT-FAI incautándose de ella las fuerzas mencionadas y llevándose detenidos a todos los compañeros que en ella se hallaban. Las detenciones efectuadas en Barbastro ascienden a más de sesenta.

En Monzón las mismas fuerzas detuvieron a los miembros del Consejo Municipal, que fue trasladado detenido a Barbastro, siendo puestos en libertad los miembros de otros partidos y dejando presos a los de la CNT.

El día 12 del mismo mes se presentaron en el pueblo de Angüés fuerzas pertenecientes a la División Carlos Marx. Un kilómetro antes de llegar al pueblo apagaron las luces de los camiones y procedieron a desplegarse en guerrilla, como si se tratara de la ocupación de algún pueblo de la zona fascista. Haremos constar que en el citado pueblo se hallaban de guarnición las fuerzas de la Sección Cuerpo de Tren y Compañía de Intendencia de la 127 Brigada Mixta. Personadas las fuerzas de Carlos Marx en el pueblo, procedieron en primer lugar a efectuar un registro en el local del Sindicato único de Trabajadores de la CNT, incautándose de un aparato de radio y una máquina de escribir, destrozando las alegorías existentes en el mismo y la biblioteca. Después procedieron a la búsqueda y detención de los compañeros que constituían el Consejo Municipal, siendo detenidos cinco de ellos. Posteriormente y sobre las 11 de la noche emplazaron en el centro del pueblo, en lo que antes fue Iglesia cuatro ametralladoras. La iglesia servía de almacén de víveres de la Intendencia de la 127 Brigada y se hallaba custodiada por fuerzas de la misma. Éstas fueron invitadas a retirarse del local y a que les hicieran entrega de las llaves, a lo que se negaron ya que su pretensión no iba avalada por orden alguna ni siquiera por el jefe de la Brigada. Durante la noche y día siguiente se continuaron practicando

los registros en domicilios particulares y cooperativas, apoderándose en el almacén del Comité Comarcal de Colectividades de treinta sacos de azúcar, algunos kilos de café y algunas aves de corral robadas de los corrales particulares. A las cinco de la tarde del día 13 marcharon del pueblo las referidas fuerzas, dejando en los vecinos al igual que en todos los pueblos por donde pasaron un recuerdo doloroso por los robos y atropellos de que habían sido objeto sus habitantes. Por último, en la mañana del día 13, sobre las nueve horas, un nuevo grupo de soldados de la misma Brigada se presentó en 'los locales de la Colectividad y encañonando a dos ciudadanos inválidos que estaban haciendo la distribución de los alimentos, se llevó la única máquina de escribir que quedaba en el pueblo, completando así el saqueo del día anterior.

Otro hecho lamentable ocurrió en la comarcal de Mas de las Matas. Cuando de este pueblo se dirigían a Alcañiz cuatro guardias de orden público del Consejo de Aragón, al llegar a las inmediaciones de esta población, los controles que minutos antes se habían establecido en las carreteras los detuvieron, siendo conducidos al cuartel general que la 11 División tenía en la carretera de Alcañiz a Caspe. Como los detenidos eran custodiados por un coche que marchaba delante con fuerzas de dicha División, supusieron -y para suponerlo tenían sobrados motivos dada la actitud nada correcta de quienes les detuvieron- que iban a ser fusilados. Bajo esta impresión, dos de ellos se tiraron del coche en marcha, yendo a caer en la cuneta y pudieron escapar aprovechando la oscuridad de la noche. Los otros dos continuaron su marcha en el coche sin que hasta la fecha se tenga noticias de su paradero.

Del pueblo de Valderrobres fueron detenidos los compañeros Jacinto Prades, Manuel Cardona y Sebastián Boltaina, los que se dirigían a Alcañiz con objeto de adquirir abono para la próxima cosecha. A su llegada a Alcañiz fueron detenidos, conducidos al cuartel general de la 11 División y enviados más tarde al lugar donde se hallaban secuestrados los compañeros del C. R., donde permanecieron hasta que fueron puestos en libertad estos últimos. Por referencias sabemos que quien efectuó la detención de estos compañeros y la incautación del coche que les conducía fue un capitán apellidado Benajes.

En Montalbán, fuerzas de la 30 División practicaron registros en los Sindicatos y en el Consejo Municipal, procediendo a la detención de varios compañeros y miembros del Consejo.

En Utrillas, las mismas fuerzas repitieron registros y detenciones. En Escucha prosiguieron los mismos registros en Sindicatos y en el Ayuntamiento, llevándose muebles y máquinas de escribir y fueron detenidos todos los compañeros del Consejo Municipal; poniendo en libertad solamente a los miembros de la UGT.

En Palomar de Arroyos, se practicaron igualmente registros y detenciones, entre ellas la del presidente del Consejo Municipal, llegando a llevarse como objeto delictivo unos pendientes de niña, de la hija del conserje del Sindicato.

En Muniesa, fuerzas de la 27 División, que hace un tiempo se hallan descansando en dicha localidad, realizan constantemente una labor destructora de las colectividades. Días pasados, los jefes de esa División organizaron un mitin invitando al pueblo, que percatándose de la maniobra que con el acto se perseguía no acudió, lo que fue motivo de que se suspendiera el mitin anunciado.

En los pueblos de la Hoz de la Vieja, Alcaine, Jasa y Obón, se practicaron registros que dieron por resultado el hallazgo de algunas escopetas viejas.

En Blesa, fuerzas de la misma División, durante la noche se dedicaron a embadurnar las paredes del pueblo con inscripciones despectivas para la CNT, la revolución y las colectividades. La misma noche se llevaron un carro que efectuaba el reparto de carne de la colectividad y pintaron sobre su toldo un gallo y debajo la inscripción «Este es el Comité de la CNT». Los compañeros del pueblo trasladaron el carro al jefe de la 27 División para que castigase a quienes se mofaban y desprestigiaban a una organización responsable. Disimulando mal la satisfacción que le producía aquel hecho, éste les contestó que no podía hacer nada en aquel asunto por no ser de su competencia.

Estas son las pruebas concluyentes que el Comité Regional de la CNT en Aragón presenta a las autoridades de la República para que se sancione a los que de forma tan incorrecta se comportan con los campesinos, quienes se esfuerzan constantemente para que nada falte en los frentes ni en la retaguardia. El resultado de este desenfreno (...) no tardará en observarse. Conocemos suficientemente a los pueblos aragoneses para poder afirmar que si en Aragón no cesan las provocaciones y las injurias que contra el pueblo y la organización confederal se cometen, si no se sanciona con energía a los que tan indignamente procedieron, si no se libera a los que el terror tiene presos, si no se reivindica plenamente la dignidad de una organización mancilla da por la maledicencia y las maniobras elevadas a odio, si no se restituyen todos los efectos y armas incautadas al pueblo, si no se garantiza el normal desenvolvimiento de nuestra organización, si no se respeta nuestra obra y nuestros hombres, estamos seguros de que los trabajadores aragoneses formarán un concepto demasiado desfavorable de quienes, teniendo obligación de administrar justicia, se dedicaron a favorecer el crecimiento innoble de un partido que, incapaz de lograr adeptos por el convencimiento, ha preferido tenerlos por el terror y la calumnia. (...)

(...) Esperamos que resuelva inmediatamente este enojoso asunto de la actualidad aragonesa, teniendo siempre en cuenta la realidad de nuestros frentes; que resulta monstruoso y criminal dejar desatendidos para dedicar las fuerzas del Ejército Popular a mantener e introducir una política que el pueblo repudia porque parece ser nacida para truncar sus libertades y sus conquistas, ya que en lograrlo cifra sus mayores afanes.»

Por el Comité Regional,

Francisco Muñoz

Anexo 2:

CONFEDERACIÓN REGIONAL DEL TRABAJO DE ARAGÓN, RIOJA Y NAVARRA

Pleno regional de sindicatos de Aragón

Caspe, 11 septiembre 1937

Este documento, procedente del Archivo de Recuperación de Salamanca, nos ha sido facilitado por un grupo de estudiosos de la Facultad de Económicas de Zaragoza. (N. del A.)

Cuatro palabras

La relación de hechos que siguen a este prólogo, constituyen el proceso de la trayectoria de la CNT en el territorio liberado de Aragón.

Publicamos este folleto, no como un mero justificante de nuestra conducta; menos todavía como vehículo de acusación contra nadie; nos guía únicamente el deseo sincero de servir la verdad y de rendir cuentas al pueblo laborioso de la España leal.

Por espacio de diez meses, hemos sido los propulsores más destacados de la vida política, social y económica de la vida aragonesa. Esta situación nos granjeó el odio de unos y la simpatía de otros. En el transcurso de los acontecimientos hemos constatado que cometimos el tremendo error de haber .sido excesivamente confiados con quienes, simulando ser nuestros aliados y colaboradores, conspiraban sin descanso por el logro de nuestra eliminación. Pero la CNT siempre honrada y sincera, continuó su trayectoria sin percibir el puñal alevoso de la traición que, cual daga florentina, había de pulverizar un día su grandiosa obra de reconstrucción social.

Todavía se preguntan muchos cómo fue posible que esa obra colosal que representó el Consejo de Aragón pudiera ser derrumbada sin que nuestra Organización Con federal opusiera resistencia. Esto es fácil de comprender: nosotros queremos ardientemente ganar la guerra y por esta razón hacemos cuanto nos es posible para rehuir la lucha criminal y fratricida entre la familia antifascista.

Pero que conste bien alto. La CNT ha sabido perder conquistas bien sagradas; la CNT ha derramado y derrama mucha sangre; la CNT ha contestado a las agresiones del sectarismo político cubriéndose de gloria

en Be1chite, Quinto, Puebla de Albortón, etc.; y, por último, la CNT no renuncia a seguir luchando por la total emancipación de la clase trabajadora.

El Comité Regional de Aragón se siente orgulloso de su labor, y dice al pueblo: nadie ha destruido nuestra obra, porque nadie la ha sustituido, tened esperanza y optimismo, que ya la verdad se va abriendo paso y pronto volverá a nosotros lo que la obcecación nos arrebató. No olvidemos que somos los forjadores de ese mundo que comenzó a surgir en la gloriosa epopeya del 19 de julio y cuyo término ha de ser el fin de toda clase de tiranías.

ORDEN DEL DÍA DISCUTIDO EN EL PLENO DE SINDICATOS

1. Informe verbal del Comité Regional y aprobación a lo que proceda del mismo.

2. Informe escrito que deberán traer todos los sindicatos, relatando de la forma más concreta posible su situación e incidencias si las hubo.

3. Nombramiento del Comité Regional con arreglo a los acuerdos de organización, o sea a razón de cuatro compañeros por provincia.

4. Localidad que se considera más conveniente para residencia del Comité Regional.

5. ¿Cree la organización que debe seguir publicándose "Cultura y Acción»? Caso afirmativo nombramiento de cuerpo de redacción.

6. ¿Qué relaciones y forma de colaboración estima la organización deben existir entre ella y los consejos municipales, provinciales, regionales y demás organismos de carácter oficial en que se solicite su colaboración?

7. Siendo indispensable reorganizar y prestar una mayor atención a los sindicatos, ¿procede dar ingreso en los mismos, previa la natural depuración, a cuantos trabajadores colectivistas o individuales lo soliciten, aun cuando pertenecieran antes del 19 de julio del 36 a otros sectores o no estuvieran en ninguno?

8. ¿Qué relaciones y control deben existir entre los sindicatos y las colectividades de trabajadores?

9. Conveniencia de estructurar los comités de enlace CNT-UGT.

10. Asuntos generales.

Relación de acuerdos recaídos en el Pleno Regional de Sindicatos de Aragón, celebrado en Caspe los días 11 y 12 de septiembre de 1937.

Celebrada la primera sesión en el local de Oficios Varios y las dos siguientes en el teatro Goya de la localidad.

Son numerosos los delegados que asisten a esta gran asamblea. De todos los rincones de Aragón liberado acudieron representaciones de los Sindicatos de la CNT deseosos de conocer el desarrollo de los acontecimientos y contribuir con su esfuerzo al levantamiento de la Organización Confederal de Aragón.

A las 4 de la tarde, declara abiertas las tareas del Pleno el compañero secretario del Comité Regional.

En esta hora solemne, de gran emoción para el proletariado aragonés, dice, ante el avance triunfal de nuestras fuerzas en el frente de Aragón, propongo al pleno, el envío de diferentes telegramas a las Divisiones Confederales, felicitándolas por el tesón que han puesto en la lucha. Asimismo considerando que después de los últimos acontecimientos se ha producido una injusta represión en contra de los militantes de la CNT, propongo también el envío en nombre del pleno, de un saludo cordial y revolucionario a los compañeros que tenemos detenidos en las diferentes cárceles que el gobierno ha establecido en Aragón.

Estas proposiciones son aceptadas por aclamación por toda la asamblea.

Seguidamente se pasa a nombramiento de mesa de discusión que recae en: Comarcal de Sástago para presidir; Albalate de Cinca, secretario de actas y Alcañiz-Construcción, secretario de palabras.

Constituida la mesa, el secretario del C. R. de lectura al informe de la gestión realizada por el C. R.: Dice así:

Informes presentados por el comité regional de la CNT y de los consejeros que han representado a la CNT en el Consejo de Aragón dando cuenta

de su gestión al pleno de sindicatos, celebrado en Caspe, los días 11 y 12 de septiembre de 1937.

INFORME DEL COMITÉ REGIONAL

Iniciado el movimiento subversivo el 19 de julio de 1936, vencido el proletariado aragonés por los facciosos, el pueblo catalán, dueño de la situación en aquella región y consciente de los momentos que España vivía en aquella hora grave, organizó con toda rapidez sus efectivos militares y revolucionarios, para acudir y expulsar de nuestra región, a los fascistas que en mala hora se habían adueñado de ella. Columnas de heroicos milicianos acudieron en nuestro auxilio. Todas ellas estaban constituidas por compañeros de diversos matices y todos ellos rivalizaban a la vez por apuntar éxitos a la honrosa causa antifascista.

Por motivo de esta lucha nuestras milicias lograron adentrarse hasta el mismo corazón de Aragón. Pueblos y más pueblos se liberaron, pasando a ocupar el primer plano en la administración de los mismos las organizaciones obreras y partidos antifascistas.

En estas circunstancias, rota circunstancialmente la autoridad del Gobierno de la República, que radicaba por aquel entonces en Madrid, no faltó en ningún lugar el elemento incontrolado, y en mayor cantidad que en ninguna parte se asentó en Aragón, quien, situado entre Cataluña y Levante, facilitaba el acceso de estos indeseables en la región por ofrecer toda una serie de dificultades para contar con el apoyo del Gobierno, ya que éste tenía que atender necesidades más apremiantes en otras provincias. Había que ir ordenando una situación que, por ser de guerra contra el fascismo, c;,a necesario liquidar de una manera definitiva.

Era preciso imponer un orden revolucionario, un orden que obstaculizase la obra nefasta y catastrófica que realizaban los que, al socaire de la revolución, pretendían hacer su agosto. Había que terminar también con las determinaciones que cada pueblo de por sí adoptaba.

Y en estas condiciones colocadas las cosas, no existiendo cohesión entre las organizaciones antifascistas regionalmente ni siquiera por provincias, se hacía necesario que alguien iniciase alguna actividad tendente a terminar con la desorganización de los primeros días, para que así se pudiesen abastecer los pueblos de los artículos que necesitaban y para que nadie, en nombre de ningún partido ni organización, procediese con los pueblos de una forma caprichosa, requisando sin control y colocando en triste situación a los que de forma desinteresada se asociaban al dolor español y laboraban activamente por atajar el mal que aquejaba a nuestro pueblo.

Entonces fue la CNT la que marcó la pauta. El día 29 de agosto del 36, previa convocatoria hecha por algunos de los que formaban parte del Comité Regional de Zaragoza, se celebró el primer Pleno de Sindicatos de Aragón, en Caspe. El salón donde se celebró este comicio, estaba completamente atestado de delegaciones de los pueblos aragoneses, y fueron ellos, no los comités, los que determinaron la conducta que tenía que seguir nuestra organización en bien de la guerra y por el mejor éxito de nuestras concepciones constructivas, de acuerdo con las demás fracciones antifascistas, en nuestra retaguardia, que a partir de aquel momento se transformaba de burguesa que había sido en proletaria.

De ese Congreso salió nombrado el Comité Regional y se empezó a actuar de una manera responsable como organización en Aragón.

Puesta en marcha nuestra gestión, hemos de hacer constar que al no existir en Aragón organismos rectores, los pueblos, hasta aquellos que no estaban encuadrados en la CNT, acudían a nosotros a consultarnos sobre asuntos, y a interesar apoyo para llevar a cabo determinadas empresas que no se decidían a realizarlas ante el temor de que se les sabotease por algunos de los que nunca están conformes con nada.

Nosotros a todos atendimos, lo mismo a amigos que a extraños, y hoy, transcurridos 14 meses de lucha, ningún pueblo aragonés puede acusamos de haber sido parciales en nuestra gestión, ni de haber sido elementos que, aprovechándose de las circunstancias, hayamos coaccionado a nadie para obligarles a coger nuestro carnet sindical.

Cúmplenos hacer resaltar que con organismos políticos de Aragón no pudimos, en los primeros meses, entrar en relación de ninguna manera. Sabíamos que en España funcionaba el Frente Popular, pero sabíamos, también, que en Aragón (ignoramos por qué causas) este organismo no daba señales de vida. Hubimos de acometer, por tanto, una acción por nuestra cuenta y riesgo, pero no por ello desistimos en buscar hasta encontrar a los componentes de las otras organizaciones.

De esta forma estuvimos actuando algún tiempo, hasta que por necesidades de la región, ante la multitud de problemas que se presentaban a diario, se concibió un nuevo sistema de organización que regulara el normal funcionamiento de los pueblos aragoneses.

A tal efecto, el Comité Regional de la CNT convocó un Pleno Regional de Sindicatos en Bujaraloz, para ver de constituir en Aragón un consejo regulador de nuestra economía. Y el Pleno se pronunció de acuerdo con esta concepción, conviniendo en que la responsabilidad de la constitución del Consejo tendría que ser compartida con las fracciones antifascistas que tuvieran existencia en la región.

Para tramitar estos acuerdos fue comisionado el Comité Regional, el cual sostuvo varias entrevistas con los compañeros del Frente Popular de la provincia de Huesca, único organismo que, aunque con muchas deficiencias, existía en Aragón. Estos compañeros cuando conocieron nuestra iniciativa la vieron bien porque ella tendía a terminar con todo género de anomalías que a diario se sucedían en Aragón, pero como se debían a sus organismos nacionales quedaron en consultar el caso con ellos y cuando obtuvieran contestación nos comunicarían concretamente su determinación.

No obstante esta contestación, como urgía una solución rápida al asunto, la CNT decidió constituir el Consejo y asumió para sí al constituirlo toda la responsabilidad. Se constituyó el Consejo, pues, con hombres de la CNT y seguidamente comenzaron las gestiones con el Gobierno de la República para conseguir su legalización. En la realización de estas comisiones participaron también los compañeros del Frente popular

y entre todos apuntaron al Gobierno la conveniencia de constituir el Consejo, deshaciéndose unos y otros en multitud de razonamientos para conseguirlo.

Tras las gestiones vino la legalización y con la legalización la incorporación del Frente Popular al Consejo, convenida después de verificadas algunas comisiones y acordadas las condiciones en diferentes reuniones celebradas al efecto.

Nadie mostró en aquellas primeras gestiones y reuniones el menor recelo. Todos nos expresamos en términos de gran cordialidad y sensatez; a partir de entonces parecía ser que en Aragón se imponía el buen sentido y que todo iba a discurrir por cauces rectos y responsables.

Cuando el Consejo nació estaba desnudo. Era preciso apoyarlo para que pudiera actuar y por parte de la CNT se le asistió convenientemente para que pudiera iniciar sus actividades con alguna garantía. Se le proveyó de máquinas de escribir, despachos y otros utensilios necesarios. Asimismo se gestionó la adquisición de una imprenta para que el Consejo pudiera editar un portavoz diario que sirviera de exponente de todas sus actividades, y a la vez fuera el fiel intérprete de las aspiraciones del pueblo aragonés. Todo se hacía con la mejor buena fe y jamás la CNT presentó factura del apoyo que prestara al Consejo.

Firmada por todos los consejeros, tanto de la CNT como del Frente Popular, una vez en funciones de gobierno, se redactó la declaración política del mismo, se imprimió y se distribuyó por Aragón y por todas las provincias de España que están liberadas del fascismo. También la prensa nacional hizo comentarios de la constitución y demostraba en sus escritos su adhesión a la política que, a partir de aquel momento, se iba a seguir en Aragón.

Sin discrepancias, pues, el Consejo inició su vida oficial. Cada departamento se dedicó a sus funciones peculiares y cada cual buscó la solución de sus problemas respectivos. Afirmamos, en contra de lo que la prensa haya podido decir, que el Consejo de Aragón no tenía un matiz netamente

confederal. Si repasamos todos los boletines oficiales del Consejo, pronto podremos advertir que el Consejo ha sido de todos, puesto que todos han dictado disposiciones tendentes a regular los asuntos que específicamente les correspondían. Por lo tanto la CNT responde de la gestión de los compañeros que le han representado en el Consejo, de ninguna manera responde de la gestión del Consejo en su conjunto.

Todo el Consejo se desenvolvió normalmente mientras en el poder estuvieron representadas las organizaciones proletarias. Se celebraban reuniones con el Frente Popular, se tomaban acuerdos y todo discurría en medio de la mayor armonía. No podemos afirmar si había sinceridad en el Frente Popular. Únicamente nos remitimos a los hechos y ellos serán los que ante la opinión juzgarán la conducta de cada uno.

Cuando el Gobierno de Largo Caballero cayó, las cosas fueron cambiando. Si hasta entonces las atribuciones del Consejo estaban definidas, a partir de entonces dejaron de estarlo y con frecuencia por la presidencia del Consejo éramos citados a reunión con el Frente Popular para decidir las atribuciones del Consejo.

Advertimos a partir de entonces que el primitivo entusiasmo manifestado por el Frente Popular hacia el Consejo había decrecido notablemente; la obra realizada por nuestros departamentos ponía de manifiesto nuestra capacidad superior y Aragón en peso veía en nuestros hombres del Consejo los constructores de un edificio social fuerte e indestructible.

No queremos ser nosotros los que de una forma caprichosa hablemos. Los compañeros que han actuado como consejeros, con los datos que han presentado a la hora de liquidar al Gobierno, demostraron si ha habido o no acierto en su gestión. Del Frente Popular no podemos decir nada. Sólo sabemos que ninguno estuvo detenido, cuando el Consejo fue disuelto y los nuestros, sí. Seguramente lo harían bien.

Volviendo a la relación de hechos, al no existir unidad de criterios, ni la misma interpretación en lo que se refiere a las atribuciones del Consejo, por la CNT y por el Frente Popular se acordó desplazar una delegación

a Valencia para que se entrevistase con el Gobierno, al objeto de que éste aclarase la situación del Consejo de Aragón.

La entrevista no pudo celebrarse porque el automóvil que llevaba a los compañeros del Frente Popular sufrió un accidente y dos de sus ocupantes perdieron la vida.

Posteriormente nos volvimos a reunir. Parecía ser que el Frente Popular discrepaba en lo de la comisión, pero en esta misma reunión se acordó el volverla a realizar. Se realiza ésta una vez terminada vuelven los comisionados a Caspe y cuando se iba a dar cuenta de las gestiones, un representante del Frente Popular dice que no vale la pena que hablemos pues aunque el Frente Popular ha firmado pactos y acuerdos con la CNT, lo hacen de una forma irresponsable, porque la realidad era que en el seno del Frente Popular no había acuerdo de conjunto. Para liquidar aquella situación había convocado el Comité Regional del Frente Popular un Pleno Regional de todas las organizaciones adheridas en Barbastro, haciendo extensiva esta convocatoria a los parlamentarios aragoneses.

De esta forma se ciscaban en los acuerdos que el Frente popular había tomado conjuntamente con la CNT: los actos de propaganda que había que realizar para popularizar el Consejo quedaban sin efecto; sus mismas notas publicadas en su órgano el Día desautorizando a los que hablasen mal del Consejo, como asimismo a los que hiciesen gestiones a espaldas de los organismos responsables, quedaban de la misma forma sin ningún valor.

¿Quiénes eran los que tal maniobra urdían en la sombra? ¿Era el Frente Popular? ¿Eran los parlamentarios aragoneses? ¿Era el Partido Comunista?

Y a esto tendía el célebre Pleno de Barbastro. A desarticular a la CNT; a colocarla en una situación difícil a fin y efecto de que pasase a ser de organismo influyente a postergado.

Decíamos que al Pleno de Barbastro acudieron los parlamentarios aragoneses. Nadie los conoce en Aragón. En los momentos críticos en

que Aragón los necesitaba, estos parlamentarios no estaban. En Aragón sólo había trabajadores que ansiosos de liberar a la región y a España, empuñaban las armas y las herramientas de trabajo y en silencio iban construyendo, laborando por conseguir una economía fuerte; mientras, los diputados y los prohombres de la política regional permanecían lejos de Aragón esperando que el momento de peligro desapareciera para venir como las aves de rapiña a clavar sus uñas en nuestra carne.

Por esto, en el Pleno de Barbastro que se celebraba al ano y pico de iniciada la guerra, solventadas ciertas cosas y considerando que la situación más grave de nuestra guerra ya habla desaparecido, se determinaron en contra del Consejo por el solo motivo de que éste nació bajo las inspiraciones de la CNT. Representantes ellos de la burguesía, no podían permitir que una institución como la del Consejo que había nacido para defender los derechos de la clase trabajadora tuviese vida legal. La fase más pronunciada de la revolución había sido solventada por las autoridades de la República en otras regiones y Aragón no podía ser una excepción en la regla. Y a esto vinieron a nuestra región los diputados a conspirar contra el Consejo y a posibilitar su disolución.

No podía el Consejo ser disuelto sin encontrar una fórmula que cubriera las apariencias. Y esta fórmula fue encontrada por el Partido Comunista.

Cierto día, la prensa comunista de Valencia anunciaba a grandes titulares que determinada organización extremista preparaba un complot en combinación con fuerzas fascistas contra el Gobierno.

No terminó con esto la nota alarmista. El Gobierno, informado al parecer por los comunistas, también comunicó a la opinión a través de la prensa en una nota oficiosa que se preparaba un movimiento subversivo contra el Gobierno y sus instituciones.

Al unísono de estas notas la prensa marxista inició una campaña a fondo contra el Consejo de Aragón, titulando su labor de catastrófica y haciendo responsable de esta catástrofe a la CNT. Esta prensa tomaba como base

para realizar esta campaña el Pleno que el Frente Popular había celebrado en Barbastro.

Por aquellos días todo hacía concebir que por elementos interesados en ello, se preparaba una maniobra de gran envergadura en contra de la CNT, ya que todos los ataques y notas de la prensa marxista convergían precisamente en contra de lo que son concepciones de nuestra organización. Por tal causa, entre la prensa nuestra y la marxista se estableció una gran polémica, y mientras nosotros pedíamos concreción en las acusaciones que- de forma indirecta se nos hacían, los otros contestaban vagamente y seguían afirmando que el complot existía y que todas las organizaciones venían obligadas a colocarse al lado del Gobierno para que semejante conspiración fuese reducida inmediatamente.

Colocadas las cosas en este terreno, la Organización Confederal de Aragón, por acuerdo de un Pleno de Comarcales, decidió desplazar una delegación a Valencia con documentación suficiente para contrarrestar la labor sectaria que se venía realizando. Y con estos documentos la prensa confederal demostró ante la opinión que cuanto los demás decían no tenía ninguna base real y todo era hijo de una maniobra que tendía a desbaratar la obra que un pueblo laborioso había realizado con su propio esfuerzo.

Pero una vez más se ha demostrado que no basta tener razón.

Interesados los sectores que nos atacaban en llevar su obra adelante y habiéndose planeado operaciones de gran envergadura en el frente de Aragón, grandes destacamentos de fuerzas son traídas a nuestra región, las cuales trayendo en principio atribuciones de orden público, se establecen en Caspe y Alcañiz, sedes del Consejo de Aragón y del Comité Regional de la CNT respectivamente. Por nuestra parte, acostumbrados por la guerra misma a observar este movimiento de fuerzas, no concedimos la importancia política que esto pudiera tener. Pero pronto notamos nuestra equivocación. Al día siguiente de establecerse en Caspe el cuartel general de la 11 División, nos vemos sorprendidos con que el mando de la misma organizó un acto de carácter político, al cual se opuso la delegación del Gobierno en Aragón, teniendo en cuenta el decreto del ministro de

Defensa Nacional publicado en la Gaceta prohibiendo a los militares hacer obra de proselitismo político, tanto en los frentes como en la retaguardia. El jefe de la División -Líster- no quiso tener en cuenta estas disposiciones gubernamentales e hizo todos los preparativos para celebrar el acto. Como esto significaba una provocación demasiado descarada dirigida contra la institución oficial de Aragón en su propia residencia, la delegación del Gobierno se dirigió esta vez al ministro de la Gobernación notificándole lo que estaba sucediendo en aquellos momentos en Caspe para que fuese él quien determinase en definitiva. La contestación del ministro no se hizo esperar: inmediatamente remitió un telegrama a la delegación del Gobierno dándole orden de que suspendiese el acto organizado por la 11 División. La División aceptó a regañadientes la orden ministerial prometiendo que este acto se celebraría al día siguiente, dando a entender que le quedaban pocas horas de existencia al Consejo de Aragón.

Efectivamente el jefe de la 11 División no se había equivocado. A las primeras horas del día siguiente se recibió en la presidencia del Consejo un telegrama del ministro de la Gobernación en el que le comunicaba que el Consejo había sido disuelto y para sustituirlo nombraban un gobernador general que entendería en todos los asuntos que afectasen a la vida de nuestra región.

Todo había salido a pedir de boca a nuestros detractores. La CNT estaba totalmente cogida y ni protestar podía ante tamaña arbitrariedad. La delegación del Gobierno hizo la transferencia de poderes a José Ignacio Mantecón que había sido nombrado por el Gobierno para sustituir al compañero Joaquín Ascaso.

El nuevo gobernador fue llamando uno a uno a todos los consejeros y con ellos conferenció algunos instantes. Por la tarde reunió al Consejo en pleno para comunicarle oficialmente que ya había terminado su misión histórica. A continuación llamó a las organizaciones políticas y sindicales para notificarles el cambio político que se operaba en Aragón, y cuando a la nuestra le llegó el turno se le dieron toda clase de explicaciones, asegurando el nuevo gobernador a nuestros representantes que ninguna molestia ni represión se verificaría en contra del Movimiento Confederal.

¿Se decía esto de una forma sincera? Bien pronto pudimos constatarlo.

Cuando la delegación del Comité Regional se dispuso a salir de Caspe para su residencia, por uno de los controles que la 11 División había establecido en la carretera, fue detenida y a continuación secuestrada. De la misma forma que esta delegación fueron detenidos y secuestrados multitud de compañeros que se dirigían en comisión a consultarnos sobre la situación política de la región. Más de 40 compañeros estuvieron en uno de los olivares de Caspe esperando los resultados de una actuación sectaria.

En principio ni en Caspe ni en Alcañiz se dio cuartel a nuestros compañeros. Tanto las fuerzas de orden público como las de la 11 División, en cuanto se enteraban de dónde estaban los militantes de la CNT, sin averiguar si podían ser o no responsables de algún hecho delictivo, se dedicaban a detenerlos y hacerles objeto de las mayores vejaciones.

Por este motivo se produjo un estado de excitación en Aragón y en España que a los autores de esta represión les asustó su propia obra. Para liquidar este escándalo político, se puso en libertad a los detenidos que guardaban las fuerzas militares. Pero, amparados por una ley desconocida hasta el momento por la CNT, las fuerzas de orden público siguieron haciendo de las suyas, deteniendo a los militantes de la CNT y de la FAI y clausurando nuestros centros culturales y sindicales. De tal forma actúan estas fuerzas que debido al gran celo que en esa cuestión han puesto, hoy tenemos en diferentes cárceles de la región más de 400 presos, multitud de centros clausurados y la mayor parte de los Consejos Municipales destituidos.

El domicilio del Comité Regional también ha corrido la misma suerte que la mayor parte de los sindicatos de la región. Por las autoridades ha sido desahuciado, convirtiendo lo que había sido casa de la CNT y de la FAI en cárcel de los compañeros de la CNT y de la FAI.

Muchos compañeros de nuestras comarcas, por lógica precaución, han tenido que resguardar su libertad que está en peligro, en espera de

conocer el resultado de las gestiones que lleva a efecto actualmente nuestra organización para afirmar nuestra existencia en Aragón.

Hasta la fecha se han realizado gestiones en Valencia cerca del Gobierno y en Aragón cerca del gobernador general. Como ya indicábamos en la circular que hemos cursado convocando este pleno, en todos los centros oficiales se nos ha prometido de una manera formal ir solucionando todos los problemas que tenemos planteados. De la misma forma, el Comité Nacional de la CNT, al objeto de facilitar el libre desenvolvimiento de nuestra organización en Aragón, decidió enviar aquí una delegación para que actuase hasta lograr coordinar las relaciones entre todos los sindicatos de la región. Ellos están aquí y os explicarán de la forma que el Comité Nacional piensa tramitar todas las cosas de Aragón.

Por el orden del día que tenemos que discutir, el Pleno ha de darse cuenta de la gran importancia que tiene el comicio que estamos celebrando. Ha de tener la virtud de colocar el pabellón Confederal a la altura que le corresponde estar. Se han de nombrar cargos y hay que procurar que estos recaigan en compañeros competentes. Hay que marcar pautas y éstas han de señalarse de acuerdo con los momentos que vivimos.

En lo que se refiere a los compañeros que hasta hoy hemos formado el Comité Regional, os deseamos mucho acierto en vuestras deliberaciones y acuerdos.

El Comité Regional

A continuación informan los consejeros que han representado a la CNT en el Consejo de Aragón, cuyos informes, muy breves, pero sí muy elocuentes reproducimos.

INFORME que da el compañero Aldanondo de su gestión al frente del Departamento de Abastos del Consejo de Aragón.

Cuando sólo hacía poco más de un mes que me había encargado del Departamento de Abastos, se decretó por el Gobierno de la República la disolución del Consejo de Aragón.

Poco puedo decir, pues, sobre mi labor personal al frente de dicho departamento, pero me complazco en afirmar que lo que he podido apreciar en mi corta estancia en él, es que los hombres que lo han regido anteriormente lo han hecho con gran competencia y con una visión clara de los problemas que plantea la revolución y la guerra, basándose siempre en los intereses generales de Aragón.

La misión específica del departamento es de sobra conocida: consistía en velar por la economía aragonesa, impidiendo que nuestros productos sirvieran para enriquecer a nadie y procurar por medio del intercambio, abastecer los pueblos de nuestra región de todo lo que produce su suelo y es necesario para vivir; podemos afirmar que estos objetivos fueron conseguidos en la medida de lo posible, si no se ha hecho más, no ha sido por incapacidad ni falta de interés sino por las muchas dificultades que se nos ha puesto al desempeño de nuestra misión por aquellos menos llamados a crearlas.

Podíamos citar multitud de casos de incautaciones de nuestros productos por la fuerza pública al paso de nuestros camiones por tierras no aragonesas; incluso fue incautado un barco entero que nos traía comestibles adquiridos por nosotros en el extranjero; por otro lado, dificultades sin cuento para exportar nuestros productos, llegándose incluso para justificar la negativa, a la incautación de nuestras exportaciones, alegando que eran mercancías robadas.

A pesar de todo esto proseguimos nuestra marcha, superando todas las dificultades; sólo lamentábamos que por esta incomprensión de los demás no pudiéramos surtir a los pueblos de Aragón en la medida que deseábamos y éstos necesitaban.

La labor desarrollada por el Departamento de Abastos en su aspecto mecánico, no es la que nos interesa en estos momentos, por no ser la más importante; es en su valor revolucionario principalmente donde reside su importancia, ya que coloca sus primeros jalones de la sociedad futura encauzándola por derroteros de justicia social.

Tendía nuestra política general de Abastos a emancipar al productor y consumidor de la tutela del intermediario, del comerciante desaprensivo, de los que al calor de la guerra se enriquecen en poco tiempo comerciando con la miseria del pueblo. Este objetivo fue totalmente conseguido, pues desde la entrada en funciones del Departamento de Abastos, el comercio libre dejó prácticamente de existir por ser un negocio ruinoso por quien lo realizaba, puesto que procurábamos a los pueblos de lo necesario a sus necesidades a los precios más bajos posibles; en estas condiciones el comercio privado no tiene razón de existir y se eliminaba por sí solo.

Gracias a nuestra actuación la vida en Aragón se mantenía a un nivel mucho más bajo que en ninguna otra región. Las consecuencias del cambio esperado por la disolución del Consejo, a pesar de ser tan recientes, las estamos tocando ya.

En el mes anterior a la disolución del Consejo se sirvió por el Departamento de Abastos a los pueblos, lo siguiente:

40.000 kg de arroz, a 0,70 ptas./kg.

15.000 kg de café, a 10,50 ptas./kg.

25.000 kg de patatas, a 0,47 ptas./kg.

20.000 kg de chocolate, a 1,85 y 2,10 la libra.

Así como otros artículos en menor cantidad que han sido suficientes para el buen abastecimiento de la región. El bacalao servido por nosotros a 3,25 pesetas el kg es una prueba elocuente de la bondad de nuestro sistema. Podrá argüirse que la tasa puesta a este artículo por la autoridad

competente no difiere grandemente de los precios vendidos por nosotros, pero la realidad es otra, puesto que el bacalao se ha vendido esta semana en Caspe a 6,10 pesetas y todavía no tenemos noticias que se haya llevado a la cárcel a ningún comerciante ni tenemos esperanza de que se haga.

La disolución del Consejo ha venido en el preciso momento en que empezábamos a coger los frutos de nuestra labor; pues nadie ignora que los primeros meses de nuestra actuación hubo que vencer la resistencia natural de los pueblos acostumbrados a ser engañados siempre, pero que hoy ya, con plena confianza en el Consejo, traían voluntariamente todos sus productos y confiaban ciegamente en nuestra administración.

El panorama se presentaba lleno de promesas realizadoras, no es aventurado predecir que en el porvenir, el bienestar del pueblo aumentaría en proporciones grandemente apreciables. Por hoy todo ha terminado. El tiempo dirá si la disolución del Consejo ha sido un acierto o desacierto. Agrego a estas cortas líneas el balance hecho en el momento de hacer entrega al delegado que envió el Gobierno, del Departamento a mi cargo.

Caspe, a 1 de septiembre de 1937

INVENTARIO NÚMERO 1 PRESENTADO POR EL DEPARTAMENTO DE ABASTOS, DEL CONSEJO DE ARAGÓN, EL 17 DE AGOSTO DE 1937

[El cuadro se reproduce tal cual figura en el libro, donde las cifras no son fácilmente entendibles…]

ACTIVO

CAJA

Existencia en efectivo s/. Arqueo. 114.039,10

Existencia en francos franceses:. 2.800

Un recibo de francos francés: 1.000

MOBILIARIO

Valor del existente 24.000

ALMACENES

Existencia en almacenes generales . . . 2.526.747,60

Existencias en tejidos y calzados 289.533,15

FABRICAS DE HARINAS

Valor de las existencias 192.875,39

FRUTAS

Importan las existencias 158.282

EFECTOS A COBRAR

Pendientes de cobro en n/ Delg. Barna 440.350,77

VALES DE GUERRA

Existentes en cartera 188.890,22

DEUDORES

Consejo de Aragón 510.188,35

Columnas guerra 197.548,47

Delg. Consejo Barcelona 156.679,35

Banco de España (Lérida) 48.693,90

Banco de España (Barna) 339.840,70

Cuentas corrientes interiores. 610.447,96

Cuentas corrientes exteriores . . . . 1.046.408,35 i
. . . . 7.909.807,08

TOTAL. 11.555.991,26

Balance que ha sido reconocido exacto por los interventores de Hacienda enviados de Valencia.

PASIVO

ACREEDORES

Consejo de Aragón 151.356,44

Columnas guerra 618.356,52

Acreedores varios 60.815,48

Azucareras 6.917.793,95

Ctas. corrientes interiores 1.181.420,55

Ctas. corrientes exteriores 563.465,77
i 9.493.528,71

REQUISAS

Saldo de esta cuenta 93.827,05

TOTAL 9.587.355,76

COMPARACIÓN

Total activo 11.555.091,26

Total pasivo 1.967.735,50

Capital líquido 9.587.355,76

INFORME DEL EX - CONSEJERO DEL TRABAJO

Yo os traigo un informe breve. En el departamento hasta el día que se nos destituyó no he tenido problemas difíciles.

Sin que esto constituya halago para nadie, debo afirmar que los pueblos han resuelto bastante bien la cuestión trabajo. Lo que no pudieron hacer nunca los organismos oficiales. Lo que fue una verdadera pesadilla para todos los gobiernos habidos en España y en el mundo entero, lo han solucionado los trabajadores en el momento que la tierra y los útiles del trabajo pasaron a mano de la gran familia productora. Esto prueba que la causa promotora de conflictos sociales radicaba por entero en la funesta explotación del hombre por el hombre.

Con satisfacción indecible anoto que, durante mi estancia en la Consejería de Trabajo, no se ha declarado una sola huelga, ni un boicot ni un lock-out, ni un sabotaje. Además muchos zánganos que antes vivían del trabajo ajeno han tenido que empuñar las honrosas herramientas del trabajo. Así hemos logrado dos cosas: 1ª. dignificar en parte a esa gente y 2ª. aumentar la producción agrícola e industrial.

No obstante, quedaban algunos reductos burgueses que la revolución dejó en pie en las cuales supervivían jornales de hambre. En Caspe, por ejemplo, el jornal de las mujeres oscilaba de 1,50 a 3,50 pesetas y el de los hombres de 4 a 5 ptas. Así que me enteré de esa anomalía, hice una a modo de disposición, fijando como jornal mínimo 6 ptas. para las mujeres y 10 ptas. para los hombres.[37]

Esta disposición fue aceptada a regañadientes por algunos patronos, pero cuando yo les dije que si no podían pagar esos sueldos sin aumentar el precio de las mercancías, yo nombraría de acuerdo con los obreros, un consejo de administración en cada taller, los patronos se apresuraron a dar su conformidad a la tarifa señalada con cuya actitud ellos mismos

37 - Hay que decir en honor a la verdad, que solo en Caspe, A1cañiz y Barbastro había algunos jornaleros al servicio de unos pocos talleres, cuyos propietarios eran del Frente Popular. (N. del A.)

confesaban que habían explotado de lo lindo a los trabajadores que tenían sometidos a sus egoísmos y ambiciones. A fin de acabar con el ganduleo de un sin fin de gentes que al socaire de la guerra vivían de los demás y marchaban de un sitio para otro sin hacer nada práctico, expedí unos certificados de trabajo que tenían por fin identificar la personalidad proletaria de todo elemento civil residente en nuestro Aragón liberado. Con esa carta de trabajo se ha logrado que muchos vagos trabajasen y el que no quiso emplearse en algo útil ha tenido que marcharse de Aragón.

Con el título de Ley de protección al trabajo, había hilvanado un proyecto que abarcaba actividades abandonadas completamente hasta hoy. Con ese proyecto se marcaban pautas para la instalación y funcionamiento de las escuelas de reeducación profesional, en donde los mutilados de guerra, los accidentados en el trabajo y aquellos que por haberles sorprendido la guerra cuando todavía no habían terminado de aprender bien el oficio, necesitarán un adiestramiento para dar un buen rendimiento una vez que se reincorporen de nuevo a sus lugares de trabajo. Hice también un cuestionario, ilustrado con dibujos alusivos que dirigí a todos los pueblos y de las contestaciones recibidas recogí lo más interesante tendente a la regularización de los accidentes de trabajo. En ese mismo proyecto de protección al trabajo, estaba incluida la jubilación a los ancianos, de ayuda a los enfermos e inútiles y la mejor manera de obrar con las obreras embarazadas. Todo ello lo hubiéramos conseguido de haber encontrado colaboración de quienes únicamente les preocupó el Consejo de Aragón para destruirlo en la forma que todos sabemos. La Ley de Asociaciones fue aplicada dentro del mayor rigor y cuidando de que todos los sindicatos, cooperativas y colectividades que aprobé, lo fueron siempre con el aval de los organismos responsables.

De mi gestión administrativa no puedo reseñar nada en absoluto, puesto que en mi departamento, no ha entrado otro dinero que el empleado para pago de jornales. Y ya que se ha hablado tanto de supuestas inmoralidades, ya que tanto se nos ha calumniado por arribistas de baja ralea, simplemente manifestar que con la nómina que entraba en mi departamento hemos vivido todos los compañeros que trabajaban conmigo y el resto lo dedicamos para suplir las necesidades de las oficinas de la consejería.

Y nada más, compañeros y sindicatos de Aragón.

El ex consejero de Trabajo

Miguel Chueca

Caspe a 11 de septiembre de 1937.

INFORME:

OCHO MESES DE ACTUACIÓN EN LA CONSEJER1A DE AGRICULTURA DEL CONSEJO DE ARAGÓN

En el ánimo de todos está cómo se constituyó el Consejo de Aragón y la modificación que se le imprimió al dar intervención en la administración de las cosas de Aragón a todas las fracciones o sectores antifascistas de la región para que la labor resultara de mayor eficacia en interés de todos.

Para la ordenación de este informe, partiremos del 8 de diciembre de 1936, fecha en que el compañero Adolfo Arnal tomó posesión como titular del Departamento de Agricultura y que se la dio el compañero Rubio.

Con los pocos elementos de trabajo con que se contaba, se -empezó ia trabajar y nuestros primeros pasos fueron para puntualizar el cuadro de actividades que correspondían a la consejería. Ello quedó plasmado en un gráfico donde se recogían todas las funciones que a juicio nuestro, habían de ser puestas en función para normalizar la vida agrícola de Aragón.

El Departamento de Agricultura se había de estructurar a base de Consejería, Subsecretaría, Delegación de Abonos, ídem. de semillas, Sección Técnica de Agricultura, ídem. Agropecuaria y Maquinaria con las sub secciones correspondientes.

Hecho esto como trabajo preliminar, se procuró el acoplamiento a cada sección del personal competente, adecuado a cada función.

Durante algún tiempo, todas las funciones fueron desarrolladas por el consejero, subsecretario y auxiliar, debido a las dificultades en el acoplamiento de colaboradores de competencia y de solvencia social.

Por el compañero Monsonis, asesor de semillas entonces, y siempre de acuerdo con la orientación del consejero, se iniciaron gestiones para preparar patatas de semilla para la plantación en todo el territorio liberado de Aragón.

Debido a su actividad y relación con los campesinos de Levante, contrataron para Aragón 200 vagones de patatas que nos había de facilitar el Sindicato Único de Trabajadores de Exportación Frutera (SURTEF) de Valencia. Patatas de procedencia irlandesa «Arran Barnen», que puestas en Valencia nos resultaban a 6,50 pesetas los 100 kg.

Mientras se gestiona la adquisición de este tubérculo, la consejería busca y requiere la colaboración de los consejos comarcales y locales de Binéfar, Barbastro, Alcañiz y Caspe para que nos sirvan de centro distribuidor de estas patatas entre los pueblos enclavados en la zona.

A la vez, se gestiona la cuestión almacenes en las mencionadas plazas, así como responsables de los mismos para la distribución según la orientación del departamento, sin descuidar en lo posible el transporte hacia almacén, al objeto de que lleguen a tiempo y no se pierdan por esta circunstancia.

El interés máximo se ha puesto, pues, en asegurar la distribución de las patatas a los pueblos, aprovechando cuantos medios han sido posibles. Todo ello al margen de organismos oficiales, pues en éstos no se nos ha prestado la atención que había de garantizar el buen éxito de la operación.

Resultado de todo ello y que nos llena de satisfacción para bien de la causa, ha sido el cuadro que a continuación se indica:

Cuadro de distribución de patatas por nuestros almacenes en la región (en kilos):

Binéfar	418.000	Barbastro	357.000
Grañen	40.000	C. Economía	30.000
Alcañiz	444.900	Caspe	204.591
Mora Rubielos	30.000		

Con un total de 1.724.491

Y del resultado de esta gestión no hemos de ser nosotros quienes hablemos. Los pueblos aragoneses han de ser los que sabrán apreciar la obra y el beneficio de la misma.

Solamente hemos de hacer resaltar que esta patata que el Consejo de Aragón le suministró al campesino aragonés al precio de 0,70 ptas. kg, la misma patata el Gobierno de la República la distribuyó a 0,80 y 0,90 el kilogramo.

Sin descuidar los problemas que en aluvión nos presentaban los pueblos relacionados con las expropiaciones de tierras a facciosos, etc., al igual que se hizo con la operación de las patatas, considerando que la industria azucarera en la región ocupaba un lugar preferente, no por lo que en el campo aragonés representa como riqueza agrícola, sino también por lo que representa para la España leal el abastecimiento de azúcar, iniciamos gestiones para importar de origen la semilla suficiente para las tres fábricas que alimentaban las zonas remolacheras de Aragón.

Para poder llevar a cabo esta operación, precisábamos divisas que situadas en un banco extranjero fuesen la garantía de adquisición de la semilla de remolacha. De no contar con libras esterlinas, podíamos hacerlo a base de intercambio, sirviéndonos de los productos resineros de nuestras zonas resineras del Aragón liberado. Con este objeto nuestro delegado general de abastecimientos de semillas, visitó todas las zonas resineras para conocer de una manera exacta la existencia de este producto y la posibilidad de exportación para intercambiar por semillas.

Surgieron algunas dificultades para preparar estos productos a tiempo por carecer de transporte y envases para los mismos, pudiendo realizar con ellos una buena operación directamente con la casa suministradora de la semilla de remolacha.

Además de estos inconvenientes, el Gobierno alegó derechos sobre estos productos y en vista de que se nos pasaba el tiempo calculado para de una manera normal tener en nuestro poder la semilla con la urgencia debida, se solicitó del Ministerio de Hacienda las divisas necesarias y hechos los

trámites correspondientes, hasta localizar el dinero en un banco extranjero, se importaron 26.000 kg de semilla de remolacha de Polonia, por F. C. para mayor seguridad nuestra.

El Sindicato Nacional Azucarero, o mejor dicho, su secretaría en Biescas, se quiso inmiscuir en este asunto dirigiéndose a las azucareras ofreciendo semilla que él aseguraba en Bilbao. Estudiado el caso, vimos no merecía confianza, pues a más de ser semilla no muy aceptable a nuestras zonas, de procedencia alemana, ofrecía poca seguridad la llegada a tiempo a nuestra región.

Consultamos a las azucareras, y puesto que nosotros ofrecíamos como garantía la marca Buczinski, preferida por las tres azucareras de la región, optamos por nuestra cuenta y sin tener en consideración la oferta del Sindicato Nacional Azucarero.

En el plazo fijo que establecimos en el contrato, recibimos los 96.000 kg de semilla.

Al Gobierno de la República también le adquirimos 40.000 kg de semilla marca Diep de procedencia alemana por ofrecimiento que se nos hizo de la misma.

La distribución de esta semilla de remolacha está expresada en el cuadro siguiente (en kilos):

Monzón, Azucarera. Clase Buzcinski. Marca W.W.	37.500
Monzón, Azucarera. Clase Buzcinski. Marca C.L.R.	5.500
Monzón, Azucarera. Clase Buzcinski. Marca M.L.R.	5.500
Monzón, Azucarera. Clase Diep. Marca W.L.	15.000
Total	**63.500**
Menargens. Azucarera. Clase Buczinski. Marca N.M.	6.000
Menargens. Azucarera. Clase Buczinski. Marca M.L.R.	7.000

Menargens. Azucarera. Clase Buczinski. Marca C.L.R.	7.000
Menargens. Azucarera. Clase Diep. Marca W.L.	15.000
Total	**35.000**

P. de Hijar. Azucarera. Clase Buczinski. Marca N.M.	15.000
P. de Hijar. Azucarera. Clase Buczinski. Marca M.L.R.	2.500
P. de Hijar. Azucarera. Clase Buczinski. Marca C.L.R.	2.500
P. de Hijar. Azucarera. Clase Diep. Marca W.L.	10.000
Total	**30.000**

Por nuestro almacén de Caspe, servido a los pueblos.

Caspe Almacén. Clase Buczinski. Marca N.M.	10.000
Caspe Almacén. Clase Semiazucarera. Marca M.A.	5.000
Caspe Almacén. Clase Forrajera. Marca E.A.	1.000
Caspe Almacén. Clase Manmout	200
Total	**16.200**

La suma de todo esto asciende a 144.700 kg de semillas de remolacha suministrada, pero hay que tener en cuenta que de otras procedencias se adquirieron algunos miles de kg.

Esta operación mereció el elogio y no se explicaban en el Ministerio de Agricultura cómo se pudo realizar en tan buenas condiciones. Porque hemos de hacer constar que todo ello se realizó de una manera legal y aun habiendo pagado las libras esterlinas a más precio que en la misma fecha del año anterior, compramos la semilla a menos precio que en España y pusimos a disposición de las azucareras la semilla de remolacha a precio relativamente reducido.

En el orden político, la Consejería recogió todas las inquietudes que los pueblos sentían y se atendió siempre con imparcialidad, todas las quejas de uno y otro sector antifascista. Buena prueba de ello es que nunca se legisló sin la aprobación del Consejo.

En el mes de enero nos visitó una representación del Instituto de la Reforma Agraria que traía como misión ponerse en inteligencia con la Consejería de Agricultura del Consejo de Aragón para instalar en nuestra región la Delegación de este organismo dependiente del Ministerio de Agricultura y, de acuerdo con este Departamento, ayudar a las colectividades, tanto en créditos como en planes técnicos de explotación colectiva.

La Consejería en atención a los propósitos que eran buenos, no tuvo inconveniente en aceptar la Delegación del Instituto de la Reforma Agraria y previa consulta a la organización, se instalaron en el mismo edificio del Consejo.

Los propósitos fueron buenos, por nuestra parte se le dieron toda clase de facilidades, pero en la práctica, se ha podido comprobar que ellos vinieron a Aragón con fines bien distintos a los expuestos, ya que en vez de ser colaboradores nuestros y obrar de acuerdo a nuestra orientación, obedecían y respondían a mandatos de una política que partía del Ministerio de Agricultura, sin tener en cuenta la psicología del pueblo aragonés.

El primer choque que se tuvo con esta delegación fue en ocasión de recibir un telegrama en el departamento, remitido por el jefe militar de la zona de Teruel y a cuyo jefe se le pedía autorización y garantías para retirar de Aragón toda la remolacha que hubiera en la zona comprendida en el llamado río de Alfambra.

Esta remolacha, cuando fue el momento oportuno para cosecharla y entregarla a las azucareras, fue materialmente imposible por carecer de medios de transporte. Con ello, pues, se perdió la oportunidad de sacarla y la remolacha tan necesaria para el mejor abastecimiento de las fábricas y por ser un producto que tanto ha escaseado en nuestra zona, en la zona leal, no tuvo otra aplicación que emplearla como pienso de ganado.

Esto ya por ser en sí una maniobra que no tenía más fin que el de desprestigiar el Consejo de Aragón, cuando éste realiza las gestiones con tiempo debido, se tropiezan con infinidad de inconvenientes, que son zanjados cuando interviene de una manera oficiosa el Instituto de la

Reforma Agraria. Y a espaldas nuestras se intentó realizar esto que no era ni muchísimo menos lo que se merecía el departamento que tantas consideraciones había guardado a quien tan poco reparo tuvo en querer desprestigiar la labor de unos compañeros que todo lo pusieron en beneficio de la causa común sin tener en cuenta para nada los diferentes ideales de todos los sectores antifascistas.

El jefe militar de aquel sector, al encontrarse con un telegrama en el que se trataba de intereses del Aragón liberado, y ver que no era de su competencia, lo transmitió al único organismo responsable de la región que podía resolverlo. No prosperó la maniobra, sin resultados favorables para la economía de Aragón, pero sí para evitar que se realizara una campaña en contra del Consejo de Aragón. Aquella remolacha tan necesaria se estropeó mientras las fábricas se paralizaban por falta de materia prima.

Cada día, pues, el divorcio entre la Consejería de Agricultura y el Instituto de la Reforma Agraria va en aumento. Pero adquiere verdadero relieve cuando llega la época de la siega y por lo tanto se precisa en Aragón Hilo Sisal para las máquinas segadoras.

Cuando la campaña de siega se aproxima, se hacen gestiones para saber las posibilidades de adquisición del Hilo que se precisa. Ni en el Ministerio de Agricultura, ni en el Instituto de la Reforma Agraria saben nada del referido Hilo, es más, creen que no se puede conseguir y que, sin tener en cuenta que debido a la guerra los pueblos están casi despoblados, pues en ellos faltan los elementos jóvenes y fuertes que pueden dar rendimiento en el trabajo, prometen hoces para realizar la siega a mano.

Por mediación del compañero Monsonís se realizan unas gestiones que determinan posibilidades de adquisición de materia prima para su fabricación; se gestiona en fábricas de Barcelona condiciones de tiempo y precios y por no tener, debido a nuestra situación precaria, posibilidades económicas, se pone todo a disposición del Ministerio de Agricultura y este en atención a nuestras gestiones ofrece a Aragón facilidades y todo el Hilo necesario.

Ante esta seguridad, nosotros nos comprometemos con los pueblos de Aragón a servirles todo el Hilo Sisal que precisen, estimulándoles para que con toda rapidez realicen pedidos con el tiempo necesario y así nosotros poder atender mejor a su distribución.

Los pueblos, atendiendo nuestro requerimiento, hacen los pedidos. Así transcurren algunos días y tenemos noticias de la llegada a Caspe de unos camiones cargados con el referido artículo, pero cuál no sería nuestra sorpresa cuando al intentar hacernos cargo de él, aparece uno de los delegados del Instituto de la Reforma Agraria dirigiéndose a la fuerza que los custodiaba (estos camiones lo eran por fuerzas de carabineros) reclamando para ellos el Hilo Sisal pese a todas las promesas que a nosotros se nos habían hecho. Esto en sí no tendría gran importancia, pero al desplazar nosotros una delegación al Instituto de la Reforma Agraria, allí se nos dice que fieles al compromiso adquirido, remitían todo el Hilo necesario a nuestro nombre, pero esto no fue así, sino todo lo contrario, pues se llegó al extremo de alegar la falta del producto y que para su mejor distribución era por lo que se ponía en manos de la Reforma Agraria. Nosotros sabíamos que a los campesinos de Aragón se les vendía en algunas poblaciones catalanas a un precio exagerado.

A todo esto el problema se agravaba por las necesidades de la siega. Se destaca una delegación a Barcelona y, puesta en relación con la fábrica y a costa de laboriosas gestiones y de muchos ruegos, conseguimos algunos camiones cargados y lo que a nosotros tanto nos costó, lo que se había conseguido merced a unas gestiones del Departamento de Agricultura, lo que se puso en Caspe debido al transporte por nosotros facilitado, aún quiere el Instituto de la Reforma Agraria distribuido pretendiendo arrebatárnoslo. Este Hilo fue en su totalidad repartido por nosotros.

Este Departamento que no sabe de política, que ha estado al lado del campesino desde el primer momento, que conoce sus necesidades, que se había comprometido para salvar y resolver sus problemas, en este momento en que ve que las espigas se desgranan en el campo porque se pasa la época de la siega, mientras se discute quién ha de distribuir el Hilo a pesar de ser nosotros los que teníamos todos los pedidos de los pueblos de Aragón,

hacemos entrega de estos pedidos al Instituto porque consideramos que lo más elemental es el de salvar la cosecha que significaba tanto para la economía de la región.

También es necesario remarcar que el Hilo por nosotros distribuido, fue puesto a los pueblos al precio de 73 ptas. fardo de 25 kg y el mismo Hilo servido por el Instituto de la Reforma Agraria, se cobró a los pueblos al precio de 90 ptas. el mismo fardo.

En una ocasión, por telegrama del Ministerio de Agricultura el subsecretario de dicho Ministerio se dirigió al Departamento de Agricultura del Consejo de Aragón, solicitando se le comunicara si le sería posible servir alguna cantidad de azúcar con destino a Madrid. Se contestó inmediatamente que concretara cantidad, y ésta fue señalada en 80.000 kg.

Nosotros considerando que quizás el Gobierno tuviera otras necesidades y como por otra parte la ayuda a Madrid siempre fue simpática, contestamos al subsecretario de Agricultura que podía disponer de 300.000 kg. Esto puede servir de demostración de cual fue siempre nuestra actitud con el Gobierno.

Éste, sin embargo, cuando la falta del Hilo Sisal nos prometió máquinas de segar y hoces, material que todavía esperamos y no sólo este material, sino la satisfacción al por qué no se pudo conseguir lo que fue una promesa que el Gobierno hizo a priori.

Otro detalle. Ante la imposibilidad de poder conseguir en la España liberada, la maquinaria que la abundancia de la cosecha exige y más cuando la lucha determinó que la inmensa mayoría de los trabajadores estuvieran en el frente de lucha, se gestiona la adquisición de esta maquinaria en el extranjero. Para ello se desplaza un delegado de este departamento para un largo viaje al objeto de adquirir las trilladoras que se pudieran. Estudiada la situación de éstas, esta consejería recibe un telegrama de nuestro delegado diciendo que antes de comprar cursó telegrama al Ministerio para asegurarse de que era concedida la franquicia, y en vista que le fue denegada y por derecho de arancel se ha de pagar 30 pesetas

oro el kilo de hierro, por lo que la máquina comprada en el extranjero en buenas condiciones económicas quedaría gravada enormemente. Por esta razón me pide autorización para llevar adelante la operación, cosa que se deniega por esta consejería y regresa a España nuestro delegado sin haber comprado ninguna máquina.

Otro de los problemas que vimos tenía mucha importancia en Aragón, eran las plagas del campo y a ello dedicamos mucha atención. A este efecto procedimos a recoger cuanto material había diseminado por los pueblos correspondientes al Servicio Agronómico de Zaragoza y Teruel. Se hicieron las inspecciones correspondientes, comprobando la existencia de germen langosta en algunos pueblos de la región. Hechas las acotaciones correspondientes, se ordenó la roturación oportuna que matase el germen en lo posible. No obstante, tuvimos necesidad de crear equipos para la extinción una vez manifestada la plaga que nos llevó algún tiempo, ya que tomaba caracteres alarmantes sobre todo en los montes de Escatrón.

El suministro de abonos tuvimos que hacerlo con las existencias que encontramos en almacenes y haciéndonos cargo de la situación general de abonos que Aragón tenía con las casas suministradoras, en especial lo que hoy es Colectividad Cros. Llegamos a montar un servicio de distribución superior al de semillas con almacenes estratégicos que servían la necesidad de los pueblos dentro de las restricciones naturales que las circunstancias exigían. La mayor preocupación sentida en la cuestión de abonos ha sido la de asegurar la producción de abonos para la próxima campaña. A este fin se edificaron las minas de Benasque (Huesca), donde se extrae la pirita que sirve de materia prima para esta fabricación. El inconveniente que se nos presentaba era el del transporte a punto de embarque en fabricación pues se necesitaban cuarenta camiones en servicio diario que abastecieran las necesidades de producción y que no había manera de solucionar. En esta gestión intervienen el departamento de Transportes, el de Industria, Agricultura y una representación técnica de la Colectividad Cros.

A las colectividades y consejos municipales se les ha proporcionado en lo posible tractores, trilladoras, segadoras, etc., y siempre luchando con la

poca asistencia del Estado para dar a la agricultura de Aragón el impulso que el entusiasmo del campesino aragonés requería.

Se montó un laboratorio para los servicios técnicos de agricultura y que luego empleamos para la sección técnica agropecuaria, dotándolo del material más imprescindible. Por nuestra mediación se han adquirido algunos miles de vacunos para la re cría aragonesa y que han sido inyectadas en su mayor parte por los compañeros veterinarios del departamento. Se procedió, como demostración técnica, a la fumigación de olivos en diferentes zonas olivareras de la región, siendo los gastos originados por ello a cargo del departamento. El cultivo de la soja se introdujo en Aragón por iniciativa de este departamento, sin esperar semilla del Ministerio de Agricultura ni contar con otros medios que los propios. Preparando la próxima siembra de cereales y con personal técnico competente para seleccionar las variedades adaptables a nuestras tierras, llegamos al día 10 de agosto de 1937, fecha en que se comunicó la disolución del Consejo de Aragón.

Los compañeros ingenieros del departamento están recorriendo las zonas cerealistas de Aragón, uno en compañía del subsecretario para hacer la selección correspondiente y otro estudiando la actual cosecha de aceituna, importante por cierto, y estudiar a la vez la capacidad de los depósitos existentes en las zonas olivareras para hacer los estudios necesarios y proceder a la construcción de otros al objeto de preparar una recolección completa con depósitos capaces de admitir toda la producción del aceite.

El día 10 de agosto se me comunica a primeras horas de la mañana que ha sido disuelto el Consejo de Aragón. Inmediatamente me pongo en relación con los compañeros titulares de los departamentos y que son de nuestra organización al objeto de estudiar la posición que hemos de adoptar.

A las nueve y media de la mañana y encontrándome en el departamento, soy llamado por teléfono desde la presidencia y se me dice que el gobernador general de Aragón desea verme para hablar conmigo, para lo cual esperan pase por la presidencia lo antes posible.

Participo esto a los compañeros y, de acuerdo con ellos, me persono en la presidencia, siendo recibido seguidamente por el gobernador, el cual me da a conocer un telegrama por el que se me comunica la disolución del Consejo de Aragón y el nombramiento de gobernador general a don Ignacio Mantecón.

Después de comunicado esto, me dice que le prepare una memoria de las labores del Departamento, una relación de personal, especificando situación actual, así como darle cuenta de los proyectos que tenemos en la consejería. No me señala plazo pero sí me dice sea lo antes posible.

De nuevo me reúno con los compañeros y éstos indican que ya tienen conocimiento de ello.

El mismo día por la tarde nos reúne a todos los consejeros y oficialmente nos comunica lo que ya dijo de una manera personal. Se ofrece a todos como gobernador de todos los aragoneses, sin tomar represalias contra nadie, si bien depurarán todo aquello que merezca ser depurado.

El día 11 nos reintegramos a los departamentos y por la mañana se me presenta una delegación del Instituto de la Reforma Agraria con credencial para que le haga entrega del departamento. La pongo en antecedentes de las cosas de la consejería y mientras, se ordenan los asuntos por el resto de compañeros que colaboran en el departamento para que la entrega se haga como nosotros deseamos y no como a ellos les interesa.

Los compañeros del departamento, durante mi detención en casa, proceden a trabajar de una manera intensiva para hacer inventario y cuanto se relaciona con la entrega. Ésta se hace el día 20 por la noche y seguidamente junto con el delegado que firma los inventarios y actas nos personamos en Gobernación siendo recibidos por el gobernador quien encuentra aceptable cuanto se ha hecho. Le pedimos autorización para salir de Caspe, pero nos dice esperemos unos días más porque tiene que venir una comisión liquidadora. Yo le pido garantías para continuar en Caspe, puesto que no se tiene consideración debida con nuestras personas

y me garantiza que tanto en la casa donde estamos como al salir de ella nada nos ha de pasar ni nadie nos molestará.

Hechas las revisiones que creyeron oportunas la comisión liquidadora y siendo conformes con nuestra liquidación, de nuevo nos personamos el día 23 en Gobernación al compañero Blas Monsonís, que compartió con nosotros desde el primer momento cuantas actividades se desarrollaron en el departamento para que siendo todo conforme, considerábamos podíamos marcharnos de Caspe.

Nos preguntó de qué manera pudimos realizar cosas de tanta importancia y después de hablarle con la claridad con que acostumbramos a hacerlo, diciéndole de qué manera habíamos proyectado los problemas de Aragón y cómo los habíamos resuelto, nos dijo que «Me cabe el orgullo de felicitaros por lo bien que lo habéis hecho y he dado orden al comisario para que os pase para donde queráis marcharos».

Con esto, pues, finaliza nuestra labor con el Consejo de Aragón en la Consejería de Agricultura.

Caspe, septiembre de 1937.

Isidro Miralles y Florentino Galbán

INVENTARIO BALANCE

de lo que constituye el incremento activo y pasivo de la Consejería de Agricultura del Consejo de Aragón.

ACTIVO

Caja:
Existencia en efectivo 2.676,80
Cuentas corrientes:
Saldo deudores varios 2.279.633,60
Depósitos y fianzas:
Depósito en SURTEF Valencia 4.000,00
Mobiliario, útiles y enseres:
Por las existencias, según relación .30.515,29
Mercaderías generales:
Por las existencias, según relación .220.185,41

Total Activo 2.537.011,20

PASIVO

Comandancia, Segunda Columna:
Saldo a su favor 142.028,00
Cuentas corrientes:
Saldos acreedores varios 1.927.085,58
Incrementos:
Saldo anterior. 237.503,30
Beneficios netos . . . . 230.394,32. . . . . 467.897,62

Total Pasivo 2.537.011,20

Caspe (Zaragoza) 20 de agosto de 1937.

El Contable — El Director General

Ramón Félez Arenillas — **BIas Monzonis Cherta**

Vo. Bo. El Consejero. **Isidro Miralles García**

INFORME QUE EL DEPARTAMENTO DE TRANSPORTES Y COMUNICACIONES DEL EX CONSEJO DE ARAGON PRESENTA AL PLENO DE SINDICATOS

Este departamento al legalizarse el Consejo empezó a trabajar, comenzando a convocar una reunión de las comarcas, al objeto de estructurar el transporte por zonas, dada la escasez de vehículos. En esta reunión se convino en que las comarcas controlaran los vehículos que tuvieran en los pueblos de su demarcación y así podrían ir facilitándolos a los que no tuvieran.

El departamento se preocupó inmediatamente de la gasolina y de los lubrificantes, consiguiendo vencer las trabas y entorpecimientos que siempre nos ponían elementos interesados en que la marcha de Aragón no prosperase bajo la nueva forma que se había dado; estos elementos incrustados en cargos oficiales fueron los responsables de que en Aragón la gasolina se pagara más cara que en el resto de España.

Venciendo obstáculos, conseguimos una normal continuidad en el abastecimiento de este producto en períodos de gran escasez, repartiendo en seis meses a los pueblos de Aragón más de 500.000 litros, principalmente para las faenas agrícolas.

Se consiguieron 20 camiones, 14 de los cuales fueron entregados a otros tantos pueblos, sirviendo con el resto las necesidades más apremiantes del Consejo y de los pueblos.

Se gestionó con insistencia el transporte de la remolacha de la zona de Alfambra a las fábricas de Monzón y Puebla de Hijar. A pesar de nuestro esfuerzo para que se facilitara material ferroviario a tarifa reducida sobre vagón, Mora de Rubielos a destino, no fueron atendidas la peticiones verbales y escritas que se cursaron al ministro de Obras Públicas, perdiéndose por tanto 32.000 toneladas de remolacha.

Viendo las dificultades de transporte que existían para el traslado de Caspe a Barbastro de pasajeros, ya que éstos tenían que marchar a Reus y de

esta localidad a Lérida, se estableció una línea de autobuses desde Caspe a Binéfar, donde enlaza con varias otras, facilitando en el día el traslado a todos los pueblos del Alto Aragón desde Caspe. Igualmente se estableció otra de Mora de Rubielos a Aliaga, con enlace para A1corisa. Con estas dos líneas quedó Aragón, en toda su extensión de Levante a los Pirineos, comunicado.

Se estableció un servicio rápido de conducción de correspondencia entre Valencia y Caspe, directo, que combinado con las líneas de autobuses establecidas, permitía el curso de la misma en veinticuatro horas.

Los servicios postales mejoraron notablemente, llegando a su normalidad en los pueblos de la retaguardia y hasta en los cercanos al frente.

El aumento de las recaudaciones en las oficinas postales, por la venta de sellos y giros, fue enorme, duplicando las cantidades obtenidas antes del movimiento del 19 de julio.

Se instalaron teléfonos por iniciativa y gestiones del departamento en siete pueblos, y se trabajaba en resolver las dificultades de la falta de material para la instalación de 25 teléfonos en otros tantos pueblos de la comarca de Barbastro y en el tiraje de una línea de A1cañiz a Montalbán.

Se tramitaron numerosos expedientes sobre carteros y peatones, lo mismo sobre reclamaciones de vehículos de motor requisados indebidamente.

Se estaba en gestiones para importar 100 camiones de cinco a siete toneladas, para lo cual sólo nos faltaban los permisos del Gobierno.

Y para terminar estas someras declaraciones de la gestión del Departamento de Transportes, diremos que al empezar no contamos más que, en lo material, con la escasa ayuda que pudo prestarnos la organización, hoy al hacer entrega del departamento al delegado del gobernador general de Aragón, según consta en las actas, entregamos (en pesetas):

Un taller para la reparación de vehículos de motor, perfectamente montado, valorado en.. 50.000
Un almacén de repuestos, valorados en..................................... 30.000
Dos almacenes de cámaras y cubiertas, valorados en 25.000
Despacho de gasolina, con bombas y utensilios para los lubrificantes, valorado en.. 7.000,00
Aceites, grasas y valvulinas, valorados en................................... 10.000
Turismos y camiones, valorados en 370.000
Créditos a cobrar por valor de 300.000
En dinero contante.. 127.000

Total 919.000,00

A. Radigales

ACTA

En un día de agosto de 1937, a las 18 horas en el Departamento de Hacienda del disuelto Consejo de Aragón, domiciliado en la ciudad de Caspe, asistiendo Ernesto García Sánchez, capitán de Estado Mayor, en representación del gobernador general don José Ignacio Mantecón y en presencia también de Federico Aguilera, técnico platero al servicio actualmente del Departamento de Hacienda y Evelio Martínez, consejero dimitido de economía.

Se procede a la entrega de los metales preciosos que guardaba en custodia el consejero de Economía al señor gobernador, cuyo detalle se expresa a continuación:

27 onzas de oro (isabelinas)
4 medias onzas
57 monedas de oro de 25 pesetas
5 cuartas de onza de oro
73 monedas de 20 francos franceses de oro
14 monedas de oro isabelinas de 25 pesetas
3 monedas de oro de 20 liras
8 monedas de oro de 20 francos belgas
2 monedas de oro de 20 coronas
2 monedas de oro libras esterlinas
1 moneda de oro de 20 francos suizos
5 monedas de diversas naciones de oro de 20 francos
23 monedas de 10 francos franceses de oro
18 monedas de 10 pesetas de oro
8 monedas de 5 pesetas de oro
Un reloj de dos tapas, con estuche de oro, de caballero
Un reloj de dos tapas, con estuche de madera, de oro, de caballero
Un reloj de oro con cadena y dije, con cinco piedras, cuatro rubíes y un diamante
Un reloj de oro, de señora, de dos tapas
Un reloj de oro, de dos tapas, de caballero
Un reloj de oro, de dos tapas, de caballero

Un reloj de oro, de dos tapas, de caballero con estuche
Un reloj de oro, de una tapa, de caballero
Un reloj de oro, de dos tapas, para señora
4 monedas de oro de 20 francos
2 monedas de oro de 25 pesetas
1.600 gramos de plata en monedas
10 kilos de oro y alhajas no muy detalladamente seleccionadas, incluso con relojes y máquinas estropeadas
Un reloj de señora de oro de dos tapas
Una moneda de oro de 100 pesetas
Una moneda de oro de 20 francos
Una moneda de oro de 10 pesetas
Una moneda de oro de 5 pesetas
75 gramos de monedas de plata
3 kilos y 450 gramos de bisutería, metales, plata, etc.

Caspe, 11 de agosto de 1937

Entregué: firmado y rubricado **Evelio Martínez**

Recibimos, firmado y rubricado

Testigo: **García**

NOTA: Bien se advierte la mala redacción del documento, debido a que se hizo la entrega rápidamente y se inventariaba a medida que salían los objetos de las distintas cajas.

Actuó de mecanógrafo el compañero Mur, mecanógrafo que estaba al servicio del Departamento de Abastos con residencia actual en Barcelona.

En el documento original que conservo en mi poder no está la firma del testigo, pero sí en el otro original que está en poder del señor Mantecón; fue omisión que me pasó inadvertida.

NOTA MÁS IMPORTANTE: Además de lo consignado, el Departamento de Economía y de Abastos, en período que lo regentaba Evelio Martínez, entregó al Departamento de Hacienda de seis a ocho mil kilos de objetos, al parecer de plata, de los cuales, por mucha merma y falsa plata, se obtendrán como mínimo de 1.500 a 2.000 kilos de plata de ley.

Por último el Comité Nacional hace uso de la palabra, emitiendo también informe de la labor que el Comité Nacional ha realizado para tratar de liquidar la situación creada en Aragón.

Es obligatorio, dice el Comité Nacional, velar por los respectivos intereses de las regionales que componen la Confederación Nacional del Trabajo.

Al Comité Nacional llegaron noticias de los manejos que se tramaban en Aragón contra la CNT y a pesar que el Comité Nacional opina que su misión debe ser ejercida Con carácter ejecutivo y no directivo, al ver que se intentaba en Aragón llevar a efecto acciones en contra de la CNT, como ya se ha realizado en la Regional del Centro y en la de Andalucía, a partir de la salida de la Confederación del Gobierno, el Comité Nacional creyó oportuno enviar una delegación que pusiera en guardia a los compañeros y evitar mayores males.

Se veía que, además de querer aniquilarnos, se nos quería desacreditar y deshonrar ante el proletariado y la historia. ¿Cómo? Provocándonos para que nosotros respondiéramos a estas provocaciones y entonces poder ellos acusarnos ante el mundo entero como enemigos de la clase trabajadora e inductores de la opresión y de la barbarie.

Ante este estado de cosas, un Pleno de Regionales envió una delegación a visitar al presidente de la República, al del Gobierno y a los distintos sectores antifascistas, para que les comunicara llanamente que se había iniciado una campaña de descrédito contra la CNT, titulándola organización incontrolada e indisciplinada contra las órdenes que emanaban de los poderes públicos, podíamos demostrar cómo, a partir del 19 de julio de 1936, nuestra organización había ido de concesión en concesión y de transigencia en transigencia con miras a fortalecer la moral de nuestras fuerzas en vanguardia y a limar asperezas en retaguardia. Pero que si a pesar de nuestra tolerancia se seguía esta política de eliminación en contra de la CNT, no creyeran estábamos dispuestos a dejamos pisotear, y mucho menos hundirnos; antes al contrario, si los procedimientos no cambiaban, si no se rectificaba por quien debía, antes que dejamos

aplastar vergonzosamente, estábamos dispuestos a enfrentarnos con quien se interponía a nuestro paso.

Es entonces cuando, so pretexto de una ofensiva en Aragón, traen a los pueblos de la retaguardia aragonesa fuerzas marxistas que tomaron posiciones junto a los pueblos más capaces y mejor organizados y cuando todo lo tuvieron en condiciones es cuando se atrevieron a dar el golpe definitivo al Consejo de Aragón y a la CNT.

A esta reconocida provocación la CNT responde con una serenidad y una disciplina admirables, cumpliendo así los acuerdos de la organización nacional. Y se dejó hacer. ¿Qué? Que se secuestrara al Comité Regional que se encontró al cabo de varios días de búsqueda en una cueva a orillas del Ebro, cual piara de cerdos; que se encarcelara a cientos de compañeros; que se maltratara a muchos; que huyeran perseguidos al campo millares de otros; que se hiciera un sabotaje a todas luces ilegal de las colectividades.

Por ello, para corregir en lo posible este desquiciamiento de la vida económica y social de Aragón, se nombraron junto a la comisión nombrada por el Comité Nacional, dos abogados que a la vez son diputados, para que puedan obrar con más prestigio y libertad. La comisión visitó al ministro de Justicia, quien prometió que cesarían los desmanes y que no se perseguiría a las colectividades en todo el año agrícola. En iguales términos se manifestó el gobernador general, señor Mantecón. Pero 10 cierto es que si bien se han atenuado en algo los atropellos y se han libertado algunos presos., esta obra de vindicación se lleva con irritante lentitud. Y es que cuando se sustituye el trabajo intensivo de doce o trece hombres inteligentes, por uno solo, es imposible que éste, por muy extraordinarias aptitudes que posea, pueda desarrollar la eficaz labor organizada por aquellos realizada.

Finalizada la magnífica exposición de la delegación del Comité Nacional se aprueba el informe de la gestión de todos los compañeros unánimemente, verbal, por aclamación. Acto seguido aborda la Asamblea el 2° punto del orden del día: informe escrito que deberán traer todos los sindicatos relatando de la forma más concreta posible su situación e incidencias si las hubo.

Interviene el Comité Nacional para aclarar que más que para estudiar concretamente cada caso en el Pleno, lo cual dado el gran número de pueblos ultrajados sería interminable, se han pedido estos informes para poder confeccionar con ellos un libro en el que se expongan detalladamente todas las tropelías cometidas para mayor vergüenza de quienes las cometieron.

Así lo acepta la Asamblea.

Se pasa al tercer punto del orden del día que dice: nombramiento del Comité Regional con arreglo a las normas confederales o sea a razón de cuatro compañeros por provincia.

La delegación del Comité Nacional dice que no se mezclase en si se autoriza o se sustituye el actual Comité Regional; pero para guardar la moral ante las autoridades y la decencia de la organización propone que dadas las especiales circunstancias que concurren en el camarada secretario, el Comité Nacional vería con agrado continuara en el mismo cargo el compañero Muñoz. El camarada Muñoz explica que viene desempeñando desde hace tres años el cargo de secretario del Comité Regional, que no puede seguir siéndolo porque ha tenido que rehacer por tres veces dicho Comité. Opina que como ha desaparecido toda la documentación, debe iniciarse una nueva actuación con otro Comité.

Alcañiz propone para secretario a Muñoz y que se manifiesten las delegaciones para que si se llega a formar una comisión acopladora, pueda conocer el sentir del Pleno al unificar las proposiciones. Varios sindicatos se manifiestan en el sentido de que sea Muñoz el secretario del Comité Regional.

Para integrar el Comité Regional quedan nombrados: por la provincia de Teruel, Chueca, Miralles, Ferrer y Aldamondo. Por la de Zaragoza, Subero, Galván, Sanz y Radigales y por la de Huesca, Jalle, Segura, Casas y Prado.

Se pasa al 5° punto del orden del día: Localidad que se estima más conveniente para residencia del Comité Regional. Se expresan algunas delegaciones en favor de Alcañiz porque era antes residencia del Comité Regional y Redacción y Administración de «Cultura y Acción».

Otros sindicatos estiman conveniente que sea Caspe el sitio y residencia del Comité tanto por ser más céntrico a la región aragonesa como por aglutinar la mayor parte de las instituciones oficiales y de carácter social. Se pasa a votación y se elige Caspe por mayoría.

Se lee una nota que manda la 11 División, en que se dice que están dispuestos a ceder el cine Goya que antes habían negado a nuestra organización, en tanto duren las tareas del Pleno. Se toma en consideración.

Finalmente se acuerda proseguir el Pleno a las diez de la noche en el cine Goya, recayendo la elección de la mesa de discusión en las siguientes delegaciones: presidente, Sanidad de Barbastro; secretario de Actas, Sindicato de Caspe; secretario de palabras, Comité Regional.

El secretario de Actas

Albalate de Cinca

Caspe, 11 septiembre de 1937.

SEGUNDA SESIÓN

A las 10 de la noche da comienzo la segunda sesión, constituyendo la mesa las siguientes delegaciones: presidente, Sanidad de Barbastro; secretario de Actas, Caspe; secretario de palabras, Comité Regional.

Se pone a discusión del Pleno el 5.° punto del orden del día y tras un animado debate en el que intervienen numerosas delegaciones, se acuerda por unanimidad la salida de nuestro órgano en la prensa Cultura y Acción, superando su contenido y haciéndolo llegar a todos los pueblos de la región, para que los campesinos estén siempre en antecedentes de cuantos problemas y asuntos se solventan actualmente en la región aragonesa.

También se acuerda que sea el Comité Regional el que designe a los compañeros que han de componer el cuerpo de redacción.

A continuación se pone a discusión el 6° punto del orden del día. En éste se establece un gran debate en el que intervienen una gran cantidad de delegados, manifestando unos deseos de colaboración y otros de no colaboración, mientras perduren las actuales circunstancias de represión hacia nuestra organización. La discusión de este punto adquiere un relieve extraordinario. Los delegados que mantienen una u otra opinión se esfuerzan por aportar aquellas razones que consideran más fundamentales para hacer valer los criterios respectivos. Por último, para armonizar todos los criterios se nombra una ponencia compuesta por los delegados de Alcorisa, Calanda, Caspe, Mas de las Matas y Alcañiz.

Terminado su trabajo, presentan al pleno el siguiente dictamen. Para que la CNT pueda colaborar con toda la dignidad con las demás fracciones antifascistas, es preciso que se le de satisfacción sobre los siguientes puntos:

1° Libertad inmediata de todos los presos no sometidos a proceso.

2° No queriendo aparecer como impunistas, que aquellos compañeros que están sometidos a proceso, éste se estudie y sancione con la máxima rapidez.

3° Garantía absoluta para los perseguidos, afiliados en general y funcionamiento normal de nuestros sindicatos.

4° Respeto absoluto para cuantas colectividades quieran continuar voluntariamente y que se les devuelva todo aquello que a tenor de los sucesos ocurridos les fue intervenido o arrebatado.

5° Reclamar el exacto cumplimiento del decreto por el que se creó y dio vida legal a los Consejos Municipales, en el que no podrán tener representación aquellas organizaciones políticas o sindicales creadas después del 19 de julio. No pudiendo asimismo ocupar cargos quienes el 19 de julio no pertenecieran ya a algún sector antifascista y, en los Consejos Municipales, aquellos que no lleven, por lo menos, dos años de residencia en los municipios.

6° Que para evitar el parcialismo de algunos delegados gubernativos cuando hayan de intervenir en algún hecho de carácter político o sindical procede vayan acompañados por dos representantes de sectores antifascistas distintos, con arreglo al acuerdo a que ya anteriormente se había llegado con el ministro de la Gobernación.

El dictamen es aprobado por unanimidad y sin discusión.

Caspe, en proposición incidental, dice que el Pleno debe abordar clausurar las tareas de nuestro comicio con un mítin, glosando en él los acuerdos que se tomen.

Hay algo de discusión y se acuerda que sean dos actos, uno en Caspe y otro en Barbastro. Para tomar parte en el de Caspe se designan como oradores a los compañeros Francisco Galván, Miguel Vallejo y Manuel Amil y para el de Barbastro, a los compañeros Francisco Muñoz, Miguel Chueca y Galo Díez.

Por lo avanzado de la hora se da fin a esta sesión, nombrándose mesa de discusión para la siguiente, recayendo en Albalate Luchador, presidente;

Luz y Fuerza de Barbastro, secretario de actas y Pueblo de Hijar, secretario de palabras.

Caspe, 11 septiembre 1937.

TERCERA SESIÓN

Se constituye la mesa con los delegados que han sido designados en la sesión anterior. Se pone a discusión el séptimo punto del orden del día. Se establece una animada discusión alrededor de este tema, exponiendo criterios que, aunque aparentemente parecen discrepar, todos coinciden en un mismo fin. Son leídos algunos artículos de los estatutos acordados en el Pleno Nacional de Sindicatos Campesinos y después de todo esto se nombra una ponencia para que dictamine sobre este particular, quedando designadas las siguientes delegaciones: Hijar, Alimentación de Barbastro, La Almolda, Beceite, Comité Regional de la CNT y Comité Regional de Colectividades. Terminado su trabajo, presentan a la consideración del Pleno el dictamen elaborado.

PONENCIA APROBADA EN EL PLENO DE SINDICATOS CELEBRADO EN CASPE EL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1937

Reunida la ponencia para deliberar sobre el noveno punto del orden del día, tras el correspondiente intercambio de impresiones, emiten el siguiente dictamen: Recogiendo el sentir expresado por la mayor parte de las delegaciones que han intervenido en el Pleno, considerando que las colectividades han de estar mejor controladas por los sindicatos de la CNT, la ponencia propone para la mejor estructuración de este nuevo sistema de organización, los siguientes puntos:

1° Considerando que nuestra vida de relación, tanto en el orden sindical como económico, tiene que tender a simplificarse, estimamos procedente que junto al Comité Regional de la CNT funcione una comisión anexo al mismo, de relaciones colectivistas que asuma idénticas funciones al actual Comité Regional de Colectividades.

2° De la misma forma que en el artículo anterior todos los Comités Comarcales de la CNT crearán en el seno de los mismos esta misma comisión, manteniendo relaciones constantes con la comisión del C. R.

3° Los sindicatos, a la vez, también organizarán en el seno de sus comités respectivos estas comisiones que estarán en relación permanente con las comisiones de los C. Comarcales.

Al fundirse estos Comités de Colectividades dentro de los Comités Confederales, el control que tenía que realizarse en las Colectividades por los Sindicatos de la CNT con este sistema de organización queda solventado perfectamente.

Ahora bien, para que estas comisiones funcionen en debidas condiciones se rodearán del necesario número de personas competentes, técnicas en las transacciones que obligatoriamente han de realizar las colectividades para organizar con la mayor perfección posible la economía colectivista.

4° En aquellas localidades donde las colectividades están constituidas a base de UGT y CNT los sindicatos seguirán la misma línea de conducta que se ha seguido en el control que se realiza con nuestros representantes en municipios y otras entidades oficiales, es decir, los sindicatos procurarán orientar constantemente a nuestros representantes en aquellas colectividades, para que en ningún momento actúen con arreglo a sus criterios personales.

5° Los sindicatos locales, de acuerdo con las exigencias del momento procurarán organizar en cada localidad cooperativas de consumo siguiendo el mismo camino iniciado por la Federación Regional de Colectividades.

6° Al dar esta nueva estructura para el mejor control de las colectividades, la Federación Regional de Colectividades, pasa a ser parte integrante de los comités correspondientes de la organización en el aspecto local, comarcal y regional.

7° Todas las cooperativas locales están obligadas a suministrar cuantos artículos precisen aquellos trabajadores individualistas que estén organizados en la CNT siempre que lleven sus productos sobrantes a la cooperativa. En estos siete puntos hemos querido resumir la interpretación

que el pleno ha expresado en las intervenciones de los diferentes delegados que han intervenido en esta discusión.

8° Que dice CONVENIENCIA DE ESTRUCTURAR LOS COMITÉS DE ENLACE UGT y CNT. Después de estas deliberaciones se acuerda tras una discusión de los delegados numerosos que se hallan reunidos, que en su día se mandarán por el C. R. orientaciones para las constituciones de Comités de Enlace y se pasa a la discusión del 10° punto que dice:

Se da lectura a una comunicación enviada por el Frente Popular de Aragón, en la que nos invitan a colaborar en dicho organismo, acordándose en ratificarnos los acuerdos que al respecto tiene formados la organización basados en la creación del Frente Antifascista con un programa corrientemente revolucionario.

Una delegación propone se edite un folleto con los informes que se han presentado al pleno, aprobándose.

El C. R. después de breves palabras dice a las delegaciones que se congratula de la gran asistencia que ha habido en este pleno teniendo en cuenta las circunstancias actuales y las dificultades del transporte existentes, animándoles para que sigamos en la lucha que nuestra gloriosa CNT sostiene contra el fascismo. Hace votos porque los acuerdos aquí tomados se lleven a la práctica, así como el Comité Regional promete que por su parte pondrá todo su interés como siempre por conseguido, y con un grito de viva la Confederación Nacional del Trabajo, que es unánimemente contestado, se dan por terminadas las tareas de este Pleno de Sindicatos en la ciudad de Caspe a las dos y quince de la tarde del día doce de septiembre de 1937.

Anexo 3:

Artículo de Sanchez Gordillo

Pasamos a transcribir un resumen del artículo que Juan Manuel Sánchez Gordillo, alcalde de Marinaleda, provincia de Sevilla, publica en El País del martes día 15 de enero de 1985. Este artículo, que por un azar inesperado ha venido a nuestras manos en el preciso momento en que cerrábamos estas páginas, coincide con lo que en ellas se dicen respecto a la sabiduría del pueblo y a la aptitud cooperadora del hombre, y confirma una vez más el apotegma de Goethe sobre nuestra humana inaptitud tanto para gobernar como para ser gobernados.

Dice, entre otras cosas, el referido artículo: «(...) aquí, en un pueblecito pequeño de la provincia de Sevilla y en el corazón de la Andalucía jornalera, nosotros, hombres y mujeres con el azote a cuestas del 65 % de la población activa en paro, por una necesidad y porque es preciso construir en esta hora de tanta palabra inútil en medio de tanta desgracia, hemos decidido ir poniendo en pie nuestra utopía.

Sí, lo hemos decidido después de cientos de asambleas, de miles y miles de horas de reflexión y acción (...) Porque desde hace ya varios años, allá por las elecciones municipales de 1979, nos dimos cuenta de algo que habíamos intuido siempre pero que no habíamos sabido nunca: que el poder no es neutro, que todo poder está a favor de alguien y en contra de alguien, que la neutralidad del poder es una mentira y que, por tanto, desde el trocito de poder que habíamos conquistado al llegar al Ayuntamiento teníamos que estar clara y descaradamente, a favor de los más débiles, de los más pobres, de los explotados.

(...)

Pronto caímos en la cuenta de otra verdad elemental: el poder que sirve para reprimir no puede servir para liberar. Las leyes, las costumbres, los funcionarios, los hábitos, los presupuestos, los reglamentos y las normas del Ayuntamiento al que habíamos accedido estaban pensadas para otro destino, y eran útiles para el fascismo pero inútiles como herramienta de lucha y libertad para el pueblo (...)

Fue entonces cuando dimos total impulso a las asambleas populares. Y fue cuando, rompiendo con leyes, normas, costumbres y preceptos, decidimos llevar los plenos a la calle, darles voz y voto a todos los vecinos que asistieran y escuchar al pueblo en sus decisiones (...)

Las asambleas populares se convirtieron así en el centro de la vida del pueblo y en una especie de universidad popular donde todos aprendíamos de todos, y cada uno de los asistentes nos sorprendíamos de la experiencia, la generosidad o la capacidad de los compañeros más humildes e impensados.

Esto nos lleva a un nuevo descubrimiento: el poder de élite, aunque se llame de izquierdas, es siempre una tiranía. El poder es elitista porque sólo se educa para gobernar, a unos pocos.

Descubrimos también que es mentira ese mito burgués que dice que la clase obrera no es apta para gobernar. Porque, en la medida que la participación se fue extendiendo, pudimos comprobar con los hechos en la mano que la generosidad, que es la mejor forma de ejercicio del poder, se multiplicaba y era mucho más honda y profunda en los trabajadores.

Fue entonces cuando decidimos aumentar la participación y la capacidad de participar y dimos lugar a un senado popular formado por unas 70 personas, repartidas por calles, que se reunían mensualmente y que se dedicaban a reflexionar de una manera más organizada y pausada sobre los diversos asuntos de interés para la colectividad.

Poco a poco el viejo poder desaparece, y aparece una experiencia nueva de poder popular en el que el poder se ha transformado en una herramienta sencilla y manejable por todos, para ser dirigida en lucha o en gestión por la tierra y la cultura, el pan, la vivienda o cualquiera de nuestras necesidades.

Pero aunque la herramienta es nueva y podemos ya decir que hemos roto, en cuanto a estructuras, con el pasado, sin embargo el hombre es viejo, y comienzan a verse ciertos fallos que es preciso rectificar.

Por eso se estableció una exigencia, recogida en documento público, para evitar estas debilidades, y que obliga a todas las personas que tengan alguna responsabilidad en Marinaleda a que su cargo sea revocable en todo momento por la asamblea, a someterse a la crítica pública y a ser el último a la hora de cualquier beneficio que venga de la comunidad. (...)

Y nos damos cuenta de que la subversión no es sólo un derecho de los hombres y de los pueblos cuando son amenazados por el terrorismo del hambre, sino que es una necesidad histórica y vital. Que subvertir es la tarea mientras esté establecida la injusticia, aunque, para que cualquier proceso subversivo o revolucionario sea auténtico tiene que estar cargado de generosidad.

Es cuando aparecen los domingos rojos o trabajos voluntarios, a los que asisten más de 200 personas, y que van desde la recogida de basuras y la limpieza de calles a la realización de obras de interés para la comunidad o a la realización de fiestas autogestionadas. (...)

Así, entre ocupaciones de fincas y luchas por el trabajo y la tierra, es como vamos construyendo, en este aquí y ahora, un poder paralelo, una cultura paralela, una sociedad diferente que trata de contener en su interior la sociedad futura para la que luchamos.

Porque pensamos sinceramente que no hay futuro que no se construya en el presente ni hay fines que no se contengan en los medios puestos en práctica y porque no hay más remedio que la esperanza.»

Anexo 4:

CÓMO HABLAN DE LA COLECTIVIZACIÓN DOS SOCIALISTAS EXTRANJEROS QUE FUERON TESTIGOS DIRECTOS DE LA MISMA

Son datos sacados del libro Las colectividades campesinas, 1936-1939, Edición de Los de Siempre, Tusquets Editor, Barcelona, 1977, pp. 319 Y 320.

«Rocker» («Anarchism and Anarcho-Syndicalism», nota 1 en European Ideologies, Philosophical Library, Nueva York; reproducido en P. Eltzbacher ed., Anarchism, Freedom Press, Londres, 1960) cita comentarios de Rosselli y Brockway -socialistas ambos- referentes al carácter general de la colectivización:

Rosselli: «En tres meses, Cataluña ha sabido edificar un nuevo orden social sobre las ruinas del antiguo sistema. Fue la obra, principalmente, de los anarquistas, que dieron pruebas de un notable sentido de la medida, de realismo y de grandes calidades de organizadores (...) Todas las fuerzas revolucionarias de Cataluña se han unido para aplicar un programa socialista-sindicalista (...) El anarcosindicalismo, tan despreciado hasta entonces, se reveló como una gran fuerza constructiva. Yo no soy anarquista, pero es mi deber expresar aquí mi opinión sobre los anarquistas de Cataluña, que han sido demasiado a menudo presentados como elementos destructivos e, incluso, criminales.»

Brockway: «He quedado impresionado por la fuerza de la CNT. La CNT es en España la más importante y la más activa de las organizaciones de trabajadores -para saberlo no esperé a que me lo dijesen-. Saltaba a la vista. Con toda evidencia las grandes empresas estaban dirigidas principalmente, por los anarquistas -los ferrocarriles, los transportes por carretera, la navegación, la industria mecánica, la textil, la electricidad, la construcción, la agricultura etc.-. He quedado extraordinariamente impresionado por el trabajo revolucionario constructivo llevado a cabo por la CNT. El éxito del control obrero en la industria provoca el entusiasmo... Todavía hay británicos y americanos que consideran a los anarquistas españoles como gentes imposibles, indisciplinadas e ingobernables. Esta opinión se sitúa en los antípodas de la verdad. Los anarquistas españoles, reunidos en el seno de la CNT, realizan una gran obra constructiva, una de las más grandes jamás realizadas por la clase obrera. En el frente combaten el fascismo. En la retaguardia edifican realmente la nueva sociedad de los

trabajadores. Dirigen simultáneamente la revolución social y la guerra contra el fascismo. Quienes los han visto y han comprendido lo que hacen les deben respeto y agradecimiento (…) Es ésta, ciertamente, la mayor obra jamás realizada por los trabajadores en cualquier parte del mundo.»

ÍNDICE

Índice

Anexos

OTROS TÍTULOS DE DSKNTRL-ED

- **La Anarquía funciona**
  Peter Gelderloos
- **On s'en calisse** *Nos la Suda*
  Historia profana de la huelga 2012 Quebec
  Colectivo de huelgistas
- **El terror estalinista en Barcelona 1938**
  Agustín Guillamón
- **Manual de Seguridad Informatica para activistas**
  Anònim
- **Recopilatorio de Escritos**
  Emma Goldman (1869-1940)
- **La democracia en Grecia en los tiempos del FMI**
  Spiros X.
- **Los Amigos de Durruti**
  Historia y Antología de textos
  Agustín Guillamón
- **Escuela Elíseo Reclús**
  Una experiencia de educación autogestionada
  Félix Carrasquer
- **Golpes y Gritos**
  Poemas de la Cárcel
  Compilación de Daniel Pont
- **Poesia Barata**
  Baratijas castellanas, Quincalles catalanes
  Ibai Sans Urbieta
- **Escuela de Militantes de Aragón**
  Una experiencia de autogestión y análisis sociológico.
  Félix Carrasquer
- **Comunismo Libertario o Capitalismo de Estado**
  Luigi Fabbri
- **Marxismo o Autogestión**
  Félix Carrasquer